

NAGUIB
MAHFUZ

LA AZUCARERA



se

Los nietos de Ahmad Abd el-Gawwad, el anciano comerciante de El Cairo, se distancian de la tutela familiar y se comprometen con diferentes opciones políticas en el convulso Egipto de los años treinta y cuarenta, desde el comunismo al fundamentalismo islámico. Frente al desencanto de la generación anterior, estos jóvenes encarnan la vitalidad de una nación que afronta con valentía su contradictorio futuro.

Naguib Mahfuz

La azucarera

Trilogía de El Cairo 03

Título original: *El-Sukkariyya*

Naguib Mahfuz, 1957

Traducción: M^a Dolores López Enamorado

Nota preliminar

Culmina y concluye Naguib Mahfuz su **Trilogía** con este tercer libro, **La Azucarera**, cuya redacción ya estaba terminada en abril de 1952, aunque fue publicada en el año 1957.

La tercera generación de la saga Abd el-Gawwad, los nietos del señor Ahmad, será la que asuma ahora el protagonismo de esta novela, cuya trama se inicia en 1935 —ocho años después de la conclusión de **Palacio del Deseo** con la muerte del líder nacionalista Saad Zaglul—, siendo su final en 1944. Esta tercera generación será la que canalice las diferentes ideologías imperantes en el momento, en una obra, **La Azucarera**, que es la más abundante de las tres en cuanto a referencias y datos de la realidad histórica egipcia.

Los nietos han crecido, pero también la muerte ha causado estragos en esta familia. El lector va descubriendo ya en las primeras páginas los cambios que se han producido a través del tiempo en los personajes, a nivel no sólo físico sino también ideológico.

A lo largo de la **Trilogía** dos aspectos van íntimamente unidos entre sí: la realidad histórica y la ficción novelesca. En cuanto a la primera, el autor plasma los acontecimientos con objetividad. La comprobación con la historia nos lo demuestra: nombres, fechas, lugares, hechos... se suceden, sin apartarse de esa veracidad histórica. Naguib Mahfuz se erige así en fiable cronista de una época que conoció y vivió muy de cerca teniendo en cuenta que nació en 1911 y que los hechos narrados datan de 1917 a 1944. Es por ese interés en no alterar la realidad por lo que el autor llena las páginas de la Trilogía de datos cronológicos, situando los hechos en su momento preciso a través de referencias puntuales como día, mes, año, edad de los personajes, acontecimientos históricos, etc...

Queda así planteado el telón de fondo en el que se situará la ficción novelesca, el devenir de la familia Abd el-Gawwad, en un Egipto que atraviesa por una etapa crucial en el desarrollo y formación de su historia reciente.

Sólo a grandes rasgos, este marco histórico sería: un Egipto sometido a la ocupación inglesa, ante la cual el pueblo se rebela con las armas que tiene a su alcance; las manifestaciones, huelgas, negociaciones... serán una constante en los tres volúmenes que componen la obra. Asistimos al nacimiento, con mayor o menor fuerza, de las nuevas formaciones que configurarán el panorama político de la época. Entre ellas, dos, diametralmente opuestas, Hermanos Musulmanes y Partido

*Comunista, a cuya ideología, claramente plasmada a lo largo de la obra, se adscribirán dos de los nietos del señor Ahmad. Por encima de ellos, el Wafd, partido mayoritario —con sus períodos de esplendor y crisis—, cuyo fundador y líder Saad Zaglul, será el representante de las demandas de independencia del pueblo egipcio. El estallido de la II Guerra Mundial deja sus efectos en El Cairo: restricciones, censura, bombas... serán en **La Azucarera** ingredientes constitutivos de la vida de los ciudadanos. En resumen, eternas luchas Palacio-Wafd, surgimiento de las diferentes ideologías canalizadas a través de la aparición de nuevos partidos políticos, influencia de ambas guerras mundiales sobre el país y, como punto central e hilo conductor, un exacerbado sentimiento nacionalista, el eterno odio al «inglés», y el también imperecedero deseo de independencia por encima de todo. Independencia que fue declarada unilateralmente por el gobierno británico el 28 de febrero de 1922, pero que incluía una serie de puntos reservados que la limitaban en gran medida, haciéndola prácticamente inoperante hasta que, tras la Revuelta de los Oficiales Libres, ambos países negociaron un acuerdo por el que el último soldado inglés abandonó el territorio en 1954.*

Como elemento de enlace entre estos dos mundos, el real y el imaginario, se presenta la actitud de los personajes de ficción ante los acontecimientos históricos. Estos personajes, con sus alegrías y problemas cotidianos, sus amores y sus decepciones, serán el eslabón de enlace entre el mundo exterior, la vida política de Egipto, y el interior, la vida cotidiana de la familia, constituyéndose como tipos humanos, representantes de la ideología de todo un pueblo, del sentir de la sociedad egipcia de la época; y su propia evolución ideológica será el reflejo de la evolución del país.

Respecto a los títulos de los tres volúmenes que componen la Trilogía quiero hacer una aclaración: se ha considerado conveniente traducirlos literalmente para facilitar al lector el acceso a ellos; no obstante, los títulos originales de estos libros son:

Bayn el-Qasrayn
Qasr el-Shawq
El-Sukkariyya

que, como se puede apreciar a través de la lectura, son los nombres de las tres zonas del Viejo Cairo, próximas entre sí, donde se centra la acción de la novela.

*La traducción de **La Azucarera** ha sido realizada como sigue: Clara M.^a Thomas de Antonio (capítulos 1 al 6), M.^a Dolores López Enamorado (7 al 15), Eugenia*

Gálvez Vázquez (16 al 25), Rafael Valencia Rodríguez (26 al 35), Carmen Gómez Camarero (36 al 44) y Fernando Ramos López (45 al 54). Los glosarios, la corrección y la revisión final del texto, así como la coordinación de este equipo han corrido a mi cargo.

El tiempo al que he aludido más arriba nos va conduciendo inexorablemente al final de la Trilogía. Ese paso de los años se erige como protagonista de la evolución de los personajes, llevándolos a un final en que la vida y la muerte harán, simultáneamente, su última aparición en esta obra.

M.^a DOLORES LÓPEZ ENAMORADO

1

Las cabezas se agruparon en torno al brasero, y las manos se extendieron al calor de su lumbre: las manos finas y descarnadas de Amina, las petrificadas de Aisha, y las de Umm Hánafi, que se parecían al caparazón de una tortuga; pero esas otras, hermosas y de resplandeciente blancura, eran las de Naíma. El frío de enero casi se había convertido en hielo por toda la sala, esa sala que se conservaba como antaño, con sus alfombras de colores y sus sofás distribuidos junto a las paredes. Tan sólo había desaparecido el antiguo farol, con su candil de gas, y colgaba del techo una lámpara eléctrica. La sala también había cambiado de lugar, pues la reunión del café se había trasladado al primer piso; más aún, todo el piso superior se había trasladado al de abajo, para hacérselo accesible al padre, cuyo corazón ya no le ayudaba a subir la escalera de arriba. Y había otro cambio que había afectado a la propia gente de la casa. El cuerpo de Amina se había secado, su cabeza había encanecido y, aunque apenas había cumplido los sesenta, parecía diez años más vieja. Pero el cambio de Amina no era nada comparado con el derrumbamiento y postración de Aisha. Era algo que invitaba a la risa o a la conmiseración, pues su cabello seguía siendo dorado, y sus ojos, azules; pero aquella mirada apagada no sugería vida. Aquella tez macilenta ¿con qué enfermedad se había marchitado? Y ese rostro de huesos prominentes, en el que se habían hundido los ojos y las mejillas, ¿era el rostro de una mujer de treinta y cuatro años? En lo referente a Umm Hánafi, parecía que los años se habían ido acumulando sobre ella sin afectarla de forma sustancial, pues apenas habían tocado su carne y su grasa, que se le hacinaban sobre la piel y en torno al cuello y la boca, como el polvo o las costras. Pero sus ojos sombríos demostraban que compartía con la gente de la casa su muda tristeza. En ese grupo, tan sólo Naíma parecía una especie de rosa plantada en el patio de un cementerio. Se había transformado en una jovencita de dieciséis años, con el cabello cubierto por un halo dorado y el rostro adornado por dos ojos azules, como Aisha de joven, o de una hermosura aún más fascinante. Pero era delgada y frágil como una quimera; sus ojos reflejaban una mirada apacible y soñadora que destilaba pureza, candor y extrañeza frente al mundo; y se pegaba al costado de su madre, como si no quisiera separarse de ella ni un solo instante.

—Los albañiles se irán del edificio esta semana, después de año y medio de trabajo... —dijo Umm Hánafi, frotándose las manos sobre el brasero.

—El edificio del tío Bayumi, el de los refrescos... —agregó Naíma con acento

burlón.

Los ojos de Aisha se alzaron un instante desde el brasero hasta el rostro de Umm Hánafi, pero no hizo ningún comentario. En su momento se habían enterado de la demolición de la casa que un día había sido del señor Muhammad Redwán, y luego de su reconstrucción, en forma de edificio de cuatro plantas, a nombre del tío Bayumi, el de los refrescos. ¡Esos antiguos recuerdos...! ¡Maryam y Yasín...! Pero ¿qué había sido de Maryam? ¿Y de Umm Maryam y de Bayumi, el que se había adueñado de la casa al heredar una parte y comprar otra? ¡Días en que la vida era vida y el corazón estaba libre de preocupaciones!

—Lo más bonito que tiene, señorita —continuó Umm Hánafi—, es la nueva tienda del tío Bayumi: ¡arañas de cristal, helados, dulces... toda llena de espejos y de luz eléctrica... y la radio funcionando día y noche! ¡Qué lástima me dan Hasaneyn el barbero, Darwísh el vendedor de habas, el-Fuli el lechero y Abú Sari el de las pipas, cuando miran desde sus tiendas desvencijadas a la tienda y al edificio de su antiguo colega...!

—¡Glorifica a tu generoso Señor! —replicó Amina, liándose el chal alrededor de los hombros.

Naíma, rodeando el cuello de su madre con los brazos, volvió a decir:

—El muro de la casa nos ha tapado la azotea por ese lado. ¿Cómo podremos pasar el tiempo en ella si se llena de inquilinos?

Amina no podía ignorar una pregunta que le dirigía su preciosa nieta, ante todo en atención a los sentimientos de Aisha; y le dijo:

—Que no te preocupen los inquilinos. Disfruta como quieras.

Y miró de reojo a Aisha para ver el efecto que le causaba su amable respuesta, pues, de tanto recelar por ella, casi había llegado a temerla. Pero Aisha estaba absorta en ese momento contemplando un espejo situado sobre un velador que había entre la habitación del señor y la suya. Seguía con la costumbre de mirarse al espejo, aunque ya no tenía ningún sentido para ella. Al cabo de los años ya no le asustaba el espectáculo de su rostro macilento, y siempre que una voz interior le preguntaba: «¿Dónde está la Aisha de aquel entonces?», contestaba con indiferencia: «¿Y dónde están Muhammad, Uzmán y Jalil?». Cuando Amina observaba aquello, se le encogía el corazón, y la congoja pasaba rápidamente a Umm Hánafi, que estaba tan fundida con la familia que hasta había heredado sus preocupaciones. Naíma se levantó en dirección a la radio, colocada entre el recibidor y el comedor, y giró el interruptor diciendo:

—Es la hora de los discos, mamá...

Aisha encendió un cigarrillo y le dio una honda calada. Amina se puso a mirar el humo, que se extendía como una nube ligera sobre el brasero, al tiempo que emanaba de la radio una voz que cantaba: «Oh, compañía del pasado hermoso, ¡ojalá volvieras!». Naíma volvió a su asiento, ciñéndose el batín en torno al cuerpo. Al igual que su madre en otros tiempos, era una enamorada del canto. Tenía el don de saber cómo escucharlo, cómo aprendérselo y cómo repetirlo con una hermosa voz. Esa pasión no afectaba a sus sentimientos religiosos, que predominaban sobre todos los demás, pues rezaba asiduamente, ayunaba en Ramadán desde que había cumplido los diez años, soñaba a menudo con el mundo de lo desconocido, y acogía con infinita alegría la visita a el-Huseyn, cuando su abuela se lo proponía. Pero al mismo tiempo no renunciaba a su pasión por el canto y, siempre que se quedaba a solas en su habitación o en el baño, se ponía a cantar. A Aisha le complacía todo lo que procedía de su única hija, esa esperanza luminosa en su sombrío horizonte. Le gustaba su devoción, así como su voz, e incluso el apego que la joven le tenía —ese apego que parecía desmesurado—, que ella fomentaba y amaba, y sobre el cual no soportaba escuchar ninguna observación. Es más, le molestaba la crítica en general, por insignificante y bienintencionada que fuera; entre otras, la de que no tuviera más ocupación en la casa que estar sentada, beber café y fumar. Cuando su madre la invitaba a participar en algún trabajo —no porque necesitara su ayuda, sino por darle algo que la distrajera de sus pensamientos—, se irritaba y decía su frase habitual: «¡Uf... déjame en paz!». Tampoco permitía que Naíma trabajara en nada, como si temiera que hiciese el menor movimiento; y, si hubiera podido rezar en su lugar, lo habría hecho, para ahorrarle el esfuerzo de la oración. ¡Cuántas veces le había hablado su madre de este asunto, alegando que Naíma se había convertido en «una novia» y debía familiarizarse con los deberes del «ama de casa»! Pero ella le decía con una voz que revelaba fastidio: «¿No ves que está como un fantasma? Mi hija no aguantaría ningún esfuerzo; así que, ¡déjala en paz! Ya no me queda más esperanza en este mundo que ella». Entonces Amina se sentía incapaz de seguir hablando. El corazón se le rompía de tristeza al mirar a su hija y encontrar que era la viva imagen de la decepción. Y viendo su rostro desgraciado, que había perdido toda expresión de vida, su alma se deshacía en lamentos. Por eso se compadecía de sus sufrimientos, y por eso se había acostumbrado a soportar con magnanimidad y benevolencia las respuestas frías o las duras observaciones que salían de ella. La voz siguió cantando: «Oh, compañía del pasado hermoso». Aisha se puso a fumar su cigarrillo mientras la escuchaba. Ni la tristeza ni la desesperación habían podido matar su sensibilidad hacia esa canción, que tanto le había gustado y le seguía gustando; más aún, quizás

ambas se la habían reforzado, por las expresiones de pena e infortunio que repetía, aunque nada en la existencia podía resucitar aquella compañía del hermoso pasado. Más bien tenía que preguntarse a veces si ese pasado había sido una realidad y no un sueño o una fantasía, pues, ¿dónde estaba el próspero hogar? ¿Dónde el noble marido? ¿Dónde Uzmán y dónde Muhammad? ¿Sólo la separaban de ese pasado ocho años? Amina raras veces disfrutaba con tales canciones. La primera virtud de la radio, en su opinión, era que le permitía escuchar el sagrado Corán y las noticias; pero, en lo referente a las canciones, se conmovía al percibir sus tristes expresiones, y le preocupaba que su hija las oyera, hasta el punto de que una vez le dijo a Umm Hánafi: «¿No es esto un lamento fúnebre?». No dejaba de pensar en Aisha hasta casi olvidarse de los síntomas de tensión alta, y su cortejo de achaques, que habían empezado a afectarla. No encontraba alegría más que en la visita a el-Huseyn y a otros santones, agradeciendo al señor que no se lo prohibiera y la dejara ir libremente a las casas de Dios. Tampoco era la Amina de otros tiempos. La tristeza y los problemas de salud la habían cambiado mucho. Con el paso de los años había perdido su asombroso celo para el trabajo y su extraordinaria energía para organizar, limpiar y administrar. Ya no se preocupaba de nada, fuera de las cosas del señor y de Kamal, y había encomendado a Umm Hánafi la habitación del horno y la despensa, conformándose con la supervisión. E incluso esta la descuidaba. Tenía una infinita confianza en Umm Hánafi, pues no se trataba de alguien extraño a la casa y a su gente; además, había compartido la vida con ella, era su compañera de dichas y desgracias, y se había fusionado con la familia hasta convertirse en un pedazo de esta y participar con toda su alma en sus alegrías y sus tristezas. Reinó el silencio un rato, como si la canción se hubiera apoderado de sus conciencias, hasta que Naíma lo rompió diciendo:

—Hoy he visto en la calle a mi amiga Salma. Estaba conmigo en primaria, y el año que viene va a presentarse al examen de bachillerato.

—Si tu abuelo te hubiera permitido continuar los estudios —replicó Aisha irritada—, la habrías superado. ¡Pero tu abuelo no lo permitió!

Amina captó la protesta que se insinuaba en la frase «pero tu abuelo no lo permitió», y dijo:

—Su abuelo tiene sus opiniones, a las que no renuncia. Pero ¿habrías aceptado de buen grado que ella, tu frágil hijita que no soporta el esfuerzo, continuara estudiando a pesar de las fatigas que eso exige?

Aisha agitó la cabeza sin decir palabra, pero Naíma dijo apesadumbrada:

—Me hubiera gustado acabar mis estudios. Hoy día todas las chicas estudian

igual que los chicos.

—Estudian porque no encuentran novio —repuso Umm Hánafi con desdén—, pero la que es guapa como tú...

Amina movió la cabeza en señal de aprobación, y luego dijo:

—Y tú eres culta, prenda mía. Ya has cursado la primaria, ¿qué más quieres? No necesitas un empleo. Pidamos a Dios que te haga fuerte y que revista tu fascinante belleza de salud, de carne y de grasa.

—Le deseo salud, pero no obesidad —replicó Aisha con vehemencia—. La obesidad es un defecto, especialmente en las chicas jóvenes. Su madre fue la hermosura de su época y no era gorda.

Amina sonrió al decir con delicadeza:

—Es verdad, Naíma; tu madre era la hermosura de su época.

—¡Y se ha convertido en el escarmiento de los días! —dijo Aisha suspirando.

—¡Que nuestro Señor te alegre con su gracia! —murmuró Umm Hánafi.

—¡Que así sea, Señor de los mundos! —añadió Amina, acariciando la espalda de Naíma con ternura.

Y volvieron a quedarse en silencio y a escuchar la nueva voz que cantaba: «Quiero verte cada día». Entonces la puerta de la casa se abrió y luego se cerró. Y dijo Umm Hánafi, levantándose precipitadamente y saliendo a encender la luz de la escalera: «Mi señor». No tardaron en oír los habituales golpes del bastón. Luego apareció él en la sala, y todas se pusieron en pie cortésmente. Se detuvo un poco, mirándolas entre jadeos, y luego dijo: «Buenas noches». Ellas contestaron al unísono: «¡Que tengas una feliz velada!». Amina fue delante de él a su habitación y dio la luz. El hombre la siguió, envuelto en ese halo de dignidad que otorga la noble senectud, y se sentó para recobrar el aliento. ¡No eran más que las nueve! Su elegancia seguía siendo la misma de antaño, pues la *yubba* de paño, el caftán satinado y la *kufiyya* de seda eran como en los antiguos tiempos; pero esa cabeza coronada de blancura, ese bigote plateado, y ese cuerpo delgado y «deshabitado», así como su regreso a hora tan temprana, eran todos ellos avatares de los nuevos tiempos. Y también lo eran el cuenco de leche cuajada y la naranja que le preparaban para la cena. Ni vino, ni aperitivos, ni carne, ni huevos. No obstante quedaba el destello de sus grandes ojos azules como señal de que sus ansias de vivir no habían disminuido ni se habían debilitado. Empezó a desvestirse con la ayuda de Amina, como de costumbre; luego se puso su *guilbab*, se envolvió en su manto de lana, se plantó su *táqiya* en la cabeza y después se sentó a la turca sobre el sofá. Amina le trajo la bandeja con la cena, que se tomó sin entusiasmo, y luego le dio un vaso lleno

de agua hasta la mitad; él tomó el frasco de la medicina y echó varias gotas en el vaso, tragándose lo a continuación con cara de asco y farfullando después: «Alabado sea Dios, el Señor de los mundos». ¡Cuántas veces le había dicho el médico que la medicina era provisional, pero que el régimen era para siempre! ¡Cuántas veces le había advertido que no lo dejara ni lo descuidara, pues el problema de la tensión se había agravado y le había afectado al corazón! Y la experiencia le había obligado a creer en las prescripciones del médico, después de todo lo que había sufrido por despreciarlas. Cada vez que se salía de los límites, recibía su merecido. Y finalmente tuvo que someterse a su veredicto, no comiendo ni bebiendo más que lo que le permitían, ni trasnochando más allá de las nueve. Pero su corazón no renunciaba a la esperanza de que un día recuperaría su salud —con el poder de Dios— y podría disfrutar de una vida buena y apacible, aunque la vida del pasado hubiera acabado para siempre. Se puso a escuchar encantado la canción que estaba emitiendo la radio, sin prestar atención a Amina que le hablaba, desde el *puf* en que estaba sentada, del frío de ese día y de la lluvia que había caído por la mañana.

—Me han dicho que esta noche iban a retransmitir las canciones antiguas... — dijo él alegre.

—La mujer sonrió con agrado, pues le gustaba esa clase de canciones, más en virtud del amor que el señor les profesaba que por otra cosa.

La alegría siguió brillando en los ojos del señor unos instantes, hasta que languideció. Ya no podía disfrutar de un sentimiento de dicha sin reservas o sin que se le volviera en contra de repente, pues despertaba de su sueño chocando con la realidad, esa realidad que lo rodeaba por los cuatro costados. En cuanto al pasado, este era un sueño. ¿Cómo alegrarse cuando se habían desvanecido para siempre los días de solaz, de gozo y de salud, y se había acabado el placer de comer, beber y disfrutar? ¿Dónde estaba su forma de trotar por la tierra como un camello? ¿Y esa risa suya que resonaba desde lo más hondo del alma? ¿Y los tiempos en que el alba lo sorprendía ebrio de diversas alegrías? Hoy estaba condenado a volver de su velada a las nueve, para irse a dormir a las diez; condenado a comer, beber y comportarse según un plan riguroso registrado en el cuaderno del médico. Así la casa, que el tiempo había cubierto de desolación, era su corazón y su morada, y la pobrecilla Aisha, una espina en su costado, pues él no podía reparar la vida que se le había estropeado. ¿Cómo no iba a inquietarse por ella! ¿Acaso no la veía el día de mañana sola y desesperada, sin padre ni madre? Además, la inquietud que sentía por su propia salud venía de la amenaza de que se agravara. Lo que más temía era que le traicionaran las fuerzas, y tuviera que quedarse en cama como un muerto, aun no

estándolo como la mayoría de sus amigos y seres queridos. Y pedía a Dios que lo protegiera de esos pensamientos que daban vueltas a su alrededor como las moscas. ¡Claro que debía escuchar las canciones antiguas, aunque sólo fuera para dormirse al son de su melodía...!

—Deja la radio encendida, incluso aunque me duerma...

Amina agitó la cabeza, sonriendo, en señal de afirmación; y él volvió a decir suspirando:

—¡Qué dura se me hace la escalera!

—Descansa en cada rellano, señor...

—Pero es que el aire de la escalera es muy húmedo... ¡Qué maldito invierno!...

—luego, inquisitivo—: Apuesto a que has visitado el-Huseyn, como de costumbre, a pesar de este frío...

—Con tal de visitarlo, todas las dificultades se allanan, señor —dijo ella con timidez y apuro.

—¡La culpa es sólo mía!

Y replicó ella en actitud conciliadora:

—Doy vueltas en torno al sagrado mausoleo rezando por tu salud y tu bienestar.

¡Qué perentoria era su necesidad de una oración sincera! Todo lo bueno le volvía la espalda.

Incluso la ducha fría, con la que solía reanimar su cuerpo cada mañana, le estaba prohibida por el peligro que, según decían, entrañaba para sus arterias. Y cuando todo lo bueno se convierte en nocivo, ¡que Dios se apiade de nosotros! Pasó un corto espacio de tiempo. Luego llegó hasta la habitación el chasquido de la puerta de la casa al cerrarse. Amina levantó los ojos, murmurando: «Kamal». Apenas pasados unos minutos, entró este en la habitación, con su abrigo negro que resaltaba su delgadez y su alta estatura, mirando a su padre a través de sus gafas de oro. Su bigote cuadrado, espeso y negro le daba un aire de dignidad y hombría. Se inclinó sobre la mesa de su padre para saludarlo, y este lo invitó a sentarse, mientras le preguntaba, como de costumbre, sonriendo:

—¿Dónde has estado, profesor?

A Kamal le gustaba ese tono cariñoso y amable, que no le había tocado en suerte hasta después de largos años. Y respondió, sentándose en el sofá:

—Estuve en el café con los amigos.

«¿Qué clase de amigos...? Sin embargo, parece demasiado serio, circunspecto y grave para su edad. Además la mayoría de las noches las pasa en su biblioteca. ¡Qué grande es la diferencia entre él y Yasín, a pesar de que cada uno de ellos lleva a

cuestas su desgracia!» Y le volvió a preguntar sonriendo:

—¿Has asistido hoy al congreso del Wafd?

—Sí, y hemos escuchado el discurso de Mustafa el-Nahhás. Ha sido un día memorable.

—Nos dijeron que se trataba de un acontecimiento importante, pero no podía asistir, y le di la tarjeta de invitación a un amigo. La salud ya no soporta el esfuerzo.

A Kamal le dio compasión, y murmuró:

—¡Que Nuestro Señor te devuelva las fuerzas! —¿No ha habido incidentes?

—Pues no. El día ha transcurrido en paz. La policía, en contra de su costumbre, se ha limitado a vigilar.

El hombre agitó su cabeza con satisfacción; luego dijo en tono alusivo:

—Volvamos a nuestro antiguo tema. ¿Sigues manteniendo tu equivocada opinión sobre las clases particulares?

Aún seguía sintiéndose confuso y apurado cada vez que se hallaba obligado a manifestar su desacuerdo con la opinión de su padre, y dijo con delicadeza:

—¡Ya habíamos zanjado ese tema!

—Cada día hay amigos que me piden que des clases particulares a sus hijos. No rechaces unos medios de subsistencia legítimos. Las clases particulares son una buena fuente de ingresos para los maestros, y los que te lo piden son los notables del barrio...

Kamal no dijo esta boca es mía, aunque su rostro expresó una cortés negativa. Y el hombre volvió a decir apenado:

—¡Te niegas a hacerlo, para luego perder el tiempo en lecturas que no tienen fin, y escribiendo a cambio de nada! ¿Es esto digno de alguien inteligente como tú?

Entonces Amina se volvió hacia Kamal diciendo:

—Tienes que amar el dinero como amas la ciencia. —Luego, dirigiendo la palabra al señor, mientras sonreía con orgullo—: Es como su abuelo. ¡No pone nada al mismo nivel que el amor a la ciencia!

—¡Ya estamos de nuevo con su abuelo! —replicó el señor, fastidiado—. ¿Quiere eso decir que era el imán Muhammad Abdu?

Y aunque ella no conocía nada del imán, dijo con entusiasmo:

—¿Y por qué no, señor mío? Todos los vecinos recurrían a él para sus asuntos religiosos y terrenales.

El espíritu burlón se apoderó del señor, y dijo riendo:

—¡Ahora se encuentran diez como él por una piastra! El rostro de la mujer reflejó una muda protesta, Y Kamal, sonriendo con cariño y turbación, pidió permiso

para marcharse, y luego dejó la habitación. En la sala, le salió al encuentro Naíma para enseñarle su vestido nuevo. Mientras ella iba a traerlo, él se sentó a esperar al lado de Aisha. Halagaba a Aisha, como el resto de la gente de la casa en la persona de Naíma, pero además admiraba a la bella muchacha, como había admirado antaño a su madre. Naíma trajo el vestido, y Kamal se lo extendió delante, y se puso a examinarlo, haciendo manifestaciones de asombro, mientras contemplaba a la dueña del vestido con cariño y amor. Estaba cautivado por su insólita y reposada belleza, que el candor y la dulzura revestían de una hermosa luminosidad. Y se fue de allí con el corazón no exento de pesar, pues acompañar a una familia hasta su declive es algo desolador: no le resultaba fácil ver a su padre en su debilidad, tras haberlo visto en su poderío y despotismo; ver a su madre marchitarse y desaparecer detrás de la vejez; o ver el derrumbamiento y postración de Aisha, en esa atmósfera cargada de presagios de desgracia y aniquilación. Subió por la escalera hasta el piso superior — su apartamento, como él lo llamaba— donde vivía solo, entre su dormitorio y su biblioteca, que daban a Bayn el-Qasrayn. Se quitó la ropa y, ya vestido con su *guilbab* y envuelto en el batín, pasó a su biblioteca, que estaba compuesta por una gran mesa de despacho, pegada a la celosía, y dos filas de estanterías con libros a ambos lados. Quería leer, al menos, un capítulo del libro *Dos fuentes de la religión y la moral* de Bergson, y dar un último repaso a su artículo mensual para la revista *el-Fikr*, que esta vez versaba sobre el pragmatismo. Esas pocas horas dedicadas a la filosofía, que se extendían hasta la medianoche, eran los momentos más felices de su día, aquellos en los que se sentía —según su propia expresión— un ser humano. En cuanto al resto del día, que se pasaba trabajando como maestro en la escuela primaria de el-Salihdar, o satisfaciendo las diversas exigencias inevitables de la vida, pertenecía a la esfera del animal oculto en él, que siempre intentaba preservarse y satisfacer sus apetitos. No le gustaba su trabajo oficial, ni lo respetaba, pero no manifestaba su descontento, especialmente en casa, por miedo a que se alegraran de ello los que siempre se alegran del mal ajeno. Y a pesar de todo, era un magnífico maestro, que gozaba de gran estima. Cuando el director le encomendaba algunas actividades escolares, él se entregaba a ellas, burlándose de la esclavitud. ¿No es el esclavo el que realiza el trabajo que no le gusta? Lo cierto es que su pasión por superarse, a la que estaba acostumbrado desde pequeño, era la que lo empujaba de forma despiadada a esforzarse y sobresalir. Desde el principio se había propuesto ser una persona respetada entre los alumnos y los maestros. Y había logrado lo que quería. Más aún, era una persona respetada y querida al mismo tiempo, a pesar de su cabezón y su enorme nariz... Sin duda el mérito principal de la fuerte resolución que

lo había convertido en esa personalidad respetada, lo tenían ellas —su cabeza y su nariz— o su dolorosa percepción de ambas. Sabía que su cabeza y su nariz provocarían desórdenes a su alrededor, y tomó la decisión de protegerlas, y protegerse a sí mismo, de las intrigas de la gente maliciosa. Claro está que, a veces, no se libraba de algún guiño o de alguna alusión, durante la clase o en el patio de juego de la escuela. Entonces hacía frente al ataque con gran firmeza, y luego lo suavizaba con su innato buen carácter. Además su reconocida capacidad pedagógica, y los temas novedosos y enardecedores, tocantes al nacionalismo o los recuerdos de la revolución, en los que se embarcaba de vez en cuando, hacían que la «opinión general» entre los alumnos se inclinara a su favor. ¡Aparte de su enérgica firmeza, que en caso de necesidad era una garantía para acabar con los desórdenes nada más surgir! ¡Cuántas veces, al principio, lo hizo sufrir la insinuación hiriente! ¡Cuántas veces se reavivaron sus olvidadas tristezas! Pero al final se alegró de la elevada posición que había llegado a conseguir en las almas de los pequeños, los cuales lo contemplaban con asombro, amor y veneración. También había tenido que enfrentarse con otro problema, relacionado con sus artículos mensuales en la revista *el-Fikr*. Esa vez temió que el director y los maestros le pidieran cuentas de las filosofías antiguas y modernas que exponía en ellos, y que a veces criticaban los dogmas y la moral de un modo incompatible con la responsabilidad del «maestro». Pero, por fortuna, ninguna de esas personas responsables se hallaba entre los lectores de *el-Fikr*. Además, supo al poco tiempo que sólo se imprimían mil ejemplares de la revista, la mitad de los cuales eran enviados a los países árabes. Eso lo animó a escribir en ella, sin temer por sí mismo ni por su empleo. Durante esas pocas horas, «el maestro de lengua inglesa en la escuela primaria de el-Salihdar» se convertía en un turista que exploraba libremente unos campos ilimitados del pensamiento, leyendo y tomando unas notas, que luego reunía en sus artículos mensuales. Lo impulsaban a luchar el deseo de saber y el amor a la verdad, el espíritu de aventura teórica, y el anhelo de consolarse y atenuar la atmósfera de aflicción que lo cubría y la sensación de soledad que se ocultaba en lo hondo de su alma.

Buscaba refugio a su aislamiento en el monismo de Spinoza; se consolaba de su insignificancia participando en la victoria sobre el deseo de Schopenhauer; atenuaba su sentimiento por la desgracia de Aisha con un sorbo de la filosofía de Leibniz sobre la explicación del mal; o regaba su corazón sediento de amor con el talento poético de Bergson. Pero su lucha ininterrumpida no lograba recortar las garras de la incertidumbre, que alcanzaba el límite del suplicio, pues la verdad es un amante no menos experto que el amante humano en coquetear, dar negativas, jugar con las

mentes y provocar la duda y los celos, al tiempo que un violento deseo de posesión y de unión amorosa. La verdad, como el amante humano, está expuesta a tener diversas caras, pasiones y cambios, y en muchos momentos no está libre de ardidés y engaños, de crueldad y arrogancia. Cuando, al cabo de sus fuerzas, la incertidumbre le dominaba, se decía para consolarse: «Es posible que esté atormentado realmente, pero estoy vivo; soy un hombre vivo, y la vida del ser humano no sería digna de tal nombre si no se pagara un precio».

2

Revisar los cuadernos, llevar las cuentas, hacer el balance del día anterior... Todo eso lo cumplía Ahmad Abd el-Gawwad a la perfección y con la minuciosidad con que solía hacerlo desde antiguo. Pero hoy lo realizaba con una fatiga que no había sentido antes de que los años y la enfermedad se apoderaran de él. Verlo inclinado sobre sus cuadernos bajo el tablón de la *Basmala*, con su bigote plateado casi oculto bajo su enorme nariz, cuyo grosor había aumentado al adelgazar su rostro, era un espectáculo digno de compasión. Pero el aspecto de su encargado y ayudante, Gamil el-Hamzawi, que rondaba los setenta años, era digno de un lamento fúnebre, pues tan pronto como se deshacía de un cliente, se desplomaba sobre su asiento, jadeando. Ahmad se decía a sí mismo con cierta irritación: «¡Si fuéramos funcionarios, la pensión nos libraría, a una edad como la nuestra, del esfuerzo y el trabajo!».

—La situación aún sigue resintiéndose de los efectos de la crisis económica — dijo el señor, levantando la cabeza del cuaderno.

En los pálidos labios de el-Hamzawi se dibujó el disgusto, al decir:

—No hay duda; pero este año es mejor que el pasado, y el pasado fue mejor que el anterior... En cualquier caso, ¡alabado sea Dios!

Al año 1930 y a los que le siguieron, los comerciantes de la época los llamaban «los días del pánico». Eran los momentos en que Ismail Sidqi dominaba la vida política, la escasez se enseñoreaba de la vida económica. Se hablaba mañana y tarde de quiebras y liquidaciones y todos se besaban las manos, preguntándose por lo que les depararía el mañana. Él mismo había sido, sin lugar a dudas, uno de los afortunados, porque su pobreza no lo había llevado a la bancarrota que, año tras año, lo había amenazado.

—Claro que sí, ¡alabado sea Dios en cualquier caso!

Y encontró a Gamil el-Hamzawi contemplándolo con una mirada extraña, en la que había vacilación y apuro. «¿Qué le pasa?», se preguntó. El hombre se puso en pie y acercó su silla al escritorio; luego se sentó sonriendo con embarazo. A pesar de que el sol brillaba, el frío era intenso, y en el aire soplaban, dejando oír su silbido, fuertes ráfagas de viento, que hacían temblar las puertas y las ventanas.

—Venga... ¿qué te ocurre? —dijo el señor, enderezándose en su asiento—. Estoy seguro de que me vas a decir algo importante.

El-Hamzawi bajó los ojos, y replicó:

—Mi posición no es precisamente envidiable... no sé cómo hablar...

—Pero yo he convivido contigo más que con mi familia —dijo el señor, animándolo—, así que puedes contarme todo lo que tienes dentro.

—Seguir conviviendo es lo que se me hace difícil, señor. ¿La convivencia? No se le había pasado por la cabeza. ¿Acaso quieres...? ¿De verdad?

—Ya es hora de que me retire —dijo el-Hamzawi con tristeza—. Dios no exige a nadie más de lo que puede hacer...

El corazón del señor se encogió, pues el retiro de el-Hamzawi no era sino un presagio de su propio retiro. ¿Cómo iba a llevar las cargas del trabajo que había en su tienda, estando enfermo y viejo como estaba? Miró a su encargado con perplejidad, y el hombre volvió a decirle afectado:

—Me apena mucho, pero ya no puedo con el trabajo. Esos tiempos han pasado. Pero he arreglado el asunto y no voy a dejarte solo. Mi lugar lo ocupará alguien más capacitado que yo...

Su confianza en la fidelidad de el-Hamzawi le había quitado de los hombros la mitad de sus penalidades. ¿Cómo alguien de sesenta y tres años iba a quedarse en la tienda desde el amanecer a la puesta del sol?

—Pero retirarse del trabajo —dijo— y encerrarse en casa, hacen que el hombre se venga abajo más deprisa. ¿Es que no lo has visto en los funcionarios que tienen pensión?

—El declive se produce antes del retiro —dijo el-Hamzawi sonriendo.

El señor se echó a reír de repente, como para disimular la turbación que acababa de sentir, antes de decirle:

—¡Viejo tunante! Me abandonas por plegarte a la insistencia de tu hijo Fuad.

—¡Dios me libre! —replicó el-Hamzawi afectado—. A nadie se le oculta mi estado de salud. Es la primera y última causa...

«¿Quién sabe? Fuad es ayudante de fiscal, y alguien de su posición no va a conformarse con dejar a su padre de simple trabajador en una tienda, aunque el dueño de ella sea la persona que le ha facilitado el camino para llegar a esa posición en la fiscalía». Sin embargo, sintió que manifestar aquello podía hacer sufrir a su buen encargado, y volvió a preguntarle con cariño:

—¿Cuándo se traslada Fuad a El Cairo?

—El verano de este año, o el del año que viene a lo sumo...

Transcurrió un momento de silencio, cargado de apuro, hasta que dijo el-Hamzawi, siguiendo al señor en su tono afectuoso:

—Y cuando se establezca conmigo en El Cairo, hay que pensar en casarlo, ¿no?

Entre siete hembras, es mi único hijo varón. Es totalmente necesario casarlo. Cada vez que pienso en ello, se me viene a la cabeza esa refinada señorita que es tu nieta...

Al decirlo, echó una disimulada mirada al rostro del señor. Luego murmuró:

—Es posible que no tengamos la posición, naturalmente...

Y el señor no pudo sino decir:

—¡Que el Señor te perdone, tío Gamil! Somos hermanos desde hace mucho tiempo...

«¿Acaso Fuad le ha instigado a tomar el pulso a la situación? Un ayudante de fiscal es algo importante, y además se trata de un buen chico, que es lo principal. Pero ¿es este el momento de hablar del matrimonio?»

—Dime primero: ¿estás dispuesto a retirarte?

Entonces le llegó desde la puerta de la tienda una voz que decía:

—Buenos días mil veces...

—Bienvenida... —luego, señalando el asiento que había dejado libre el-Hamzawi—. Por favor...

Zubayda, con su cuerpo que ya se había vuelto fofo y un rostro enmascarado por los afeites, tomó asiento. En su cuello, sus orejas o sus brazos, no había ni rastro de joyas.

Tampoco quedaba lugar para la antigua belleza. El señor se dispuso a acogerla como solía hacer con todos los clientes, pero no mejor. A su corazón no le gustaba la visita, porque ni una sola vez iba ella a verlo más que para abrumarlo con demandas. Le preguntó por su salud, y ella, por decir algo, respondió: «Bien, a Dios gracias». Tras un breve intervalo de tiempo, él le volvió a decir: «Bienvenida... bienvenida», y ella sonrió dando las gracias, aunque parecía haber percibido la tibieza que se escondía tras sus cumplidos. Se rio, fingiendo ignorar la atmósfera que la rodeaba, pues los días la habían enseñado a ser fría.

—No te quiero hacer perder el tiempo, cuando estás ocupado —le dijo después—, pero eres la persona más noble que he conocido en mi vida. Así que, o me haces otro préstamo, o me encuentras un comprador para mi casa. ¡Y ojalá fueras tú ese comprador!

—¿Yo? —dijo Ahmad Abd el-Gawwad, suspirando—. ¡Qué más quisiera! Pero los tiempos han cambiado, sultana. Cuántas veces te he declarado abiertamente la verdad... Aunque parece que no te la crees, sultana...

Ella se rio, disimulando su decepción, y dijo:

—La sultana está arruinada. ¿Qué se puede hacer?

—La vez anterior te di lo que pude, pero la situación no me permite volver a hacerlo...

—¿No me puedes encontrar un comprador para la casa? —preguntó con inquietud.

—Te buscaré un comprador, te lo prometo.

Y ella replicó confortada:

—No esperaba menos de ti, el más generoso de los señores. —Luego, con un tono triste—: No es sólo el mundo el que ha cambiado. La gente ha cambiado aún más. ¡Que Dios los perdone! En los días de gloria, rivalizaban entre sí por besar mis zapatos, y ahora, cuando me ven a un lado de la calle, cruzan al otro.

«Es inevitable que algo, mejor dicho, algunas cosas se deterioren en el ser humano: la salud, la juventud o la gente. Pero los días de gloria, los días de canciones y amor, ¿dónde están?»

—Y por otro lado, tú, sultana, no hiciste cálculos para el futuro.

—Es cierto —suspiró apenada—. No soy como tu hermana Galila, que comerciaba con la virtud y se procuraba dinero y casas. ¡Además Dios me afligió con esos granujas, hasta que la degradación se agravó con Hasan Ámbar, que me vendía una dosis de cocaína cuando era escasa en los zocos por una libra!

—¡Que Dios maldiga a...!

—¿A Hasan Ámbar?... Mil maldiciones.

—Más bien a la cocaína.

—Por Dios, la cocaína es más compasiva que el ser humano...

—No... no... Lo realmente triste es que caíste en sus redes.

—Mis fuerzas se han quebrado y mi dinero se ha perdido —dijo resignada y desesperada—. ¡Qué le vamos a hacer! ¿Cuándo me vas a encontrar un comprador?

—En la primera oportunidad que tenga, si Dios quiere.

—¡Escucha! —dijo en tono de reproche, al tiempo que se levantaba—. Cuando te visite la próxima vez, sonrío de corazón. Todas las afrentas carecen de importancia, excepto las que vengan de tu parte. Sé que te agobio con mis demandas, pero estoy en un apuro que sólo Dios conoce, y tú eres la persona más noble a mis ojos.

—No te imagines algo que no hay en mí —replicó, disculpándose—. ¡Lo que ocurre es que, cuando llegaste, estaba ocupado en una cuestión importante, pues, como sabes, las preocupaciones de los comerciantes nunca se acaban!

—¡Que Dios te libre de las preocupaciones!

Él inclinó la cabeza, dando las gracias, al tiempo que la escoltaba a la salida; luego la despidió diciendo:

—¡Eres bienvenida, de corazón, en todo momento!

En los ojos de Zubayda brilló una mirada apagada, que rebosaba tristeza. El señor sintió compasión por ella, y volvió a su asiento con el pecho encogido.

—¡Qué mundo! —dijo mirando a Gamil el-Hamzawi.

—¡Que Dios aleje sus males de ti, y te haga disfrutar de sus bienes!

Pero el tono de el-Hamzawi se endureció al apostillar:

—¡Sin embargo, es una consecuencia justa para una mujer libertina!

Ahmad Abd el-Gawwad hizo un brusco movimiento con la cabeza, como manifestando con él una muda protesta contra la dureza de esa severa reprimenda. Luego le preguntó con una voz en la que retomaba el tono que había interrumpido la llegada de Zubayda:

—¿Sigues empeñado en tu decisión de abandonarnos?

—No es un abandono —dijo el-Hamzawi apurado—, sino una jubilación... Y lo siento de todo corazón...

—¡Meras palabras, como esas con las que he halagado a Zubayda hace un minuto!

—¡Que Dios te perdone! Te estoy hablando de corazón. ¿No ves, señor, que la vejez casi me ha incapacitado?

En ese momento entró en la tienda un cliente, y el-Hamzawi fue a su encuentro. Y de pronto una voz antigua vino desde la puerta diciendo, en tono de piropro:

—¿Quién es ese que está sentado tras el escritorio como la luna?

Y apareció el *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad, con su tosco *guilbab* raído y descolorido, sus pantuflas desgarradas, la cabeza ceñida por una especie de chal de piel de camello, y apoyándose en el bastón. Parpadeaba, con sus ojos enrojecidos, apuntando la mirada hacia la pared contigua al escritorio del señor, creyendo que la apuntaba hacia él... Y, a pesar de su preocupación, el señor sonrió diciendo:

—Adelante, *sheyj* Mitwali... ¿Cómo estás?

El hombre dejó al descubierto su boca, en la que no quedaba un solo diente, al exclamar:

—¡Oh, tensión, esfúmate! ¡Oh, salud, retorna al señor de la gente...!

El señor se levantó y se dirigió hacia él. El *sheyj* mantuvo la mirada en esa dirección, pero al mismo tiempo retrocedió, como huyendo. Luego se puso a dar vueltas sobre sí mismo, señalando en las cuatro direcciones, mientras gritaba: «Por aquí vendrá el alivio... y por aquí vendrá el alivio». Después, se volvió a la calle, diciendo:

—Hoy no; mañana, o pasado. Di: Dios es el más sabio.

Y se marchó dando grandes zancadas, cuya vivacidad no estaba en consonancia con su desvencijado aspecto.

3

El viernes, los pájaros retornaron al nido, y la vieja casa se llenó de vida con la llegada de los hijos y los nietos. Se trataba de una afortunada tradición con la que no habían roto. Amina ya no era la «protagonista» del viernes como antaño, pues Umm Hánafi había asumido la primera posición en la cocina. Sin embargo, no renunciaba a recordar a la gente que Umm Hánafi era su alumna, pues su pasión por el elogio la animaba a manifestarlo abiertamente, a medida que se iba sintiendo menos digna de él. Además Jadiga —a pesar de estar en calidad de invitada— no era remisa a ofrecer su ayuda. Poco antes de que el señor se fuera a la tienda, los invitados — Ibrahim Sháwkat y sus hijos, Abd el-Múnim y Ahmad, así como Yasín y los suyos, Redwán y Karima— se apiñaron a su alrededor, embargados por esa sumisión que transformaba su risa en sonrisa y su conversación en murmullo. El señor hallaba en su presencia una alegría de la que dependía cada vez más al ir envejeciendo. Reprochó a Yasín que hubiera interrumpido sus visitas a la tienda, contentándose con la visita de los viernes. ¿Es que ese mulo no quería comprender que ansiaba verlo en cualquier momento? Y su hijo Redwán tenía un rostro hermoso, unos ojos negros y una tez sonrosada, y su belleza reflejaba diversos aspectos que le recordaban unas veces a Yasín y otras a Haniyya, la madre de Yasín, o bien a su querido amigo Muhammad Effat... Entre todos los nietos, este era el más querido a su corazón. Y Karima, su hermana pequeña, era una chiquilla de ocho años que maduraría de forma maravillosa, como lo atestiguaban sus negros ojos —los de Zannuba, su madre— que él contemplaba con una sonrisa humedecida por la vergüenza y los recuerdos. En cuanto a Abd el-Múnim y Ahmad, se contentaba con ver en sus rostros el valor nada desdeñable de su propio narizón, así como los ojillos de Jadiga... a pesar de que eran más atrevidos que los otros para hablarle. Y todos ellos, todos esos nietos, transitaban por la senda de sus estudios con un éxito que invitaba al orgullo, aunque parecían más preocupados por sí mismos que por su abuelo. Por un lado lo confortaban, al demostrarle que su vida no se había interrumpido ni se iba a interrumpir, y por otro, le recordaban que poco a poco su persona iba dejando de ser ese centro de atención que siempre había monopolizado. Aquello no debía entristecerlo, pues la edad traía la sabiduría, como traía la debilidad y la enfermedad. Pero no podía impedir que aquello hiciera aflorar sus recuerdos de cuando estaba, como ellos, en la primavera de la vida... sus recuerdos del año 1890. Estudiaba poco y se divertía mucho entre los antros de el-Gamaliyya o

frecuentando el-Ezbekiyya, con Muhammad Effat, Ali Abd el-Rahim e Ibrahim Alfar corriendo tras sus pasos. Su padre ocupaba la misma tienda, regañando poco a su hijo único y siendo muy benigno con él. La vida era una página en blanco, repleta de esperanzas. Luego estaba Haniyya... pero ¡despacio!... no debía dejarse llevar por los recuerdos.

Se puso en pie para hacer la oración de la tarde. Aquello era la señal que anunciaba su partida. Luego se vistió y se marchó a la tienda, mientras los demás se reunían para tomar el café en torno al brasero de la abuela, en un clima de encuentro y tertulia. El sofá principal lo ocuparon Amina, Aisha y Naíma; en el de la derecha se sentaron Yasín, Zannuba y Karima, y en el de la izquierda, Ibrahim Sháwkat, Jadiga y Kamal, mientras que Redwán, Abd el-Múnim y Ahmad tomaban asiento en unas sillas que estaban en medio de la sala, bajo la lámpara eléctrica. Ibrahim Sháwkat elogiaba, según su costumbre que el tiempo no había cambiado, los diversos manjares con que le habían deleitado, aunque sus alabanzas se habían limitado, en la última época, a la superioridad de la maestra sobre su distinguida alumna. Zannuba repetía los elogios de este como el eco, pues no descuidaba ninguna ocasión de poder halagar a alguien de la familia de su esposo. Lo cierto era que, desde que se le habían abierto las puertas de la familia de su marido y se le había permitido mezclarse con ellos, se dedicaba hábilmente a consolidar su relación con todos, porque consideraba aquello como un reconocimiento de su posición, tras haber pasado unos años viviendo aislada, al igual que una repudiada. La muerte de un hijo recién nacido de Yasín había sido la causa real de que la familia fuera de visita a su casa para dar el pésame. Entonces, por primera vez desde su matrimonio, la mano de Zannuba había estrechado las de ellos. Animada por esto, visitó el-Sukkariyya, y luego Bayn el-Qasrayn, cuando se agravó la enfermedad del señor. Más aún, tuvo la osadía de irlo a ver a su habitación, donde ambos se encontraron como dos personas nuevas, sin un pasado compartido. Así se había mezclado Zannuba con la familia de Ahmad, hasta el punto de que llegó a dirigirse a Amina, diciéndole «suegra», y a llamar a Jadiga, diciéndole «mi hermana». Siempre se mostraba como un modelo de decoro, y, a diferencia de las propias mujeres de la familia, evitaba acicalarse fuera de su casa, hasta el punto de parecer mayor de lo que era, ya que su belleza se había marchitado de forma prematura. Jadiga nunca se creyó que sólo tuviera treinta y seis años. Pero Zannuba había sido capaz de ganárselos a todos, con su buen ejemplo, hasta tal punto que un día dijo de ella Amina: «No hay duda de que es de buen origen... quizás por su origen lejano... pero, sea como sea... es una buena chica. ¡Es la única que ha convivido largo tiempo

con Yasín!». Jadiga, con sus carnes y su grasa, parecía más imponente que el propio Yasín, pero no negaba que era feliz con aquello, como lo era con Abd el-Múnim y Ahmad y con su vida conyugal afortunada en general. Sin embargo, no renunciaba ni un solo día a quejarse, para evitar el mal de ojo. Su trato hacia Aisha había sufrido un vuelco total, pues durante ocho años no había emitido ni una sola palabra que trasluciese ironía o aspereza, ni siquiera en plan de broma. Es más, ponía todo su empeño en tratarla con benevolencia, en darle pruebas de afecto y en ser amable con ella, tanto por humildad ante su desgracia y por miedo a los hados que la habían condenado de esa forma, como por temor a que la entristecida mujer se pusiera a hacer comparaciones entre la suerte de ambas. Había adoptado una actitud generosa el día en que Aisha había forzado a Ibrahim Sháwkat a renunciar a su legítimo derecho sobre la herencia de su difunto hermano en favor de Naíma, pasando todo el legado a manos de Aisha y de su hija. Jadiga había esperado que, en su momento, se le tuviera en cuenta su gesto, pero Aisha se había hundido en tal estupor, que no podía fijarse en la generosidad de su hermana. Aquello no fue obstáculo para que Jadiga la colmara de afecto, piedad e indulgencia, como si se hubiera convertido en otra madre para ella. No deseaba otra cosa que su aprobación y su amistad, para así reafirmarse en las razones del éxito que Dios le había concedido.

Ibrahim Sháwkat sacó una cajetilla de tabaco y se la ofreció a Aisha. Ella cogió un cigarrillo, dándole las gracias, él tomó otro a su vez, y ambos se pusieron a fumar. A menudo los excesos de Aisha con el café y el tabaco eran el punto de encuentro de diversas observaciones, pero ella las acogía normalmente con un encogimiento de hombros. Su madre se conformaba con decir en tono de ruego: «¡Que nuestro Señor le dé paciencia!». Yasín, por su parte, era el más atrevido de la familia para aconsejarla, como si la pérdida de su hijo lo hubiera cualificado para hacerlo. Pero Aisha no lo consideraba tan afectado como ella misma, y se negaba a concederle una posición importante en el país de los afligidos, ya que su hijo había muerto sin haber cumplido el año, al contrario que Uzmán o Muhammad. Lo cierto es que muchas veces parecía que su pasatiempo favorito era hablar de las desgracias, como si estuviera orgullosa de su destacado rango en el mundo del infortunio. A Kamal le llegó lo que hablaban Redwán, Abd el-Múnim y Ahmad sobre el futuro, y aguzó el oído sonriendo.

—Todos nosotros estamos en la rama de Letras —estaba diciendo Redwán Yasín—, y no tenemos más Facultad digna de ser elegida que la de Derecho.

—Entendido... entendido... —le contestó Abd el-Múnim Ibrahim Sháwkat con su vozarrón, rebosante de aplomo, mientras agitaba su inmensa cabeza, que lo

convertía en el chico más parecido a Kamal—: ¡Pero él no quiere entenderlo!

Con su última frase se estaba refiriendo a su hermano Ahmad, sobre cuyos labios se dibujó una sonrisa de ironía. Ibrahim Sháwkat aprovechó la oportunidad, y dijo señalando también a Ahmad:

—Que se matricule en Letras, si quiere, pero antes tiene que convencerme de su valor. ¡Yo comprendo las leyes, pero no comprendo las humanidades!

Kamal bajó la vista con cierta tristeza, pues le volvieron los ecos de una antigua discusión sobre el derecho y los maestros. Aún seguía respirando en el aire de las viejas esperanzas, pero la vida le asestaba cada día golpes crueles. El ayudante de fiscal, por ejemplo, no tenía necesidad de explicaciones, pero el escritor de los artículos de la revista *el-Fikr* quizás las necesitaba más que sus propios artículos inescrutables. Ahmad Ibrahim Sháwkat no lo dejó abandonado a su incertidumbre, pues lo miró con sus ojillos saltones, diciendo:

—Dejo la respuesta a mi tío Kamal.

Ibrahim Sháwkat esbozó una sonrisa para disimular su apuro. Kamal, por su parte, dijo sin entusiasmo:

—Estudia aquello que sientas adecuado a tu talento.

El triunfo se reflejó en el rostro de Ahmad, que movió su gallarda cabeza entre su hermano y su padre; pero Kamal añadió:

—Sin embargo, debes saber que Derecho te abrirá unas excelentes perspectivas para la vida profesional, que la Facultad de Letras no podrá abrirte. Si eliges Letras, tu futuro estará en la enseñanza, que es una profesión ardua y sin prestigio.

—Pero yo me orientaré hacia el periodismo.

—¡El periodismo! —gritó Ibrahim Sháwkat—. No sabe lo que dice.

—¡En nuestra familia es lo mismo liderar las ideas que guiar un carro! —replicó Ahmad, dirigiéndose a Kamal.

—Los líderes intelectuales más importantes de nuestro país son de Derecho... —dijo Redwán Yasín, sonriendo.

—¡Las ideas a las que me refiero son otra cosa! —replicó Ahmad con arrogancia.

—Y son algo terrible, demoledor —dijo Abd el-Múnim Sháwkat, frunciendo el ceño—. Por desgracia, sé lo que quieres decir...

—Reflexiona antes de seguir adelante —replicó Ibrahim Sháwkat a Ahmad, mirando a los otros como si los pusiera por testigos de sus palabras—. Aún estás en cuarto curso y tu herencia no pasará de las cien libras al año. Algunos de mis amigos se quejan amargamente de que sus hijos universitarios no encuentran trabajo o

trabajan como escribientes con sueldos ridículos. Después de esto... eres libre de elegir.

Yasín intervino en la discusión, haciendo la siguiente sugerencia:

—Escuchemos la opinión de Jadiga. Ella es la primera maestra de Ahmad y por lo tanto la más apta de todos nosotros para elegir entre Derecho y Letras...

Todas las bocas se dilataron en una amplia sonrisa. Hasta Amina, que estaba inclinada sobre la *kánaka* del café, sonrió. Más aún, incluso Aisha lo hizo. Jadiga, animada por la sonrisa de su hermana, replicó:

—Os voy a contar una divertida historia. Ayer, poco después del atardecer y en invierno oscurece pronto, como sabéis, yo volvía de Darb el-Ahmar hacia el-Sukkariyya, y sentí que un hombre me seguía. Y mira por dónde, al pasar a mi lado, bajo la cúpula de el-Mitwali, me dijo: «¿A dónde vas, guapa?». Y yo le contesté, mirándolo: «¡A casa, señorito Yasín!».

Toda la sala estalló en risas, mientras Zannuba le dirigía una significativa mirada, cargada de crítica y desesperación. Yasín, por su parte, empezó a hacer gestos con la mano a los que reían, hasta que reinó el silencio. Entonces preguntó:

—¿Es posible que me dejara cegar hasta ese punto?

—¡Basta! —le advirtió Ibrahim Sháwkat.

Karima, por su parte, cogió la mano de su padre y se rio, como si, a pesar de ser una cría de ocho años, hubiera comprendido el sentido de la historia de su tía.

—Los peores asuntos son los que hacen reír —dijo Zannuba, comentando la situación.

Yasín atravesó a Jadiga con una mirada de irritación, diciéndose: «Has cavado mi tumba, hija de perra».

—¡Si alguien de los presentes necesita las Letras —dijo Jadiga—, ese eres tú, y no el chalado de mi hijo Ahmad!

Zannuba ratificó sus palabras, pero Redwán defendió a su padre, calificándolo de inocente agraviado. Mientras tanto, Ahmad seguía mirando a Kamal, aferrándose a él como única esperanza. Por otro lado, Abd el-Múnim miraba a hurtadillas a Naíma, que parecía, pegada a su madre, una rosa blanca. Siempre que sentía posarse sobre ella los ojillos de su primo, su pálido y delicado semblante se sonrojaba. Ibrahim Sháwkat volvió a tomar la palabra, cambiando el curso de la conversación y dirigiéndose a Ahmad:

—Fíjate en el Derecho y en cómo ha convertido al hijo de el-Hamzawi en un poderoso ayudante de fiscal...

Kamal sintió como si esas palabras fueran una amarga crítica dirigida hacia su

persona.

Entonces Aisha habló por primera vez:

—Quiere pedir en matrimonio a Naíma.

Durante el intervalo de silencio con que fue recibida la noticia dijo Amina:

—Su padre se lo comunicó ayer a su abuelo...

—¿Y mi padre llegó a un acuerdo? —preguntó Yasín, serio.

—¡Aún es prematuro!

—¿Y cuál es la opinión de la señora Aisha? —inquirió Ibrahim Sháwkat con cuidado, mirando a su cuñada.

—No sé... —respondió Aisha, sin mirar a nadie.

—Pero tú lo eres todo en el asunto... —dijo Jadiga, escudriñándola en profundidad.

Kamal quiso dar un buen testimonio en favor de su amigo, y añadió:

—Fuad es un muchacho realmente excelente.

—Creo que su familia es plebeya —agregó Ibrahim Sháwkat con prevención, como interrogándose a sí mismo.

—Sí —respondió Abd el-Múnim Sháwkat con su voz potente—. Uno de sus tíos maternos es arriero y el otro, panadero. Por otro lado su tío paterno es secretario de un abogado. —Luego, con un débil acento de rectificación—: Pero eso no rebaja la valía de su persona. ¡El hombre es él mismo, no su familia!

Kamal se dio cuenta de que su sobrino quería dejar establecidas dos verdades en las que creía, a pesar de su discordancia. Primero: el origen humilde de Fuad; segundo: que la humildad del origen no rebajaba el valor de las personas. Más aún, se dio cuenta de que con la primera atacaba a Fuad y con la segunda expiaba su injusto ataque, para satisfacer sus fuertes convicciones religiosas. Lo asombroso fue que el establecimiento de estas dos verdades lo alivió, al ahorrarle el perjuicio de expresarlas por sí mismo. Él, como su sobrino, no creía en las diferencias de clase, pero, también como él, tendía a atacar a Fuad y a minimizar su posición, cuya importancia y trivialidad percibía en relación con la suya propia. Era evidente que a Amina no le había gustado ese ataque, pues replicó:

—Su padre es un buen hombre. Nos ha servido toda la vida con lealtad y fidelidad.

Jadiga hizo acopio de valentía y dijo:

—Pero quizás, si este matrimonio se realiza, Naíma tendría que convivir con personas inapropiadas para la convivencia. El origen lo es todo...

Y le vino un apoyo de donde nadie lo esperaba, al decir Zannuba:

—Estoy de acuerdo contigo. ¡El origen lo es todo!

Yasín se turbó y echó una rápida ojeada a Jadiga, preguntándose qué eco habrían tenido en ella las palabras de su esposa, qué se estaría comentando para sus adentros y qué ocurrencias acerca del mundo de las cantoras y de la orquesta le habría provocado aquello. Incluso maldijo a Zannuba en su fuero interno por su vana fatuidad, y se vio obligado a hablar, para correr un velo sobre las palabras de su esposa.

—¡Recordad —dijo— que estáis hablando de todo un ayudante de fiscal...!

—Mi padre es quien lo ha convertido en eso —replicó Jadiga, envalentonada por el silencio de su hermana—. ¡Nuestros dineros son los que lo han fabricado!

—¡Nosotros debemos a su padre más de lo que él nos debe! —dijo Ahmad Sháwkat con la ironía reflejada en sus ojos saltones, que recordaban al difunto Jalil Sháwkat.

—Siempre nos sales con palabras sin sentido —dijo Jadiga con un tono lleno de crítica, mientras le apuntaba con su dedo índice.

—Estad tranquilos —cortó Yasín, como queriendo zanjar la cuestión—, porque la última palabra la tiene papá.

Mientras Amina repartía las tazas de café, los ojos de los muchachos se dirigieron hacia el lugar donde Naíma estaba sentada junto a su madre. Redwán se decía: «Es una chica agradable y bonita. Ojalá pudiera ser su amigo y compañero. ¡Si camináramos juntos por la calle, los hombres no sabrían decir cuál de nosotros dos es más guapo!». Y Ahmad también se dijo por dentro: «Muy guapa, pero es como si estuviera pegada con cola a mi tía. Y no tiene ninguna instrucción». Abd el-Múnim, por su parte, pensaba: «Guapa, ama de casa, muy piadosa. No tiene más defecto que su fragilidad. E incluso esa fragilidad es bonita. Sería una pérdida en manos de Fuad». Luego, saliendo de su monólogo interior, le preguntó:

—¡Y tú, Naíma, dinos cuál es tu opinión!

Aquel pálido rostro se sonrojó. Frunció el ceño, y luego sonrió. Estaba en una tensa situación, pues mezclaba la sonrisa con el ceño fruncido para librarse de ambas cosas a la vez.

Entonces dijo apurada y disgustada:

—Yo no tengo opinión. ¡Déjame en paz!

Ahmad dijo burlón:

—La falsa vergüenza...

Pero Aisha lo interrumpió preguntándole:

—¿Falsa?

—La vergüenza —replicó él— está pasada de moda. Debes hablar, porque si no, habrás desperdiciado tu vida.

—Nosotros no conocemos ese lenguaje —dijo Aisha con amargura.

—¡Me apostaría algo —se quejó Ahmad, sin prestar atención a la mirada de advertencia de su madre— a que nuestra familia lleva cuatro siglos de retraso respecto a la época moderna!

—¿Por qué los reduces a cuatro? —dijo Abd el-Múnim, burlón.

—¡Por clemencia! —contestó Ahmad indiferente.

De pronto, Jadiga preguntó, dirigiendo sus palabras a Kamal:

—¡Y tú!... ¿cuándo te vas a casar?

La pregunta lo cogió de sorpresa, y se evadió diciendo:

—¡Un tema de conversación que ya es viejo!

—Y nuevo al mismo tiempo. Y no lo dejaremos hasta que Dios te junte con una buena chica.

Amina siguió esta última conversación con redoblado interés. El matrimonio de Kamal era uno de sus más caros deseos. ¡Cuántas veces le había rogado que lo hiciera realidad, para que ella se alegrase con un nieto nacido de su único hijo varón!

—Su padre le ha propuesto novias de las mejores familias —dijo—, pero él siempre ha alegado una u otra excusa.

—Excusas tontas... ¿Qué edad tienes ahora, señor Kamal? —preguntó Ibrahim Sháwkat riendo.

—¡Veintiocho años! Ya es demasiado tarde.

Amina escuchó la cifra de años asombrada, como si no quisiera creérsela, pero Jadiga se enfureció, diciendo:

—¡Te encanta echarte años de más! ¡Estaba claro! Él era el hermano menor y, al revelar sus años, revelaba de forma indirecta los suyos. Aunque su marido había cumplido los sesenta, ella odiaba recordar que tenía treinta y ocho. Kamal, por su parte, no sabía qué decir. En su opinión, el asunto no era de los que se zanan con una palabra. Pero sentía que siempre se le exigía declarar su posición, y dijo en son de excusa:

—¡De día estoy ocupado con la escuela, y de noche con mi biblioteca!

—Una vida importante, tío —dijo Ahmad entusiasmado; pero el hombre, a pesar de eso, debe casarse.

—Dejas de lado las preocupaciones —agregó Yasín, que era quien mejor conocía a Kamal— para que no te distraigan de la búsqueda de «lo real». Pero la realidad está en esas preocupaciones. No conocerás la vida en la biblioteca. La realidad está

en la casa y en la calle...

—Me he acostumbrado a gastar mi sueldo hasta el último *millim* —repuso Kamal, empeñado en evadirse—. No tengo nada ahorrado. ¿Cómo voy a casarme?

—Haz intención de casarte por una vez —lo asedió Jadiga— y sabrás cómo prepararte para ello.

—Te gastas hasta el último *millim* de tu sueldo —añadió Yasín, riendo— para no casarte...

¡Como si eso tuviera algo que ver!... Pero ¿por qué no se casaba, a pesar de las condiciones favorables y del deseo de sus padres? Sí, había pasado una época, bajo los auspicios del amor, en que el matrimonio era una cosa sin sentido. A esta le había seguido otra en la que el lugar del amor había sido ocupado por un sustituto, el pensamiento, y se había entregado a la vida con voracidad. El colmo de la alegría era tropezar con un bonito libro o lograr publicar un artículo. Se dijo a sí mismo que un pensador no se casaba, ni debía hacerlo. Él miraba hacia arriba y creía que el matrimonio le obligaría a mirar hacia abajo. Se deleitaba, y aún seguía haciéndolo, con la posición del espectador contemplativo, en la misma medida que le disgustaba mezclarse en la mecánica de la vida. Era tan celoso de su libertad como el avaro de su dinero. Además ya no sentía por la mujer más que un apetito pasajero. Y todo esto añadido a que la juventud no se desperdiciaba mientras no pasara una semana sin alegrías intelectuales y placeres físicos. Por otro lado, era una persona indecisa, que dudaba de todo, y el matrimonio era una especie de convicción.

—Estad tranquilos —dijo—, me casaré cuando lo desee.

Zannuba esbozó una sonrisa que la hizo retroceder diez años.

—¿Y por qué no deseas casarte? —le preguntó.

—El matrimonio es un grano de arena y hacéis de él una montaña —repuso Kamal con cierta irritación.

Sin embargo, para sus adentros creía que el matrimonio era una montaña y no un grano de arena. Lo asediaba la extraña sensación de que, el día que aceptara casarse, estaría irremisiblemente condenado. Lo salvó de su situación la voz de Ahmad que decía:

—Ya es hora de que subamos a la biblioteca.

Kamal se levantó, acogiendo con agrado su invitación, y salió seguido de Abd el-Múnim, Ahmad y Redwán, que subieron al despacho para que les prestara algunos libros, como solían hacer siempre que iban de visita al viejo caserón. El escritorio de Kamal estaba en medio de la habitación, bajo la lámpara eléctrica, entre dos filas de estanterías con libros, y se sentó en él, mientras contemplaba a los muchachos, que

examinaban los títulos de los libros alineados sobre las baldas. Luego Abd el-Múnim eligió *Conferencias sobre la Historia del Islam* y Ahmad vino con *Los principios de la filosofía*. Entonces se quedaron en pie alrededor del escritorio, mientras él paseaba la mirada entre ellos en silencio, hasta que Ahmad, molesto, dijo:

—No leeré como quiero hasta que no domine, al menos, una lengua extranjera.

Y Abd el-Múnim murmuró, hojeando las páginas de su libro:

—Nadie conoce de verdad el Islam.

—Mi hermano —exclamó Ahmad irritado— está aprendiendo la verdad del Islam por medio de un hombre semianalfabeto de Jan el-Jalili.

—¡Chitón, hereje! —gritó Abd el-Múnim.

—¿Y tú? —preguntó Kamal mirando a Redwán—. ¿No quieres un libro?

—¡Él tiene todo el tiempo ocupado leyendo los periódicos del Wafd! —dijo Abd el-Múnim, contestando por él.

—¡En esto, mi tío está de acuerdo conmigo! —replicó Redwán, señalando a Kamal.

¡Su tío no creía en nada, y a pesar de todo era *wafdista*! De la misma manera que dudaba en general de la realidad, y a pesar de eso se relacionaba con la gente y lo real.

—Y vosotros dos sois también wafdistas, ¿qué hay de extraño en ello? —preguntó paseando la mirada entre Abd el-Múnim y Ahmad—. Todo el que es patriota es del Wafd, ¿no es así?

—El Wafd —declaró Abd el-Múnim con esa voz suya tan segura— es, sin duda, el mejor partido, pero no es totalmente convincente en sí mismo.

Estoy de acuerdo con el punto de vista de mi hermano —dijo Ahmad riéndose—, o mejor dicho, no estoy de acuerdo con él más que en este punto de vista, y es posible que incluso difiramos en nuestro grado de convicción particular respecto al Wafd. Más aún, es el propio nacionalismo el que debe cuestionarse. Desde luego que la independencia está por encima de toda discusión, pero tras esto el concepto de nacionalismo debe evolucionar hasta fundirse en un concepto más completo y elevado. ¡No es improbable que en el futuro miremos a los mártires nacionalistas como ahora miramos a las víctimas de las estúpidas batallas que se desencadenaban entre las tribus y las familias!

«¡Batallas estúpidas! ¡Estúpido tú! Fahmi no dio la vida en una batalla estúpida. Sin embargo, ¿dónde está la certeza?...» A pesar de las cosas que pensaba, dijo con vehemencia:

—Cualquiera que cae por algo que está por encima de sí mismo es un mártir. Es

posible que cambien los valores de las cosas, pero la actitud del hombre hacia ellas es un valor que no cambia.

Y abandonaron el despacho, mientras Redwán decía, dirigiéndose a Abd el-Múnim, en respuesta a una observación suya:

—La política es el oficio más serio de la sociedad.

Y cuando volvieron a la tertulia del café, Ibrahim Sháwkat estaba diciendo a Yasín:

—Así, nosotros educamos, orientamos y aconsejamos, pero todos nuestros hijos se absorben en una biblioteca, que es un mundo independiente de nosotros, donde gentes extrañas, de las que nada sabemos, nos hacen la competencia. ¿Qué podemos hacer?

4

El tranvía estaba tan atestado que no se cabía ni de pie. Kamal se apretujó entre los pasajeros y era como si se asomase por encima de ellos con su larga y flaca figura. Al parecer, todos se dirigían, como él, al lugar donde se celebraba la fiesta nacional, la fiesta del 13 de noviembre. Y paseó la mirada entre los rostros con curiosidad y agrado.

Lo cierto era que participaba en aquellas fiestas como su más ferviente partidario, aunque al mismo tiempo estaba convencido de no creer en nada. Las gentes, sin previa presentación, charlaban unas con otras, comentando la situación, satisfechas con el objetivo común y el vínculo «*wafdista*» que unía sus corazones.

—Este año —dijo uno de ellos— la Fiesta del *Guihad* lo es en todo el sentido de la palabra, o debería serlo.

—Hay que replicar a Hoare y a su siniestra declaración —dijo otro.

La mención de Hoare excitó a un tercero, que gritó:

—El hijo de perra ha dicho: «Aconsejamos que no se restablezca la constitución de 1923, ni la de 1930». ¿Y qué tiene él que ver con nuestra constitución?

—No olvides —añadió un cuarto— que antes de eso había dicho: «Pero nosotros, cuando nos consultaron, aconsejamos...», etc.

—Sí, ¿y quiénes son los que le han consultado?

—¡Pregúntaselo a ese gobierno de rufianes!

—¡A Tawfiq Nasim... y basta! ¿Acaso lo habéis olvidado? Pero ¿por qué el Wafd ha hecho una tregua con él?

—Todo tiene un final. Esperad al discurso de hoy.

Kamal los escuchaba, e incluso participaba en su conversación. Y lo más asombroso de todo era que lo hacía con no menos entusiasmo que ellos. Era la octava Fiesta del *Guihad* a la que asistía y, como los demás, se había llenado de la amargura dejada por las experiencias políticas de los años anteriores. «¡Sí, he vivido la época del pacto de Muhammad Mahmud, que suspendió la constitución por tres años "renovables" y usurpó la libertad del pueblo a cambio de su promesa de desecar las lagunas y las ciénagas! También he vivido los años de terror impuestos por Ismail Sidqi al país. El pueblo confiaba en unas gentes y las quería como gobernantes, pero siempre se encontró por encima de su cabeza a aquellos infames verdugos, protegidos por las cachiporras y las balas de los *constables* ingleses. ¿Quería hablar? Enseguida le decían, con uno u otro lenguaje: "Eres un pueblo

menor de edad y nosotros somos tus tutores". El pueblo libraba batallas sin interrupción, saliendo de todas sin aliento, hasta que al final adoptó una actitud pasiva, cuyo emblema era la paciencia y la ironía. En el campo de batalla sólo quedaron los *wafdistas* por un lado y los tiranos por el otro. El pueblo se conformó con el papel de observador, y empezó a animar con murmullos a sus hombres, pero sin tenderles una mano». Su corazón no podía fingir que ignoraba la vida del pueblo. Siempre latía con él, a pesar de su razón, perdida en la neblina de la duda. Se bajó del tranvía en la calle Saad Zaglul, y marchó en medio de una columna desordenada hacia el pabellón de la celebración, instalado al lado de la Casa del Pueblo. Cada diez metros, le salía al paso un grupo de soldados, de rostros severos y estúpidos, al mando de un *constable* inglés. Poco antes de llegar al pabellón se encontró con Abd el-Múnim, Ahmad, Redwán y un joven que no conocía. Estaban parados charlando. Se le acercaron para saludarlo y se quedaron un rato con él. Hacía aproximadamente un mes que Redwán y Abd el-Múnim eran estudiantes de Derecho, y que Ahmad había pasado al último curso de secundaria. En la calle los veía como «hombres», al contrario que en casa, donde sólo eran los hijos de su hermana y su hermano. ¡Qué guapo era Redwán! Su compañero, que este le había presentado bajo el nombre de Hilmi Ezzat, también era guapo. Qué razón tenía quien había dicho: «Dios los cría y ellos se juntan». Ahmad le encantaba, y siempre esperaba de él una palabra original e interesante o una conducta no menos insólita. De todos, era el más cercano a su espíritu. Y Abd el-Múnim, excepto en lo de ser más bajo y rellenito, ¡cuánto se parecía a él! Sólo por eso lo quería. Pero su seguridad y su fanatismo... ¡que despreciables eran!

Se acercó al enorme pabellón y abarcó con la mirada a la multitud apiñada, contento de ver que era tan nutrida. Después estuvo contemplando un buen rato la tribuna, junto a la cual, dentro de poco, se iba a alzar la voz del pueblo, y luego tomó asiento. Su presencia en medio de una multitud tan densa como aquella dejaba emerger desde las profundidades de su alma, hundida en la soledad, a una nueva persona, que se estremecía de vida y entusiasmo. Allí la razón quedaba aprisionada por el momento en el frasco de las esencias, y se disparaban las fuerzas reprimidas del alma, ávidas de una vida rebotante de sentimientos y emociones, y que impulsaban a la lucha y a la esperanza. Allí su vida renacía, sus instintos resucitaban, su soledad se disipaba, y él tomaba contacto con la gente, al participar en sus vidas y abrazar sus esperanzas y dolores. Por su carácter, no podía adoptar ese estilo de vida de forma permanente, pero lo necesitaba de vez en cuando, para no desconectarse de la existencia cotidiana, la existencia de la gente. Así que ¡a

posponer los problemas de la materia y el espíritu, de la naturaleza y la metafísica! ¡A llenarse con interés de lo que la gente amaba y odiaba, de la constitución... de la crisis económica... de la situación política... de la cuestión nacional! Por eso no era extraño que, a la mañana siguiente de una noche pasada meditando sobre la vanidad de la existencia y atrapando el viento, una noche en que la mente había privado a su dueño de la gracia del reposo, exclamara: «¡El Wafd es la doctrina del pueblo!». Estaba enamorado de la verdad, sentía pasión por la rectitud y aspiraba a la tolerancia, pero chocaba con la duda, y sufría en su eterna lucha con los instintos y las emociones. La persona fatigada necesita un momento durante el cual refugiarse en el regazo de la comunidad, para renovar su sangre y extraer de ella calor y juventud. En la biblioteca tenía unos pocos amigos eminentes, como Darwin, Bergson, Russell; pero en ese pabellón tenía miles de amigos. Parecían carentes de inteligencia, pero en su unión estaba representada la nobleza de la conciencia espontánea. Al fin y al cabo no contribuían menos a crear los acontecimientos y a hacer la historia que los primeros. En esa vida política, él amaba y odiaba, se mostraba de acuerdo y se enfadaba, y al tiempo todo le parecía carente de valor. Cada vez que se enfrentaba a esa contradicción de su vida, la angustia lo conmovía. Pero no había nada en su vida libre de contradicciones, y por consiguiente, de angustia. Por eso su corazón aspiraba tanto a realizar una unidad armónica, marcada por la perfección y la felicidad, pero ¿dónde estaba esa unidad? Sentía que no podía escaparse de la vida intelectual, en tanto tuviera una mente capaz de pensar, pero aquello no le impedía aspirar a otra vida, empujado por todas las fuerzas bloqueadas y reprimidas, pues era su tabla de salvación. Quizás por eso, aquella multitud le parecía maravillosa, y a medida que iba creciendo, aumentaba en esplendor. Y ahí estaba su corazón, esperando la aparición de los líderes con el mismo calor y la misma impaciencia que los demás. Abd el-Múnim y Ahmad se habían sentado en dos asientos contiguos. Redwán y su amigo Hilmi Ezzat iban y venían por el pasillo que cruzaba el pabellón, o se paraban a la entrada, charlando con algunos de los supervisores de la celebración. ¡Qué jóvenes tan influyentes! Los murmullos de la gente se entremezclaban, provocando un zumbido general. En los rincones ocupados por la juventud, se elevaba su bullicio, mezclado con los gritos. Luego se produjo un fuerte y significativo vítor desde el exterior, y todas las cabezas se volvieron hacia la entrada trasera del pabellón. Todos se pusieron en pie, al elevarse un clamor ensordecedor. Entonces apareció Mustafa el-Nahhás en la tribuna, saludando a las multitudes con luminosa sonrisa y manos fuertes. Kamal lo miró con unos ojos de los que, por el momento, había desaparecido la mirada de duda. «¿Cómo creo en este

hombre —se preguntaba— después de haber perdido la fe en todo? ¿Porque es el símbolo de la independencia y la democracia? Sea como sea, la cálida complicidad que hay entre este hombre y el pueblo es un fenómeno digno de consideración; es, sin duda, una fuerza importante que jugará su papel histórico en la edificación del nacionalismo egipcio». El ambiente se llenó de entusiasmo y calor. Los responsables de la celebración tuvieron que esforzarse hasta hacer reinar el silencio en todo el local, para que la gente oyera al que recitaba el Corán. Este salmodiaba algunos pasajes fáciles, repitiendo al hacerlo: «Oh, Profeta, exhorta a los creyentes al combate». La gente esperaba esta exhortación, y se elevaron los aplausos y las ovaciones hasta tal punto que algunos fanáticos protestaron, exigiendo silencio por respeto al libro de Dios. Sus palabras le evocaron antiguos recuerdos de los tiempos en que él se consideraba uno de ellos, y una especie de sonrisa se dibujó sobre sus labios. Al instante tuvo conciencia de su universo personal lleno de contradicciones, que parecía estar vacío por su propia incompatibilidad. El líder se levantó y empezó a pronunciar su discurso, que duró dos horas, hablando con voz sonora y penetrante elocuencia; luego lo concluyó llamando a la revuelta con manifiesta violencia. El entusiasmo de la gente llegó a su punto álgido. Se pusieron de pie sobre los asientos y empezaron a ovacionarlo con frenesí. Él no estaba menos entusiasmado ni gritaba menos que los demás. Se olvidó de que era un profesor, del que se esperaba sobriedad. Se imaginó que volvía a aquellos gloriosos días de los que había oído hablar y en los que su corta edad le había impedido participar. ¿Se lanzaban entonces los discursos con aquella fuerza? ¿Los recibía la gente con el mismo entusiasmo? ¿Acaso morir se hacía fácil por esa razón? Sin duda Fahmi había partido de una situación similar, dejándose arrastrar después hacia la muerte... ¿Hacia la eternidad o hacia la nada? ¿Era posible que un hombre diera la vida en un estado de duda como el suyo? ¡Quizás el patriotismo, como el amor, es de esas fuerzas a las que nos sometemos sin creer en ellas!

El ardor del entusiasmo era elevado, y los gritos, febriles y amenazadores. Los asientos se agitaban con los que estaban subidos a ellos. ¿Cuál era el siguiente paso? De repente, las multitudes se dirigieron hacia fuera. Él abandonó su sitio, echando una mirada de conjunto en busca de los muchachos de su familia, pero no encontró ni rastro de ellos. Salió del pabellón por la puerta lateral y se encaminó apresuradamente en dirección a la calle Qasr el-Ayni para adelantarse a la multitud. En su camino pasó por la Casa del Pueblo. Siempre que pasaba por allí, su mirada se quedaba prendida en ella, y movía los ojos entre el histórico balcón y la explanada, que había sido testigo de los más gloriosos recuerdos nacionalistas. Desde luego

aquella casa tenía cierta magia para él. Allí se paraba Saad, y allí se paraban Fahmi y sus compañeros, y en esa calle, por la que ahora caminaba, se disparaban balas para ir a alojarse en los pechos de los mártires. Su pueblo tenía una necesidad permanente de revolución, para resistir las oleadas de opresión que acechaban en la senda de su despertar. Necesitaba revoluciones periódicas, que actuaran como la vacuna contra las enfermedades perniciosas, pues realmente el despotismo era su mal endémico. Así, su participación en la fiesta nacional había logrado revitalizar su alma. En aquellos instantes, lo único que le importaba era que Egipto diera a la declaración de Hoare una respuesta tan tajante como un golpe de gracia. Al pasar ante la Universidad Americana, imaginando grandes cosas o acciones importantes, su flaca y larga figura se enderezó, su enorme cabeza se irguió, y sus pasos se hicieron más recios. Incluso el profesor debía alzarse a veces con sus alumnos. Entonces sonrió con cierta tristeza... Un profesor cabezón, condenado a enseñar los rudimentos —y sólo los rudimentos— del inglés, a pesar de que dominaba sus secretos; un profesor cuyo cuerpo ocupaba un minúsculo lugar en la hacinada tierra, pero cuya imaginación se agitaba en el torbellino que rodeaba los misterios de la naturaleza. Por la mañana, se preguntaba por el significado de una palabra y de otro alfabeto, y por la noche se interrogaba por el sentido de su existencia, ese enigma erigido entre dos enigmas. También por la mañana el corazón se le inflamaba de rebeldía contra los ingleses, y por la noche la doliente hermandad universal —su propia hermandad con los hombres— lo invitaba a la cooperación ante el enigma del destino. Agitó la cabeza con cierta vehemencia, como para echar de ella aquellas ocurrencias. Al acercarse a la plaza Ismailiyya, llegaron a sus oídos los sonidos de los gritos, y se dio cuenta de que los manifestantes habían llegado a la calle Qasr el-Ayni. Las ganas de luchar que albergaba en su pecho lo obligaron a detenerse. Quizás así podría participar de alguna manera en la manifestación del 13 de noviembre. La postura de paciente víctima que recibe los golpes había durado demasiado en la patria. «Hoy Tawfiq Nasim, ayer Ismail Sidqi y antes de ayer Muhammad Mahmud, esa siniestra cadena de tiranos que se extendía hasta la prehistoria; cada uno, un hijo de perra, cuya fuerza lo inducía a hacernos creer que era el tutor elegido y que el pueblo era menor de edad».

«¡Espacio!... La manifestación está en plena efervescencia, pero ¿qué es eso?» Kamal miró hacia atrás con inquietud. Oyó un ruido que le estremeció el corazón. Escuchó con atención, y el ruido volvió a retumbar en sus oídos. Eran las balas. A lo lejos vio a los manifestantes que se agitaban en un intenso torbellino, cuya causa no discernía con claridad. Sin embargo, unos grupos se abalanzaban hacia la plaza y

otros hacia las calles laterales, mientras muchos *constables* ingleses a caballo surcaban la tierra a toda velocidad. Se elevó el clamor y se mezcló con las voces y los gritos de indignación. Se redoblaron los disparos. Su corazón empezó a latir aceleradamente, preguntando a cada latido por Abd el-Múnim, Ahmad y Redwán. Se llenó de inquietud y furia. Se volvió a derecha e izquierda. No lejos de la esquina vio un café, que había echado el cierre hasta la mitad, y se dirigió hacia él. Y nada más meterse allí, se acordó de la tienda de la *basbusa* en el-Huseyn, donde había escuchado por primera vez el ruido de las balas. El desconcierto se extendió por todo el lugar. Lanzaron una terrible lluvia de balas, luego dispararon de forma entrecortada. Los ruidos de los cristales rotos se sumaron a los relinchos de los caballos, y se elevaron unas voces rugientes indicando que los grupos rebeldes se trasladaban de un lugar a otro con la velocidad del relámpago. Un viejo entró en el café, y antes de que nadie le preguntara qué noticias traía, dijo: «Los *constables* han disparado contra los estudiantes, y sólo Dios sabe el número de víctimas que hay». Luego se sentó jadeando y continuó con voz trémula: «Han cogido a traición a esos inocentes. Si su objetivo hubiera sido disolver la manifestación, habrían disparado al aire desde sus lejanas posiciones; pero acompañaron a la manifestación con fingida calma, empezaron a distribuirse por las salidas de la calle, y de repente empuñaron las pistolas y dispararon. Dispararon sin piedad sobre quien combatía, pero fueron los chiquillos los que cayeron, debatiéndose en su propia sangre. Los ingleses son unos salvajes, pero los soldados egipcios no les van a la zaga. ¡Una matanza organizada, Dios mío!». Desde el fondo del café llegó una voz que decía: «Mi corazón presentía que el día no iba a acabar bien». Y respondió otro: «Días de mal presagio, pues desde que Hoare hizo pública su declaración, la gente se esperaba graves sucesos. Esto es sólo una batalla, a la que seguirán otras, ¡os lo aseguro!».

—Las víctimas son siempre los estudiantes, los hijos más queridos de la nación. ¡Qué desgracia!

—Pero los disparos se han acallado ¿no? Escuchad...

—¡El núcleo de la manifestación está junto a la Casa del Pueblo, y los tiros continuarán allí durante horas!

Pero en la plaza reinó el silencio. El tiempo transcurrió pesadamente, cargado de tensión.

Las sombras empezaron a caer, y se encendieron las luces del café. Luego ya no se oyó ni un ruido, como si la muerte se hubiera adueñado de la plaza y las calles adyacentes. Abrieron la puerta del café de par en par, y la plaza apareció ante ellos vacía de transeúntes y vehículos.

Después llegó un escuadrón de policías a caballo, con cascos de acero, que hizo la ronda por la plaza, precedido por sus jefes ingleses. Kamal no dejaba de preguntarse para sus adentros qué habría sido de los chicos. Y cuando la plaza recobró el movimiento, abandonó el café a toda prisa y, hasta que no pasó por el-Sukkariyya y Qasr el-Shawq, no volvió a su casa, ya tranquilizado por la suerte de Abd el-Múnim y Redwán.

En su biblioteca se quedó a solas consigo mismo, con el corazón lleno de tristeza, pena e indignación. No pudo leer ni escribir una sola letra. Su mente deambuló por la zona de la Casa del Pueblo, por Hoare y el discurso revolucionario, por los gritos patrióticos, los silbidos de las balas y los gritos de las víctimas, hasta que se halló tratando de recordar el nombre del dueño de la tienda de *basbusa*, en la que se había escondido antaño. ¡Pero la memoria no acudió en su ayuda!

La casa de Muhammad Effat en el-Gamaliyya era para Ahmad Abd el-Gawwad un espectáculo familiar y entrañable. Ese portalón de madera, que desde fuera parecía la entrada de una vetusta hospedería, y aquella alta tapia que, salvo las copas de los árboles altos, escondía todo lo que había detrás... En cuanto a ese jardín, sombreado por las moreras y los sicómoros, tan bien delineado con árboles de alheña, limoneros, *full* y jazmín, era una maravilla, como lo era la alberca que tenía en medio. Y luego estaba ese porche de madera que se extendía a lo largo del jardín... Muhammad Effat estaba parado en la escalera del porche, envuelto en su manto de lana de andar por casa, esperando al recién llegado, mientras Ali Abd el-Rahim e Ibrahim Alfar se habían sentado en dos sillas contiguas. Ahmad saludó a los amigos, y siguió después a Muhammad Effat hasta el sofá situado en mitad del porche, sentándose a continuación los dos juntos. Todos habían perdido su gordura, a excepción de Muhammad Effat, al que se le veía fofo y con la cara muy enrojecida. Ali Abd el-Rahim se había quedado calvo, y las cabezas de los demás se habían poblado de canas. La piel de los rostros se había surcado de arrugas. Ali Abd el-Rahim e Ibrahim Alfar parecían los más afectados por el envejecimiento, pero el color rojo de la faz de Muhammad Effat era más similar al de la congestión. Sólo Ahmad, a pesar de su delgadez y sus canas, seguía estando guapo y lustroso. Sentía un inmenso amor por aquella reunión, como lo sentía también por el espectáculo del jardín, que se extendía hasta el alto muro que daba a el-Gamaliyya. Había echado la cabeza un poco hacia atrás, como para permitir a su imponente nariz saciarse del aroma del *full* del jazmín y de la alheña. A menudo cerraba los ojos para dedicarse a escuchar el gorjeo de los pájaros que se solazaban sobre las ramas de las moreras y los sicómoros. Pero lo más noble que alteraba su corazón en ese instante era el sentimiento de fraternidad y amistad que albergaba hacia aquellos hombres. Con sus grandes ojos azules miraba tiernamente sus amados rostros, que la vejez había tornado irreconocibles, y el corazón le rebosaba de pena y compasión por ellos y por sí mismo. Era el más apegado de ellos al pasado y a sus recuerdos, fascinándole todo lo que le evocara la belleza de la juventud, sus sentimientos apasionados, y las locuras de esa edad. Ibrahim Alfar se levantó en dirección a una mesita próxima, en la que estaba colocada la caja del tric-trac, y la trajo al tiempo que preguntaba:

—¿Quién juega conmigo?

Ahmad, que pocas veces participaba en sus juegos, se negó diciendo:

—Déjalo para un poco más tarde. Es inaudito dejar que el juego nos distraiga de nuestros asuntos desde el principio de la reunión.

Alfar volvió a dejar la caja en su sitio, y luego llegó un nubio, trayendo una bandeja con tres vasos de té y uno de *whisky* con soda. Muhammad Effat cogió el de *whisky*, y los otros tres los de té. ¡Cuánto les hacía reír aquel reparto, que se repetía cada atardecer!

—¡Que Dios perdone a los años, que os han domesticado! —dijo Muhammad Effat, ondeando el vaso en su mano y señalando los de té en las de los demás.

—Nos han domesticado a todos —replicó Ahmad Abd el-Gawwad, suspirando— y a ti el primero, pero eres un poco indómito.

En el mismo año, y a intervalos muy próximos el uno del otro, todos habían recibido una misma prescripción médica, prohibiéndoles beber alcohol, pero el médico de Muhammad Effat le había permitido un vaso al día. En aquel momento Ahmad Abd el-Gawwad había supuesto que el médico de su amigo sería tolerante con aquello en lo que su propio médico había sido inflexible, y no se le ocurrió otra cosa que acudir a él. Pero este le advirtió, seria y firmemente: «Tu estado no es como el de tu amigo...». Cuando se supo el asunto de su visita al médico de Muhammad Effat, el tema se convirtió en objeto de largas discusiones y bromas.

—¡No cabe la menor duda de que sobornaste bien a tu médico para que te autorizase ese vaso! —volvió a decir Ahmad, riendo.

Alfar, mirando con ternura el vaso que sostenía Muhammad Effat, gimió diciendo:

—¡Por Dios, casi he olvidado la embriaguez del vino!

Y replicó Ali Abd el-Rahim bromeando:

—¡Con esas palabras, has echado a perder tu arrepentimiento, hombre desenfrenado!

Alfar pidió perdón a su Señor, y luego murmuró resignado: ¡Alabado sea Dios!

—¡Ya hasta nos da envidia un mísero vaso!... ¿Dónde... dónde están las borracheras de antaño?

—¡Cuando os arrepintáis —dijo Ahmad Abd el-Gawwad—, hacedlo de lo malo, no de lo bueno, hijos de perra!

—Eres como los demás predicadores, con sus lenguas en un mundo y sus corazones en otro...

De pronto intervino Ali Abd el-Rahim elevando la entonación de su voz, cosa que anunciaba un cambio en el curso de la conversación:

—¡Señores! ¿Qué opináis de Mustafa el-Nahhás? Es un hombre que no se ha

dejado conmover por las lágrimas del viejo rey enfermo, y se ha negado a olvidar, ni por un solo segundo, su exigencia suprema: la constitución de 1923...

Muhammad Effat hizo chasquear sus dedos y repuso con alegría:

—Bravo... Bravo... Es más duro que el propio Saad Zaglul. ¿Quién, tras haber visto al tiránico rey, enfermo y lloroso, se habría mantenido firme ante él, con esa inusitada valentía, haciéndose eco, imperturbable, de la voz de la nación que le había conferido su autoridad, y diciendo: «Primero la constitución de 1923»? Y así se restauró la constitución. ¿Quién podía imaginárselo?

—Imaginaos la escena... —dijo Ibrahim Alfar, agitando la cabeza con asombro—. ¡El rey Fuad, ya vencido por la enfermedad y la vejez, poniendo su mano sobre el hombro de Mustafa el-Nahhás con desbordante amor! Y luego, invitándolo a formar un gobierno de coalición. Y el-Nahhás, sin inmutarse, sin olvidar su deber como jefe leal, sin descuidar ni un solo instante la constitución que las reales lágrimas habían estado a punto de enterrar, sin impresionarse por nada y diciendo con valentía y obstinación: «¡Primero la constitución de 1923, Majestad!».

—¡O primero vuestro «suplicio», Majestad! —dijo Ali Abd el-Rahim imitándole el tono.

—¡Juro, por Aquel que nos ha condenado al tormento de ver el *whisky* ante nosotros sin beberlo, que es una actitud grandiosa! —replicó Ahmad Abd el-Gawwad, riendo.

Muhammad Effat se bebió lo que le quedaba en el vaso, y dijo:

—Estamos en 1935. Han pasado ocho años desde la muerte de Saad y quince desde la revolución, pero aún hay ingleses por todas partes: en los cuarteles, en la policía, en el ejército y en varios ministerios. Los privilegios extranjeros, que convierten a cada cachorro de la leona en un señor reverenciado y respetado, siguen aún en vigor. Esta penosa situación debe acabar.

—¡Y no olvides a los verdugos de la ralea de Ismail Sidqi, Muhammad Mahmud y el-Ibrashi!

—Si los ingleses se marchan, todos ellos estarán acabados; y los golpes de estado se convertirán en noticia del pasado.

—¡Sí, y si el rey pretende hacer su juego, no encontrará quién lo apoye!

—El propio rey —replicó Muhammad Effat— se encontrará ante una alternativa: o respetar la constitución, o adiós muy buenas.

—¿Lo abandonarán los ingleses, si él les pide su protección? —preguntó escéptico Ibrahim Alfar.

—Si los ingleses aceptan la evacuación, ¿por qué van a proteger al rey?

—¿Pero van a aceptarla realmente? —volvió a preguntar Alfar.

Y Muhammad Effat, con la seguridad de quien está orgulloso de sus conocimientos políticos, le respondió:

—Nos amenazaron con la declaración de Hoare, y entonces se produjeron las manifestaciones y hubo mártires —que Dios tenga piedad de ellos—. Luego vino la invitación a la coalición, y después se restauró la constitución de 1923. Os aseguro que ahora los ingleses quieren negociar. Es cierto que nadie sabe cómo se va a disipar esta amargura, cómo podrán irse los ingleses o cómo podrá cesar la influencia de los señoritos extranjeros, pero nuestra confianza en Mustafa el-Nahhás es ilimitada.

—¿Es que cincuenta y tres años de ocupación se van a acabar por unas pocas palabras en torno a una mesa?

—Las palabras han ido precedidas por la sangre inocente derramada...

—¡Ojalá...!

—¡Van a hallarse en una posición crítica —dijo Muhammad Effat, guiñando un ojo—, en medio de una grave situación mundial!

—Siempre podrán encontrar a alguien que les guarde las espaldas. ¡Ismail Sidqi aún no ha muerto!

—He hablado con muchas personas bien informadas —volvió a decir Muhammad Effat, en tono de experto— y las he visto optimistas. Dicen que el mundo está amenazado por una guerra devastadora, que Egipto está en la boca del cañón, y que a las dos partes les interesa llegar a un acuerdo honorable.

Tras frotarse el estómago con calma y confianza, continuó:

—Y ahí va una noticia importante: me han prometido presentarme como candidato por el distrito de el-Gamaliyya en las próximas elecciones. Fue el propio el-Nuqrashi quien me lo prometió.

Los rostros de los amigos resplandecieron de alegría. Luego llegó el turno de los comentarios, y dijo Ali Abd el-Rahim, fingiendo seriedad:

—¡El Wafd no tiene más defecto que presentar a veces gente bestia como candidatos a delegados!

—¿Y qué va a hacer el Wafd? —replicó Ahmad Abd el-Gawwad, como justificando el defecto del partido—. Quiere representar a todo el pueblo, tanto a las buenas gentes como a la canalla, y ¿quién va a representarla mejor que los bestias?

—¡Viejo sarnoso! —le dijo Muhammad Effat, dándole un puñetazo en el costado—. Tú y Galila sois de la misma ralea: los dos viejos y sarnosos.

—Estaría de acuerdo si presentaran como candidata a Galila. ¡En caso de

necesidad puede quitarse su *melaya* ante el propio rey!

Entonces dijo Ali Abd el-Rahim sonriendo:

—Me la encontré anteayer delante de su calleja. Sigue estando tan imponente como el Máhmal, pero la vejez ha hecho estragos en ella.

—Se ha convertido —dijo Alfar— en patrona del látigo del mundo. Su casa está repleta día y noche. El flautista muere, pero sus dedos siguen tocando.

Ali Abd el-Rahim estuvo un buen rato riéndose, antes de decir:

—Pasaba ante la puerta de su casa, y vi a un hombre que se deslizaba hacia allá, creyéndose al abrigo de fisgones. ¿Y quién creéis que era? —luego contestó a la pregunta guiñando un ojo en dirección a Ahmad Abd el-Gawwad—. ¡Tu querido hijo Kamal Efendi Ahmad, el maestro de la escuela de el-Salihdar!

Muhammad Effat y Alfar soltaron una carcajada, pero a Ahmad Abd el-Gawwad se le pusieron los ojos como platos, de asombro y desconcierto. Luego, se preguntó atónito:

—¿Mi hijo Kamal?

—Desde luego. Iba envuelto en su abrigo, llevaba gafas doradas y su grueso bigote le daba un aspecto respetable. Caminaba con aplomo y dignidad, como si no fuera el hijo del «Jaranero mayor del reino». Y con la misma dignidad, torció hacia la casa, como si torciera hacia la sagrada mezquita. Y me dije en mi fuero interno: «¡Afloja la tensión, cretino!».

Se elevaron las risas. Ahmad Abd el-Gawwad no salía de su estupor, pero vio que se le aliviaría participando en sus risas.

—¿Qué tiene de extraño? —le preguntó Muhammad Effat en tono intencionado, mientras observaba su rostro—. ¿No es hijo de vuestra señoría?

—Siempre lo he conocido como una persona cortés, educada, apacible —respondió Ahmad Abd el-Gawwad, agitando la cabeza con asombro—. No se le ve más que en su biblioteca, leyendo o escribiendo, hasta tal punto que me daba lástima por su excesivo aislamiento y su desmesurado trabajo.

—¡Quién sabe! —dijo Ibrahim Alfar bromeando—. ¡A lo mejor en casa de Galila hay una sucursal de la Biblioteca Nacional!

—O quizás se retiraba a su biblioteca para leer libros eróticos, como el de *El retorno del sheyj* —añadió Ali Abd el-Rahim—. ¿Qué se puede esperar de una persona que ha comenzado su vida afirmando que el hombre desciende del mono?

Todos se rieron, y con ellos, Ahmad Abd el-Gawwad, que sabía por experiencia que entregarse a la seriedad en semejantes situaciones lo convertía en blanco fácil de las bromas y los chistes.

—¡Por eso el maldito no pensaba en el matrimonio —dijo luego—, hasta el punto de que yo había empezado a hacerme conjeturas sobre él!

—¿Qué edad tiene ahora tu querido hijo?

—¡Veintinueve años!

—Cielos, tienes que casarlo. ¿Por qué le disgusta tanto el matrimonio?

Muhammad Effat echó un eructo, se frotó la panza y respondió:

—Es sólo una moda. No obstante, las chicas de hoy en día atestan las calles y ya no se puede confiar en ellas. ¿No habéis oído cantar al *sheyj* Hasaneyn: «¡Lo que hay que ver! Unas necesidades que trastornan. El *bey* y la *hánem* en el peluquero»?

—Y no olvides la crisis económica y la angustia de los jóvenes frente al futuro. Los graduados universitarios se ponen a trabajar por diez libras, si es que encuentran empleo a base de perder el resuello.

—¡Me da miedo —dijo Ahmad Abd el-Gawwad, interrogándose con evidente inquietud— que se entere de que Calila fue un día mi amante, o de que ella sepa que él es mi hijo!

—¿Te crees que somete a un interrogatorio a sus clientes? —le preguntó Ali Abd el-Rahim riéndose.

—¡Si lo supiera —dijo Muhammad Effat, guiñando un ojo—, esa ramera le contaría la historia de su padre de punta a rabo!

—¡Dios no permita que eso ocurra! —exclamó Ahmad Abd el-Gawwad resoplando.

—¿Crees que quien puede saber que su primer ancestro era un mono es incapaz de saber que su padre es un libertino desvergonzado? —le preguntó Ibrahim Alfar.

Muhammad Effat se rio tan alto que acabó tosiendo. Se calló un momento y luego dijo:

—Lo cierto es que el aspecto externo de Kamal es un fraude. Es circunspecto, tranquilo, serio, un maestro en todo el sentido de la palabra...

Ali Abd el-Rahim salió en tono conciliador:

—Muy señor mío, ¡que nuestro Señor lo preserve, y le alargue la vida! ¡Quien se parece a su padre no tiene de qué avergonzarse!

Muhammad Effat volvió a preguntar:

—¡Vamos al grano! ¿Estamos ante un «embaucador» como su padre...? Quiero decir, ¿es experto en tratar a las mujeres y rendirlas a sus pies?

—¡No lo creo! —respondió Ali Abd el-Rahim—. ¡Me supongo que seguirá andando con el mismo aplomo y dignidad hasta que se cierre la puerta sobre él y la elegida; que luego empezará a quitarse la ropa con el mismo aplomo y dignidad; y

que después se echará sobre ella con mayor seriedad y aplomo aún, como si estuviera dando una lección magistral!

¿Habrá engendrado el embaucador a un pasmarote? Ahmad Abd el-Gawwad se estaba preguntando con cierta irritación por qué le parecía extraño el asunto. Y decidió olvidarse de la noticia. Cuando vio que Alfar iba a buscar la caja del tric-trac, y que volvía con ella, dijo sin vacilar que había llegado el momento de jugar. Pero sus pensamientos siguieron girando en torno a la nueva noticia, y se dijo para consolarse que él lo había criado y le había dado la mejor educación, hasta el punto de que Kamal había conseguido su diploma de enseñanza superior y se había convertido en un maestro respetado. Por lo tanto, podía hacer lo que le viniera en gana. ¡Quizás el mejor triunfo fuera que sabía divertirse, a pesar de su cuerpo larguirucho, de su cabezón y de su enorme nariz! Si el destino hubiera sido justo, él se habría casado hacia años, y Yasín no lo habría hecho nunca. Pero ¿quién va a arrogarse la capacidad de resolver estos enigmas?

—¿Cuándo viste a Zubayda por última vez? —le preguntó Alfar de repente.

—En enero pasado —le contestó Ahmad, después de hacer memoria—. O sea, hace un año aproximadamente. Un día vino a verme a la tienda para que le vendiera la casa.

—Se la compró Galila —dijo Ibrahim Alfar—. Luego se enamoró perdidamente de un carretero que la dejó sin blanca, y ahora vive en un cuartucho sobre la azotea de la casa de Sawsan, la cantora, en un estado de declive que da lástima.

¡La sultana en un cuartucho sobre la azotea! ¡Gloria al Dios eterno! murmuró Ahmad Abd el-Gawwad, moviendo la cabeza con pena.

—Un triste final —comentó Abd el-Rahim—, pero era previsible...

A Muhammad Effat se le escapó una risa de pesar.

—¡Que Dios se apiade de quien confía en este mundo! —dijo.

Luego invitó a Alfar a jugar.

Muhammad Effat lo desafió y rápidamente todos se volvieron hacia el tric-trac, mientras Ahmad Abd el-Gawwad decía:

—¡A ver quién tiene la suerte de Galila y quién la de Zubayda!

6

Kamal e Ismail Latif se sentaron en una de las salas del café de Ahmad Abdu. Era la misma en la que se había sentado Kamal con Fuad el-Hamzawi en los albores de la juventud. A pesar del frío de diciembre, la atmósfera del café estaba templada, ya que, al cerrar su entrada, se cerraba la única abertura que tenía hacia la superficie del suelo de la calle, y era natural que se caldease, aunque la humedad se extendía de forma apreciable por todas partes. Ismail Latif no habría consentido en sentarse en el café de Ahmad Abdu de no haber sido por su deseo de seguirle la corriente a Kamal. Era un antiguo amigo que no había cortado sus vínculos con él, a pesar de que las exigencias del sustento lo habían empujado a marchar a Tanta como perito contable nada más graduarse en la Escuela de Comercio. Cuando volvía a El Cairo de permiso, lo llamaba por teléfono a la escuela de el-Salihdar y se citaba con él para encontrarse en aquel arqueológico rincón. Kamal se puso a mirar a su viejo amigo, tal como se le mostraba, con su aspecto robusto y sus facciones afiladas y acusadas. Le asombraba el aplomo, la cortesía y la rectitud que había adquirido y que convertían en perfecto modelo de esposo y marido al que había sido un día modelo único de descarado, desvergüenza y grosería. Kamal vertió el té verde en el vaso de su amigo y luego en el suyo, mientras decía sonriendo:

—¡Parece que no te agrada el café de Ahmad Abdu!

Ismail irguió la cabeza, con su habitual arrogancia, y le dijo:

—Es realmente extraño. Pero ¿por qué no elegimos un lugar que no esté bajo tierra?

—¡En todo caso, es el lugar más apropiado para gentes decentes como tú!

Ismail asintió, agitando la cabeza mientras se reía, como si reconociera que él, que había sido un tal y un cual, se había hecho verdaderamente acreedor a la virtud de la decencia. Entonces Kamal le preguntó con cordialidad:

—¿Cómo te va por Tanta? —¡Muy bien! El día, lo paso trabajando sin descanso en la oficina, y la noche, con mi mujer y mis hijos.

—¿Y cómo está la prole?

—¡Tenemos que dar gracias a Dios! Su bienestar siempre corre a cuenta de nuestra fatiga, pero, de todas formas, ¡demos gracias a Dios!

Kamal, empujado por la curiosidad que le producía hablar de la familia en general, le preguntó:

—¿De verdad los sientes como la auténtica felicidad, como dicen los expertos?

—Sí, realmente lo son.

—¿A pesar de la lata que dan?

—¡A pesar de todo!

Kamal se puso a contemplar a su amigo con mayor curiosidad aún. Era una nueva persona, que apenas tenía nada que ver con el Ismail Latif del que había sido amigo entre los años 1921 y 1927, esa época única en su vida, que había vivido con todas sus fuerzas, pues no había pasado un minuto sin una alegría profunda o un vivo dolor. Había sido la época de la verdadera amistad, encarnada en Huseyn Shaddad; la época del amor sincero, cristalizado en Aida; la época del ardor impetuoso, tomado de la antorcha de la fantástica revolución egipcia; y después la época de las experiencias violentas, a las que lo habían lanzado la duda, la desvergüenza y las pasiones. Ismail Latif había sido el símbolo y el líder indiscutible de esta última época. ¿Y qué tenía que ver hoy con el de entonces?

—Sin embargo —continuó diciendo Ismail Latif con cierto descontento—, hay asuntos que nos mantienen continuamente preocupados, como la nueva organización y el cese de los ascensos y las subidas. Ya sabes que yo estaba acostumbrado al buen vivir a la sombra de mi padre, pero este no dejó herencia y mi madre, a su vez, dilapidada toda su pensión. Por eso, para ganarme la vida, me he resignado a trabajar en Tanta. ¿O es que alguien como yo se habría conformado con esto?

—¡Alguien como tú no se habría conformado con nada! —replicó Kamal riendo.

Ismail, orgulloso de su rico pasado, que había abandonado por su propia elección, sonrió con cierta arrogancia.

—¿Y no tienes deseos de volver a algo del pasado? —le preguntó Kamal.

—Pues no. Me saqué de todo, y puedo decir que aún no estoy aburrido de mi nueva vida. Todo lo que tengo que hacer es mostrar de vez en cuando cierta habilidad para sacarle unos cuartos a mi madre; y mi mujer tiene que jugar el mismo papel con su padre, porque aún sigo sintiendo pasión por la buena vida.

—¡Nos has enseñado el camino y nos has dejado tirados! —le dijo Kamal, riendo, sin poderlo evitar.

Ismail lanzó una risotada que devolvió a su rostro circunspecto muchos de los rasgos maliciosos del pasado.

—¿Te da pena de ello? —dijo—. Seguro que no. Tú sientes una asombrosa devoción por esa vida. Sin embargo, eres un hombre moderado. Yo he hecho en mis cortos años de diversión lo que tú no harás en toda tu existencia. —Luego, ya en serio—: ¡Cásate y cambia de vida!

—¡Ese es un asunto que merece reflexión! —dijo Kamal en tono jocoso.

Entre 1924 y 1935 había nacido un nuevo Ismail Latif, digno de ser visitado por los amantes de los prodigios. En cualquier caso, era el único amigo de aquellos tiempos que le quedaba. A Huseyn Shaddad, Francia lo había raptado de su país. Hasan Selim también había hecho del extranjero su lugar de residencia y su medio de vida. Por desgracia, ya no tenía un vínculo afectivo con ellos. Ismail Latif nunca había sido su amigo del alma, pero era un recuerdo vivo del maravilloso pasado. Por eso merecía la pena que se sintiera orgulloso de él. «Y yo también me siento orgulloso de él por su fidelidad. No hay alegría espiritual en su compañía, pero es un signo vivo de que el pasado no fue una fantasía, ese pasado cuya realidad deseo afirmar con más ansiedad que la propia vida. ¿Qué estará haciendo Aida en este preciso instante? ¿En qué lugar del mundo se hallará? ¿Cómo ha podido curarse el corazón de la enfermedad de su amor?... Todas estas cosas son milagros...»

—¡Estoy admirado, señor Ismail! ¡Te mereces todo el éxito del mundo!

Este echó una ojeada a lo que le rodeaba, pasando revista al techo, las lámparas, las salas y los rostros soñadores, enfrascados en la charla y el juego. Luego le preguntó:

—¿Qué es lo que te gusta en este café?

Kamal no le respondió a la pregunta, sino que le dijo en tono apenado:

—¿No lo sabías? Pronto van a derribarlo para construir sobre sus ruinas un nuevo edificio. ¡Este vestigio del pasado va a desaparecer para siempre!

—¡Adiós mil veces! ¡Que desaparezca este cementerio para que se construya encima una nueva civilización!

«¿Tendrá razón? Es posible, pero el corazón tiene sus fervientes amores. ¡Mi querido café! Eres un trozo de mí mismo. Dentro de ti he soñado mucho, he pensado mucho. Dentro de ti ha vivido Yasín unos años y Fahmi se ha reunido con los revolucionarios para pensar y trabajar por un mundo mejor. Además te amo porque estás hecho de la materia del sueño. Pero ¿de qué sirve todo esto? ¿Qué valor tiene la nostalgia del pasado? Quizás el pasado siga siendo el opio de los sentimentales. Lo peor que te puede pasar es tener un corazón nostálgico y una mente escéptica. Así que digamos cualquier cosa, mientras sigamos sin creer en nada».

—En eso tienes razón. ¡Propongo que derriben las pirámides si encuentran a sus piedras cualquier utilidad para el futuro!

—¿Las pirámides? ¿Qué tienen que ver las pirámides con el café de Ahmad Abdu?

—Me refiero a los monumentos históricos. Quiero decir que vamos a destruir todo en función del presente y del futuro.

Ismail Latif se rio, estirando el cuello con arrogancia, como hacía antiguamente siempre que pinchaba a alguien, y luego dijo:

—A veces escribes palabras que contradicen a estas. Como sabes, leo de vez en cuando la revista *el-Fikr* en honor a ti. Ya te había expresado francamente mi opinión. O sea: tus artículos son difíciles, sí; toda la revista —Dios me libre— es árida. No pude seguir comprándola porque mi esposa no encontraba en ella nada legible. ¡Perdóname, pero esas fueron sus palabras! Digo que a veces he encontrado en lo que escribes una contradicción con lo que dices ahora, pero no pretendo entender mucho —ni poco, entre tú y yo— de lo que escribes. A este respecto, ¿no es mejor que escribas como lo hacen los autores que son populares? Si lo hicieras, encontrarías una amplia audiencia y ganarías muchísimo dinero...

Hubo un tiempo en que habría despreciado esa opinión con obstinación y con rebeldía. Ahora la seguía despreciando, pero sin rebeldía. No obstante, tenía dudas respecto al propio desprecio, no porque sospechara que estaba fuera de lugar, sino porque dudaba del valor de lo que escribía. Quizás dudaba de su propia duda, y pronto reconoció en su fuero interno que estaba harto de todo y que a veces el mundo parecía una palabra arcaica, cuyo significado se había desvanecido.

—¡Tú nunca estuviste de acuerdo con mi mentalidad!

—¿Te acuerdas? —se carcajeó Ismail—. ¡Qué tiempos aquellos!

Tiempos pasados cuyo fuego ya no ardía, pero que estaban bien guardados en su lugar, como el cadáver de un ser querido o como el estuche de golosinas escondido en su sitio desde la noche de bodas de Aida.

—¿No has tenido noticias de Huseyn Shaddad o de Hasan Selim?

—¡Acabas de recordarme algo! —dijo enarcando sus espesas cejas—. El año pasado, cuando estuve lejos de El Cairo, se produjeron unos sucesos...

Luego, con creciente interés, prosiguió:

—Nada más volver de Tanta me enteré de que la familia Shaddad estaba acabada.

En el corazón de Kamal estalló una arrolladora excitación de interés, y lo pasó muy mal tratando de vencer sus manifestaciones externas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó luego.

—Mi madre me contó que Shaddad Bey se había arruinado. La Bolsa se le había zampado hasta el último *millim* que poseía. Shaddad estaba acabado. ¡No pudo soportarlo y se suicidó!

—¡Qué noticia! ¿Y cuándo ha ocurrido todo eso?

—Hace unos meses. El palacio se perdió con lo demás. Ese palacio en cuyo

jardín vivimos momentos inolvidables...

«¡Qué momentos! ¡Qué tiempo aquel! ¡Qué jardín! ¡Qué recuerdos! ¡Qué dolor olvidado! ¡Qué doloroso olvido!... La eminente familia. El hombre importante. El gran sueño... Esta conmoción, ¿no es mucho mayor de lo que requiere la situación? Y los latidos del corazón ¿no son más fuertes de lo que merecen unos recuerdos borrados por el olvido?»

—El *bey* se ha suicidado... El palacio se ha perdido... Pero ¿cuál ha sido el destino de la familia? —preguntó Ramal con voz triste.

—A la madre de nuestro amigo no le han quedado más que quince libras al mes de renta de una fundación religiosa —repuso Ismail, disgustado—, y se ha trasladado a un modesto apartamento en el-Abbasiyya. Mi madre ha ido a visitarla, y al volver ha descrito su situación llorando. Esa señora que ha nadado en una abundancia inimaginable... ¿No te acuerdas?

Claro que lo recordaba. ¿Creía que lo había olvidado? Recordaba el jardín, el cenador, la felicidad que cantaba en el ambiente. Recordaba la alegría y la tristeza. Es más, ahora estaba realmente triste. Las lágrimas llamaban a las puertas traseras de sus ojos. De ahora en adelante no tendría derecho a entristecerse por el café de Ahmad Abdu, amenazado con desaparecer, pues todo debía transformarse de pies a cabeza.

—¡Es algo desolador! Y aún más desolador no haber podido cumplir con nuestro deber de acompañarlos en el sentimiento. ¿No volvió de Francia Huseyn?

—Sin duda que habrá vuelto tras lo ocurrido, y también Hasan Selim y Aida, pero ninguno de ellos está ahora en Egipto.

—¿Y cómo se volvió Huseyn abandonando a su familia a su suerte? ¿Y cómo va a mantenerse tras la bancarrota de su padre?

—He oído decir que se ha casado allí y no es improbable que haya encontrado trabajo durante su larga estancia en Francia. No sé nada de él. No lo he visto desde que tú y yo le dijimos adiós. ¿Cuánto tiempo hace de aquello?... Diez años más o menos ¿no?... Es ya una fecha lejana. ¡Cuánta tristeza me ha causado!

¡Cuánta y cuánta! En Kamal, las lágrimas llamaban a las puertas traseras de sus ojos. No se habían abierto desde aquella época y estaban cubiertas de óxido. Su corazón destilaba tristeza, y con ese corazón recordaba que había tomado la tristeza por emblema. La noticia lo había sacudido con tanta violencia que casi lo había despojado de todo el presente, poniendo al descubierto al hombre de antaño, que había sido puro amor y pura tristeza. ¿Era ese el final del viejo sueño? ¡La quiebra y el suicidio! ¡Como si estuviera condenado a que aquella familia le enseñara la

lección de los dioses caídos! ¡La quiebra y el suicidio! Y si Aida aún seguía gozando de prosperidad, gracias a la posición de su marido, ¿qué habría sido de su angelical orgullo? ¿Habrían hundido los acontecimientos a su hermana pequeña hasta...?

—Huseyn tenía una hermana pequeña. ¿Cómo se llamaba? ¡A veces me acuerdo de su nombre, pero otras veces se me olvida!

—Budur. Vive con su madre y comparte con ella las penalidades de su nueva vida.

«¡Imagínate a la familia de Aida llevando una vida modesta! Como la vida de esas gentes que nos rodean. ¿Iría un día Budur con las medias zurcidas? ¿Tomará el tranvía como medio de transporte o se casará con un simple funcionario? Pero ¿qué importancia tiene todo eso? ¡Ay, no te engañes a ti mismo! Hoy estás triste y, pienses lo que pienses de las clases sociales y de sus diferencias, te sientes terriblemente desmoralizado con este cataclismo. Te resulta duro escuchar que tu ideal supremo rueda por tierra. En cualquier caso, felicítate de que no haya quedado nada del amor». Seguro... ¿Qué quedaba del antiguo amor? Si decía: «nada», su corazón latía con una asombrosa ternura al eco de cualquier canción de aquel entonces, a pesar de la vulgaridad de sus letras, su sentido y su melodía. «¿Qué significa eso? Pero, despacio... Es el recuerdo del amor, no el propio amor, y siempre nos gusta el amor, especialmente cuando no lo hay. Sin embargo, en este instante me siento como sumergido en el mar de la pasión. Eso significa que la enfermedad oculta destila su veneno en el momento de una inesperada debilidad. ¿Qué hacer cuando la duda que pone en solfa todas las verdades, se detiene cautamente ante el amor, no porque esté por encima de la duda, sino por respeto a la tristeza, y por avidez de la verdad del pasado?»

Ismail volvió sobre la tragedia, dando multitud de detalles, hasta que, al parecer, se hartó de ella, diciendo con el tono de quien desea quitarse toda la historia de la cabeza:

—¡La eternidad pertenece a Dios! Es algo realmente penoso, pero dejémonos ya de tristezas.

Kamal no intentó inducirlo a seguir hablando. Con lo que había dicho tenía suficiente. Y además sentía deseos de silencio y meditación. Lloraba con un llanto callado, con unas lágrimas invisibles que derramaba su corazón. Le asombraba aquello, pues se consideraba un antiguo enfermo que se había curado de su enfermedad, y se dijo a sí mismo estupefacto: «¡Nueve o diez años! ¡Qué largos y qué cortos a la vez! ¿Cuál será ahora la imagen de Aida?». Le habría gustado contemplarla con calma, para conocer el secreto del mágico pasado, o mejor aún

para detenerse en su propio secreto. Ahora no la veía más que como un instante fugaz en una antigua melodía recobrada o como una fotografía en un anuncio de jabón. O como el que al salir de su letargo murmura: «¡Es ella!»; pero en realidad es el rostro de una estrella de cine o un recuerdo infiltrado; y entonces se despierta, ¿y cuál es la realidad? No podía permanecer sentado por más tiempo. Su alma deseaba aventurarse en el mundo de lo desconocido.

—¿Aceptas que te invite a un par de copas en un lugar agradable y tranquilo? — preguntó a Ismail.

Y este soltó una carcajada diciendo:

—Mi esposa me espera para que vayamos a visitar a su tía.

No le importó que rechazara la invitación. ¡Cuántas veces había sido él mismo su propio invitado! Se fueron del lugar charlando. De cualquier cosa. Mientras tanto, Kamal se iba diciendo: «Tal vez nos hartamos del amor cuando lo tenemos, pero ¡cómo lo echamos en falta cuando se ha ido!».

«¡Qué agradable es este sitio! Pero los tiempos son difíciles. Desde este cálido lugar se ve a los que vienen y van... a la calle Faruq... a el-Muski... a el-Ataba... Si no fuera por el duro frío de enero, el amante de los placeres no se ocultaría tras la cristalera del café, abandonando, a su pesar, la maravillosa esquina que lo prolonga, en la acera de enfrente. Pero un día llegará la primavera. Sí, llegará, pero... los tiempos son difíciles. Dieciséis años o más, y tú sigues retenido en el séptimo nivel del escalafón. La tienda de el-Hamzawi se vendió al más bajo precio, y el apartamento de el-Guriyya, a pesar de lo grande que es, no produce más que unas libras. En cuanto a la casa de Qasr el-Shawq, es mi hogar y mi morada. Y si Redwán tiene un abuelo rico, Karima no tiene otro que la mantenga más que yo, padre de familia y enamorado... Pero, desgraciadamente, los tiempos son difíciles». De repente, sus ojos cayeron atónitos sobre un joven alto y delgado, con un bigote cuadrado y gafas doradas que se pavoneaba en su abrigo negro, procedente de el-Muski y en dirección a el-Ataba. Sonrió y se incorporó a medias, como si le molestara levantarse, pero no se movió de su asiento. Si no fuera porque el joven iba muy deprisa, se habría acercado y lo habría invitado a sentarse con él. «Kamal es el mejor tertulio en los momentos de aburrimiento. El matrimonio no se le ha pasado por la imaginación, a pesar de estar rondando los treinta. ¿Por qué contraí yo matrimonio antes de tiempo? ¿Por qué caí otra vez en él antes de haberme repuesto de la primera bofetada? Pero ¿quién no se queja, el soltero o el casado? El-Ezbekiyya era refugio y placer; luego la perdición se abatió sobre él y hoy es foco de deshechos y bajeza. Del mundo de los goces no te queda más que el deleite de presenciar este cruce de la calle, luego la captura rápida; y la mejor caza de este tipo es una sirvienta egipcia de esas que trabajan con las familias europeas. Suelen ser de aspecto educado y limpio, pero su mérito principal es, sin duda alguna, su ligereza moral. Donde más hay es en el mercado de verduras, en la Plaza de el-Azhar».

Había terminado de tomarse el café. Estaba sentado tras el cristal de la ventana cerrada, dirigiendo su mirada hacia el cruce de las calles, y siguiendo a cada belleza que pasaba, para que se imprimiera en su retina la imagen de las mujeres con mantos y *melayas*.

Las miraba en su conjunto o por partes, con una constancia infatigable. Unas veces se quedaba sentado, permaneciendo así hasta las diez, y otras posiblemente no lo hacía más que durante el tiempo que tardaba en tomarse el café; luego se

levantaba rápidamente, como si fuera un traficante de objetos usados, a la zaga de una presa de la que hubiera percibido respuesta favorable y asentimiento. Pero generalmente se contentaba con mirar. Quizás seguía a las bellezas sin un propósito serio, no llegando a la verdadera osadía más que para dar caza a alguna sirvienta libertina o a una viuda de más de cuarenta años. Le daba por abordarlas de vez en cuando, y con intenso deseo, puesto que ya no era el hombre que había sido antes; no sólo porque sus ingresos soportaran pesadas cargas, sino por sus cuarenta años, que se habían instalado en él sin ser invitados ni permitidos. ¡Qué terrible verdad había en ello!

«Estos cabellos blancos en mis sienas... ¡Cuántas veces encargué al peluquero que se ocupara de ellos! Él dijo que el asunto del cabello era sencillo, pero que las canas no tardarían en volver a salir. ¡Malditos sean los dos!... ¡El peluquero y las canas! El hombre me prescribió un tinte muy útil, pero no he recurrido a él. Sin embargo, mi padre llegó a los cincuenta sin que se le estropeará el cabello. ¡Qué lejos estoy yo de mi padre! Y no sólo en las canas... A los cuarenta años era joven, y también a los cincuenta... Pero yo... ¡ay, Dios mío!, yo no he cometido más excesos que mi padre. ¡Calma tu cabeza de tantas ideas observando a esa mujer! ¡Calma tu cabeza y atormenta tu corazón! ¿Es que la vida de Harún el-Rashid era de verdad como la cuentan los narradores? ¡Qué lejos está Zannuba de todo esto! Una parte del matrimonio es una puta estafa, pero su fuerza radica en que tú seguirás albergando el engaño mientras vivas. Se sucederán las dinastías, los tiempos cambiarán, y aún el destino estará agitado por una mujer vagando por ahí, y un hombre corriendo en pos de ella. La juventud es una maldición... y la madurez es un cúmulo de maldiciones; entonces... ¿dónde está el reposo del corazón?... ¿dónde?... Lo peor de este mundo es el hecho de que te preguntes un día, aturdido, ¿dónde estoy?»

Salió del café a las nueve y media y atravesó lentamente el-Ataba en dirección a la calle Muhammad Ali. Luego entró en la taberna «La Estrella» y saludó a «Jalu», que estaba inclinado detrás de la barra, en su posición habitual. El hombre le devolvió el saludo con una amplia sonrisa que puso al descubierto unos dientes amarillos y mellados. Luego señaló con la barbilla hacia la habitación interior como para informarlo de que sus amigos estaban esperando. Frente a la barra se extendía un corredor que llevaba a tres dependencias contiguas, en cuyo ambiente reinaba un gran tumulto. Fue hacia la última de ellas, en la que no había más que una ventana con barrotes de hierro que daba al callejón de el-Mawardi. En ella se alineaban tres mesas repartidas en las esquinas; dos estaban vacías, y la tercera, rodeada por sus amigos, que lo recibieron con alegría, como solían hacer cada noche. Yasín era —a

pesar de sus lamentos— el más joven de todos. El mayor era un soltero jubilado, que reunía en su tertulia a un primer secretario del Ministerio de Bienes Religiosos, a un jefe de personal en la dirección de la Universidad, además de un abogado de los que tienen propiedades y no ocupación. El vicio de la bebida hacía aparecer en sus rostros una mirada apagada y una tez congestionada, o de una intensa palidez. Llegaban juntos a la taberna entre las ocho y las nueve, y no la abandonaban hasta altas horas de la noche. Bebían los vinos de la peor calidad, los de efectos más fuertes y los más baratos. Yasín, sin embargo, no los acompañaba desde el principio hasta el final más que en raras ocasiones. Y, exceptuando estas, pasaba con ellos, en cualquier caso, dos o tres horas. El viejo soltero, como era su costumbre, lo recibió diciendo:

—Bienvenido, *hagg* Yasín.

Se empeñaba en calificarlo de *hagg* por respeto a su nombre bendito. En cuanto al abogado, el que más bebía de todos, dijo:

—Te has retrasado, campeón. Ya nos estábamos preguntando: ¿habrá tropezado con alguna mujer que vaya a privarnos de su agradable compañía durante toda la noche?

El viejo soltero filosofó, comentando las palabras del abogado:

—¡Lo único que puede separar a dos hombres es una mujer!

Yasín, sentado entre el primer secretario del Ministerio de Bienes Religiosos y él, le dijo bromeando:

—Por ese lado no tengas miedo.

El viejo dijo, llevándose el vaso a la boca:

—Salvo unos endemoniados momentos en los que me excita una catorceañera...

—¡Tú eres como el invierno, y ella como la primavera! —dijo el primer secretario.

—¡No comprendo lo que pretendes con estas estúpidas palabras!

—¡Ni yo tampoco!

Jalu trajo el vaso y los altramuces. Yasín lo cogió diciendo:

—¡El mes de enero de este año está haciendo lo que le da la gana!

—Los asuntos están en manos de Dios —dijo el jefe de personal—. Enero ha traído el frío, pero se ha llevado a Tawfiq Nasim para no volver.

—¡Salvadnos de la política! —gritó el abogado—. No paramos de emborracharnos tomando la política como aperitivo, hasta que nos corta el aliento. ¡Hablad de otra cosa!

—En realidad, nuestra vida es política, y no otra cosa —afirmó el jefe de

personal.

—Tú eres jefe de personal en sexto nivel, ¿qué tienes que ver con la política?

—¡Por favor! —dijo el jefe colérico—. Nivel sexto de los antiguos... de los tiempos de Saad.

—Yo tengo el sexto nivel desde los días de Mustafa Kámil —repuso el viejo soltero—, por eso me he jubilado como tal, en honor a su recuerdo. ¡Escuchadme! ¿No es mejor que nos emborrachemos y cantemos?

Yasín respondió, ocupándose en vaciar su vaso:

—¡Bebamos primero, padre mío!

Yasín no había gozado en su vida del placer de una amistad profunda. Sin embargo tenía amigos en cada tertulia —en el café o en la taberna—. Se amoldaba con rapidez, y hacía amigos con más rapidez todavía. Conocía a ese grupo desde que adoptó esta taberna como tertulia nocturna favorita —de acuerdo con la evolución de su situación financiera—, y los lazos de amistad se habían afianzado entre ellos. Sin embargo, no se encontraba con ninguno fuera de allí, ni lo intentaba siquiera. Los reunía el exceso en la bebida y la búsqueda de un precio barato. El jefe de personal era el que detentaba la posición más elevada, pero también tenía una numerosa familia. El abogado, por su parte, había venido a esta taberna atraído por el renombre de su fuerte vino, y después de que los caldos selectos no le hicieran efecto más que en contadas ocasiones. Luego se habituó y lo tomó por costumbre.

Yasín empezó a beber y a charlar, lanzándose en el tumultuoso torbellino que inundaba el lugar y rebotaba en sus paredes. El viejo soltero era el miembro del grupo al que más quería. No se hartaba de sus bromas, en especial de las alusiones al sexo. Este le prevenía contra los excesos, y le recordaba su responsabilidad familiar, a lo que Yasín respondía con indiferencia y orgullo: «Nosotros somos un clan que ha sido creado para esto. Así es mi padre, y así fue antes mi abuelo». Él había dicho ya esas palabras aquella velada, y el abogado le preguntó irónico:

—¿Y tu madre? ¿Ella es también así?

Se rieron a carcajadas, incluido Yasín, aunque el corazón se le había hundido en el pecho dolorosamente. Estuvo bebiendo en exceso... y le pareció, a pesar de su embriaguez, que se estaba desplomando... Aquel no era su lugar, ni su vino, ni su día... «En todas partes se hacen guiños a mis espaldas. ¡Qué lejos estoy yo de mi padre! No hay nada más miserable que ver aumentar los años, y disminuir el dinero. Pero la bebida es enormemente misericordiosa; te inunda de alegría, una dulce alegría, y constituye un bello consuelo frente al que todos los asuntos pierden importancia. Dite a ti mismo: "¡Qué grande es mi alegría!" No volverán los bienes

dilapidados, ni la juventud que pasó, pero el vino valdrá para ser el mejor compañero de por vida. Lo he mamado desde que era un adolescente, y helo aquí alegrando mi madurez... y vibrará de emoción por él mi cabeza cubierta de canas. Por eso mi corazón se regocija a pesar de la pena. Mañana, cuando Redwán sea un hombre y Karima se vaya a casar, yo brindaré por la felicidad en el-Ataba el-Jadrá. ¡Qué grande es mi alegría!»

Entonces el grupo cantó «Al cautivo del amor, ¡cuántas veces lo ahoga la desgracia!»; luego cantó «¡Oh, vecina del río!», todo ello en un clima bullanguero, y con voces alborotadoras. Las gentes de las demás salas y del pasillo corearon la canción. Luego se hizo un silencio agobiante, y el jefe de personal volvió a hablar de la dimisión de Tawfiq Nasim y a preguntar por el tratado encaminado a proteger a Egipto del peligro de Italia, ese incómodo vecino establecido en Libia. Y lo único que hizo el grupo fue repetir a coro: «Corre la cortina que está a nuestro lado, así nuestro vecino no nos molestará». El viejo, a pesar de haberse excedido en la bebida y el jaleo, se puso a protestar contra esta desvergonzada respuesta, y los acusó de desvariar en aquello que debían tomarse en serio. Le respondieron, canturreando al unísono: «¿Nos estás riñendo de verdad, o en broma?». El *sheyj* no pudo hacer otra cosa que echarse a reír y volver a confabularse con ellos sin reserva.

Yasín abandonó la taberna a medianoche, y llegó a su casa, en Qasr el-Shawq, alrededor de la una. Al igual que solía hacer cada noche, empezó a recorrer las dependencias de su apartamento como si estuviera realizando una ronda de inspección. Encontró a Redwán en su habitación, estudiando; el joven levantó la cabeza del libro de Derecho para intercambiar una sonrisa con su padre. El amor que se profesaban era profundo, así como el respeto, a pesar de que Redwán sabía que siempre que su padre lo hacía a esas horas, lo hacía borracho. Yasín, por su parte, sentía gran admiración por la belleza de su hijo, así como por su inteligencia y su aplicación. Veía en él a su sustituto en el futuro, que elevaría su rango, reforzaría su orgullo y lo consolaría de muchas cosas.

—¿Cómo van tus lecciones? —le preguntó.

Y se señaló a sí mismo como si le dijera: «Aquí me tienes». Redwán sonrió, y en él sonrieron los ojos negros de Haniyya. Su padre volvió a decir:

—¿Te molesta que ponga el fonógrafo?

—A mí no, pero los vecinos están durmiendo a estas horas.

Se alejó de la habitación, diciendo en son de burla:

—¡Que tengan felices sueños!

Pasó por el dormitorio de los niños, y encontró a Karima sumergida en sus

sueños, en una cama pequeña; la de Redwán permanecía vacía, al otro lado de la habitación, esperando que este acabara de estudiar. Por un instante se le ocurrió despertarla para jugar con ella, pero recordó sus protestas cuando la despertaba a esas horas, y renunció a la idea, yéndose a su habitación. Verdaderamente la noche más bonita en aquella casa era la del viernes, el santo día de fiesta, pues cuando regresaba a su casa —sin importar la hora en que lo hiciera— no dudaba en invitar a Redwán a sentarse con él en la sala; luego despertaba a Karima y a Zannuba, ponía en marcha el fonógrafo, y seguían charlando y bromeando hasta altas horas de la noche. Yasín adoraba a su familia, y especialmente a Redwán. Verdaderamente él mismo no se ocupaba —o no tenía tiempo— de perseguirlos con su vigilancia y sus consejos, dejando estos asuntos al cuidado de Zannuba y a la natural prudencia de sus hijos. Fuera lo que fuese, él no hubiera podido soportar ni un solo instante el representar ante ellos el duro papel que su padre había representado ante él. ¡Odiaba de todo corazón forjar en el corazón de Redwán el sentimiento de temor y miedo que él sentía hacia su padre! ¡La verdad es que no habría podido hacerlo aunque hubiera querido! Cuando los reunía a su alrededor después de la medianoche, manifestaba sin reserva la pasión que sentía por ellos, embriagado por el vino y el amor. Bromeaba y charlaba con todos, y tal vez les contara las anécdotas de borrachos que ocurrían en la taberna, sin prestar atención al efecto que aquello podía causar en las almas inocentes, e indiferente a las protestas que Zannuba le expresaba, mediante señas, desde detrás. Parecía que él mismo se hubiera olvidado y diera rienda suelta a su naturaleza, sin precaución ni cuidado.

En su habitación, encontró a Zannuba —como de costumbre— sólo dormida a medias. Ella estaba siempre así. Antes de entrar, le llegaban sus ronquidos, hasta que, cuando alcanzaba el centro del dormitorio, su mujer empezaba a moverse, abría los párpados y decía con su tono burlón: «¡Por fin has vuelto, gracias a Dios!». Luego se levantaba para ayudarlo a quitarse la ropa y ordenarla. Así, al natural, ella parecía mayor de lo que era, y a menudo él la creía de su misma edad. Pero había llegado a ser su compañera, entrelazándose sus raíces a las de él... Una antigua cantora que había logrado con éxito vivir en su compañía cosa que no había conseguido antes ninguna señora y que había asentado su vida conyugal sobre sólidos cimientos. Sí, su vida en común había conocido batallas al principio, y en ella se habían dejado oír rugidos, pero la mujer pareció siempre empeñada, con todas sus fuerzas, en preservar su vida matrimonial. Con los días, llegó a ser madre. Había sufrido el desconsuelo por la pérdida de un hijo, y no le quedaba más que Karima. Sin embargo, esto la movía a aferrarse, con redobladas fuerzas, a su vida conyugal,

especialmente después que hubiera sentido la amenaza de la madurez y el desafío de una vejez prematura. Además, el paso de los días le había enseñado a ejercer la paciencia y el espíritu conciliador, y a representar el papel de «señora» en el más amplio sentido de la palabra, llevándolo al extremo de no arreglarse fuera de su casa; llegó al punto de conseguir, en cierto modo, el respeto de Bayn el-Qasrayn y el-Sukkariyya. Un aspecto de su buena política consistía en esforzarse por tratar a Redwán de la mejor forma, con gran dulzura y afecto, aunque no sentía amor hacia él —especialmente después de que perdiera al único hijo varón que había dado a Yasín—. A pesar de lo que había cambiado, ponía un extremo cuidado en estar bien arreglada, elegante y limpia. Yasín la observaba sonriendo mientras peinaba y peinaba sus cabellos ante el espejo. Y, aunque de vez en cuando estaba harto de ella hasta el límite del hastío, sentía verdaderamente que aquella mujer se había convertido en algo precioso en su vida, algo de lo que no podía prescindir de ninguna manera.

Ella fue a por un chal, se cubrió con él, tiritando, y dijo en tono de queja:

—¡Qué frío hace! ¿No podrías prescindir de tus veladas en invierno?

—El vino, como tú sabes, transforma las estaciones —respondió él, burlón—. ¿Por qué te tomas la fatiga de levantarte?

Ella dijo resoplando:

—¡Tus actos son agotadores, y tus palabras también!

Dentro de su *guilbab* él parecía un globo. Se frotó el vientre con la mano, mientras miraba a su mujer, embelesado y satisfecho, con sus ojos negros y brillantes. Luego se echó a reír de repente y dijo:

—¡Si me hubieras visto intercambiando saludos con los soldados! ¡Los de la última ronda nocturna se han vuelto buenos amigos míos!

—¡Qué bien! —murmuró ella, suspirando.

8

Ver a Redwán caminando por el-Guriyya con su paso lento era algo que verdaderamente llamaba la atención. Tenía diecisiete años, ojos negros y era de complexión media, con una ligera tendencia a la gordura; su ropa era elegante, hasta el límite de ir engalanado, y su tez sonrosada reflejaba su pertenencia a la familia Effat. Irradiaba belleza y luz, y sus movimientos revelaban la coquetería de quien no ignora su belleza. Cuando pasó por el-Sukkariyya, volvió la cabeza hacia allí con una media sonrisa. Al punto, recordó a su tía Jadiga y a sus dos hijos, Abd el-Múnim y Ahmad, y al pensar en estos dos últimos lo invadió un sentimiento no carente de indiferencia. La verdad era que él no se había sentido, ni una sola vez, con ánimos para considerar a ninguno de sus parientes como un amigo en el verdadero sentido de la palabra. Rápidamente atravesó la Puerta el-Mitwali y luego se dirigió hacia Darb el-Ahmar, hasta que sus pasos lo llevaron a la puerta de una antigua casa; llamó y esperó. Esta se abrió ante el rostro de Hilmi Ezzat, su amigo de la infancia, su compañero, entonces, en la Facultad de Derecho, y su rival por lo que se veía en belleza. El rostro de Hilmi resplandeció al verlo. Luego se abrazaron y se besaron, como solían hacer al encontrarse, y empezaron a subir juntos la escalera, mientras Hilmi alababa la corbata de su amigo, cuyo color armonizaba con el de la camisa y los calcetines. A ambos se los citaba como modelo de elegancia y buen gusto, por no hablar ya de su interés hacia la ropa y la moda, que no era menor del que sentían por la política o el estudio del Derecho. Llegaron a una amplia habitación, de techo alto. La presencia de una cama y un escritorio indicaba que estaba preparada, a la vez, para dormir y estudiar. ¡Cuántas veladas habían pasado allí, estudiando, para luego dormir, uno al lado del otro, en la gran cama de columnas negras y mosquitero! El hecho de que Redwán pasara la noche fuera de casa no era nada nuevo. Desde su infancia solía ser invitado a pasar unos días en muchas casas, como en la de su abuelo Muhammad Effat, en el-Gamaliyya, o en Muñirá, en la de su madre, que no había tenido más hijos que él, a pesar de su matrimonio con Muhammad Hasan. Y por eso, y por la tendencia natural de su padre al desinterés, y porque Zannuba acogía con los brazos abiertos todo aquello que lo alejara de su casa aunque fuera por un momento, no había encontrado oposición alguna al hecho de pasar la noche en casa de su amigo, en época de estudio. Luego, el asunto se convirtió en algo habitual, y no hubo nadie que le prestara la menor atención. En este mismo clima de desinterés había crecido Hilmi Ezzat. Su padre —comisario de policía— había

muerto hacía diez años, y en ese tiempo sus seis hermanas se habían casado. Él vivía solo con su anciana madre. Al principio, la mujer había encontrado dificultad para ejercer su autoridad sobre su hijo, pero luego él no tardó en convertirse en el jefe de toda la casa. La mujer vivía de la exigua pensión de su marido y del alquiler del primer piso de la antigua casa. La familia no había conocido más que estrecheces desde la muerte del padre, pero Hilmi había podido continuar su vida escolar hasta ingresar en la Facultad de Derecho, cuidando, entretanto, la apariencia respetable que su situación requería. Hilmi sentía una alegría incomparable al encontrarse con su amigo, y los momentos de trabajo o de descanso no le eran gratos más que con él; por eso su presencia le producía vitalidad y entusiasmo. Lo hizo tomar asiento en el sofá vecino a la puerta de la celosía, se sentó a su lado y empezó a pensar en la elección de un tema —¡y cuántos había!— para charlar con él. Sin embargo, en los ojos de Redwán apareció una mirada taciturna que se cruzó en la corriente de su entusiasmo. Lo miró con aire interrogante y luego, al presentir lo que pasaba, balbució:

—¿Has visitado a tu madre? Apuesto a que vienes de allí...

Redwán comprendió que la acertada conjetura de su amigo provenía de su propio aspecto, y brilló en sus ojos el fastidio; sacudió la cabeza afirmativamente, sin decir palabra.

—¿Y cómo está? —preguntó Hilmi.

—Muy bien...

Luego, suspirando:

—¡Pero ese Muhammad Hasan...! ¡Tú no sabes lo que significa que tu madre esté casada con uno que no es tu padre!

Hilmi lo consoló diciendo:

—Eso ocurre a menudo. No hay en ello vergüenza alguna. ¡Además se trata de una historia antigua!

—¡No, no y no! —exclamó Redwán furioso—. Él está siempre en la casa y no sale de allí más que para ir a su trabajo en el Ministerio. ¡Me gustaría visitarla una vez y encontrarla sola! A él le encanta representar el papel de padre y de director espiritual. ¡Mal rayo lo parta! A cada oportunidad me recuerda que él es el jefe de mi padre en la Dirección de Archivos, y no duda en criticar su comportamiento en el trabajo. ¡Pero yo tampoco me callo!

Enmudeció un instante hasta calmar su excitación. Luego siguió diciendo:

—¡Mi madre es idiota al haber consentido en casarse con ese hombre! ¿No hubiera sido mejor que volviera con mi padre?

Hilmi, que conocía de sobra la célebre trayectoria de Yasín, dijo sonriendo:

—«En el amor, ¡cuánto me he lamentado!»

Redwán ondeó la mano con un gesto de pertinaz oposición.

—¡Aunque así fuera! —dijo—. Los gustos de las mujeres son un tremendo misterio. ¡Y lo peor de esto es que, por lo que parece, ella está satisfecha!

—¡No sigas amargándote!

—¡Qué maravilla! —dijo Redwán en tono triste—. Un aspecto de mi vida rezuma desgracia. Yo detesto al marido de mi madre y no quiero a la mujer de mi padre. Un ambiente cargado de odio. Mi padre —al igual que mi madre— no ha elegido bien, pero... ¿qué puedo yo hacer? La mujer de mi padre me trata bien, pero no creo que me quiera. ¡Qué perra es esta vida!

Una vieja sirvienta trajo el té, y a Redwán, que había soportado en la calle la cortante brisa de febrero, se le hizo la boca agua. Reinó el silencio mientras ambos removían el azúcar. La expresión del rostro de Redwán se transformó, lo que hizo prever el final de su triste actitud.

Hilmi se sintió a gusto y dijo con satisfacción:

—¡Me he acostumbrado a estudiar contigo y no sé cómo hacerlo solo!

Redwán sonrió en respuesta a este delicado sentimiento, pero, de repente, le preguntó:

—¿Te has enterado del decreto que han promulgado con la composición de los delegados para llevar a cabo la negociación?

—Sí, pero muchos han armado un gran escándalo, considerando de mal augurio el clima que rodea a la negociación, cuyo verdadero eje parece ser Italia —que amenaza nuestras fronteras—. Los ingleses, por su parte, son otra amenaza en caso de que fracase el acuerdo.

—¡La sangre de los mártires está todavía caliente! ¡Y tenemos sangre nueva!

—Eso es lo que se dice —repuso Hilmi, sacudiendo la cabeza—. Ha callado el combate y han empezado las palabras. ¿Y tú que opinas?

—De cualquier forma, el Wafd tiene una mayoría aplastante en el seno de la negociación.

Figúrate que yo he preguntado a Muhammad Hasan, el marido de mi madre, lo que opina de la situación, y me ha dicho en son de burla: «¿Os creéis de verdad que los ingleses pueden salir de Egipto?». ¡Ese es el hombre que mi madre ha escogido por esposo!

Hilmi Ezzat se echó a reír estrepitosamente, y le preguntó:

—¿Es que tu padre opina otra cosa?

—¡Mi padre odia a los ingleses, y eso basta!

—¿Los odia de todo corazón?

—¡Mi padre no odia ni ama nada de todo corazón!

—Yo te he preguntado qué opinas tú. ¿Estás tranquilo?

—¿Y por qué no? ¿Hasta cuándo va a seguir la cuestión en suspenso? ¡Cincuenta y cuatro años de ocupación! ¡Uf! ¡Yo no soy el único desgraciado!

Hilmi Ezzat tomó el último sorbo de su vaso, y dijo sonriendo:

—Me parece que me hablabas con este mismo entusiasmo cuando sus ojos se fijaron en ti...

—¿Quién?

—Cada vez que te exaltas —dijo Hilmi Ezzat esbozando una extraña sonrisa—, tu rostro se enciende y se destaca tu belleza en todo su apogeo. En uno de esos felices momentos, mientras me estabas hablando, sin duda él te vio. Era aquel día en que la delegación de estudiantes marchó a la Casa del Pueblo llamando a la unión. ¿No te acuerdas de ese día?

Redwán preguntó con un interés que no trató de disimular:

—Sí, pero... ¿quién es él?

—¡Abd el-Rahim Basha Isa!

Redwán reflexionó un instante antes de murmurar:

—Lo he visto una vez... de lejos.

—Pues él te vio aquel día por primera vez.

En el rostro de Redwán se dibujó un gesto interrogante, y Hilmi volvió a hablar:

—¡Cuando se encontró conmigo, después de irte tú, me preguntó por ti, y me pidió que te lo presentara a la primera ocasión!

Redwán sonrió. Luego dijo:

—¡Cuéntame todo lo que sabes!

—Me llamó —dijo Hilmi acariciando el hombro de su amigo— y me preguntó con su habitual amabilidad —a propósito, él es muy amable—: «¿Quién era ese muchacho tan guapo que estaba hablando contigo?». Yo le respondí que era un compañero de Derecho y un antiguo amigo que se llamaba tal... Y me preguntó con interés: «¿Y cuándo me lo vas a presentar?». Yo, a mi vez, le pregunté, fingiendo ignorar su objetivo: «¿Para qué, *basha*?», y él estalló diciendo como si estuviera enfadado —hasta tal punto llega a veces su simpatía—: «¡Para darle clases de religión, hijo de perra!», y me eché a reír hasta que él me tapó la boca con la mano.

Reinó un instante de silencio, durante el cual retumbó el viento en el exterior y llegó el sonido que hacía el postigo de la ventana al chocar contra la pared. Luego se

elevó la voz de Redwán, que preguntaba:

—He oído hablar mucho de él. ¿Es como dicen?

—Y más...

—¡Pero si es un viejo...!

En las facciones de Hilmi Ezzat se dibujó una sonrisa silenciosa al decir:

—Eso es lo que menos importancia tiene. Es un hombre de elevada posición, elegante, influyente, y quizás su vejez nos sea de mayor utilidad que la juventud.

Redwán volvió a sonreír, y luego preguntó:

—¿Dónde vive?

—En una tranquila villa de Helwán.

—¡Ah!, ¡llena de representantes de todas las clases sociales!

—¡Estaremos entre sus adeptos! ¿Por qué no? Él es de los viejos políticos y nosotros de los jóvenes.

Redwán preguntó con cierta desconfianza:

—¿Y su mujer y sus hijos?

—¡Qué tonto eres! Está soltero. No se ha casado, ni le gusta ese camino. Fue hijo único, y vive solo con sus criados, como si estuviera desgajado de un árbol. Si lo conocieras, no te olvidarías nunca de él.

Intercambiaron una larga mirada sonriente, cargada de complicidad, hasta que Hilmi Ezzat dijo con cierta impaciencia:

—Por favor, pregúntame cuándo iremos a visitarlo.

Redwán dijo, mirando los posos de té en su vaso:

—¿Cuándo iremos a visitarlo?...

La casa de Abd el-Rahim Basha Isa, en la esquina de la calle el-Nagat con Helwán, aparecía como un modelo de sencillez y elegancia. Era una villa de color oscuro, formada por una sola planta que se elevaba tres metros sobre el suelo, rodeada por un jardín de flores, y con un *salámlík* a la entrada. La casa, la calle y la zona circundante estaban sumergidas en un confortable silencio. En un sofá, junto a la puerta, se hallaban sentados el portero y el chófer. El primero era un nubio esbelto y de rasgos resplandecientes; el segundo estaba en la flor de la juventud, y tenía las mejillas sonrosadas. Hilmi Ezzat murmuró al oído de Redwán, dirigiendo su mirada hacia el *salámlík*:

—El *basha* ha cumplido su promesa: nosotros somos los únicos visitantes.

El portero y el chófer conocían a Hilmi Ezzat, y se levantaron con educación para recibirlo. Cuando se puso a bromear con ellos, estos se echaron a reír informalmente. El aire, aunque seco, era de un frío cortante. Entraron a un recibidor, modelo de grandeza, presidido por un gran retrato de Saad Zaglul en traje de gala. Hilmi Ezzat se dirigió hacia un espejo que llegaba hasta el techo, en el centro de la pared derecha, y se contempló largo rato. No tardó Redwán en seguirlo, haciendo lo mismo que él, hasta que Hilmi dijo sonriendo:

—Dos lunas vestidas con traje y *tarbúsh*... «¡Hay que rogar por aquel que ama la belleza del Profeta!»

Se sentaron uno al lado del otro en un sofá dorado, cubierto por una mullida tela azul. Pasaron unos minutos, y después se oyó un movimiento procedente de detrás de la cortina, que estaba colgada sobre una gran puerta, bajo la fotografía de Saad. Redwán giró la cabeza hacia ese lado, con el corazón palpitante de interés. El hombre no tardó en aparecer con un elegante traje negro, exhalando un generoso perfume. Tenía la tez morena, la cara afeitada, cuerpo delgado, más bien alto, finos rasgos desdibujados por su avanzada edad, y ojos pequeños y apagados. Su *tarbúsh* estaba inclinado hacia delante hasta casi tocarle las cejas. Avanzaba, tranquilo y digno, con pasos cortos a la vez que lentos, transmitiendo respeto y tranquilidad al corazón del joven. Siguió en silencio hasta que se detuvo frente a los dos jóvenes, que se levantaron para recibirlo. Luego empezó a examinarlos con una mirada penetrante, deteniéndose largo rato en Redwán, hasta que este parpadeó. De repente, esbozó una sonrisa y, en el viejo rostro, se propagaron una afabilidad y un encanto tales, que lograron acortar la distancia que los separaba hasta reducirla a la nada.

Hilmi le dio su mano y el otro la tomó, y la retuvo en la suya. Luego tendió los labios y esperó. Hilmi captó su intención, y rápidamente le puso la mejilla, que el otro besó. Luego miró a Redwán, y le dijo con voz afable:

—Disculpa, hijito, pero este es el modo de saludar en mi casa.

Redwán le tendió la mano con timidez, y el hombre la tomó, mientras le preguntaba riendo:

—¿Y tu mejilla?

Redwán enrojeció, y Hilmi exclamó, señalándose a sí mismo:

—Para hablar con él, Su Excelencia el *basha*, has de tratar con su tutor.

Abd el-Rahim Basha se echó a reír, y se contentó con estrechar la mano de Redwán. Luego los invitó a sentarse, mientras él lo hacía en un gran sofá, cerca de ellos.

—¡Maldito sea este tutor tuyo, Redwán! —dijo sonriente—. ¿No te llamas así? ¡Bienvenido! Te había visto en compañía de este desgraciado. Me gustaron tus maneras y quise conocerte... Y aquí estás, no me has privado de ello...

—Estoy encantado de haber tenido este honor, Su Excelencia el *basha*.

El hombre dijo, mientras hacía girar un gran sello de oro en el anular de su mano izquierda:

—¡Dios no lo permita, hijo mío! No utilices expresiones grandilocuentes ni títulos de grandeza. ¡Nada de eso me gusta! Lo que me interesa de verdad es el espíritu amable, el alma pura y la sinceridad. En cuanto a «Su Excelencia el *basha*» o «Su Excelencia el *bey*», todos somos hijos de Adán y Eva. La verdad es que me ha gustado tu educación y quise invitarte a mi casa. ¡Bienvenido seas! Eres compañero de Hilmi en la Facultad de Derecho, ¿no?

—Sí, señor. Somos compañeros desde que estábamos en la escuela primaria de Jalil Aga.

El hombre arqueó sus canosas cejas con sorpresa, y dijo:

—¡Compañeros desde la infancia! —luego, sacudiendo la cabeza—: ¡Bien, bien! ¿Es que tú eres también del barrio de el-Huseyn?

—Sí, señor. Nací en la casa de mi abuelo, el señor Muhammad Effat, en el-Gamaliyya, y ahora vivo en la de mi padre, en Qasr el-Shawq.

—¡Los auténticos barrios de El Cairo! ¡Los lugares agradables! Figúrate, yo viví allí un tiempo con mi difunto padre, en Bir Guwán. Era hijo único, y un diablillo. ¡Cuántas veces reunía a los chiquillos en una especie de cortejo, e íbamos de calleja en calleja dándole patadas a un ladrillo del suelo!... Y ¡pobre del enfermo que el destino pusiera en nuestro camino! Mi padre se ponía furioso y corría tras de mí con

el bastón. ¿Has dicho, hijo mío, que tu abuelo es Muhammad Effat?

—Sí, señor —respondió Redwán con orgullo.

El *basha* reflexionó un instante, luego dijo:

—Recuerdo haberlo visto una vez en casa del diputado de el-Gamaliyya. Un hombre distinguido, y sincero nacionalista. Estuvieron a punto de proponerlo como candidato a diputado en las próximas elecciones, pero se retiró en el último momento, en favor de su amigo, el diputado antiguo. El último pacto ha impuesto la regla de la amistad en las elecciones, a fin de que nuestros hermanos, los liberales constitucionales, obtengan algunos escaños. Así pues, tú eres compañero de Hilmi en Derecho. ¡Muy bien! Esa es la mejor de las carreras, y requiere, para su estudio, una inteligencia brillante. En cuanto al futuro, lo único que tienes que hacer es esforzarte.

La ambición y el entusiasmo invadieron su corazón al percibir, en este último tono de voz, algo que le insinuó la promesa y el estímulo.

—¡Nosotros no hemos suspendido ni una sola vez en nuestra vida escolar! —dijo.

—¡Bravo! ¡Eso es lo fundamental! Tras esto vendrán la fiscalía y la magistratura. Siempre se encontrará quien abra las puertas ante los que se esfuerzan. La vida de la magistratura es grandiosa. Su base está en una inteligencia despierta y una conciencia activa. Yo fui, gracias a Dios, uno de sus sinceros hijos, y dejé la magistratura para ocuparme de la política, pues el patriotismo nos obliga a veces a abandonar nuestras queridas ocupaciones. Pero, incluso hoy, encuentras gente que nos cita como modelo de justicia y rectitud. Pon una parte de tus miras en el esfuerzo y la rectitud, y, después, sé libre en tu vida privada. ¡Cumple con tu deber, y haz lo que quieras! Si faltas a él, la gente no verá en ti más que defectos. ¿No ves que a muchos entrometidos sólo les gusta decir «el Ministro Fulano tiene tal debilidad» y «el poeta Fulano tiene tal otra»? Bueno, ¡pero no todos los enfermos son ministros o poetas...! Sé ministro y poeta en primer lugar, y haz después lo que quieras. ¡Que no se te olvide esta lección, maestro Redwán!

Entonces Hilmi Ezzat dijo con malicia:

—«Al hombre le basta el mérito de que sus defectos sean contados». ¿No es así, Su Excelencia el *basha*?

El hombre ladeó la cabeza hacia el hombro derecho y dijo:

—Naturalmente. ¡Alabado sea aquel que alcanza la total perfección! El hombre es muy débil, Redwán, pero tiene que ser fuerte en las otras vertientes. ¿Comprendido? Si quieres te hablo de los grandes hombres de Estado; no

encontrarás ni uno solo carente de debilidades. Hablaremos largo y tendido, y estudiaremos juntos los casos más importantes, a fin de que tengamos una vida cargada de perfección y felicidad.

—¿No te dije que la amistad del *basha* era un tesoro inagotable? —dijo Hilmi mirando a Redwán.

Abd el-Rahim Isa añadió, dirigiendo sus palabras a Redwán, que apenas había apartado sus ojos de él:

—Yo amo la ciencia, amo la vida y amo a la gente. Mi deber es ayudar al pequeño a crecer. ¿Qué hay en el mundo mejor que el amor? Si nos enfrentamos a un problema de derecho, es necesario que lo resolvamos juntos; si pensamos en el futuro, que pensemos juntos; si queremos descansar, que descansemos juntos. Yo no he encontrado un hombre tan sabio como Hasan Bey Imad. Hoy es uno de los contados hombres del Cuerpo Diplomático..., dejando aparte que sea uno de mis enemigos políticos. Pero si se entrega por completo a un asunto, lo lleva hasta el final...; si está emocionado, baila desnudo... ¡El mundo es hermoso a condición de ser sagaz y de amplias... miras! ¿Tienes tú amplias miras, Redwán?

De inmediato Hilmi Ezzat respondió por él:

—¡Y si no las tiene, nosotros estamos dispuestos a ampliárselas!

El rostro del *basha* se iluminó con una sonrisa infantil que revelaba su ilimitado deseo de alegría, y dijo:

—Este niño es un diablo, Redwán, pero ¿qué hacer? Es tu compañero de la infancia... ¡qué suerte! Y no he sido yo el que ha dicho «Dios los cría y ellos se juntan», así que tú tienes que ser también un diablo. Háblame de ti, Redwán. Me dejas charlar sin parar mientras tú estás callado como los picaros de la política ¿eh? Dime, Redwán ¿qué amas?... ¿qué odias?...

En ese momento entró el criado llevando la bandeja del café. Era un muchacho imberbe, semejante al portero y al chófer. Bebieron las copas de agua mezclada con azahar, y el *basha* preguntó:

—El agua de azahar es la bebida de la gente de el-Huseyn ¿no es así?

—Sí, señor —murmuró Redwán sonriendo.

El *basha* dijo, sacudiendo la cabeza emocionado:

—¡Oh, gentes de el-Huseyn! ¡Socorredme!

Se echaron todos a reír, e incluso el criado sonrió mientras salía del salón. El *basha* siguió preguntando:

—¿Qué amas? ¿Qué odias? Habla con franqueza, Redwán. Déjame que te ayude a responder: ¿te interesa la política?

—Los dos estamos en la comisión de estudiantes —dijo Hilmi Ezzat.

—Este es el primer motivo de acercamiento entre nosotros. ¿Y te interesa la literatura?

—Es un enamorado de Shawqi, Hafiz y el-Manfaluti —respondió Hilmi Ezzat.

—¡Cállate tú! —le reprendió el *basha*—. Quiero oír su voz, hermano.

Se echaron a reír, y Redwán dijo sonriendo:

—Me muero por Shawqi, Hafiz y el-Manfaluti.

—«Me muero por...» —exclamó el *basha* asombrado—. ¡Qué expresión! No se oye más que en el-Gamaliyya. ¿Acaso está en relación con la belleza, como el nombre de ese barrio? Entonces serás aficionado de «Plata dorada», «Por la noche, cuando mi amigo...», «Quien sea» y «Una rama que sube y otra que baja»... ¡Dios, Dios...! Este es otro motivo de acercamiento entre nosotros. ¡Gamaliyya! ¿Y amas el canto?

—Es aficionado de...

—¡Cállate tú!

Otra vez se echaron a reír, y dijo Redwán:

—... Umm Kulzum.

—¡Qué bien! Quizás a mi me guste más lo antiguo pero, en el canto, todo es bonito. A mi me gusta «grave» y «ligero», como dice el-Maarri, y me muero por él, como dice usted. ¡Muy bien! ¡La noche es maravillosa!

Sonó el timbre del teléfono, y el *basha* se levantó a cogerlo. Se puso el auricular en la oreja, y dijo:

—¿Dígame?...

—¡Muy buenas!, Su Excelencia el *basha*.

—Yo di claramente mi opinión al jefe, y era la misma que tenían Máher y el-Nuqrashi.

—Lo siento, *basha*. No puedo. No me olvido de que el rey Fuad fue el que se opuso un día a mi ascenso, y él es el último que puede hablar de moral. De todas formas te veré mañana en el club. Adiós, *basha*.

El hombre volvió con el rostro sombrío pero, apenas vio la cara de Redwán, recuperó la alegría y siguió su conversación:

—Sí, señor Redwán. Nos hemos conocido y ¡qué bonito es conocerse! Te aconsejo que te esfuerces, que no dejes de lado las obligaciones ni los ideales elevados. Y, después de eso, te voy a hablar del placer y la felicidad.

Entonces Redwán miró su reloj, y la angustia brilló en el rostro del *basha*, que dijo:

—¡De eso nada! El reloj es el enemigo de las reuniones de los hombres.

—Pero... se nos ha pasado la hora, Su Excelencia el *basha*.

—¡Pasado la hora...! ¿Quieres decir que se me ha pasado la edad? Te equivocas, hijo. Aún sigo amando la velada, la belleza y el canto después de la una. La velada no ha comenzado todavía. No hemos hecho más que empezar. No te opongas. El coche está a vuestra disposición hasta por la mañana. Me han dicho que tú ibas a pasar la noche fuera de casa para estudiar, pues... ¡estudiemos! ¿Por qué no? ¡Qué grato me sería volver a los prolegómenos del derecho público, o un poco de ley islámica! Y, a propósito de esto, ¿quién os enseña ley islámica? ¿El *sheyj* Ibrahim Nadim? ¡Que Dios lo bendiga! Es un extraordinario capitán. ¡No te sorprendas! Un día escribiremos la historia de todos los hombres de la época. Tienes que comprenderlo todo. Nuestra noche es una noche de amor y amistad. Dime, Hilmi: ¿qué bebida es la más apropiada para una noche como esta?

—*Whisky* con soda, y cosas para picar —respondió Hilmi tranquilamente.

Y el *basha* añadió, riendo:

—¿Y las cosas para picar son una bebida, desgraciado?

Tras el almuerzo del jueves, la pequeña familia de Jadiga se reunía de forma casi invariable. Así, coincidían en la sala el padre, Ibrahim Sháwkat, Abd el-Múnim y Ahmad. Y como era raro que Jadiga se quedara sin hacer nada, allí estaba, sentada entre ellos, bordando. Las huellas de la vejez habían hecho finalmente su aparición en Ibrahim Sháwkat, tras una larga y colosal resistencia. Habían blanqueado sus cabellos, y estaba algo fofo pero, exceptuando eso, conservaba una envidiable salud. Estaba fumándose un cigarro, ocupando su lugar entre sus dos hijos, reposado y tranquilo, mientras sus ojos saltones reflejaban aquella tradicional mirada apática e indiferente. Entretanto, los dos jóvenes no dejaban de hablar, ya fuera entre ellos, ya fuera con el padre o con la madre, que participaba en la conversación sin levantar la cabeza de su tarea. Parecía un inmenso bloque de grasa y carne. En el ambiente ya no había nada que turbara la dicha de Jadiga pues, desde la muerte de su suegra, no quedaba nadie que le disputara la autoridad en su casa. Atendía sus obligaciones con un celo siempre infatigable, y cuidaba con todo esmero su gordura, la joya de toda su belleza. Trataba de imponer su tutela sobre la familia, el padre y los dos hijos, a lo que el hombre cedía de buena gana; en cuanto a Abd el-Múnim y a Ahmad, cada uno hacía su vida como creía conveniente, buscando refugio en el amor de su madre para combatir su autoridad. Hacía años que ella había conseguido empujar a su marido a que respetara las tradiciones religiosas, y el hombre practicaba asiduamente la oración y el ayuno. Abd el-Múnim y Ahmad habían crecido en ese entorno; sin embargo, el segundo había dejado de cumplir los preceptos dos años atrás, escapando al interrogatorio de su madre, cada vez que esta le preguntaba, o pretextando una u otra excusa. Ibrahim Sháwkat sentía un amor inmenso y una profunda admiración hacia sus dos hijos, exaltando los continuos aprobados, que habían llevado a Abd el-Múnim a la Facultad de Derecho y a Ahmad a estar terminando la etapa secundaria. Jadiga, a todo esto, decía con orgullo:

—Todo es fruto de mi propio interés. Si hubiera dejado el asunto en tus manos, ninguno de ellos habría prosperado, ni habría llegado a donde está.

Era un hecho demostrado que ella, por la falta de práctica, había olvidado los rudimentos de la lectura y la escritura, por lo que se había convertido en el blanco de las burlas de Ibrahim. Llegó hasta tal punto que sus dos hijos se propusieron recordarle lo que había olvidado, devolviéndole así los favores de que ella se preciaba. Ella se enojó un tanto, y rio mucho; luego resumió la situación en dos

palabras, diciendo:

—Una mujer no tiene necesidad de escribir ni de leer mientras no redacte cartas de amor.

Parecía feliz y contenta entre los suyos, aunque posiblemente el apetito de Abd el-Múnim y Ahmad no le agradara en demasía. Y como la delgadez de ambos la irritaba, dijo enfadada:

—¡He dicho mil veces que tenéis que enjuagaros la boca con manzanilla para abriros el apetito! ¡Tenéis que comer bien! ¿No veis cómo lo hace vuestro padre?

Los jóvenes sonrieron mientras miraban al aludido, y el hombre dijo:

—¿Y por qué no te pones a ti misma como ejemplo, si tú comes como una lima?

—Yo dejo que ellos juzguen y escojan... —contestó ella sonriendo.

—Tú, *sheyja*, me has echado mal de ojo. ¡Por eso me ha aconsejado el doctor que me saque los dientes!

En los ojos de la mujer brilló una mirada afable, y dijo:

—No te angusties... El mal se irá con ellos, y, si Dios quiere, ya no te dolerán más.

Entonces Ahmad se dirigió a ella:

—Nuestro vecino, el que vive en el segundo, quiere que se le aplace el pago del alquiler hasta el mes que viene. Me abordó en la escalera para exponerme su ruego.

Ella le preguntó con el ceño fruncido:

—¿Y qué le has dicho tú?

—Le he prometido que lo hablaría con mi padre.

—¿Y lo has hablado con tu padre?

—Te lo acabo de decir a ti...

—¡Nosotros no compartimos su apartamento, así que nada le permite compartir nuestros ingresos con nosotros! Si somos condescendientes con él, el que vive en el primer piso seguirá sus pasos. ¡Tú no conoces a la gente, así que no te metas en lo que no te importa!

Ahmad miró a su padre interrogante:

—¿Qué opinas tú, papá?

—¡Me rindo!... —respondió Ibrahim Sháwkat sonriendo—. ¡No me des quebraderos de cabeza! Tienes a tu madre...

Ahmad se volvió hacia ella:

—¡Porque seamos condescendientes con un hombre agobiado, no nos vamos a morir de hambre!

—¡Su mujer ya me habló de ello —exclamó Jadiga irritada—, y le he aplazado el

pago! ¡Ya puedes estar satisfecho! ¡Pero le he dado a entender que el alquiler de la vivienda es una obligación, como lo son los gastos de la comida y la bebida! ¿Es eso un error? A mí se me critica a veces por no hacerme amiga de mis vecinas, pero quien conoce a la gente agradece a Dios la soledad.

Ahmad volvió a preguntar, guiñando un ojo:

—¿Es que nosotros somos los mejores del mundo?

—¡Claro!... —dijo Jadiga frunciendo el ceño—. ¡A no ser que tú opines otra cosa de ti mismo...!

—¡El opina que es el mejor de todos —dijo Abd el-Múnim—, que no hay más opinión que la suya y que la sabiduría está reservada a su cabeza!

—¿Y también opina que la gente arrienda las casas sin pagar alquiler? —preguntó Jadiga irónica.

—Él no está convencido —respondió Abd el-Múnim riendo— de que algunas personas tengan derecho en absoluto a poseer casas.

—¡Maldita sea la opinión del pobre! —exclamó Jadiga sacudiendo la cabeza.

Ahmad clavó en su hermano una mirada colérica, y Abd el-Múnim dijo, encogiéndose de hombros con indiferencia:

—¡Analízate a ti mismo antes de enfadarte!

—Nos conviene no discutir a la vez —protestó Ahmad.

—Quiero decir: ¡espera a hacerte mayor!

—¡Tú sólo me llevas un año!

—«El que en edad te adelanta un día, un año te adelanta en sabiduría».

—Ese es un refrán en el que yo no creo.

—Escúchame. Sólo una cosa me interesa, y es que vuelvas conmigo a la oración.

Jadiga dijo, sacudiendo la cabeza apenada:

—Tu hermano tiene razón. El juicio de la gente va aumentando con la edad. Pero tú... ¡Dios me libre! Hasta tu padre practica la oración y el ayuno. ¿Cómo has podido hacer esto?... Yo me lo pregunto noche y día.

Abd el-Múnim replicó con voz elevada, y muy seguro de sí mismo:

—¡Evidentemente, su cabeza necesita una limpieza desde el interior!

—¡Él...!

—¡Escúchame! —dijo a su madre—. Este joven no tiene religión. ¡Eso es lo que yo sigo creyendo!

Ahmad movió la mano como enfadado, y preguntó a gritos:

—¿De dónde te viene el derecho a juzgar los corazones?

—Los actos revelan las intenciones. —Luego, disimulando una sonrisa—: ¡Oh,

enemigo de Dios!

Ibrahim Sháwkat dijo, sin abandonar su calma y su tranquilidad:

—No acuses a tu hermano injustamente...

A lo que Jadiga añadió, dirigiéndose a Abd el-Múnim y mirando de reojo a Ahmad:

—¡No despojes a tu hermano de lo que es más querido para el hombre!

—¿Cómo no va a ser creyente? ¡A los familiares de su madre no les falta más que el turbante para ser hombres de religión! Su antepasado era, en realidad, uno de ellos. Nosotros hemos crecido viendo a nuestro alrededor gentes que rezaban y estaban consagradas al servicio de Dios, como si estuviéramos en una mezquita.

—¡Como mi tío Yasín! —exclamó Ahmad irónico.

A Ibrahim Sháwkat se le escapó una risotada, y Jadiga dijo, aparentando haberse enfadado:

—¡Habla de tu tío con educación! ¿Qué tiene él? Su corazón está lleno de fe. ¡Que Nuestro Señor lo guíe! Mira a tu abuelo y a tu abuela...

—¿Y mi tío Kamal?

—Tu tío Kamal es un protegido de el-Huseyn. ¡Tú no sabes nada!

—Hay gente que no sabe nada...

Abd el-Múnim preguntó colérico:

—Si toda la gente faltara a la religión, ¿sería una disculpa para ti?

—De todas formas —respondió Ahmad con calma— yo estoy tranquilo, ya que a ti no te van a pedir cuenta de mis faltas.

Entonces exclamó Ibrahim Sháwkat:

—¡Dejad ya de pelearos! ¡Me encantaría que fuerais como vuestro primo Redwán!

Jadiga le clavó una mirada colérica, como si le doliera que a Redwán se le considerara mejor que sus dos hijos, e Ibrahim dijo, aclarando su punto de vista:

—Ese muchacho se relaciona con los grandes de la política. Es un joven inteligente, y con eso se ha garantizado un espléndido futuro.

—Yo no comparto tu opinión —dijo Jadiga enfadada—. Redwán es un muchacho desafortunado, como todo joven al que la suerte priva de los cuidados de su madre. Y, en realidad, la «señora» Zannuba no se preocupa por él. Yo no me dejo engañar por su buen comportamiento hacia Redwán, pero esta es una política semejante a la que llevan a cabo los ingleses. Por eso el pobrecillo no tiene estabilidad y la mayor parte de las noches las pasa fuera de su casa. En cuanto a su relación con personas importantes, eso no significa nada. Él ha estudiado con Abd el-Múnim un solo año.

¿Qué significa esta grave intervención? ¡Tú no sabes elegir los ejemplos...!

Ibrahim clavó su mirada en ella, como si le dijera: «Es imposible que estés de acuerdo conmigo». Luego continuó, insistiendo en aclarar su punto de vista:

—Los jóvenes de hoy no son como los de antes. La política lo ha cambiado todo. Cada persona importante tiene sus discípulos entre esos jóvenes, y el ambicioso que quiere abrirse camino en la vida necesita de alguien grande a quien recurrir. La elevada posición de tu padre se basa en sus firmes contactos con los grandes.

—Mi padre —dijo Jadiga con arrogancia— procura que la gente lo conozca, pero él no corre detrás de nadie. En cuanto a la política, nada tienen que ver mis hijos con ella. Si hubieran podido ver a su tío mártir, comprenderían por sí mismos el significado de mis palabras. Entre los «¡Viva Fulano!» y «¡Abajo Mengano!» mueren los hijos de la gente. Y si el pobre Fahmi viviera, sería hoy uno de los jueces más importantes...

—¡Cada uno a su manera! —dijo Abd el-Múnim—. Nosotros no imitamos a nadie. Si quisiéramos ser como Redwán, lo seríamos.

—¡Bravo! —exclamó Jadiga.

Su padre le dijo sonriendo:

—¡Eres igual que tu madre! ¡Y nada se parece a vosotros dos!

Llamaron a la puerta, y llegó la sirvienta anunciando la llegada de la vecina del primero. Jadiga dijo, disponiéndose a levantarse:

—¿Qué es lo que quiere? Si es para aplazar el pago del alquiler, ¡que decida la comisaría de el-Gamaliyya!

11

Había un gran gentío en el-Muski. Estaba repleto de sus gentes, que eran muchas, a las que se sumaban aquel día las oleadas humanas que surgían desde el-Ataba. El claro sol de abril proyectaba sus ardientes rayos. Abd el-Múnim y Ahmad se abrían paso con considerable esfuerzo, empapados en sudor. Ahmad, que iba cogido del brazo de su hermano, dijo:

—Háblame de tus sentimientos.

Abd el-Múnim reflexionó un instante, y luego empezó a responderle:

—No sé. La muerte es terrible, y no digamos ya cuando se trata de la muerte de un rey... El camino del cortejo fúnebre está repleto de gente como nunca había visto antes. Yo no presencié el entierro de Saad Zaglul para poder compararlo con este, pero me parece que la mayoría de la gente está muy afectada. Algunas mujeres están llorando. ¡Nosotros, los egipcios, somos un pueblo de sentimentales!

—Pero yo te he preguntado qué sientes tú.

Abd el-Múnim volvió a reflexionar, mientras evitaba tropezar con la gente.

—Yo no lo amaba —dijo—. Todos nosotros lo aborrecíamos. No estoy triste, pero tampoco me alegro. He seguido al cortejo sin que me afectara gran cosa, ni a favor ni en contra. No obstante, la idea del tirano llevado en su féretro me ha impresionado. Es imposible que pase un espectáculo como este sin impresionarme. ¡En Dios está todo el poder! Él es el Vivo y el Eterno. ¡Ojalá la gente lo supiera! Sin embargo, si el rey hubiera muerto antes de que la situación política actual cambiara, muchos, muchísimos, harían albórbolas. Y tú, ¿qué sientes?

—Yo no amo a los tiranos en ninguna circunstancia política.

—Vale, pero... ¿y el espectáculo de la muerte?

—No me gusta el romanticismo enfermizo.

—¿Te alegras entonces? —preguntó Abd el-Múnim con fastidio.

—Desearía que mi vida se prolongara hasta ver el mundo libre de todos los tiranos, cualesquiera que fueran sus nombres y sus cualidades...

Callaron un momento, pues estaban muy cansados. Luego Ahmad volvió a preguntar:

—¿Y qué va a pasar después de esto?

Abd el-Múnim respondió con ese tono de seguridad que lo caracterizaba:

—Faruq es un muchacho. No tiene la astucia ni el colmillo retorcido de su padre. Si las cosas salen bien, prosperarán las negociaciones y el Wafd volverá a gobernar.

La situación será tranquila y se acabará la época de las conspiraciones. Por lo que parece, el futuro va a ser mejor.

—¿Y los ingleses?

—Si prosperan las negociaciones, los ingleses se convertirán en amigos y, por consiguiente, se romperá la alianza existente entre el Palacio y ellos, en contra del pueblo. El rey no tendrá más remedio que respetar la Constitución.

—¡El Wafd es lo mejor!

—Sin duda. No ha gobernado tanto tiempo como para conocer el alcance de su poder. Dentro de poco la experiencia pondrá de manifiesto sus verdaderas posibilidades. Yo estoy de acuerdo contigo en que el Wafd es lo mejor, pero nuestra ambición no se detiene en él.

—¡Naturalmente! Yo confío en que el gobierno del Wafd sea un buen punto de partida hacia una mayor evolución, y eso es todo. Pero... ¿vamos realmente a ponernos de acuerdo con los ingleses?

—¡O el acuerdo, o la vuelta al gobierno de Sidqi! En nuestro país hay una reserva inagotable de traidores cuya misión consiste en corregir al Wafd cuando dice «no» a los ingleses, y están a la espera. Aunque hoy engrosen las filas de la nación, Sidqi, Muhammad Mahmud y otros están a la espera. Ese es el drama.

Cuando llegaron a la Nueva Avenida, se encontraron de repente con su abuelo Ahmad Abd el-Gawwad, que se dirigía hacia el-Saga. Se le acercaron y lo saludaron con respeto. Él les preguntó sonriente:

—¿De dónde venís y adónde vais?

—Estamos presenciando el entierro del rey Fuad —respondió Abd el-Múnim.

Y dijo el hombre sin que la sonrisa se borrara de sus labios:

—¡Vuestro esfuerzo es meritorio!

Luego les estrechó la mano, y cada cual se fue por su lado. Ahmad lo siguió un instante con la mirada, y luego dijo:

—Nuestro abuelo es elegante y distinguido. Me ha llenado la nariz de un agradable aroma.

—Mamá nos ha contado maravillas sobre su tiranía...

—Yo no creo que sea un tirano. ¡Eso no puede ser cierto!

—Al final de su vida —dijo Abd el-Múnim riendo— el propio rey Fuad parecía agradable y bueno.

Los dos se echaron a reír a la vez, y se fueron al café de Ahmad Abdu. En la sala que daba frente a la fuente, Ahmad vio a un *sheyj* de larga barba, de mirada desafiante, sentado en medio de un grupo de jóvenes que lo contemplaba

atentamente, y se detuvo, diciendo a su hermano:

—Tu amigo, el *sheyj* Ali el-Manufi. ¡Expulse la tierra su carga! Tengo que dejarte aquí.

—¡Venga, siéntate con nosotros! —dijo Abd el-Múnim—. Me gustaría que te sentaras con él y lo escucharas. Discútele todo lo que quieras. Muchos de los que lo rodean son estudiantes de la Universidad...

—¡Que no, hombre! —repuso Ahmad soltándose del brazo de su hermano—. Una vez estuve a punto de pelearme con él. A mí no me gustan los fanáticos. ¡Hasta luego!

Abd el-Múnim le clavó una mirada de censura, y luego le dijo con sequedad:

—¡Adiós! ¡Que Nuestro Señor te guíe!

Abd el-Múnim se dirigió a la tertulia del *sheyj* Alí el-Manufi, director de la escuela primaria de el-Huseyn. El hombre se levantó —y con él, todos los que estaban sentados a su alrededor— y se abrazaron. Luego, el *sheyj* y todos los demás se sentaron mientras el hombre preguntaba a Abd el-Múnim con su mirada penetrante:

—¿No te vimos ayer?...

—Los estudios...

—La aplicación es una disculpa aceptable. ¿Qué le pasa a tu hermano, que te ha dejado y se ha ido?

Abd el-Múnim sonrió y no contestó. El *sheyj* Ali el-Manufi dijo:

—Dios lo guíe. No os sorprendáis por lo que él ha hecho. Nuestro guía espiritual ha encontrado muchos como él que hoy son los más fieles seguidores de su llamada. Eso es porque cuando Dios quiere que un pueblo siga el buen camino, el diablo no tiene poder sobre ellos... Y nosotros somos los soldados de Dios, difundimos su luz y combatimos a sus enemigos, y somos los únicos que le entregamos nuestras almas. ¡Qué felices sois, soldados de Dios!

—Pero el reino de Satanás es grande... —dijo uno de los allí reunidos.

—¡Mirad a quién teme al mundo de Satanás, cuando Dios está con él! —replicó el *sheyj* Ali el-Manufi en tono de reproche—. ¿Qué le decimos? Nosotros estamos con Dios, y Dios con nosotros. ¿Qué podemos temer? ¿Qué soldados de la tierra gozan de vuestra fuerza? ¿Quién tiene vuestras armas? Ingleses, franceses, alemanes e italianos se apoyan fundamentalmente en la civilización material. Pero vuestro apoyo primordial está en la fe sincera. La fe mueve montañas, es la mayor fuerza del mundo. ¡Llenad de fe vuestros corazones puros, y el mundo será vuestro!

—Nosotros somos creyentes —dijo otro—, pero formamos una nación débil.

El *sheyj* cerró el puño y lo apretó, exclamando:

—Si te sientes débil, tu fe sufre una destrucción sin tú saberlo. La fe crea la fuerza y la impulsa. Las bombas están hechas por manos como las nuestras, y son el fruto de la fuerza, antes de ser su causa. ¿Cómo triunfó el Profeta sobre las gentes de Arabia? ¿Y cómo los árabes sometieron al mundo entero?

Abd el-Múnim dijo con entusiasmo:

—¡La fe... la fe...!

Sin embargo, una cuarta voz preguntó:

—Pero ¿cómo poseen los ingleses esta fuerza si son un pueblo no creyente?

El *sheyj* sonrió, pasándose los dedos por la barba, y contestó:

—Todas las personas fuertes tienen su fe. Ellos creen en la patria y en el interés; pero la fe en Dios está por encima de todo. Los que creen en El son más dignos de ser fuertes que los que creen en la vida mundana, pues, ante nuestras manos, nosotros los musulmanes tenemos un tesoro oculto que debemos extraer. El Islam debe resucitar como lo hizo la primera vez. Somos musulmanes de nombre, y tenemos que serlo de hecho. Dios nos ha concedido la gracia de su Libro, y nosotros lo ignoramos intencionadamente. Nos merecemos ser despreciables. ¡Volvamos al Libro! Este es nuestro lema: «Vuelta al Corán». Por eso lo ha proclamado el guía espiritual en el-Ismailiyya, y desde ese momento su llamada ha penetrado en las almas, conquistando pueblos y aldeas hasta llenar todos los corazones.

—Pero... ¿acaso no es de sabios evitar la política?

—La religión es dogma, ley y política. Dios es demasiado misericordioso como para dejar los más graves asuntos humanos sin legislar ni orientar. Esta es, en realidad, nuestra lección de esta noche.

El *sheyj* era un hombre de gran entusiasmo, y su método consistía en establecer una verdad, en torno a la cual giraban, posteriormente, las discusiones, con las preguntas de sus discípulos y las respuestas que él les daba, basadas, en su mayoría, en citas del Corán y el *hadiz*. Él hablaba como si les estuviera predicando, o como si se dirigiera al café entero. Ahmad lo escuchaba, sentado en el otro extremo del local, tomándose a sorbos el té verde, con una sonrisa burlona en los labios mientras medía asombrado la distancia que había entre la fanática reunión y él. Sintió hacia ella desprecio y cólera y, por momentos, se le ocurrió el desafío de pedir al *sheyj* que bajara la voz para no estropear a los asiduos del café la dicha de su descanso. Pero renunció a su idea en el momento en que recordó que su hermano estaba entre ellos. Finalmente, no encontrando más salida que abandonar el café, se levantó irritado y salió de allí.

Abd el-Múnim volvió a el-Sukkariyya alrededor de las ocho de la tarde. La furia del viento había amainado. La atmósfera iba calmándose, inundándola la dulzura de la primavera. La lección seguía bullendo en su cabeza y repitiéndose en su corazón, pero estaba fatigado por el esfuerzo y la reflexión. Cruzó el patio de la casa, envuelto en sombras, luego se dirigió a la escalera. En ese momento, se abrió la puerta del primer piso y, a la luz procedente del interior del apartamento, vio una silueta que se deslizaba hacia el exterior y luego cerraba la puerta tras de sí, precediéndolo en la escalera. Su corazón palpitó, y la sangre le corrió ardiente como un insecto excitado por el calor. En las sombras, vio que ella esperaba en el primer descansillo, observándolo. Él hizo lo mismo, sin apartar su cabeza de ella. Se sorprendió de ver cómo los jóvenes toman por tontos a los mayores, pues esa muchacha había salido de su casa con el pretexto de ir a visitar a las vecinas. Y lo haría, pero después de enredarse en una peligrosa aventura en el descansillo de la escalera, envuelto en las sombras. Al punto, sintió su cabeza vacía, se evaporaron las ideas que luchaban en su interior y volaron en pedazos, mientras se concentraba en un solo deseo: saciar esa avidez suya que empezaba a desvelar sus nervios y sus miembros. En cuanto a su fe sincera, parecía que hubiera vuelto la espalda enfadada, o que se hubiera sumergido en las entrañas, refunfuñando encolerizada; pero su voz se había extraviado en la confusión del fuego abrasador. ¿No era esa su chica? ¡Claro que sí! Los arcos del patio, el hueco de la escalera y el rincón de la azotea que daba a el-Sukkariyya lo atestiguaban. Ella había esperado sin duda su regreso para encontrarse con él en el momento oportuno. ¡Todas estas molestias por su causa! Fue apresuradamente y con precaución hasta detenerse frente a ella en el descansillo. Apenas nada los separaba. Llegaba a su nariz el aroma de sus cabellos y el roce de su aliento cosquilleaba en su cuello. Le acarició el hombro con dulzura y le susurró:

—Vamos a subir al segundo descansillo, que está en un sitio más seguro que este.

Ella lo precedió sin decir palabra, y él la siguió con precaución. Llegaron al segundo descansillo, entre dos pisos, y la muchacha se detuvo, apoyándose contra la pared, mientras él se detenía ante ella. Luego la rodeó con sus brazos; ella se resistió, como era su costumbre, por espacio de un segundo, y luego se acurrucó en su regazo.

—¡Querida mía...!

—Te he esperado en la ventana. Mamá está ocupada en los preparativos de la Fiesta de la Primavera.

—¡Que tengas una buena fiesta! Déjame aspirar el aroma de la primavera entre tus labios.

Sus labios se encontraron en un largo y ávido beso. Luego ella preguntó:

—¿Dónde has estado?

A la velocidad del rayo, recordó la lección sobre la política en el Islam, pero respondió:

—En el café con unos amigos...

Ella dijo en un tono que denunciaba protesta:

—¿En el café, no quedando más que un mes para los exámenes?

—Pero yo conozco mis obligaciones. Te voy a dar otro beso para pagarte lo mal que piensas de mí.

—Estás hablando muy fuerte. ¿Has olvidado dónde estamos?

—Estamos en nuestra casa, en nuestra habitación. Este descansillo es nuestra habitación.

—Esta tarde, cuando fui a ver a mi tía, miré hacia arriba a ver si por casualidad te veía en la ventana, y ahí estaba tu madre asomada al callejón. Mis ojos se encontraron con los suyos y me estremecí de miedo.

—¿Y de qué tenías miedo?

—¡Imagínate que ella se enterara de a quién estaba yo buscando y descubriera mi secreto!

—Querrás decir nuestro secreto. Es algo único que nos ata. ¿Acaso no somos una misma cosa?

La estrechó violentamente contra su pecho, con un deseo desbocado y, al mismo tiempo, como si estuviera huyendo de las voces contradictorias en sus entrañas, entregándose desesperadamente. Lo abrasó un fuego ardiente y una fuerza capaz de tragarse y fundir a dos seres en un solo torbellino...

Escapó del silencio el sonido de un suspiro, que luego fueron muchos, y sintió finalmente que él era él... que ella era ella... y que la oscuridad abrazaba a dos siluetas. Luego le llegó el suave murmullo que decía con timidez:

—¿Nos vamos a ver mañana?

—Sí, sí... —repitió él con fastidio intentando ocultarlo en la medida de lo posible—. Lo sabrás en su momento.

—Dímelo ahora.

—No sé lo que haré mañana —dijo mientras el fastidio aumentaba, encogiéndole

el corazón.

—¿Por qué?

—¡Vete ya! ¡He oído una voz!

—¡Qué va! ¡Aquí no hay ninguna voz!

—¡No nos conviene que nadie nos encuentre así!

Él le acarició el hombro como si acariciara un trapo sucio. Se desembarazó de los brazos de ella con una falsa delicadeza y luego subió deprisa las escaleras. Sus padres estaban sentados en la sala escuchando la radio. La puerta del despacho estaba cerrada, pero había una luz encendida, lo que probaba que Ahmad estaba estudiando. Les dio las buenas noches y se dirigió al dormitorio para quitarse la ropa. Se lavó, hizo las abluciones y volvió a su habitación para rezar. Luego se sentó en la alfombrilla de la oración y se sumió en una profunda meditación. Sus ojos tenían una mirada triste, su pecho ardía de pesar y su alma se abatía en llanto. Rogó a Dios que expulsara el demonio de su camino y que lo protegiera de la tentación, ese demonio que se le presentaba en la imagen de una chica y precipitaba su sangre hacia un deseo desbocado. Siempre, siempre su razón decía «no» y su corazón «sí». Luego lo desmoronaba esa lucha terrible que acababa en la derrota y el arrepentimiento. Cada día era una tentación, y cada tentación un infierno. ¿Cuándo acabaría ese tormento? Toda su lucha espiritual estaba amenazada por la ruina, como si construyera castillos en el aire. No habría reposo para el que estaba hundido en el barro. ¡Ojalá el arrepentimiento pudiera hacer volver el tiempo pasado!

Ahmad Ibrahim Sháwkat llegó, por fin, al edificio de la revista *El Hombre Nuevo*, en Gamra. Este estaba situado en un lugar intermedio entre dos estaciones de tranvía, y constaba de dos pisos y un sótano. Al primer momento se dio cuenta de que el piso superior era la vivienda, como se deducía por la ropa tendida en el balcón. En el primero estaba fijado, sobre la puerta, el cartel con el nombre de la revista, mientras que el sótano estaba reservado a la imprenta, cuyas máquinas se veían a través de los barrotes de las ventanas. Subió cuatro escalones hasta el primer piso. Luego preguntó al primero que encontró —un obrero que llevaba unas pruebas— por el profesor Adli Karim, director de la revista. El hombre señaló hacia una puerta cerrada, al final de una sala sin muebles, donde se veía la placa del redactor jefe. Siguió adelante, volviéndose a su alrededor para ver si localizaba por casualidad a algún ordenanza, pero se encontró solo ante la puerta. Dudó un instante y luego llamó suavemente, hasta que le llegó una voz desde el interior que decía: «¡Pase!». Abrió la puerta y entró. Al final de la sala su mirada se encontró con unos grandes ojos que lo miraban fijos, interrogantes, desde debajo de dos cejas espesas y canosas. Cerró la puerta tras de sí y dijo en tono de disculpa:

—Perdone, sólo es un minuto...

—Por favor... —dijo el hombre con voz agradable.

Ahmad se acercó al escritorio sobre el que se apilaban los libros y las cuartillas. Luego saludó al profesor que se había puesto de pie para recibirlo. Tras esto, el hombre se sentó y le dio permiso para que él hiciera lo mismo. La satisfacción y el orgullo lo embargaron al mirar al gran profesor del que había recibido la luz y el conocimiento en los tres últimos años, tanto por sus obras como por su revista. Sus ojos empezaron a llenarse del pálido rostro cuyos cabellos se habían vuelto blancos, invadiéndole la vejez y no quedándole de los signos de la juventud más que unos ojos profundos que emanaban un brillo penetrante. Este era su profesor, o su padre espiritual, como él lo llamaba. Él estaba en ese momento en la sala de la revelación, que no tenía muros, sino estantes de libros que se extendían hasta el techo.

—Bienvenido... ¿qué deseaba? —dijo el profesor en tono interrogante.

—He venido —respondió Ahmed con educación— para abonar la suscripción.

Y, habiéndose tranquilizado por el buen efecto que habían causado sus palabras, añadió:

—... y preguntar por la suerte de un artículo que envié a la revista hace dos

semanas...

El profesor Adli Karim sonrió al decir:

—¿Cómo se llama usted?

—Ahmad Ibrahim Sháwkat.

La frente del profesor se frunció intentando recordar, luego dijo:

—Ya lo recuerdo. Usted fue el primer socio de mi revista. Sí, y me trajo a tres más, ¿no? Recuerdo el nombre Sháwkat. Creo que le envié una carta de agradecimiento en nombre de la revista.

Ahmad respondió satisfecho, enardecido por este bello recuerdo:

—Me llegó una carta suya en la que me consideraba «el primer amigo de la revista».

—¡Cierto! *El Hombre Nuevo* es una revista de principios, y necesita amigos convencidos para abrirse camino en el tropel de revistas ilustradas y de exclusivas, y usted es amigo de la revista. ¡Bienvenido! Pero... ¿no nos ha honrado antes con su visita?

—No. Hasta este mes no he terminado el bachillerato.

El profesor Adli Karim se echó a reír:

—¿Y entiende que no visite la revista más que el que ha sacado el bachillerato?

—Naturalmente que no —sonrió Ahmad confuso—. Quiero decir que yo era muy joven...

—El lector de *El Hombre Nuevo* no debe medir la edad por los años —repuso el profesor seriamente—. En nuestro país hay ancianos de más de sesenta años que todavía tienen una mentalidad joven, y jóvenes en la flor de la vida que tienen la mentalidad de hace mil años o más. Este es el mal de Oriente. —Luego, en un tono más dulce—: ¿Nos había enviado otros artículos?

—Tres más, que nunca salieron a la luz, y luego este último que esperaba que se publicara...

—¿De qué trata? No me lo tome a mal, pero recibo decenas de artículos a diario.

—Acerca de la opinión de Le Bon sobre la enseñanza, y mi comentario sobre esto.

—De cualquier modo iré a preguntar por él a la Secretaría, el despacho que está junto al mío, y sabrá qué ha sido de él.

Ahmad hizo ademán de levantarse, pero el profesor Adli le hizo señas de que permaneciera sentado, mientras le decía:

—La revista está hoy medio de vacaciones. Me gustaría que se quedara un rato conmigo para que charlemos.

Ahmad murmuró con profunda satisfacción:

—Con mucho gusto, señor...

—Me ha dicho que ha sacado el bachillerato este año... ¿qué edad tiene?

—Dieciséis años.

—Una edad temprana. ¡Bien! ¿Acaso la revista se ha divulgado en la escuela secundaria?

—¡Qué va! Por desgracia.

—Ya lo sé. La mayoría de nuestros lectores están en la Universidad. La lectura en Egipto es un vulgar pasatiempo, y no evolucionaremos hasta que nos convenzamos de que es una necesidad vital.

Luego, tras un momento de silencio:

—¿Cuál es la posición de los alumnos?

Ahmad lo miró interrogante, como si le pidiera que le aclarase sus palabras, y el hombre dijo:

—Le pregunto por el aspecto político, en su calidad de ser más clarificador que otros.

—La gran mayoría de los alumnos son *wafdistas*.

—Pero se habla de movimientos nuevos...

—¿El Joven Egipto? No tiene un peso específico. Es un grupo cuyos miembros se pueden contar con los dedos. Y los otros partidos no tienen más defensores que los allegados a sus jefes. Hay una minoría que no se interesa por los asuntos de ningún partido, y otros —yo entre ellos— que preferimos el Wafd a cualquier otro, pero ambicionamos algo más perfecto.

—Eso es lo que yo preguntaba —dijo el hombre satisfecho—. El Wafd es el partido del pueblo, y un paso evolutivo importante y natural al mismo tiempo. El Partido Nacional era un partido turco, religioso y reaccionario. En cuanto al Wafd, es el que cristaliza el nacionalismo egipcio y lo depura de los defectos y las torpezas. Además es la escuela del nacionalismo y la democracia. Pero la cuestión está en que la nación no se contenta, ni debe contentarse, con esta escuela. Queremos una nueva etapa de desarrollo. Queremos una escuela de socialismo. Porque la independencia no es el fin último, sino el medio para obtener los derechos constitucionales, económicos y humanos del pueblo.

—¡Qué bellas palabras! —exclamó Ahmad entusiasmado.

—Pero el Wafd debe ser el punto de partida. En cuanto al Joven Egipto, es un movimiento fascista, reaccionario y criminal, y no es menos peligroso que la reacción religiosa. No es más que el eco del militarismo alemán e italiano, que

deifica la fuerza y se basa en la arbitrariedad, despreciando los valores y el honor humanos. La reacción es un mal arraigado en Oriente, como el cólera y la fiebre tifoidea, y hay que extirparlo.

Ahmad volvió a decir entusiasmado:

—¡El círculo de *El Hombre Nuevo* tiene toda su fe puesta en ello!

El hombre sacudió su voluminosa cabeza con tristeza, y dijo:

—Por eso la revista es el blanco de los reaccionarios de todos los grupos. ¡Ellos me acusan de corromper a la juventud!

—¡Como acusaron antes a Sócrates!

El profesor Adli Karim sonrió con satisfacción y preguntó:

—¿Hacia dónde se orienta usted? Quiero decir, ¿a qué Facultad quiere ir?

—Letras...

El profesor dijo, enderezándose en su asiento:

—La literatura es uno de los mayores medios para alcanzar la liberación, pero es un instrumento de reacción. Escoja bien su camino, pues de el-Azhar y de Dar el-Ulum han salido literaturas enfermizas que se han esforzado, durante generaciones, por paralizar la inteligencia y matar el espíritu. Sea lo que sea —y no se sorprenda si le declara con franqueza esta opinión un hombre contado entre los literatos— la ciencia es el fundamento de la vida moderna. Conviene que estudiemos las ciencias y que nos llenemos del espíritu científico. El que ignora la ciencia no vive en el siglo xx ni es un genio. Los literatos tienen que tomar parte en ella. La ciencia ya no está limitada a los sabios. Ciertamente aquellos poseen el dominio de la ciencia, la profundización, la investigación y el descubrimiento, pero todo hombre culto tiene que iluminar su espíritu y abrazar sus principios y sus métodos, adoptando su sistema. La ciencia tiene que ocupar el puesto de la adivinación y la religión en el antiguo mundo.

Ahmad dijo, convencido de las palabras de su maestro:

—Por eso el mensaje de *El Hombre Nuevo* es el desarrollo social sobre una base científica.

—¡Claro! —repuso Adli Karim con interés—. Cada uno de nosotros tiene que cumplir su deber, aunque se encuentre solo en la plaza.

Ahmad sacudió la cabeza, ratificando esa opinión, y el otro prosiguió:

—Estudie Letras, como usted quiere hacer, interesándose más por su intelecto que por el material memorizado. Y no olvide la ciencia moderna. Su biblioteca no debe carecer —al lado de Shakespeare y Schopenhauer— de Comte, Darwin, Freud, Marx y Engels. Tenga el entusiasmo de la gente religiosa, pero debe recordar que

cada época tiene sus profetas, y que los profetas de esta época son los sabios.

El profesor esbozó una sonrisa que anunciaba ser un saludo de despedida, y Ahmad se levantó, tendiéndole la mano. Lo saludó y luego abandonó la habitación lleno de vida y felicidad. En la sala exterior, recordó la suscripción y el artículo, y se dirigió al despacho contiguo. Llamó a la puerta, pidiendo permiso para pasar, y entró. Se encontró ante una sala en la que había tres escritorios, dos de ellos vacíos y el tercero ocupado por una chica.

No esperaba nada parecido, y se puso a mirarla perplejo y con aire interrogante. Ella tendría veinte años, ojos y cabello negros, y había en su fina nariz, su mentón afilado y su boca menuda algo que revelaba fuerza, sin estropear su belleza. Ella le preguntó escrutándolo:

—¿Sí?...

—La suscripción... —respondió él, reafirmando su posición.

Pagó la cuantía y cogió el recibo. Entretanto había vencido su apuro, y dijo:

—Había enviado un artículo a la revista, y el profesor Adli Karim me ha dicho que estaba en la Secretaría...

Entonces ella lo invitó a sentarse en una silla frente al escritorio. Él lo hizo, y luego la chica le preguntó:

—Por favor... ¿el título del artículo?

—La enseñanza en Le Bon —respondió, sin sentirse satisfecho por su situación ante ella.

La chica abrió un expediente, examinó unas hojas y extrajo el artículo. Ahmad miró a hurtadillas su letra, y su corazón palpitó. Intentó leer desde su asiento la anotación en rojo que estaba escrita en él, pero ella le ahorró la molestia, pues dijo:

—Está registrado lo que sigue: «Resumir y publicar en la sección "cartas de los lectores"».

Ahmad se sintió desilusionado, y se quedó unos instantes mirándola sin decir palabra. Luego preguntó:

—¿En qué número?

—En el próximo.

Tras vacilar un instante preguntó:

—¿Quién lo va a resumir?

—Yo.

Lo invadió un sentimiento de ira, pero preguntó:

—¿Va a ir firmado con mi nombre?

—Naturalmente —dijo ella riendo—. Se publicará, como es la costumbre, con la

información de que nos ha llegado la carta del escritor... —miró la firma— Ahmad Ibrahim Sháwkat. Luego daremos un fiel resumen de sus ideas.

Él dudó un instante, tras el cual dijo:

—Hubiera preferido que se publicara entero...

—La próxima vez, si Dios quiere —respondió ella sonriendo.

Ahmad se puso a mirarla en silencio. Luego le preguntó:

—¿Usted trabaja aquí?

—¡Como usted puede ver!

Le entraron ganas de preguntarle por sus títulos, pero el coraje lo abandonó en el último momento, y dijo:

—Por favor, ¿me puede decir su nombre para preguntarle por teléfono, si es necesario?

—Sawsan Hammad.

—Muchas gracias.

Se levantó, saludándola con la mano y, antes de salir del despacho, se volvió hacia ella diciendo:

—Espero que lo resuma con cuidado.

—Conozco bien mi trabajo —dijo sin mirarlo.

Salió de la sala arrepentido de sus palabras...

Estaba Kamal en su despacho cuando llegó Umm Hánafi para decirle:

—El señor Fuad el-Hamzawi está con el señor de la casa.

Kamal se levantó, con su amplia *galabiyya*, y salió rápidamente de la habitación en dirección al piso de abajo. Fuad había vuelto a El Cairo tras un año de ausencia. ¡Había vuelto el solemne fiscal de Qena! En su pecho bullían los sentimientos de amistad y cariño, pero se mezclaban con ellos las sombras de la insatisfacción, ya que su amistad hacia Fuad había abrigado, y aún seguía haciéndolo, una forma de conflicto, una lucha de amor y repulsión entre el cariño y la envidia. Y siempre que intentaba sublimarlos con su inteligencia, los instintos lo presionaban, contra su deseo, hacia la vulgaridad mundana. Mientras bajaba la escalera, no dudaba de que esta visita resucitaría en él recuerdos felices, pero al mismo tiempo abriría unas heridas que apenas habían cicatrizado. Al pasar por la sala en la que tenía lugar la reunión del café, compuesta por la madre, Aisha y Naíma, oyó a la primera que murmuraba:

—Vendrá a pedir la mano de Naíma...

Y cuando se dio cuenta de su presencia, se volvió a él diciendo:

—Tu amigo está dentro. ¡Qué amable es! Ha querido besar mi mano, y yo se lo he impedido.

Vio a su padre sentado en el sofá, con las piernas cruzadas, y a Fuad en un sillón frente a él. Los dos viejos amigos se saludaron dándose la mano.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Kamal—. ¡Bienvenido! ¿Estás de permiso?

El señor Ahmad le respondió, sonriendo:

—No; lo han trasladado a la delegación de El Cairo. ¡Por fin lo han trasladado después de un largo exilio en Alto Egipto!

—¡Estupendo! —dijo Kamal sentándose en el sofá—. A partir de ahora esperamos verte de vez en cuando.

—¡Naturalmente! —dijo Fuad—. A primeros del mes próximo nos instalaremos en el-Abbasiyya. Hemos alquilado un piso, vecino al distrito de el-Wayli.

El aspecto de Fuad no había cambiado mucho, pero su salud había progresado de manera tangible, pues su cuerpo estaba más lleno y su rostro sonrosado; sus ojos irradiaban aún ese brillo de inteligencia. El señor Ahmad preguntó al joven:

—¿Cómo está tu padre? Hace una semana que no lo veo.

—Su salud no es todo lo buena que desearía. Aún está apenado por haber dejado

la tienda, pero esperemos que su sucesor sepa cumplir su deber.

—El asunto me exige ahora una vigilancia continua. Tu padre se ocupaba de todo. ¡Que Dios lo cure y lo preserve!

Fuad se irguió en su asiento y cruzó las piernas. Este gesto atrajo la atención de Kamal, que pareció molesto, aunque el señor, por su parte, pareció no haberlo notado. ¿Así habían evolucionado las cosas? Sí, él era fiscal, con todo lo que ello conlleva, pero ¿había olvidado quién era la persona que estaba sentada frente a él? ¡Dios, y la cosa no quedó ahí! ¡Sacó un paquete de cigarrillos y ofreció al señor, que se excusó dándole las gracias! Es verdad que la fiscalía podía hacer olvidar las cosas, pero era triste que ese olvido se extendiera al bienhechor cuyo favor parecía haberse disipado en el aire, como el humo de aquel lujoso cigarrillo. En los gestos de Fuad no había afectación alguna. Era un señor acostumbrado a su grandeza.

—¡Felicítalo también —dijo el señor dirigiéndose a Kamal— pues ha ascendido de ayudante a fiscal!

—¡Enhorabuena, enhorabuena! —dijo Kamal sonriendo—. ¡Espero felicitarte pronto por estar en el sillón de juez!

—El siguiente paso, si Dios quiere —repuso Fuad.

¡Posiblemente, cuando llegara a ser juez, se permitiría el lujo de mearse delante del hombre que estaba sentado ante él! En cuanto al profesor de primaria, seguiría siendo profesor de primaria, y su prestigio residiría en su espeso bigote y en las toneladas de cultura que le torcían la cabeza.

El señor Ahmad miró atentamente a Fuad, diciendo:

—¿Y cómo va la política?

—¡Ha ocurrido el milagro! —respondió Fuad con satisfacción—. Se ha firmado el acuerdo en Londres. He oído la radio anunciando la independencia de Egipto y el final de la época de los cuatro puntos restrictivos. ¡No daba crédito a mis oídos! ¿Quién lo hubiera creído?

—Entonces... ¿tú eres de los que están contentos con el acuerdo?

—En conjunto sí —dijo, sacudiendo la cabeza con el gesto de los que están puestos en la materia—. El acuerdo tiene sinceros enemigos, y otros que no lo son. Si meditamos sobre las circunstancias y recordamos que nuestro pueblo ha soportado sin rebelarse la época de Sidqi, a pesar de lo amarga que fue, tendríamos que considerar el acuerdo como un paso afortunado que ha suprimido los puntos restrictivos, ha allanado el camino hacia la abolición de los privilegios extranjeros y ha restringido el período de ocupación, tras haberlo reducido a una zona determinada. Es un paso importante, sin lugar a dudas.

Como el entusiasmo del señor por el acuerdo era más fuerte, y su conocimiento de las condiciones de este era menor, le hubiera gustado que el otro coincidiera mucho más con él. Así que decepcionado en su parecer, dijo con obstinación:

—De todas formas tenemos que recordar que el Wafd ha devuelto a la nación su constitución, y ha hecho realidad su independencia, aunque haya tardado algún tiempo.

«Fuad ha sido siempre "frío" en lo que respecta a la política —pensó Kamal—, y probablemente no haya cambiado. Pero parece inclinado hacia el Wafd. Yo, por mi parte, me he dejado llevar largo tiempo por los sentimientos. Luego he pasado a no creer en nada, y la política misma no ha escapado a mi insaciable duda. Pero mi corazón no ha dejado de palpar por el patriotismo, a pesar de mi razón».

En tiempos de revolución —volvió a decir Fuad riendo— la fiscalía se repliega hacia atrás, mientras que la policía ocupa el primer plano, ya que los períodos de revolución son períodos policiales. Si el Wafd recupera el poder, la fiscalía volverá a ocupar su lugar y la policía se quedará en sus límites, pues en épocas normales de gobierno es la ley la que importa.

El señor apuntó, comentando estas palabras:

—¿Podemos olvidar la época de Sidqi? Los soldados reunían a la gente a bastonazos los días de elecciones. A muchos de nuestros amigos notables les destruyeron sus casas, y se arruinaron por perseverar en los principios del Wafd. Y ahora nosotros vemos al «diablo» en el interior del cuerpo de las negociaciones bajo el ropaje de los Nacionalistas Liberales.

—Las circunstancias —dijo Fuad— hacían necesaria la unión. Y esta no habría sido completa sin que se le unieran el diablo y sus esbirros. ¡Lo importante son los resultados!

Fuad se quedó un buen rato con el señor, tomando a sorbos su café. Kamal se puso a observarlo atentamente, fijándose en su elegante traje de seda blanca, la rosa roja que adornaba su ojal, y la fuerte personalidad que le confería el cargo. Y sintió, en lo más profundo de su ser, que, a pesar de todo, le agradecería que ese joven pidiera la mano de su sobrina. Sin embargo, Fuad no abordó esta cuestión, y pareció querer marcharse pues no tardó en decir al señor:

—Ya es la hora en que usted se va a la tienda... Yo me quedaré un rato más con Kamal. Le haré una visita antes de irme a Alejandría, ya que he decidido pasar de veraneo lo que queda de agosto y algunos días de septiembre.

Se levantó y estrechó la mano del señor, despidiéndose. Luego salió de la habitación, precedido de Kamal, y subieron juntos al piso de arriba, donde se

instalaron en el despacho. Fuad se puso a observar, sonriendo, los libros ordenados en las estanterías. Luego preguntó:

—¿Puedo pedirte prestado un libro?

—Encantado —dijo Kamal disimulando su insatisfacción—. ¿Qué sueles leer en tus ratos de ocio?

—Tengo las antologías de Shawqi, Hafiz y Mutrán, y algunos libros de el-Yáhiz y el-Maarri. Me gusta en particular *literatura profana y religiosa*, además de las obras de nuestros escritores contemporáneos y algunas de Dickens y Conan Doyle. Pero mi dedicación al derecho se traga la mayor parte de mi tiempo.

Luego se levantó, y dio una vuelta pasando revista a los libros y leyendo los títulos. Volvió resoplando y dijo:

—¡Una biblioteca sólo de filosofía! Yo nada tengo que ver con eso. He leído la revista *el-Fikr*, en la que tú escribes, y he seguido tus artículos, que aparecen sucesivamente desde hace años. No pretendo haberlos leído todos, ni recordar nada de ellos. El artículo de filosofía es lo más pesado que se pueda leer, y un fiscal es un hombre agobiado por el trabajo. ¿Por qué no escribes sobre temas atractivos?

¡Cuántas veces había oído anunciar la muerte de su esfuerzo! Pero aquello no lo entristecía demasiado, como si estuviera acostumbrado. La duda se tragaba hasta la propia tristeza. ¿Qué era la fama? ¿Y el atractivo? Pero lo que verdaderamente le regocijaba era que Fuad no encontrara en él su pasatiempo para los ratos de ocio, y le preguntó:

—¿Qué quieres decir con «temas atractivos»?

—La literatura, por ejemplo.

—Yo he leído cosas buenas de este género desde que estábamos juntos, pero no soy un literato.

Fuad se echó a reír, y exclamó:

—Entonces quédate solo en la filosofía. ¿No eres filósofo?

«¿No eres filósofo?» Una expresión marcada en lo más profundo de su ser. Su corazón tembló ante la terrible impresión. Así era desde que le fue arrojada por la boca de Aida, en la calle de los Palacios. Para disimular la agitación de su pecho, se echó a reír a carcajadas. Luego recordó los días en que Fuad buscaba su amistad y lo seguía como su sombra. ¡Aquí estaba ahora, examinándolo como un hombre importante, digno de amor y lealtad! «¿Qué fruto he sacado de mi vida?» Fuad estaba examinando el bigote de su amigo y luego, de repente, se echó a reír y dijo:

—Aunque...

Kamal lo interrogó con la mirada acerca del significado de sus palabras, y el otro

volvió a hablar:

—Los dos nos estamos acercando a los treinta sin habernos casado. Nuestra generación está repleta de solteros, la generación de la crisis. ¿Sigues pensando lo mismo?

—No me he apartado de mi idea.

—No sé por qué creo que tú no te casarás jamás.

—Eres clarividente. Dios te dé larga vida.

Luego, Fuad repuso, mientras esbozaba una tierna sonrisa, como para disculparse de antemano por lo que iba a decir:

—Tú eres un hombre egoísta. Te empeñas en guardar toda tu vida para ti solo. ¡Hermano, el Profeta se casó, y eso no le impidió llevar a cabo su grandiosa vida espiritual!

A continuación añadió riendo:

—No me tomes en cuenta el haberte citado al Profeta como ejemplo. Casi olvido que tú... Pero ¡despacio! Tú ya no eres el ateo de antes. Ahora dudas hasta del ateísmo, y ese es un paso ganado por la fe.

—Dejémonos de filosofía —dijo Kamal con tranquilidad—, ya que a ti no te gusta, y cuéntame por qué no te has casado tú, puesto que esta es tu opinión sobre el celibato.

Inmediatamente se dio cuenta de que no debía haber formulado esa pregunta, por temor a que el otro la interpretara como una incitación a hablar de pedir la mano de Naíma. Pero Fuad pareció no estar pensando en eso. Por el contrario, soltó una risotada, aunque sin salirse de los límites de la dignidad, y dijo:

—Tú sabes que yo no me he corrompido sino con retraso, no tan pronto como tú, ¡así que todavía no me he saciado!

—¿Y te casarás cuando lo estés?

Fuad golpeó el aire con el revés de su mano como para alejar la mentira, y dijo en tono confidencial:

—Puesto que he esperado hasta hoy, voy a hacerlo un poco más... Voy a esperar hasta ascender a juez y poder casarme, si quiero, con la hija de un ministro.

«¡El hijo de Gamil el-Hamzawi! ¡Una esposa hija de ministro con una suegra del barrio de el-Mabyada! ¡Reto a Leibniz a que justifique esto, aunque sea del modo en que justifica la existencia del mal en la creación!»

—Tú consideras el matrimonio desde el punto de vista...

Antes de que completara la frase, Fuad le cortó riendo:

—¡Mejor que quien no lo considera desde absolutamente ninguno!

—Pero la felicidad...

—¡No empieces a filosofar! La felicidad es un arte personal. La encuentras en la hija de un ministro, no hallando más que desgracias en tu ambiente. El matrimonio es un acuerdo como el que firmó el-Nahhás ayer: regateo, valoración, astucia, clarividencia, ganancias y pérdidas. Y en nuestro país no es factible ascender más que por este camino. La semana pasada nombraron consejero a un hombre que no llegaba a los cuarenta años. Yo podría servir a la justicia toda mi vida, esforzándome y fatigándome, sin alcanzar ese elevado puesto.

«¿Y qué dirías de un maestro de primaria que se va a pasar la vida en el nivel sexto, aunque su cabeza rebose filosofía?»

—Tu puesto te hace prescindir de aventuras como esa.

—¡Si no fuera por esas aventuras, un presidente no podría formar gobierno!

Kamal se echó a reír de forma insulsa, y dijo:

—Tú necesitas un poco de filosofía... Precisas una dosis de Spinoza.

—¡Hártate tú de él! Pero... ¡dejemos esto y háblame de los lugares de diversión y copas! En Qena gozaba del placer a hurtadillas y con precaución. Nuestra posición nos impone el vivir retirados y evitar a la gente. La eterna lucha entre la policía y nosotros hace necesaria mucha más precaución. El fiscal ocupa un puesto peligroso y agotador.

«¡Vuelta a la conversación que me amarga las entrañas hasta hacerme estallar! Mi vida, a la sombra de la tuya, es disciplina y corrección, y la prueba más dura para mi escéptica filosofía de esta vida».

—Figúrate que las circunstancias hacen que me reúna con numerosos notables. Luego me invitan a sus palacios, y yo considero que el deber me impone rechazar sus invitaciones para que nada influya en el cumplimiento de mi deber. Pero sus mentes no entienden esto, y todos los notables de la ciudad me acusan de soberbio, cosa que no soy.

«Es más, eres a la vez vanidoso, orgulloso y celoso del deber». Y dijo, apoyándolo:

—Sí...

—Y por los mismos motivos echo la culpa a los hombres de la policía. No me gustan sus retorcidos métodos. Por eso estoy acechándolos. Tras de mí está la ley, tras ellos la barbarie de la Edad Media. Todos me aborrecen, pero yo tengo razón.

«Tú tienes razón. Eso ya lo sabía yo hace mucho tiempo. ¡La inteligencia y la rectitud! Pero tú no amas, ni puedes amar. Tú no tomas el derecho por la sola razón del derecho, sino también por vanidad, orgullo y sentimiento de inferioridad. Así es

el hombre. Yo choco con los que son como tú, hasta en los puestos más insignificantes. El hombre dulce y poderoso es un mito. Pero ¿cuál es el valor del amor? ¿Cuál el del idealismo y el de cualquier cosa?...»

Así, su conversación se prolongó. Cuando Fuad se propuso marcharse, se inclinó al oído de Kamal preguntándole:

—Soy nuevo en El Cairo... Seguro que tú conoces una casa... o varias...; discreta, naturalmente.

—El maestro, como el fiscal, aspira siempre a ser discreto —dijo Kamal sonriendo.

—Estupendo. Nos veremos pronto. Ahora estoy ocupado organizando el apartamento nuevo. Tenemos que pasar unas cuantas veladas juntos.

—De acuerdo.

Salieron juntos de la habitación, y Kamal no lo dejó hasta haberlo conducido a la puerta de la calle. A su vuelta, cuando pasó por el primer piso, encontró a su madre de pie, esperando en la entrada. Ella le preguntó impaciente:

—¿No te ha hablado?

Él comprendió lo que le preguntaba, y sintió un dolor como nunca antes lo había sentido. Pero fingió ignorar el asunto, y le preguntó a su vez:

—¿Sobre qué?

—¡Naíma...!

—¡Claro que no! —respondió irritado.

—¡Es sorprendente!

Intercambiaron una larga mirada, luego Amina volvió a decir:

—¡Pero el-Hamzawi ha hablado con tu padre...!

Kamal dijo, disimulando lo mejor que podía su arrebató de ira:

—Quizás no estuviera hablando por su hijo en lo que dijo...

—¡Esa broma no viene a cuento! —exclamó Amina enfadada—. ¿Es que no sabe quién es él y quién es ella? ¡Tu padre tendría que haberle dado a entender su verdadera situación!

—Fuad es inocente. Quizás su padre ha ido demasiado aprisa, sin reflexionar... aunque con buena intención.

—¡Pero él, sin duda, habrá hablado con su hijo! ¿Habrá rehusado el otro, al que convertimos en un funcionario respetable con nuestro dinero?

—No hay por qué hablar de ese tema.

—Esto es algo inconcebible, hijo mío. ¡No sabe que el emparentar con él no nos ennoblece!

—Pero no te entristezcas por eso.

—No estoy triste, sino enfadada. No es más que un malentendido.

Volvió a su habitación triste y avergonzado, y se puso a hablar consigo mismo: «Naíma es una bonita flor, pero yo soy un hombre al que la única virtud que le queda es el amor a la verdad, así que debo preguntarme a mí mismo: ¿Acaso es ella verdaderamente digna de un fiscal? Él puede, a pesar de su origen humilde, asociar su vida a la de una mujer más culta, de mejor linaje, más rica y más bella también. Su buen padre ha ido demasiado aprisa, y eso no es error suyo. Pero él ha sido un descarado en su trato conmigo. Lo ha sido sin duda alguna. Es un hombre inteligente, irreprochable, digno, descarado y vanidoso. Y su pecado no está en eso, sino que radica en esas diferencias que generan en nosotros variadas enfermedades».

La revista *el-Fikr* ocupaba la planta baja en el edificio número veintiuno de la calle Abd el-Aziz. El despacho de su director, el profesor Abd el-Aziz el-Asiuti, daba, a través de una ventana con barrotes, al oscuro callejón Barakat, por lo que tenía la luz encendida día y noche. Verdaderamente, cada vez que Kamal se dirigía a la sede de la revista, la situación de esta, a nivel del suelo, y su gastado mobiliario le recordaban la situación del «pensamiento» en su país, y la suya propia en la sociedad. El profesor Abd el-Aziz lo recibió con una sonrisa de bienvenida y afecto, cosa que no era extraña, ya que los unían los vínculos de la amistad desde el año 1930, es decir, desde que Kamal había empezado a enviarle sus artículos filosóficos. Luego pasaron seis años en una franca e incuestionable colaboración. En realidad, todos los escritores de la revista colaboraban por la filosofía y la cultura a cambio de nada.

Abd el-Aziz recibía con los brazos abiertos a todos los escritores que se ofrecían voluntarios, incluso a los especialistas —como él— en filosofía islámica. Aunque era *azharista* de formación, había viajado a Francia, donde había pasado cuatro años recogiendo y escuchando sin obtener grado académico alguno. Gozaba de una posición desahogada gracias a los ingresos que obtenía de un inmueble de su propiedad, que le proporcionaba mensualmente cincuenta libras. Sin embargo había fundado la revista *el-Fikr* el año 1923 y se empeñaba en publicarla, ya que, a pesar de no incrementar en nada sus ingresos, le compensaba parte del esfuerzo que ponía en ella.

Apenas Kamal se hubo instalado en su asiento, entró en la sala un hombre de su misma edad, vestido con un traje de lino gris. Alto, aunque menos que Kamal, delgado, pero más lleno que él, de rostro alargado, frente mediana, labios gruesos, nariz fina y un mentón afilado que imprimía a su rostro un sello particular. Se acercó sonriente, con paso ágil, y tendió su mano al profesor Abd el-Aziz, que la estrechó. Luego se lo presentó a Kamal, diciendo:

—El profesor Riyad Quldus, traductor del Ministerio de Instrucción Pública. Se ha incorporado recientemente al círculo de escritores de *el-Fikr*, y ha insuflado sangre nueva a nuestra revista científica con su resumen mensual de piezas de teatro universal y sus propios cuentos cortos.

Luego le presentó a Kamal:

—El profesor Kamal Ahmad Abd el-Gawwad. ¡Quizás tú seas uno de los lectores

de sus artículos!

Los dos hombres se estrecharon la mano, y Riyad dijo con admiración:

—Leo tus artículos desde hace años. Artículos valiosos en todo el sentido de la palabra.

Kamal le dio las gracias, recibiendo su elogio con precaución. Luego ambos se sentaron en dos sillas, frente a frente, ante el escritorio del profesor Abd el-Aziz, que siguió diciendo:

—No esperes, profesor Riyad, que él te devuelva el cumplido diciendo que ha leído tus valiosos cuentos. Decididamente él no lee cuentos.

Riyad soltó una risa encantadora que puso al descubierto unos dientes regulares y brillantes, con los incisivos separados. Luego dijo:

—Entonces, ¿no te gusta la literatura? No hay filósofo que no tenga su particular filosofía de lo bello, y esta no le llega sino después de un amplio estudio de diferentes artes, y entre ellas, naturalmente, está la literatura.

—Yo no odio la literatura —contestó Kamal con cierta confusión—. ¡Cuántas veces he descansado en los paraísos de su poesía y su prosa! Pero los momentos de reposo son escasos.

—¡Eso significa que tú has leído todos los cuentos posibles, ya que la literatura moderna casi se reduce al cuento y a las piezas de teatro!

Kamal volvió a decir:

—He leído un gran número de ellos a lo largo de mi vida, aunque yo...

Entonces lo interrumpió el profesor Abd el-Aziz el-Asiuti, esbozando una sonrisa cargada de significado:

—De ahora en adelante, profesor Riyad, tendrás que convencerlo de tus ideas nuevas, y bástate saber que él es filósofo, y que su pasión está centrada en el pensamiento.

Luego se volvió hacia Kamal preguntándole:

—¿Has traído tu artículo de este mes?

Kamal sacó un sobre mediano y lo puso en silencio ante el profesor que, a su vez, lo tomó y extrajo de él las hojas del artículo. Luego ojeó el título mientras decía:

—¿Sobre Bergson? ¡Estupendo!

—Es una idea de presentación general —dijo Kamal— que explica el papel que desempeña su filosofía en la historia del pensamiento moderno. Posiblemente le sume otros artículos detallados...

Riyad Quldus seguía la conversación con interés, y preguntó, clavando en Kamal una mirada agradable:

—Sigo tus artículos desde hace años... desde que empezaste a escribir sobre los filósofos griegos; se trata de artículos variados y a veces contradictorios, teniendo en cuenta los sistemas filosóficos que se exponen..., y he comprendido que tú eres historiador. Sin embargo, he intentado en vano descubrir tu propia postura a través de tus escritos... ¿A qué corriente filosófica te adscribes?

—Nosotros somos novatos en cuanto a los estudios filosóficos —dijo Abd el-Aziz el-Asiuti—, y tenemos que empezar por una exposición general. ¡Quizás el profesor Kamal dé a luz, en el futuro, una nueva filosofía, y quizás tú, profesor Riyadh, seas uno de los propagandistas del «Kamalismo»!

Se echaron todos a reír. Kamal se quitó las gafas y se puso a limpiarles los cristales. Él se sumergía rápidamente en la conversación, especialmente si le gustaba el interlocutor y el ambiente le parecía sereno y agradable.

—Yo soy peregrino —dijo Kamal— en un museo del que nada poseo. Sólo soy un historiador. No sé bien dónde estoy.

Riyad Quldus dijo, mientras su interés iba en aumento:

—¡Es decir, en la bifurcación del camino! Yo he estado en tu situación un tiempo, antes de encontrar mi ruta, pero me inclino por pensar que marca un acontecimiento, porque es normalmente el final de una etapa y el principio de otra nueva. ¿No has conocido diferentes convicciones antes de estar en esta situación?

El tono de esta charla le trajo el recuerdo de una vieja canción cuyas raíces estaban prendidas en su corazón. Ese joven y esa charla. Habían transcurrido unos años de amistad espiritual, hasta el punto de que él solía hablar consigo mismo cada vez que no encontraba a nadie con quien hacerlo. Hacía largo tiempo que no le habían provocado esta vitalidad espiritual en su pecho. Ni Ismail Latif, ni Fuad el-Hamzawi, ni decenas de maestros...

¿Habría llegado el momento de que se llenara el espacio que se había quedado vacío con la partida de Huseyn Shaddad? Volvió a ponerse las gafas y sonrió diciendo:

—Por eso se trata de un acontecimiento, naturalmente. Como es normal, yo he tenido mi fe religiosa, y después mi fe en la verdad.

—Recuerdo que expusiste la filosofía materialista con dudoso entusiasmo.

—Era un entusiasmo sincero, pero luego no tardé en sacudir la cabeza receloso.

—Quizás fuera la filosofía racionalista...

—Tampoco tardé en sacudir la cabeza receloso. Los sistemas filosóficos son bellos palacios, pero no sirven para habitarlos.

Abd el-Aziz dijo sonriendo:

—¡Y lo atestigua uno de sus partidarios!

Kamal se encogió de hombros indiferente. Riyad, por su parte, continuó investigando:

—¡Ahí queda la ciencia! ¡Quizás ella esté a salvo de tu duda!

—Es un mundo cerrado ante nosotros, del que no sabemos más que algunas de sus conclusiones más elementales. Además yo conozco las opiniones de escogidos sabios que dudan de que la verdad científica se ajuste a la verdad real, otros que son partidarios de la ley de la probabilidad, y otros que han renunciado a reivindicar la verdad absoluta. Así que no he tardado en sacudir la cabeza receloso.

Riyad Quldus sonrió sin decir palabra, y el otro siguió diciendo:

—¡Incluso me he metido hasta las orejas en las aventuras espirituales modernas y en el espiritismo! ¡Mi cabeza ha dado vueltas, y aún lo hace, en un vacío terrible! ¿Qué es la verdad? ¿Qué son los valores? ¿Qué es cualquier cosa? A veces siento tantos remordimientos al hacer el bien, como cuando caigo en el mal.

Abd el-Aziz soltó una risotada, y exclamó:

—¡La religión se ha vengado de ti! ¡La has abandonado, persiguiendo las verdades elevadas, y has vuelto con las manos vacías!

Riyad Quldus dijo unas palabras que parecían más un cumplido que otra cosa:

—¡Esta situación de duda es deliciosa! Contemplación, reflexión y libertad absoluta, tomar de todo un poco, de paso...

—¡Tú eres soltero en tu pensamiento, como lo eres en la vida! —dijo Abd el-Aziz dirigiéndose a Kamal.

Él prestó atención a esta observación pasajera... ¿Era su celibato resultado de su pensamiento, o era en realidad lo contrario? ¿O ambas cosas eran resultado de una tercera?

—El celibato —dijo Riyad Quldus— es un estado temporal, y ¡quizás la duda lo sea también!

—¡Pero él, por lo que parece, no se decidirá nunca a casarse! —repuso Abd el-Aziz.

Riyad preguntó sorprendido:

—¿Qué es lo que se interpone entre la duda y el amor? ¿Qué es lo que impide casarse al hombre enamorado? El hecho de obstinarse en seguir soltero nada tiene que ver con la duda; la duda no conoce la obstinación.

—¿Es que el amor no precisa algo de fe? —preguntó Kamal, en el fondo sin seriedad.

—¡Claro que no! —exclamó Riyad Quldus riendo—. El amor es como el seísmo

que sacude por igual a la mezquita, a la iglesia y al burdel.

«¿Un seísmo? ¡Qué comparación tan cierta! ¡Un seísmo que lo destruyera todo y lo sumergiera en el silencio de la muerte!»

—Y tú, profesor Quldus, has elogiado la duda. ¿Acaso eres uno de sus partidarios?

—¡Eso es exactamente! —respondió Abd el-Aziz riendo.

Estallaron en carcajadas, y luego Riyad dijo, como presentándose a sí mismo:

—He permanecido en ella un tiempo, y después me he apartado. Yo no dudo de la religión, porque he renegado de ella. Pero creo en la ciencia y en el arte y, ¡hasta la eternidad, si Dios quiere!

Abd el-Aziz preguntó irónico:

—¿Si quiere ese Dios en el que tú no crees?

—La religión —dijo Riyad Quldus sonriendo— es propiedad de la gente, pero de Dios no sabemos nada. ¿Quién puede decir «yo no creo en Dios» o «yo creo en Dios»? Los profetas son los verdaderos creyentes, y es porque ellos lo han visto, lo han oído o han hablado con los mensajeros de su revelación.

—Pero... ¿crees en la ciencia y en el arte? —le preguntó Kamal.

—Sí.

—La fe en la ciencia está justificada, pero ¿en el arte? ¡Yo prefiero creer en los espíritus a creer en un cuento, por ejemplo!

Riyad le clavó una mirada de reproche, y repuso, con tranquilidad:

—¡La ciencia es el lenguaje de la razón, y el arte es el lenguaje de toda persona humana!

—¡Cómo se parecen estas palabras a un poema!

Riyad acogió la ironía de Kamal con una sonrisa conciliadora, y dijo:

—La ciencia reúne a los hombres en la luz de sus ideas, mientras que el arte los congrega en un elevado sentimiento humano. Ambos hacen evolucionar a la humanidad, y la conducen hacia un futuro mejor.

«¡Qué vanidoso! ¡Escribe un cuento de dos páginas al mes y cree que va a hacer evolucionar a la humanidad! Y yo no soy menos horrible que él, pues resumo un capítulo del libro *Historia de la filosofía* de Von der Bolt, pretendiendo, en el fondo de mi alma, igualarme al menos con Fuad Gamil el-Hamzawi, el fiscal de Darb el-Ahmar. Pero ¿cómo puede existir la vida sin esto? ¿Estamos locos, cuerdos o simplemente vivos? ¡Uf! ¡Un poco de todo...!»

—¿Y qué dices de los sabios que no comparten tu entusiasmo por la ciencia?

—No debemos interpretar la humildad de la ciencia como incapacidad o

desesperación. La ciencia es la magia, la luz, la guía y el milagro de la humanidad, y es la religión del futuro.

—¿Y el cuento?

Pareció que Riyad estaba disimulando por primera vez su disgusto, y el otro rectificó, como disculpándose:

—Quiero decir el arte en su conjunto...

—¿Es que puedes vivir en la soledad absoluta? —preguntó Riyad Quldus con entusiasmo—. La confianza, el consuelo, la alegría, el consejo, la luz, el viaje a todos los lugares del mundo y del alma son necesarios... ¡Eso es el arte!

Entonces dijo el profesor Abd el-Aziz:

—Se me está ocurriendo una idea..., que nos reunamos nosotros y algunos compañeros una vez al mes para charlar sobre diferentes ideas, a condición de que nuestra conversación se publique bajo el título «El coloquio del mes».

Riyad Quldus dijo, mientras lanzaba a Kamal una afectuosa mirada:

—Nuestra conversación no se va a interrumpir. ¡O, al menos, eso es lo que yo quiero...! ¿Nos consideramos amigos...?

—¡Por supuesto! —respondió Kamal con un sincero entusiasmo—. Tenemos que vernos en todas las ocasiones que podamos.

Un sentimiento de felicidad por esta «nueva amistad» invadió a Kamal. Sentía que una parte elevada de su corazón despertaba tras un profundo letargo. Y se convenció, más que antes, de la importancia del papel que desempeñaba la amistad en su vida, y de que era un elemento vital del que no podía prescindir... A no ser que optase por seguir como el sediento que se consume en el desierto...

Los dos nuevos amigos se separaron junto a el-Ataba, y Kamal volvió por el-Muski alrededor de las ocho de la tarde, respirando un aire sofocante debido al intenso calor. Junto al callejón de el-Gawhari aminoró la marcha; luego se dirigió hacia él, y penetró en la tercera puerta a la izquierda. Subió la escalera hasta el segundo piso, llamó al timbre y la mirilla se abrió ante el rostro de una mujer que ya pasaba de los sesenta a la que daba vida una sonrisa dejando al descubierto unos dientes de oro. Abrió la puerta y él entró en silencio. La mujer dijo a modo de saludo:

—¡Bienvenido, hijo del amado! ¡Bienvenido, hijo de mi «hermano»...!

La siguió a una sala que hacía de repartidor de las otras piezas, en la cual había dos sofás, el uno enfrente del otro, y entre los que se hallaban una alfombrilla, una mesita y un narguile; había fragancia de incienso en los rincones. La mujer era gruesa, recomida de vejez. Se ceñía la cabeza con un pañuelo de rayas adornado con monedas, los ojos pintados con *kohl* en los que brillaba una pesada mirada, signo inequívoco de la droga. En los rasgos de su rostro había huellas de una belleza pasada y de un libertinaje sin freno. Ella se sentó con las piernas cruzadas en el sofá que estaba delante del narguile, y le hizo señas para que él la imitara, cosa que hizo, mientras le preguntaba sonriendo:

—¿Qué tal estás, señora Galila?

—¡Dime «tía»! —exclamó ella en tono de protesta.

—¿Cómo estás, tía Galila?

—Estoy estupendamente, hijo de Abd el-Gawwad. Luego, elevando la voz aguardentosa, llamó:

—¡Nazla, hija!

Tras unos minutos llegó la criada con dos copas llenas y las colocó sobre la mesita.

—¡Bebe! —dijo Galila—. ¡Cuántas veces se lo dije a tu padre en los dulces días del pasado...!

Kamal tomó la copa, mientras decía riendo:

—Lo siento; la verdad es que he venido demasiado tarde.

Ella le dio un puñetazo que hizo tintinear los brazaletes que cubrían sus brazos:

—¡Calamidad! ¿Querías hacer porquerías donde se arrodilló tu padre?

Luego, rectificando, dijo:

—Pero ¿qué tienes tú que ver con tu padre? Estaba casado con su segunda mujer cuando yo lo conocí. Un matrimonio precoz de acuerdo con las costumbres de aquella época. Pero eso no le impidió ser mi amante durante un tiempo que fue el más dulce de mi vida. Luego fue amante de Zubayda, nuestro Señor la tenga en su mano y después de nosotras, decenas ¡Dios lo perdone! En cuanto a ti, sigues soltero, y a pesar de eso sólo visitas mi casa la noche del viernes. ¡Calamidad! ¿Dónde está la virilidad, dónde?

Su padre, tal como él lo había conocido por las palabras de Galila, era otro del que conocía por sí mismo, es más, distinto de aquel padre del que Yasín le había hablado. El hombre de la espontaneidad, de la vida violenta que nunca le dio el trabajo de pensar a su propio corazón, ¿qué tenía que ver con él? Hasta en la noche del viernes, en la que visitaba esta casa, sólo le interesaba «el amor» en ella cuando bebía, y si no fuera porque estaba bebido, el ambiente le habría parecido sombrío e incitador a la huida. Jamás olvidaría la primera noche en que los hados lo lanzaron a esta casa. Vio a esta mujer por vez primera, que lo invitó a charlar con ella mientras quedaba libre una chica. Y cuando la conversación lo empujó hasta mencionar su nombre completo, la mujer exclamó: «¿Tú eres hijo del señor Ahmad Abd el-Gawwad el comerciante de el-Nahhasín?». «Sí, ¿conoces a mi padre?» «¡Bienvenido seas mil veces!» «¿Conoces a mi padre?»... «Lo conozco mejor de lo que tú lo puedas conocer». «Mezcló su sudor con el mío... Estuve en el cortejo nupcial de tu hermana... En mis tiempos fui como Umm Kulzum en los tuyos... Pregunta por mí a las piedras». «¡Tanto gusto señora mía!» «Escoge de entre mis chicas la que más te guste sin ocuparte de la cuantía». ¡Así fornicó por primera vez en aquella casa a costa de su padre! Ella contempló su rostro tanto tiempo, que a Kamal se le encogió el corazón. Y si no hubiera sido por la obligada cortesía ella habría manifestado su sorpresa: ¿qué tenía que ver esa extraña cabeza y aquella rara nariz con el sonrosado rostro de luna? Luego él alargó la conversación cuanto pudo, y supo por Galila la historia secreta de su padre, sus penalidades, sus gloriosas actuaciones, sus aventuras y sus cualidades ocultas. «¡Y yo desde el más intenso desconcierto dudando entre el ardor del instinto y el soplo del misticismo!»

—No exageres, tía Galila —repuso Kamal—. Yo soy un maestro, y el maestro ama la discreción. No olvides que yo en vacaciones te visito varias veces por semana, y no sólo una. ¿No estuve aquí anteayer? Vengo a visitarte siempre que...

«Siempre que me aqueja la confusión; es la confusión la que me empuja hacia ti, antes que la concupiscencia».

—¿Siempre que qué, niño de mamá?

—Siempre que acabo de trabajar.

—Di otra cosa. ¡Uf con vuestro tiempo, uf! Nuestra moneda era de oro, y la vuestra de hierro y cobre. Nuestro éxtasis de carne y sangre, y el vuestro la radio. Nuestros hombres eran de la costilla de Adán, y los vuestros de la de Eva. ¿Tienes palabra, maestro de niñas?

Dio una chupada al narguile y luego se puso a cantar:

Maestro de niñas enseñales a tocar los instrumentos y a cantar.

Kamal se echó a reír, se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla entre afectuoso y juguetón.

—Tu bigote es como el espino —exclamó ella—. ¡Que Dios acuda en ayuda de Atiyya!

—A ella le gustan los espinos...

—Aquí tuve yo ayer al oficial de la comisaría en persona. Sin jactancia: todos mis clientes son gente de rango, ¿o es que te crees que nos das limosnas con tus visitas?

—¡Señora Galila, eres magnífica!

—Te quiero cuando has bebido. La bebida arroja de ti la dignidad del maestro y te hace parecerte a tu padre. Pero cuéntame, ¿no quieres a Atiyya?... ¡Ella te quiere!

Estos corazones a los que la rudeza de la vida ha endurecido, ¿cómo aman? Pero ¿qué le tocó en suerte a los corazones que se han mostrado generosos con el amor y lo consideran bueno? A la hija del pipero que lo había amado, él le rechazó su amor, y amaba a Aida; pero esta lo había rechazado. El diccionario de su vida sólo le enseñó que el significado del amor es siempre el dolor, ese dolor extraño que quema hasta comprender al resplandor de su fuego abrasador el prodigio de los secretos de la vida. Luego, detrás de él, sólo se suceden despojos. Él repuso, sarcásticamente en respuesta a sus palabras:

—Estate tranquila.

—Nunca hizo esto desde que se divorció.

—¡Bendito sea Dios, sólo Él es digno de alabanza por nuestra adversidad!

—¡Bendito sea en todas las ocasiones!

Esbozó una sonrisa llena de sentido; ella captó su significado, y le dijo a modo de protesta:

—¿Crees que es mucho pedir que yo alabe a Dios? ¡Vaya Él contigo, hijo de Abd el-Gawwad! Escucha: no tengo ni hijos ni hijas, y ya estoy harta del mundo, Dios

tiene el perdón.

¡Qué maravilla, que en la conversación de la mujer se repitiera tanto de esta melodía inspirada en la renuncia! La miró furtivamente mientras apuraba la copa. El vino adquiriría en él el soplo del hechizo desde el primer trago. Se encontró recordando una época ya pasada, cuando el beber significaba una alegría celestial, ¡cuántas fueron las alegrías que ya pasaron! Al principio fue el deseo de rebelarse y de vencer; luego, con el tiempo, se cambió en filosofía del vino, más tarde, el tiempo y la costumbre fueron apagando la embriaguez, y en numerosas ocasiones no le faltó la pena de quien se debate entre el cielo y la tierra. Esto antes de poner en plano de igualdad la duda entre el cielo y la tierra...

Sonó el timbre, y entró Atiyya, blanca, elástica y desbordante, con el taconeo de sus zapatos y el eco de su risa. Besó la mano de la «maestra», y echó luego una mirada sonriente a las dos copas vacías, diciéndole retozona a Kamal:

—¡Me has traicionado!

Se inclinó hacia el oído de la «maestra» y cuchicheó un poco; luego clavó en Kamal una mirada risueña, y caminó hacia la habitación que quedaba a la derecha de donde se hallaba sentada Galila. Esta le echó a puñetazos diciéndole:

—¡Levántate, luz de los ojos...!

Él tomó el *tarbúsh* y se dirigió a la habitación. No tardó Nazla en seguirlo, llevando una bandeja con una botella, dos copas y unos aperitivos ligeros.

—Tráenos dos libras de kebab de casa de Agati —le dijo Atiyya—. ¡Estoy hambrienta!

Él se quitó la chaqueta, y alargó las piernas con satisfacción. Luego se sentó a contemplarla, mientras ella se quitaba los zapatos y el vestido, y luego, mientras se arreglaba la camisa delante del espejo y se soltaba el cabello. Este cuerpo blanco, elástico y desbordante que él tanto quería. ¿Cómo era el cuerpo de Aida? A menudo se le venía a la memoria como si ella no tuviera tal cuerpo, y ni siquiera se acordaba de su delgadez, de su color moreno ni de su elegancia, que permanecían en su espíritu como una mera abstracción. En cuanto a lo que la memoria retiene habitualmente de las bellezas corporales, como los senos, las piernas y las grupas, no recordaba jamás que sus sentimientos se dirigieran a nada de eso. Hoy, si se le exponía una belleza con todas las características de Aida, —la elegancia, el color moreno, la delgadez— no daría por ella ni veinte piastras. ¿Cómo podía ser este amor? ¿Cómo seguía guardando su recuerdo con ese respeto y pureza, a pesar de despreciarlo todo?

—¡Qué calor hace! ¡Uf!

—¡Cuando nos haya machacado bien el vino, dará lo mismo que haga calor o frío!

—¡No me comas con los ojos, y quítate las gafas!

Divorciada, madre de dos hijos, ocultaba su oscura melancolía con la vida licenciosa, tragándose las noches insaciables su feminidad y su humanidad, sin consideración, mezclando en sus suspiros la pasión engañosa y la náusea, o sea, la peor imagen de la esclavitud. Por eso el vino era un rescate contra el sufrimiento, como lo era del pensamiento.

Ella se echó a un lado y extendió la suave mano hacia la botella, cogiéndola para llenar las dos copas. ¡Esta botella que se compraba en la casa por el doble de su precio! Todo era caro aquí menos la mujer, menos el ser humano. Sin el vino no sería posible esta reunión, de tal modo se ocultaba a los ojos de la humanidad que mira con una mueca de repugnancia. Aunque nuestra vida no carezca de rameritas de otro tipo... ¡cómo son los ministros y los escritores!

Al entrar la segunda copa en su estómago, aparecieron los signos del olvido y de la alegría. «Esta mujer, la deseo desde hace tiempo; y hasta cuándo, no lo sé. El deseo es un poder despótico; el amor es otra cosa. ¡Qué extraño parece cuando está libre del deseo! Si se me brindara un día encontrar a ambos en un solo ser humano, conocería el reposo ansiado. Por eso la vida sigue pareciéndome algo necesitado de armonía. Yo busco el "matrimonio" en la vida pública y en la privada. No sé cuál de las dos es el origen de la otra, pero estoy seguro de que soy un miserable a pesar de mi modo de actuar en la vida, que me ha garantizado condiciones favorables para gozar del pensamiento y deleitarme con el cuerpo. Como el tren que se deja llevar de una fuerza, pero que no sabe de dónde viene y hacia dónde va. El deseo es una belleza arrogante con que el asco da al traste en el acto, mientras que el corazón clama en vano implorando hoy desesperadamente la felicidad eterna. Por eso el padecimiento no cesa; y la vida es un gran engaño, donde es necesario estar en armonía con su filosofía oculta, para aceptar con satisfacción tal engaño. Somos como el actor que balbucea su papel ficticio en el teatro, pero a pesar de ello es esclavo de su arte».

Se bebió de un solo trago la tercera copa, causando la hilaridad de Atiyya. A ella le gustaba beber de todo corazón, pero esto la colocaba en situaciones extrañas. Si él no le ponía coto, se ponía a gritar y a retorcerse. Luego lloraba y vomitaba. A Kamal el vino iba haciéndole perder la cabeza, y se estremeció voluptuosamente. Tendió hacia ella la mirada, y se distendieron sus facciones. Ahora ella era solamente una mujer sin problemas. Era como si no los hubiera en la existencia; la existencia en sí,

el problema más pesado de la vida. No lo era. Pero, «bebe y ahógate en los besos...».

—¡Qué encantadora eres cuando te ríes sin motivo!

—¡Si me río sin causa, has de saber que las causas son mejores de lo que tú te imaginas...!

Abd el-Múnim regresó a el-Sukkariyya arrebuado en su abrigo, apretándose de vez en cuando su bufanda para protegerse del mordiente frío invernal. La oscuridad era total, a pesar de no ser nada más que las seis de la tarde. Apenas alcanzó la entrada de la escalera, cuando se abrió la puerta del primer piso, dejando salir a la encantadora silueta que estaba al acecho. Su corazón se puso a latir. Escudriñó la oscuridad con ojos ardientes, siguiendo a la silueta, mientras subía la escalera con agilidad y temiendo hacer ruido. Se encontró dividido entre un deseo que lo inducía a someterse y otro que lo impulsaba a controlar sus nervios, que estaban a punto de traicionarlo y de venirse abajo. Recordó —¡precisamente en ese instante!— que ella lo había citado la noche anterior. Hubiera podido adelantar la hora de su regreso o atrasarla y evitar este encuentro, ¡pero se había olvidado por completo! ¡Con qué facilidad olvidaba! ¡Ya no había tiempo ni para reflexionar ni para recordar! Dejaría esto para otro momento, cuando estuviera a solas consigo mismo en su habitación, en aquel momento que daría testimonio de él como triunfador y victorioso, o como derrotado y vencido. Subió la escalera sobre la marcha, sin resolverse a nada, encontrándose en el piélago de la prueba, sin que hubiese nada que le hiciera olvidar los dolores de su lucha eterna. En el descansillo le pareció que su silueta se hacía enorme hasta ocupar el espacio y el tiempo.

—¡Buenas noches!... —dijo mientras ocultaba su angustia con la secreta intención de mantenerse firme, costase lo que costase.

La voz sutil le llegó, diciendo:

—¡Buenas noches! Te doy las gracias porque has escuchado mi consejo y te has puesto el abrigo...

La emoción lo hizo sucumbir ante su delicadeza, pero en su garganta se ahogó la palabra que estaba a punto de responderle. Luego dijo, disimulando su azoramiento:

—Temía que lloviera...

Ella alzó la cabeza como mirando al cielo, y dijo:

—Lloverá tarde o temprano. No hay ni una estrella en el cielo; te he distinguido con dificultad cuando entraste en el callejón.

Reunió sus tumultuosas fuerzas y dijo como queriendo advertirla:

—Hace frío, y el aire de la escalera es especialmente húmedo.

—No siento el frío cerca de ti —dijo la pequeña con una franqueza que había aprendido con su ayuda.

Un calor interior le quemó a él el rostro, y descubrió que iba a volver a cometer un pecado a pesar suyo, y se puso a pedir ayuda a su voluntad para vencer el temblor que recorría su cuerpo.

—¿Qué te pasa que no hablas? —le preguntó ella.

Él sintió su mano en el hombro apretándolo con suavidad, y no pudo evitar rodearla con sus brazos y besarla largamente; luego hizo llover sobre ella sus besos, hasta que oyó la tenue voz de ella que decía jadeante:

—¡No soporto estar lejos de ti!

Él siguió abrazándola, hundido en su regazo, mientras ella le murmuraba al oído:

—¡Querría quedarme así para siempre!

Él apretó el abrazo diciendo con voz temblorosa:

—¡Qué pena!

Apartó un poco su cabeza en la sombra, y dijo:

—¿Pena de qué, amor mío?

—Por el pecado en el que hemos caído...

—¿Qué pecado, por Dios?

Se deshizo de ella con suavidad; empezó a quitarse el abrigo y lo dobló. Luego se fue a ponerlo en la balaustrada, pero cambió de idea en el último momento —un instante terrible— y lo dobló sobre el brazo, retrocediendo un paso. Su respiración era agitada, pero una resolución frenaba el curso de su entrega, alterándolo todo. La mano de ella volvió a tantear el camino. Él la cogió, y esperó hasta que su respiración se calmó; luego dijo con calma:

—Esto es un gran pecado.

—¿Qué pecado? No comprendo nada...

«Una pequeña que no ha cumplido los catorce años; tú juegas con ella para satisfacer un deseo, sin piedad. Este juego no tiene objeto. Sólo es una aventura que acarrea en sí la cólera y el aborrecimiento de Dios».

—¡Es necesario que comprendas! ¿Podemos reconocer lo que hacemos?

—¿Reconocerlo?

—¡Mira cómo no estás de acuerdo! Pero ¿por qué no lo reconoceríamos si no fuera algo vergonzoso y despreciable?

Sintió la mano de ella cogiéndolo; subió los primeros escalones del otro tramo con la seguridad de que había atravesado en paz la zona peligrosa.

—Reconoce que estamos en falta, y que no debemos ceder al pecado.

—Es asombroso oír de ti esas palabras.

—No lo es; mi conciencia nunca ha soportado el pecado; me atormenta y echa a

perder mi oración...

«¡Guarda silencio! La he molestado. Que Dios me perdone. ¡Qué dolor! Pero yo no me volveré atrás. Da gracias a Dios porque el error no te haya empujado hacia algo peor...»

—Ha de ser una lección para nosotros; para que no volvamos a nada parecido; tú eres una niña. Ya has cometido un pecado, no corras otra vez detrás de él.

—No lo he cometido —dijo ella en tono lloroso—. ¿Piensas abandonarme? ¿Qué te propones?

—Vuelve a tu casa —dijo, ya dueño de sí mismo—. No hagas nada de lo que haya que ocultarse. No te encuentres más con nadie en la sombra...

—¿Me vas a abandonar? —preguntó con voz trémula—. ¿Has olvidado lo que dijiste de nuestro amor?

—Son palabras sin sentido. Estás equivocada. Que esto sea una lección para ti. Guárdate de la sombra, pues en ella está tu perdición. Eres tan joven, ¿de dónde te viene tanta audacia?

Sus sollozos resonaron en la oscuridad, pero el corazón de él no se compadeció. Estaba ebrio por el cruel placer de la victoria.

—No se hable más. Y no te enfades. Recuerda que yo, de haber sido un ser despreciable, no hubiera consentido en dejarte sin antes forzarte. Dios te guarde...

Él subió la escalera de un salto. Se acabó el suplicio. No volvería a tener más remordimientos, pero sí que recordaría el dicho de su profesor el *sheyj* Ali el-Manufi: «Si quieres vencer a Satán, ignora la ley de la naturaleza». Sí, recordaría esto. Se quitó la ropa a toda prisa y se puso el *guilbab*. Luego le dijo a su hermano Ahmad mientras abandonaba la habitación:

—Quiero estar a solas con mi padre en el despacho. Espera un poco, por favor.

Cuando se dirigía a la habitación pidió a su padre que lo siguiera. Jadiga alzó la cabeza hacia él preguntando:

—¿Va todo bien?

—Voy a hablar primero con mi padre. Luego te llegará el turno.

Ibrahim Sháwkat lo siguió en silencio. El hombre acababa de ponerse la dentadura postiza, que le devolvía la tranquilidad tras hacerle frente a la vida desdentado durante seis meses completos. Se sentaron uno al lado del otro, mientras el padre decía:

—Que sea para bien, si Dios quiere.

—Padre, quiero casarme —dijo Abd el-Múnim sin vacilación ni preámbulo.

El hombre fijó los ojos muy abiertos en su rostro. Luego esbozó una sonrisa

como si no comprendiera nada, volvió la cabeza perplejo y exclamó:

—¿Casarte? Cada cosa requiere su tiempo. ¿Por qué me hablas de eso ahora?

—Quiero casarme ahora...

—¿Ahora? ¡Acabas de cumplir dieciocho años! ¿No vas a esperar obtener el diploma?

—No puedo...

Aquí se abrió la puerta, y entró Jadiga preguntando:

—¿Qué ocurre detrás de esa puerta? ¿Es que tienes secretos que se los confieras a tu padre y me los ocultas a mí?

Abd el-Múnim frunció el ceño nervioso, al tiempo que Ibrahim empezó a decir sin apenas darse cuenta de lo que decía:

—Abd el-Múnim quiere casarse...

Jadiga lo miró de hito en hito como si temiese que se hubiera vuelto loco, y exclamó:

—¡Casarse! ¿Qué oigo? ¿Has decidido dejar la Universidad?

—¡He decidido que quiero casarme, no que voy a dejar la escuela! —dijo Abd el-Múnim en voz alta y encolerizado—. Continuaré los estudios casado. Eso es todo...

—Abd el-Múnim, ¿hablas verdaderamente en serio?

—¡Totalmente! —gritó.

La mujer dio una palmada y dijo:

—¡Te han hecho mal de ojo! ¿Qué le ha pasado a tu sentido común, hijo mío?

Abd el-Múnim se alzó irritado, diciendo:

—¿Quién te ha dicho que vengas? Quería estar a solas con papá primero, pero tú eres una impaciente. Prestadme atención los dos: Quiero casarme. Tengo ante mí dos años para acabar mis estudios. Tú, papá, puedes mantenerme esos dos años, si no estuviera seguro de esto, no hubiera hecho mi petición...

Jadiga empezó a decir:

—¡Bondad de Dios, le han comido la razón!

—¿Quiénes me han comido la razón?

—¡Dios los conoce más a ellos que ellos a Dios! ¡Y nosotros los conoceremos dentro de poco! ¡Tú también los conoces!

El muchacho se dirigió a su padre diciendo:

—No le prestes atención. ¡Ni yo mismo sé por el momento cuál va a ser la que me caiga en suerte! Escoged vosotros mismos. ¡Quiero una esposa adecuada, la que sea!

—¿Quieres decir —le preguntó ella extrañada y estupefacta— que no hay una

persona concreta que sea la causa de esta calamidad?

—¡En absoluto! ¡Creedme! ¡Escógemela tú!

—¿Qué te induce, pues, a tal apresuramiento? Déjame escoger por ti. Concédeme un plazo, que sea cuestión de uno o dos años...

Él alzó la voz diciendo:

—No bromeo. ¡Déjame con mi padre; él me comprende mejor que tú!

—¿Cuál es el objeto de esta prisa? —le preguntó su padre con calma.

—No puedo seguir sin casarme —dijo Abd el-Múnim bajando la mirada.

—Y miles de chicos como tú, ¿cómo pueden? —preguntó Jadiga.

—¡No consiento hacer lo que hacen los otros! —repuso el muchacho dirigiéndose a su madre.

Ibrahim reflexionó un poco; luego dijo, zanjando la situación:

—Basta por ahora. Volveremos sobre el asunto en otra ocasión.

Jadiga quiso hablar, pero su marido se lo prohibió. La cogió de la mano y dejó la habitación, dirigiéndose a su sitio habitual en la sala. El matrimonio habló sin rodeos del asunto con todos sus matices; y tras un largo tira y afloja, Ibrahim se inclinó a apoyar la petición de su hijo y a encargarse él mismo de persuadir a su esposa para que aceptara en principio. Entonces dijo él:

—Tenemos a Naíma, mi sobrina, no nos vamos a cansar en buscar novia.

—Yo soy la que te ha convencido —replicó Jadiga conquistada— para que renuncies a la herencia de tu difunto padre en favor de Aisha, y no voy a protestar por escoger a Naíma como esposa de mi hijo. La felicidad de mi hermana me interesa mucho, como sabes, pero temo su preocupación. Tengo miles de temores sobre la excentricidad que se ha apoderado de ella. ¿Acaso no has insinuado varias veces ante Aisha nuestro deseo de casar a Naíma con Abd el-Múnim? A pesar de todo se me ocurre que esté prometida al hijo de Gamil el-Hamzawi, pues dicen que el padre ha pedido su mano...

—Esto es una vieja historia. Ya ha pasado un año o más, y gracias a Dios no se ha llevado a cabo. No me habría sentido muy honrado de que un joven como él tomase a mi sobrina, cualquiera que sea su situación. La procedencia lo es todo para mí. Por nuestra parte, encantados con Naíma.

—¿Encantados? —dijo Jadiga suspirando—. Y ¿qué dirá mi padre de este manejo cuando se entere?

—Sin duda lo acogerá bien —repuso Ibrahim—. Todo parece un sueño, pero yo no me arrepentiré, pues estoy convencido de que hacer oídos sordos al deseo de Abd el-Múnim siempre que sea posible realizarlo, sería un error imperdonable.

No había acontecido ningún cambio digno de mención en la vieja casa de Bayn el-Qasrayn, salvo que todos los vecinos, Hasaneyn el barbero, Darwish el vendedor de habas, el-Fuli el lechero, Abu Sari el pipero y Bayumi el de los refrescos, sabían de una manera o de otra que ese día se casaba la nieta del señor Ahmad con su primo hermano Abd el-Múnim. El señor conservaba la vieja tradición, y el día transcurrió como cualquier otro, limitándose a invitar a la gente a un banquete que se había preparado para la noche. El verano estaba comenzando, y todos se habían reunido en la sala de estar, el señor Ahmad Abd el-Gawwad, Amina, Jadiga, Ibrahim Sháwkat, Abd el-Múnim, Ahmad, Yasín, Zannuba, Redwán y Karima, excepto Naíma que se estaba arreglando en el piso superior ayudada por Aisha. Quizás el señor pensó que su presencia arrojaba sobre la reunión familiar una sombra de gravedad que no era propia de tan feliz ocasión, así que después de la recepción, se marchó a su habitación, donde aguardó la llegada del casamentero oficial.

El señor había liquidado ya su comercio y había vendido la tienda concediendo el descanso a su vejez, no sólo porque él ya tenía sesenta y cinco años, sino porque la jubilación de Gamil el-Hamzawi lo hubiera obligado a desempeñar una doble actividad que no podía soportar. Decidió, pues, dar por terminada su vida activa, contentándose con la posibilidad de que le bastara para el resto de sus días con lo que quedaba de haber liquidado su tienda, y el dinero que había ahorrado anteriormente. Fue un importante acontecimiento en la vida de la familia, que llevó a Kamal a preguntarse sobre la realidad del papel que Gamil el-Hamzawi había representado en su vida en general, y de la de su padre en particular. El señor estaba solo en su habitación, reflexionando en silencio sobre los acontecimientos del día, como si no diera crédito realmente al hecho de que el novio era su nieto Abd el-Múnim. El día en que Ibrahim Sháwkat empezó a hablarle del inusitado asunto, no estuvo de acuerdo. «¿Cómo vas a permitir a tu hijo que te hable con esa franqueza y que te dicte su voluntad? Sois unos padres que parecéis haber sido creados para corromper a las generaciones». Si se hubiera tratado de otras circunstancias de cuya delicada situación se percataba, habría dicho que no. Pero allí estaba Aisha, y ante su infortunio renunció a su tradicional resistencia y no fue capaz, especialmente después de los comentarios suscitados ante el silencio de Fuad el-Hamzawi de frustrar sus esperanzas. Y ya que la boda de Naíma podía aliviar la angustia del corazón de su hija, pues bienvenida fuera. De este modo, lo embarazoso de la

situación lo empujó a dar su consentimiento, y a ser condescendiente con los jóvenes que dictaban su voluntad a los mayores, aunque se casaran antes de haber superado su etapa de estudiantes. Llamó a Abd el-Múnim a su presencia, y le pidió que le prometiera que terminaría sus estudios. El muchacho le habló con tan hermosas y apaciguadoras palabras, prometiendo por el Corán y el *hadiz* que lo haría, que dejó en el ánimo de su abuelo sentimientos encontrados de sorpresa y burla.

Así pues, el estudiante se casaba hoy, mientras que Kamal ni siquiera pensaba en el matrimonio, habiendo rechazado él mismo un día que se anunciara el noviazgo —sólo el noviazgo— del difunto Fahmi, que murió antes de que madurara el fruto de su lozana juventud. Así pues era evidente para Kamal que el mundo giraba sobre su cabeza y que otro universo extraño se estaba alzando, haciéndolo sentirse ajeno entre los suyos. Hoy se casaban los estudiantes, y quién podía saber lo que harían mañana.

En la sala de recibir Jadiga decía, inmersa en una larga perorata:

—Por eso hemos dejado vacía la segunda planta, y esta noche recibirá a los novios con todos los honores.

—¡Tienes todas las cualidades que harán de ti «una suegra» ejemplar —dijo Yasín con tono pérfido—, pero no podrás explotar esas cualidades tan singulares con esta novia!

Ella se dio cuenta de la alusión, pero fingió ignorarla, y replicó:

—La novia es mi hija y la hija de mi hermana...

—Jadiga *hánem* es toda una señora —dijo Zannuba suavizando la alusión de Yasín.

Ella le dio las gracias, recibiendo su prueba de amistad con el agradecimiento y la veneración debidos a Yasín, a pesar de despreciar a Zannuba interiormente. Karima brillaba con sus diez años, lo que llevó a Yasín a exaltar su prometida feminidad. Por lo tocante a Abd el-Múnim, se había puesto a hablar con su abuela Amina; admirada ella ante su piedad, le cortaba la conversación para bendecirlo, y Kamal le preguntaba a Ahmad bromeando:

—Y tú, ¿te casarás el año que viene?

—No —dijo Ahmad riendo— a no ser que tú lo hagas, tío.

Zannuba, que seguía la conversación de ambos, dijo dirigiéndose a Kamal:

—Si me lo permite Kamal, yo estoy dispuesta a casarlo dentro de unos días...

—¡Yo mismo estoy dispuesto a permitírtelo! —le dijo Yasín señalándose con el dedo.

—¡Bastante casado estás ya! ¡Ya has tenido tu parte! —repuso ella agitando la cabeza irónicamente.

Amina, cautivada por el tema de conversación, le dijo a Zannuba:

—¡Si tú casas a Kamal, yo intentaré hacer las albórbolas por primera vez en mi vida!

Kamal se imaginó a su madre haciendo albórbolas, y se echó a reír, imaginándose luego a sí mismo en el lugar de Abd el-Múnim a la espera del casamentero oficial, y se quedó taciturno. El matrimonio levantaba un remolino en su interior, como el invierno despierta el asma en el enfermo. Lo dejó para mejor ocasión, aunque no podía fingir ignorarlo. Tenía el corazón vacío, pero se angustiaba por ello, como le pasó tiempo atrás por tenerlo lleno. Hoy, si quería casarse, sólo le quedaba el camino tradicional que empezaba con la casamentera y terminaba con la familia, los niños y la incorporación al «mecanismo» de la vida. El loco por la meditación apenas encontraría un lugar para practicarla, y vería en el matrimonio siempre una posición extraña, a medio camino entre el deseo y la repulsión. Y al final de la vida sólo encontraría soledad y tristeza...

La que estaba realmente feliz ese día era Aisha. Por vez primera desde hacía nueve años se había puesto un hermoso vestido y se había trenzado el cabello. Observaba con ojos soñadores a su hija, que era como un rayo de luz, y si las lágrimas la vencían, las disimulaba de su pálido y demacrado rostro. Su madre, una vez que la vio llorando, la miró con aire reprobatorio, al tiempo que le decía:

—¡Naíma no debe dejar la casa con el corazón entristecido!

—¿No la ves sola en este día, sin padre y sin hermano? —sollozó Aisha.

—¡Bendita sea su madre! —repuso Amina—. ¡Nuestro señor se la guarde! ¡Se va con su tía y con su tío, y además de eso, tiene a Dios Creador de toda la riqueza!

Aisha se enjugó los ojos diciendo:

—El recuerdo de los queridos muertos me embarga desde la mañana, y sus rostros se me aparecen. Luego, cuando ella se vaya, me quedaré sola...

—No estás sola —repuso Amina reprochándola—. Naíma acarició la mejilla de su madre mientras decía: —¿Cómo podría yo alejarme de ti, mamá?

—La casa de tu esposo te enseñará a poder le replicó Aisha sonriendo con ternura.

—Vendrás a verme todos los días —dijo Naíma angustiada—. Has estado evitando acercarte a el-Sukkariyya, pero es necesario que a partir de hoy dejes esa costumbre.

—Naturalmente, ¿vas a dudar de eso?

En ese instante, Kamal se les acercó diciendo:

—Preparaos, el casamentero oficial ha venido...

Sus ojos se quedaron prendidos en Naíma con admiración. ¡Qué belleza! ¡Qué gracia! ¡Qué esplendor! ¿Cómo podía la naturaleza animal desempeñar un papel en esta encantadora criatura?

Cuando supieron que el contrato se había escrito, se intercambiaron las felicitaciones, de repente estalló una albórbola que envolvió la casa y la estremeció retumbando en aquel ambiente de silencio. Las cabezas se volvieron sorprendidas hacia donde se hallaba Umm Hánafi al fondo de la sala. Llegado el momento del banquete, cuando los invitados iban acercándose a la mesa, el corazón de Aisha se encogió, con la mente fija en la próxima separación, y se le quitaron las ganas de comer. Luego, Umm Hánafi fue a anunciar que el *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad estaba sentado en el suelo del patio, y que pedía su cena insistiendo especialmente en la carne. El señor se echó a reír y ordenó que se le preparase una bandeja y se la llevaran. Enseguida le llegó su voz que se elevaba desde el patio, implorando larga vida para su querido «hijo de Abd el-Gawwad» y preguntando, al mismo tiempo, por los nombres de sus hijos y de sus nietos para pedir por ellos.

—¡Qué pena! —dijo el señor sonriendo—. El *sheyj* Mitwali ha olvidado vuestros nombres... ¡Que Dios perdone a la vejez!

—Tiene cien años —repuso Ibrahim Sháwkat—. ¿No es así?

Ahmad Abd el-Gawwad le contestó afirmativamente. Al mismo tiempo se alzó de nuevo la voz del *sheyj*, que exclamaba:

—¡En nombre del mártir el-Huseyn, más carne!

A la hora de las despedidas, Kamal se fue hacia el patio para alejarse de aquel espectáculo.

Y aunque sólo se trataba de un corto desplazamiento a el-Sukkariyya, ello constituyó una fuerte impresión para el corazón de la madre y el de su hija, como si se tratara de un terrible golpe. La realidad era que Kamal contemplaba este matrimonio con escepticismo en cuanto a la capacidad de Naíma para la vida conyugal. En el patio vio al *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad sentado en el suelo con las piernas extendidas debajo de la lámpara eléctrica colocada en la pared de la casa para alumbrar aquel lugar. Vestía una *galabiyya* de color pálido y una *táqiya* blanca. Se había quitado las sandalias, y estaba apoyado contra la pared como dormido, porque su vientre reposaba de toda la comida que había engullido. Kamal vio correr un líquido entre sus piernas y, al primer golpe de vista, se apercibió de que el *sheyj* se estaba orinando sin darse cuenta. Su respiración era agitada y sibilante. Kamal fijó en él una mirada, mezcla de desagrado y compasión. Luego se le vino una idea, y a pesar suyo sonrió, diciéndose a sí mismo:

—¡Quizás hubiera sido un niño mimado en el año 1830!

Al día siguiente, Aisha se fue de visita a El-Sukkariyya. A lo largo de los últimos nueve años sólo había abandonado la vieja casa para visitar el cementerio, aparte de las contadas visitas a Qasr el-Shawq a raíz de la muerte de los dos hijos pequeños de Yasín. Se detuvo un instante a la entrada de el-Sukkariyya recorriéndola con la mirada, hasta que las lágrimas arrasaron sus ojos. La tierra, ante la entrada de la casa, que los pies de Uzmán y Muhammad habían colmado de carreras y juegos. El patio que había sido adornado en su día para la espléndida fiesta de su boda. El mirador en el que se sentaba Jalil a fumar su narguile, y a jugar al tric-trac y al dominó. Aquello era la fragancia del pasado, el perfume saturado con la ternura y el amor de los que se fueron. Ella era feliz; una felicidad que llegó a ser proverbial, hasta el punto de que se dijera de ella «la risueña, la que está siempre cantando, que no se ocupa de otra cosa que de reírle al espejo y ocuparse de su arreglo». El marido que cuchicheaba, los niños que saltaban. Aquello era tiempo pasado... Se secó los ojos para que la recién casada no la encontrara llorando, aquellos ojos que seguían siendo azules tras la caída de sus pestañas y el encanecimiento de sus cejas. Se encontró con que en el piso habían sido renovadas las instalaciones y pintadas las paredes. Parecía abrirse sonriente sobre el ajuar de la novia en el que se había gastado dinero sin reparo. La recibió Naíma con un delicado vestido blanco. Se había soltado el dorado cabello que le llegaba hasta rozarle las corvas, pura, dulce, luminosa, emanando un encantador perfume. Se dieron un largo y cálido abrazo, hasta que Abd el-Múnim, que esperaba su turno para saludar, con un *robe de chambre* verdegrís sobre su *guaba* de seda, exclamó:

—¡Ya está bien! ¡No es necesario tanto saludo para esta supuesta separación!

Luego abrazó a su tía, y la condujo a una comfortable butaca mientras le decía:

—Estábamos hablando de ti, tía, pues hemos decidido pedirte que vivas con nosotros.

—Eso ni hablar —dijo Aisha sonriente—. Os haré una visita todos los días, y será una oportunidad para pasear, pues necesito moverme...

—Naíma me ha dicho —repuso Abd el-Múnim con su tradicional franqueza— que tú no soportarías vivir aquí por miedo a que los recuerdos te asalten. Los malos recuerdos no asaltan al creyente. Es el decreto divino; ya ha transcurrido largo tiempo y nosotros somos tus hijos, Dios te ha recompensado.

«Este joven es bueno y franco, pero no se da cuenta de que sus palabras van a

caer en un corazón herido».

—Naturalmente, Abd el-Múnim, pero yo estoy contenta en mi casa. Es lo mejor...

En ese instante, Jadiga, Ibrahim y Ahmad entraron y saludaron a Aisha. Luego Jadiga le dijo:

—¡Si hubiera sabido que esto era lo que te haría volver a visitarnos, los habría casado antes de su mayoría legal!

Aisha se echó a reír y dijo, recordándole a Jadiga el pasado lejano:

—¿La cocina es común, o por el contrario, la novia reclama independizarse de su suegra?

Jadiga e Ibrahim rieron al unísono y esta dijo con un tono no exento de sentido:

—¡La novia, como su madre; no entiende de banalidades...!

Ibrahim intervino para explicar a sus dos hijos la alusión de Aisha:

—Las hostilidades entre vuestra madre y la mía comenzaron por el problema de la cocina, de la que mi madre tenía el monopolio, y la reivindicación por parte de la vuestra de independizarse de ella.

—Mamá, ¿tú te peleabas por la cocina? —exclamó el novio asombrado.

—¿Acaso el motivo de los conflictos mundiales es por otras razones? —repuso Ahmad riendo.

—Vuestra madre —añadió Ibrahim irónico— es fuerte como Inglaterra y la mía, Dios la tenga en su gloria...

Kamal llegó vistiendo un elegante traje blanco. El rostro compuesto por sus rasgos ya característicos: la frente prominente, la nariz enorme, las gafas de montura dorada y el espeso y recortado bigote. Llevaba en la mano un gran paquete que daba la sensación de un magnífico regalo.

—¡Cuidado, hermano! —dijo Jadiga sonriendo mientras examinaba el regalo—. Si no te decides a casarte, te vas a pasar la vida haciendo regalos sin que haya ocasión de corresponder a tu gentileza. Ahora van Redwán y Karima; decídetes tú también por lo mejor.

Ahmad le preguntó:

—¿Han empezado ya las vacaciones escolares, tío?

—Sólo quedan unos días para corregir y revisar en primaria —repuso Kamal quitándose el *tarbúsh* y contemplando a la preciosa novia.

Naíma salió para volver de nuevo con una bandeja de plata repleta de toda clase de dulces de colores y perfumes variados. Transcurrió un instante durante el cual sólo se oía el ruido al saborearlos. Luego Ibrahim se puso a contar los recuerdos de

su boda, de la fiesta, del cantor y de la cantora. Aisha lo seguía con el rostro sonriente y el corazón entristecido, así como Kamal, que lo oía apasionado como si reviviera algunas imágenes que habían permanecido relegadas en su memoria, recordando parte de ellas y ansiando conocer las que se le habían escapado.

—El señor Ahmad —dijo Ibrahim riendo— era como es hoy o peor, pero mi madre, que en paz descansa, dijo enérgicamente: «¡Que este señor haga lo que quiera en su casa; pero en la nuestra nos alegramos como nos place!» Y así fue. El señor llegó el día de la fiesta junto con sus amigos, Dios les depare a todos lo mejor. Recuerdo de entre ellos al señor Muhammad Effat, el abuelo de Redwán. Se sentaron juntos en el pabellón, lejos del ruido...

—Animó la reunión Galila, la cantora más célebre de Egipto —dijo Jadiga.

Kamal se enterneció al recordar a la vieja «patrona» que aún seguía evocando la época de su padre...

—Y teníamos nuestra cantora particular para los de casa —dijo Ibrahim mirando de reojo a Aisha—. Sólo que su voz era aún más bonita que la de la cantora profesional. Nos recordaba a la de Muñirá el-Mahdiyya por su gran calidad.

Aisha se ruborizó, y dijo con calma:

—Su voz se ha callado desde hace mucho tiempo... Hasta ha olvidado cantar...

—Naíma también canta —dijo Kamal—. ¿No la habéis oído?

—He oído hablar de ello —repuso Ibrahim—, pero no la he escuchado nunca. La verdad es que la conocemos como devota y no como cantora. Ayer le dije: «Tu marido es el *sheyj* de los creyentes, pero debes guardar la oración y la devoción para después...».

Todos se rieron, y Ahmad dijo dirigiéndose a su hermano:

—Sólo le faltaba a tu mujer unirse contigo al grupo del *sheyj* Ali el-Manufi...

—Nuestro *sheyj* —repuso el novio— es el primero que me ha animado al matrimonio...

—¡Seguramente los Hermanos consideran el matrimonio como la base de su estatuto político! —dijo Ahmad dirigiéndose a su hermano.

—En cuanto a ti —dijo Ibrahim volviéndose hacia Kamal—, es decir, cuando me casé, eras pequeño. Tu cabello era abundante, no como ahora. Nos acusabas de que te robábamos a tus hermanas, y eso no nos lo has perdonado nunca...

«Era una plaza vacía en la que nunca había tenido lugar una batalla. Hablan de la felicidad del matrimonio. ¡Si supieran lo que hablan de él los esposos desilusionados! Naíma me es demasiado querida para pensar que nadie se canse de ella. ¿Qué cosa no es decepción en esta vida?»

—¡Creíamos que era por cariño hacia nosotras —dijo Jadiga retomando las palabras de su marido—. Pero con el paso de los días se ha demostrado que no era nada más que una animadversión contra el matrimonio que ha llevado consigo desde pequeño!

Kamal se echó a reír y todos lo hicieron. Amaba a Jadiga, y su cariño aumentaba al saber todo lo que ella lo quería. En cuanto al fanatismo del recién casado, le inquietaba mucho, pero, por otra parte, le gustaba Ahmad, del que se sentía orgulloso.

En verdad Kamal huía del matrimonio, pero le parecía bien que Jadiga se lo mencionase en cualquier ocasión. Se emocionaba en aquel ambiente matrimonial, tanto, que se le embriagaban el corazón y los sentidos. Sentía nostalgia, aunque fuera sin objeto, preguntándose luego como si lo hiciera por primera vez: «¿Qué es lo que me impide casarme...? ¿El mundo de las ideas, como pretendía yo en el pasado...? Hoy dudo de las ideas y del pensador a la vez. ¿Es miedo, venganza o deseo de sufrir? ¿Es la consecuencia que se deriva del antiguo amor? En mi vida hay una buena razón para cada una de estas causas...».

—¿Sabes por qué siento que estés soltero? —le preguntó Ibrahim Sháwkat.

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que serías un marido modelo si te casaras. Eres un hombre hogareño por naturaleza, ordenado, recto, funcionario respetado, y no cabe duda de que encontrarías una muchacha en algún lugar de la tierra que te mereciera ¡y tú no le das la oportunidad!

«Hasta los simples hablan a veces con juicio. Una muchacha en algún lugar de la tierra, pero ¿dónde? En cuanto a la rectitud por la que tanto interés siento, no es otra cosa que infidelidad, vicio, borrachera e hipocresía... Una muchacha en algún lugar de la tierra. A lo mejor en casa de Galila, en el callejón de el-Gawhari... Estas penas que se entrechocan en mi corazón, ¿qué las motiva? ¡La confusión que sólo desaparece con el vino y las pasiones! Ellos dicen: "¡Cásate para procrear y perpetuarte!"» Él, que había aspirado con todas sus fuerzas a la eternidad en sus diversas formas y matices, ¿iba a claudicar desesperado ante ese medio natural y ordinario? Cabía la esperanza de que la muerte llegara sin dolor para desfigurar su descanso eterno. ¡Qué aterradora y sin sentido le parecía la muerte! Pero, ya que la vida había perdido todo su significado, aparecería como el verdadero placer de la existencia. ¡Qué maravilla, los que se aferran a la ciencia en sus laboratorios! ¡Qué maravilla, los líderes que se ponen en peligro en aras de la Constitución! En cuanto a los que giran en torno de sí mismos perplejos y confundidos, ¡que Dios los ampare!

Fijó la mirada alternativamente en Ahmad y en Abd el-Múnim con mezcla de admiración y felicidad. La nueva generación seguía su duro camino hacia un objetivo claro sin duda ni confusión. ¿Cuál era, pues, el secreto de la perniciosa enfermedad?

—Voy a invitar a los novios, a mis padres y a mi tía a un palco en el-Rihani para el próximo jueves —dijo Ahmad.

—¿El-Rihani? —preguntó Jadiga.

—¡Kishkish Bey! —le aclaró Ibrahim.

Ella se echó a reír, y dijo:

—¡Yasín estuvo a punto de ser expulsado de casa una noche de recién casado por llevar a la madre de Redwán a Kishkish Bey!

—Eran otros tiempos y otra represión —exclamó Ahmad desdeñoso—. ¡Mi abuelo ahora no le impediría a mi abuela ir a Kishkish Bey!

—Lleva a los novios y a tu padre —dijo Jadiga—. A mí me basta con la radio...

—Yo tengo también bastante con estar en vuestra casa —añadió Aisha.

Jadiga se puso a contar la historia de Yasín y el Kishkish Bey, hasta que Kamal miró su reloj recordando la cita con Riyad Quldus. Se levantó disculpándose, y se fue...

—¿De verdad puedes gozar del esplendor de la naturaleza a pesar de que sólo quedan unos días para los exámenes?

El que interrogaba era un estudiante, como lo era también el interrogado, en un grupo de alumnos sentados tranquilamente en semicírculo sobre el césped, en lo alto de un verde montículo coronado por un kiosco de madera que ocupaban otros condiscípulos. Hasta donde alcanzaba la vista, se podían contemplar grupos de palmeras y parterres de flores atravesados por avenidas de mosaicos.

—Del mismo modo que Abd el-Múnim Sháwkat goza de la vida de casado a pesar de la proximidad de los exámenes —repuso el interrogado.

Abd el-Múnim Sháwkat, que estaba sentado en el semicírculo, como su hermano Ahmad, repuso:

—El matrimonio, a diferencia de lo que vosotros pensáis, ofrece al estudiante la mejor oportunidad para el éxito.

—¡Eso cuando el marido es de los Hermanos Musulmanes! —repuso Hilmi Ezzat que estaba sentado junto a Redwán Yasín, en el extremo del semicírculo.

Redwán se echó a reír mostrando sus nacarados dientes, a pesar de la ansiedad que la conversación le había provocado. En efecto, el asunto del matrimonio suscitaba su angustia, pues no sabía si algún día se lanzaría o no a esta aventura. Una aventura tan aterradora como necesaria, pero tan lejos de su alma y de su cuerpo.

—¿Y quiénes son los Hermanos Musulmanes? —inquirió un estudiante.

—Un grupo religioso que tiene como objetivo la revitalización del Islam desde el punto de vista teórico y práctico —respondió Hilmi Ezzat—. ¿No has oído hablar de sus secciones, que empiezan ya a estar por todos los barrios?

—¿Distintos de los Jóvenes Musulmanes?

—Sí... —¿Cuál es la diferencia?

—Pregúntaselo al Hermano... —respondió señalando a Abd el-Múnim Sháwkat.

—Nosotros —dijo Abd el-Múnim, elevando la voz— no somos solamente un grupo para instruir y reforzar. Nosotros intentamos comprender el Islam tal como Dios lo ha creado, espiritual y temporalmente, ley y sistema de gobierno...

—¿Se puede hablar así en pleno siglo veinte?

—Y en el siglo ciento veinte —repuso la sonora voz.

—¡Por Dios! Nos debatimos confusos entre la democracia, el fascismo y el comunismo; este es un nuevo suplicio...

—¡Pero un suplicio divino! —exclamó Ahmad riendo.

Se alzó un clamor de risas. Abd el-Múnim lo traspasó con una mirada de enojo, y a Redwán Yasín le chocó la expresión.

—Suplicio —dijo— es una expresión muy poco afortunada.

—¿Lapidáis a la gente cuando os lleva la contraria? —volvió a preguntar el estudiante a Abd el-Múnim.

—A los jóvenes les amenaza la desviación de la fe y la desintegración de la moral. No es la lapidación el más duro castigo que merecen. Nosotros no lapidamos; sólo guiamos e instruimos con la exhortación y el buen ejemplo. La prueba de eso es que yo tengo un hermano que merecería ser lapidado, y ahí lo tenéis tan contento entre nosotros tratando con insolencia a su Creador, alabado sea...

Ahmad se echó a reír, e Hilmi Ezzat se dirigió a él diciéndole:

—Si te sientes en peligro con tu hermano, te invito a mi casa en Darb el-Ahmar...

—¿No sois vosotros como ellos?

—Ni hablar, nosotros los wafdistas somos gente tolerante. El primer consejero de nuestro líder es copto. Nosotros somos así...

—¿Cómo recurrís a estas paparruchadas el mismo mes en el que se han abolido los privilegios extranjeros? —volvió a preguntar el estudiante que había hablado en primer lugar.

—¿Vamos a considerar abolida nuestra religión en honor a los extranjeros? —repuso Abd el-Múnim inquisitivamente.

Aquí Redwán Yasín saltó como si estuviera en otro planeta:

—¿Han abolido los privilegios extranjeros? ¡Deja que se expresen los que han criticado el tratado...!

—Esos detractores —repuso Hilmi Ezzat— no son sinceros. Hay de por medio aversión y envidia. La verdadera y total independencia sólo se conseguirá con la guerra: ¿cómo pueden pretender conseguir por las palabras más de lo que hemos conseguido?

—¡Preguntémonos entonces por el porvenir! —saltó una voz irritada.

—¡El porvenir no se busca en el mes de mayo con los exámenes a las puertas! ¡Dejadnos en paz...! A partir de hoy no vendré a la Facultad para tener tiempo de estudiar...

—¡Despacio! ¡No nos espera ningún empleo! ¿Qué porvenir hay en el derecho o en las letras...? El paro o los puestos de chupatintas... ¡Preguntaos por el porvenir si os apetece!

—¡Pero si se han abolido los privilegios, las puertas se abrirán...!

—¡Las puertas! ¡Hay más gente que puertas...!

—¡Escuchad! El-Nahhás hizo entrar a los estudiantes en la Universidad cuando las puertas estaban cerradas, y les garantizó el éxito cuando los bloqueó un sistema opresor. ¿Será incapaz de procurarnos trabajo?

En el fondo del jardín apareció un grupo que hizo que se les trabara la lengua a todos y que las cabezas se volvieran. Estaba formado por cuatro muchachas que venían de la Universidad y se dirigían a la prefectura de Guiza. Apenas se las distinguía, pero avanzaban lentamente, produciendo la esperanza de que pronto serían vistas de cerca, ya que la avenida por la que ellas iban a torcer hacia el norte pasaba por delante de donde estaba sentado el grupo de amigos. Cuando se las pudo distinguir, sus nombres y los de sus Facultades corrieron de boca en boca: una era de Derecho, y las otras tres de Letras. Ahmad se dijo, mirando a una de ellas: «Alawiyya Sabri». El solo nombre lo cautivó. Era una muchacha de una belleza turcoegipcia, proporcionada y esbelta. Tenía la piel blanca y un cabello negro como el carbón; los ojos también negros y rasgados, con una mirada abierta, y las cejas unidas. Era de porte aristocrático y de gestos exquisitos, y además de todo eso, compañera suya en el curso preparatorio. Ahmad había sabido —el que busca consigue información— que estaba matriculada —como él mismo— en sociología, pero nunca se le había ofrecido la oportunidad de intercambiar con ella ni una sola palabra, aunque había atraído su interés desde la primera mirada. A menudo había contemplado con admiración las facciones de Naíma pero no habían llegado a estremecerlo del todo. Esta muchacha tenía algo. Presagiaba una afinidad de espíritu, pero ¿y el corazón...?

—¡Dentro de poco la Facultad de Letras será toda de chicas! —dijo Hilmi Ezzat tan pronto como el grupo desapareció de la vista.

A lo que Redwán Yasín replicó, mientras paseaba la mirada entre los estudiantes de Letras que había en el semicírculo:

—¡Desconfiad de la amistad de los estudiantes de Derecho, que prodigan sus visitas a vuestra Facultad entre clase y clase! ¡El objetivo es evidente!

Luego se rio en voz alta, aunque no era feliz en aquel momento. El hablar de chicas le producía confusión y pena.

—¿Por qué las chicas van todas a la Facultad de Letras?

—Porque ese tipo de enseñanza tiene más salidas para ellas.

—Esto de una parte —intervino Hilmi Ezzat— y de otra, los estudios de Letras siempre han sido estudios de mujeres. La barra de labios, la manicura, el *kohl*, la

poesía y la narrativa son todo lo mismo...

Todos se rieron, incluso Ahmad y el resto de los alumnos de Letras, a pesar de su deseo de protestar.

—Este juicio injusto —dijo Ahmad— es bueno para medicina. Hace tiempo que las mujeres son enfermeras. Pero hay algo cierto que aún no se ha consolidado en vuestro espíritu: el hecho de creer en la igualdad entre la mujer y el hombre.

A lo que Abd el-Múnim repuso sonriendo:

—¡No sé si es halagüeño o censurable decir que las mujeres son iguales que nosotros!

—Si te refieres a la cuestión de los derechos y deberes, entonces es halagüeño...

—El Islam —intervino Abd el-Múnim— establece la igualdad entre el hombre y la mujer, excepto en lo que concierne a la herencia.

—¡Hasta en la esclavitud los iguala! —repuso Ahmad sarcástico.

—No conocéis vuestra religión —continuó Abd el-Múnim—. ¡Esa es la tragedia! Hilmi Ezzat se volvió hacia Redwán Yasín y le preguntó sonriendo:

—¿Qué sabes del Islam?

—¿Y qué sabes tú? —replicó el otro en el mismo tono.

—Y tú —dijo Abd el-Múnim dirigiéndose a su hermano Ahmad—, ¿qué sabes de él para ponderar lo que no conoces?

—Sé que es una religión —contestó Ahmad con tranquilidad—. Eso me basta; yo no creo en las religiones...

—¿Tienes alguna prueba de que las religiones sean falsas? —inquirió Abd el-Múnim desafiante.

—¿La tienes tú de que sean verdaderas?

—¡Sí, la tengo! —saltó Abd el-Múnim alzando la voz de tal modo, que el muchacho que estaba sentado entre los dos hermanos volvió hacia ellos la cabeza alarmado—. ¡La tengo y la tiene todo el que cree! ¡Pero permíteme en primer lugar que te pregunte cómo vives!

—Con mi propia fe. Mi fe en la ciencia, en la humanidad y en el mañana, y con los deberes que yo me creo para al final preparar la tierra y construir de nuevo...

—Tú destruyes todo aquello por lo que el hombre es hombre...

—Di mejor que la supervivencia de una fe de hace más de mil años es una prueba no de su fuerza, sino de la decadencia de una parte de la humanidad. Eso va en contra del sentido de renovación. Lo que me conviene siendo niño es necesario cambiarlo cuando soy un hombre. ¡Durante mucho tiempo el ser humano ha sido esclavo de la naturaleza y del propio hombre! El combate de la esclavitud del

hombre por la ideología progresista. Si no fuera por eso el hombre sería una especie de freno que oprimiría la rueda libre de la humanidad.

—La herejía es fácil —dijo Abd el-Múnim, que en aquel momento aborrecía la idea de que Ahmad fuera hermano suyo—. Una fácil solución para escapar, escapar de los deberes que el creyente se impone ante su Señor, ante sí mismo y ante la gente. Ninguna demostración de la herejía puede ser más fuerte que la demostración de la fe. No elegimos esto o aquello tanto por nuestra inteligencia como por nuestra moral...

—No cedáis a la violencia de la discusión —terció Redwán—. Sería mejor que, como hermanos que sois, fuerais del mismo partido...

De pronto Hilmi Ezzat, presa de una especie de recóndita indignación que a veces lo asaltaba, dijo:

—¡La fe... la humanidad... el mañana! ¡Tonterías! El sistema basado en la ciencia es el único, y ello es la extirpación de la debilidad humana en todos sus aspectos, por muy dura que parezca nuestra ciencia; eso hará llegar a la humanidad a un ideal fuerte y puro.

—¿Son estos los nuevos fundamentos del Wafd a raíz del tratado?

Hilmi Ezzat se rio de un modo que lo devolvió a su estado natural, mientras Redwán decía:

—¡Se ve que es un *wafdist*! ¡Pero a veces lo rondan unas ideas extrañas y raras que lo inducen a la masacre general! ¡Quizás eso sea la prueba de que ayer no durmió bien!

La intensidad de la discusión tuvo su contrapunto, y reinó el silencio, cosa que alegró a Redwán. Este dejó vagar su mirada en derredor, siguiendo a una bandada de milanos por el cielo, o contemplando los grupos de palmeras. Todo expresaba su opinión, aunque con ello atacara a su creador. Pero él no podía hacer otra cosa que ocultar lo que le quemaba en lo más profundo de su alma. Seguiría siendo un terrible secreto que lo amenazaba. Era como un perseguido, como un extraño. ¿Quién ha dividido los seres humanos en normales y anormales? ¿Cómo se puede ser juicio y parte? ¿Por qué nos burlamos tanto de los desgraciados?

—No te enfades —dijo Redwán dirigiéndose a Abd el-Múnim—. La religión tiene un Señor que la protege. Por lo que a ti respecta, dentro de nueve meses como mucho, serás padre...

—¡Es verdad!

Y para borrar las últimas huellas de violencia, Ahmad le dijo a su hermano en tono de broma:

—¡Es más fácil arrostrar la ira de Dios que la tuya!

Luego se dijo para sus adentros: «Con ira o sin ella, encontrará cuando vuelva a el-Sukkariyya un pecho acogedor. ¿Sería imposible que un día yo volviera y encontrara a Alawiyya Sabri en el primer piso de el-Sukkariyya?».

Se le escapó una carcajada, pero nadie se preguntó la causa de su risa...

La casa de Abd el-Rahim Basha Isa tenía una agitación inusitada. En el jardín había mucha gente de pie, mientras que en la terraza otros estaban sentados, y muchos entraban y salían. Hilmi Ezzat apretó el brazo de Redwán Yasín cuando se iban aproximando a la casa, y le dijo satisfecho:

—¡No estamos sin partidarios, como pretenden los periódicos...!

Al atravesar el camino hacia la entrada, uno de los jóvenes exclamó: «¡Viva la solidaridad!». El rostro de Redwán enrojeció de emoción. Estaba tan entusiasmado como ellos, aunque en su interior se preguntaba angustiado: «¿No sospechará alguno el lado no político de mis visitas?». Ya una vez le había confesado sus temores a Hilmi Ezzat, pero este le dijo: «¡Sólo sospechan los timoratos! Camina con la cabeza alta y el paso firme. Los que se lanzan a la vida pública no deben preocuparse de lo que piensa la gente más de lo necesario». El recibidor estaba lleno de personas sentadas, entre las que se encontraban estudiantes y obreros, miembros de la organización *wafdist*. Abd el-Rahim Basha Isa se hallaba sentado al fondo de la estancia, circunspecto —en contra de su costumbre—, serio y severo, rodeado de la aureola de un político importante. Los dos muchachos avanzaron hacia él, que se levantó con gravedad a recibirlos dándoles un apretón de manos, indicándoles luego que se sentaran.

Uno de los que estaban sentados, que se había interrumpido al llegar los dos jóvenes, dijo:

—¡Qué sorpresa se ha llevado la opinión pública al conocer los nombres de los nuevos ministros, y no encontrar entre ellos el de el-Nuqrashi!

—Esperábamos algo en el momento de la dimisión —repuso Abd el-Rahim Basha Isa—. Teniendo en cuenta que el desacuerdo era tan general que hasta en los cafés se hablaba de ello. Pero el-Nuqrashi no es un miembro del Wafd como los otros. El Wafd ha relevado a muchos antes que a él, y no se han vuelto a levantar. El-Nuqrashi es otra cosa. No olvidemos que él significa también Ahmad Máher; ambos son el Wafd. El Wafd de la resistencia, de la lucha y del combate. Preguntad a los patíbulos, a las cárceles y a las granadas. Esta vez no se trata del desacuerdo que deshonra al que se va; es la integridad del gobierno, el litigio de las bombas. Y si ocurre lo peor y el Wafd se divide, él será el que saldrá, no el-Nuqrashi ni Máher.

—¡Así pues, Makram Obeid ha descubierto su otra cara!

Estas palabras sonaron en los oídos de Redwán de forma muy rara. ¡Difícilmente

podía creer que se atacara al líder del Wafd de esa manera en un medio tan auténticamente *wafdist*! Otro insistió:

—¡Makram Obeid es el origen de todo este desastre, excelencia!

—¡Los otros tampoco son mancos! —repuso Abd el-Rahim Basha.

—Pero él es el que no soporta a sus rivales. Él quiere tener poder absoluto sobre el-Nahhás, y si Máher y el-Nuqrashi le dejan el campo libre, nada lo detendrá en su camino...

—Si él mismo pudiera eliminar a el-Nahhás, lo haría.

—¡Por favor, señores! —dijo un *sheyj* de la reunión—. Sean moderados en lo que dicen. Y vuelvan las aguas a su cauce.

—¿Después de haber formado el ministerio sin el-Nuqrashi? ¡Todo es posible...!

—Cabía esa posibilidad en la época de Saad, pero el-Nahhás es un hombre obstinado y cuando se le pone algo en la cabeza...

En ese instante entró apresuradamente en el vestíbulo un hombre al que el basha recibió en medio de la pieza abrazándolo calurosamente, al tiempo que le preguntaba:

—¿Cuándo has vuelto? ¿Cómo va todo por Alejandría?

—¡Excelente! ¡Excelente! El-Nuqrashi ha recibido en la estación de Sidi Gáber, una acogida popular incomparable. Las multitudes intelectuales lo han aclamado calurosamente. La gente está encolerizada... Todo el mundo reivindica la honestidad del gobierno. Gritaban: «¡Viva el honorable el-Nuqrashi...! ¡Viva el-Nuqrashi, hijo de Saad...!»». Y todos exclamaban: «¡Viva el-Nuqrashi, líder de la nación!».

El hombre hablaba en voz alta, y muchos repitieron sus aclamaciones, hasta que Abd el-Rahim Basha se vio obligado a hacerles señas, indicándoles la necesidad de permanecer tranquilos.

—La opinión general —volvió a decir el hombre— está indignada con el ministerio, disgustada por la expulsión de el-Nuqrashi del mismo. El-Nahhás ha cometido una torpeza irreparable, y ha consentido en apoyar al demonio contra el ángel inocente...

—Ahora estamos en agosto —dijo Abd el-Rahim Basha—. En octubre abrirá la Universidad. ¡Que sea la inauguración de la Universidad una batalla decisiva! Es necesario que desde ahora estemos preparados para las manifestaciones, y que el-Nahhás, o bien recobre la razón, o bien se vaya al infierno...

—Puedo asegurar —dijo Hilmi Ezzat— que las manifestaciones universitarias van a inundar la casa de el-Nuqrashi...

—Cada cosa requiere su organización —repuso Abd el-Rahim Basha—. Reunid a

vuestros seguidores de entre los estudiantes y estad preparados. Además de esto, las noticias que yo tengo afirman que una multitud increíble de diputados y *sheyjs* se unirán a nosotros...

—El-Nuqrashi es el creador de los comités del Wafd, no olvidéis eso. Los telegramas de adhesión se suceden en su despacho mañana y noche...

Redwán se preguntaba qué pasaba en el mundo. ¿El Wafd se fracciona otra vez? ¿Realmente iba a soportar Makram Obeid tal responsabilidad? ¿El interés del país era compatible con la escisión del partido que había mantenido su mensaje durante dieciocho años? El debate se prolongó. Los allí reunidos estudiaron diversas mociones, especialmente en lo tocante a la propaganda y a la organización de las manifestaciones. Luego empezaron a dispersarse hasta que sólo quedaron en el vestíbulo el *basha*, Redwán y Hilmi Ezzat. Entonces aquel los invitó a la terraza, y ambos lo siguieron, sentándose los tres en torno a una mesa, a donde inmediatamente llevaron unos vasos de limonada. No tardó en aparecer en el quicio de la puerta un hombre de unos cuarenta años. Redwán lo había conocido en alguna de sus anteriores visitas. Se llamaba Ali Mahrán y trabajaba como secretario particular del *basha*. Su actitud revelaba una natural inclinación a la broma y al libertinaje. Lo acompañaba un joven de unos veinte años, de hermoso rostro. Destacaban de su aspecto los largos cabellos revueltos caídos hacia el rostro, y su ancha corbata de lazo que demostraba su procedencia del mundo del arte. Ali Mahrán se adelantó sonriente, besó la mano del *basha* y estrechó las de los dos muchachos. Luego presentó al joven diciendo:

—El maestro Attiya Gawdat, cantante joven, pero muy dotado. Ya te había hablado antes de él, excelencia.

El *basha* se colocó las gafas que estaban sobre la mesa, y examinó al joven meticulosamente. Luego dijo sonriendo:

—¡Bienvenido Si Attiya, he oído hablar de ti! A ver si esta vez escuchamos tu voz...

Él le devolvió el saludo con una sonrisa y luego se sentó, mientras que Ali Mahrán se inclinaba hacia el *basha* diciéndole:

—¿Qué tal, tío?

Así llamaba al *basha* cuando no lo requerían las exigencias de la etiqueta.

—¡Mil veces mejor que tú! —repuso el hombre riendo.

—Se murmura en el bar «Anglo» que se aproxima un ministerio nacionalista bajo la presidencia de el-Nuqrashi —dijo Ali Mahrán seriamente en contra de su costumbre.

—Nosotros no estamos entre los ministrables —murmuró el *basha* sonriendo «políticamente».

—¿Sobre qué base? —preguntó Redwán con gran preocupación—. Naturalmente, no me puedo imaginar que el-Nuqrashi se alce por un golpe de estado como Muhammad Mahmud o Ismail Sidqi.

—¡Un golpe de estado! —repuso Ali Mahrán—. ¡No! El problema se reduce ahora a persuadir a la mayoría de los senadores y diputados para que se nos unan. No olvides que el rey está de nuestra parte, y Ali Máher está actuando con ponderación y paciencia.

—¿Vamos a encontrarnos al final entre los hombres de Palacio? —volvió a preguntar Redwán tristemente.

—La frase es única —intervino Abd el-Rahim Basha—. Pero el sentido es vario. Faruq no es Fuad y las circunstancias no son las mismas. El rey es un joven patriota convencido. ¡Él se siente ofendido por los injustos ataques de el-Nahhás!

Ali Mahrán se frotó las manos con alegría y dijo:

—¿Cuándo vamos a felicitar al *basha* por su cartera? ¿Me elegirás a mí como consejero de tu ministerio, como lo has hecho de tus asuntos particulares?

—No —replicó el *basha* riendo—. Te designaré director general de prisiones, pues tu lugar natural es la cárcel.

—¿La cárcel? ¡Pero dicen que la cárcel es para los jóvenes!

—¡Y para los que lo son menos! ¡Tranquilízate!

Luego se apoderó de él el aburrimiento, y exclamó de repente:

—¡Basta de política! ¡Vamos a cambiar de ambiente, por favor!

Y volviéndose hacia el maestro Atiyya, le preguntó:

—¿Con qué nos vas a deleitar?

—El *basha* es un melómano y un amigo del placer —respondió Ali Mahrán por él—. Si le gustas, las puertas de la radio se te abrirán.

—Le he puesto música últimamente —dijo Attiya Gawdat con dulzura— a la canción «Nos han entrelazado el uno al otro», de la que es autor el señor Mahrán...

—¿Desde cuándo compones canciones? —preguntó el *basha* a su secretario mirándolo de reojo.

—¿No he sido inquilino de el-Azhar durante siete años? Fui absorbido por la versificación.

—¿Y qué tiene que ver el-Azhar con tus disolutas canciones? «¡Nos han entrelazado el uno al otro!» ¿Y quién es el otro, señor inquilino de el-Azhar?

—¡El sentido, excelencia, está en la barba del *basha*!

—¡Hijo de perra!

Ali Máher llamó al criado.

—¿Por qué lo llamas? —preguntó el *basha*.

—Para que nos prepare la velada musical.

—¡Espera que haga la oración de la noche! —dijo el hombre levantándose.

A lo que preguntó Mahrán sonriendo maliciosamente:

—¿Nuestro saludo no habrá mancillado las abluciones?

Ahmad Abd el-Gawwad abandonó su casa con paso lento, apoyado en su bastón. Los días del ayer ya no volverían. Desde que liquidó su tienda, sólo dejaba la casa una vez al día para librarse dentro de lo posible del esfuerzo al que sometía a su corazón cada vez que subía la escalera. Y aunque septiembre aún no había pasado, tuvo a bien ponerse ropa de lana, pues su cuerpo delgado ya no toleraba el agradable tiempo con el que aquel otro de antaño, grueso y recio, disfrutaba. Su bastón, que fue su compañero desde su juventud, como símbolo de virilidad y muestra de elegancia, se había convertido en el apoyo de su lento caminar, que su corazón sólo soportaba con dificultad y esfuerzo. Sin embargo, le quedaban aún encanto y elegancia. Seguía gustándole seleccionar los trajes lujosos y usar fragantes perfumes, gozando con la belleza y la dignidad de la vejez.

Al irse acercando a la tienda, sus ojos se dirigieron hacia ella con un gesto involuntario. La muestra que durante tantos años había llevado su nombre y el de su padre, había sido eliminada. El aspecto de la tienda había cambiado, así como su función. Se había transformado en una tienda para vender y planchar tarbushes, y en la parte delantera presentaba el aparato de vapor y los moldes. Ante él se apareció una muestra imaginaria, que sólo sus ojos podían ver, anunciándole que su tiempo ya se había ido. El tiempo de la energía, de la lucha y de las alegrías. Y ahí estaba él, retirado en el rincón de los jubilados, volviendo la espalda al mundo de las esperanzas y dando la bienvenida al de la vejez, al de la enfermedad y al de la espera, así como a la debilidad del corazón. Corazón que tanto tiempo, y aun ahora, había estado tan enamorado del mundo y de sus alegrías, que la propia fe no era, a su modo de ver, nada más que uno de sus gozos, un impulso para refugiarse en ella. Hasta ahora nunca había conocido la devoción ascética que te hace dejar el mundo y te eleva hacia el más allá. La tienda ya no era suya, pero ¿cómo borrar los recuerdos de su mente, siendo como había sido el centro de la actividad, la atracción de todas las miradas, punto de encuentro de los amigos y de los seres queridos, fuente de orgullo y de dignidad? «Tienes que estar orgulloso de ti mismo y decir: "hemos casado a las chicas, educado a los muchachos. Hemos visto a los nietos, tenemos dinero abundante que nos cubrirá hasta la muerte, y hemos probado lo dulce del mundo durante años. ¿Años verdaderamente? Demos ahora las gracias; es necesario dar gracias a Dios por siempre y para siempre, pero ¡oh!, ¡qué nostalgia! ¡Y perdone Dios al tiempo, al tiempo cuya mera existencia —que no se detiene ni un momento

— es un engaño, y qué engaño para el hombre!". Si las piedras hablaran, yo les pediría a estos lugares que me hablasen del pasado, que me dijeran si es verdad que este cuerpo destrozaba las montañas, si este corazón enfermo, no cesaba de palpar, y esta boca de reír. Si estos sentimientos no conocían el dolor, y si esta imagen no era un adorno para cada corazón. Una vez más, ¡que Dios perdone al tiempo!»

Cuando su paso cansino lo condujo a la mezquita de el-Huseyn, se quitó el calzado, y entró recitando la *Fátiha*. Se dirigió hacia el almimbar donde encontró esperándole a Muhammad Effat y a Ibrahim Alfar, e hicieron juntos la oración de la puesta del sol. Luego abandonaron la mezquita, dirigiéndose hacia el-Tombakshiyya para visitar a Ali Abd el-Rahim. Los tres se habían retirado del trabajo para ocuparse exclusivamente de hacer frente a las enfermedades, aunque cada uno de ellos gozaba de más salud que Ali Abd el-Rahim, el cual ni siquiera podía abandonar la casa.

—Me parece que bien pronto no voy a poder venir a la mezquita como no sea en coche —dijo el señor Ahmad suspirando.

—Eso nos pasa a todos...

—¡Cuánto temo —volvió a decir el hombre angustiado— verme obligado a permanecer en la cama como el señor Ali! Yo le pido a Dios que me conceda la gracia de morir antes de verme imposibilitado...

—¡Nuestro Señor te libre a ti y a nosotros de todo mal!

—Gunáyyim Hamidu permaneció paralizado en la cama alrededor de un año, y Sadiq el-Mawardi padeció este tormento durante meses —dijo el señor con temor—. ¡Que Dios se apiade de nosotros con un rápido final cuando llegue la hora!

—¡Si te pueden las ideas negras —dijo Muhammad Effat riendo— es que te has convertido en una mujer! ¡Proclama que Dios es Único, hermano!

Cuando llegaron a la casa de Ali Abd el-Rahim, fueron introducidos en la habitación, y tan pronto como este los vio, dijo tristemente:

—¡Venís más tarde que de costumbre! ¡Que Dios os perdone!

Sus ojos traslucían la irritabilidad del postrado. Ya sólo sabía sonreír cuando se reunía con sus amigos.

—No tengo otra cosa que hacer en todo el día que escuchar la radio. ¿Qué haría yo si aún no existiese en Egipto? Todo lo que dice me parece bien, hasta las conferencias que no entiendo. Sin embargo, no somos tan viejos como para merecer este sufrimiento. ¡Nuestros abuelos se casaban a la edad que tenemos nosotros!

Ahmad Abd el-Gawwad sintió deseos de bromear, y dijo:

—¡Qué idea! ¿Qué os parece casarnos de nuevo? ¡Quizás eso nos rejuveneciera y diera al traste con nuestras enfermedades!

Ali Abd el-Rahim sonrió —no debía reír pues le acometía la crisis de tos, y el corazón sufría.

—¡Estoy con vosotros! —dijo—. Escógeme una novia; pero decidle claramente que el novio no puede moverse: ¡ella tiene que echar el resto!

En esto, Alfar se dirigió a él como recordando algo de repente:

—Ahmad Abd el-Gawwad te va a tomar la delantera en ver nacer su bisnieta. ¡Que nuestro Señor alargue su vida!

—¡Enhorabuena anticipada, hijo de Abd el-Gawwad!

Pero el señor Ahmad dijo sombrío:

—Naíma está encinta, es cierto; pero yo no estoy tranquilo. No dejo de recordar lo que dijeron de su corazón cuando nació. Muchas veces he intentado olvidarlo, pero en vano...

—¡Qué mal creyente eres! ¿Desde cuándo te fías de los diagnósticos de los médicos?

—Desde que el bocado que tomo —dijo el señor Ahmad riendo— en contra de sus consejos, me impide dormir hasta ser de día...

—¿Y la misericordia de nuestro Señor? —preguntó Ali Abd el-Rahim.

—¡Gloria a Dios Señor de los mundos! Yo no dejo a un lado la misericordia de Dios —dijo rectificando—. Pero el temor provoca temor. Y lo cierto, Ali, es que Naíma no me preocupa en la medida que me preocupa Aisha. Aisha es una fuente de angustia en mi vida. ¡La pobrecita! ¡Cuando la deje se quedará sola en el mundo!

—Nuestro Señor está presente —añadió Ibrahim Alfar—. ¡Él es el Supremo Pastor!

Por un instante se hizo el silencio, hasta que la voz de Ali Abd el-Rahim lo cortó diciendo:

—Y después de ti me llegará a mí el turno de ver a mi bisnieto.

—¡Dios perdone a las muchachas! —exclamó el señor Ahmad riendo—. ¡Ellas hacen vieja a la familia antes de tiempo!

—¡Vejestorio! —replicó Muhammad Effat—. ¡Reconoce la vejez, y no seas orgulloso!

—¡No levantes la voz, no sea que mi corazón te oiga y dé un viraje; se ha convertido en un niño mimado!

—¡Bueno! —dijo Ibrahim Alfar agitando la cabeza tristemente—. ¡Eso fue el año pasado! Para todos nosotros fue duro. Ninguno de nosotros quedó a salvo. ¡Es como si nos hubiésemos dado cita todos!

—Como diría Abd el-Wahhab, «¡vivamos juntos y muramos juntos!».

Todos rieron al unísono, y entonces Ali Abd el-Rahim, cambiando de tono, preguntó en serio:

—¿Está bien? Quiero decir lo que ha hecho el-Nuqrashi...

El rostro de Ahmad Abd el-Gawwad se ensombreció, y dijo:

—¡Habíamos deseado tanto que las aguas volvieran a su cauce! ¡Pido perdón a Dios Todopoderoso!

—¡La fraternidad de la lucha y de toda una vida desvanecida en el aire!

—¡Y este tiempo, todo lo bueno esfumado!

Ahmad Abd el-Gawwad volvió a decir:

—Nada me ha causado tanta pena como la salida de el-Nuqrashi. La falta de acuerdo no debió llevarlo a ese extremo...

—Bueno, y ¿qué final esperas?

—El final es inevitable. ¿Dónde están el-Bássil y el-Shamsi? El combatiente se ha autoexterminado, y ha arrastrado a Ahmad Máher.

En este instante Muhammad Effat dijo nerviosísimo:

—¡Dejemos ese camino! ¡Estoy a punto de repudiar la política!

A Alfar se le ocurrió una idea, y preguntó sonriendo:

—Si nos viésemos obligados —no lo permita Dios— a permanecer en la cama paralizados como el señor Ali, ¿cómo nos las arreglaremos para encontrarnos y hablar?

—¡No nombres miserias...! —farfulló Muhammad Effat. Ahmad Abd el-Gawwad se echó a reír, y dijo:

—Si ocurre lo peor, nos hablaremos por la radio como habla «papá Carbón» dirigiéndose a los niños...

Todos se rieron, mientras Muhammad Effat sacaba su reloj y miraba la hora. Pero Ali Abd el-Rahim se puso triste.

—¡Os quedáis conmigo —dijo— hasta que venga el médico, para que oigáis lo que dice...! ¡Maldito sea su padre... y el padre de su época!

El-Guriyya cerraba sus puertas. Los peatones eran escasos, pues el frío se había hecho más intenso. Aunque mediaba diciembre, el invierno había llegado de pronto aquel año. Kamal no tuvo la menor dificultad en atraer a Riyad Quldus al barrio de el-Huseyn. Ciertamente el joven era un extraño en el barrio, pero le gustaba errar por sus parajes y sentarse en sus cafés. Había transcurrido más de un año y medio desde que se conocieron en la revista *el-Fikr*, y no pasaba una semana sin que se encontrasen una vez o dos, aparte de las vacaciones, que los reunían más o menos cada noche en la revista, en la casa de Bayn el-Qasrayn, o en la de Riyad en Mashiyya el-Bekri, y también en los cafés de Imad el-Din, o en el gran café de el-Huseyn —en el que Kamal se refugiaba cuando los piquetes echaron abajo el histórico café de Ahmad Abdu, haciéndolo desaparecer de la vista para siempre—. Eran felices con su amistad, tanto que Kamal se decía a sí mismo en una ocasión: «Me he pasado años echando de menos a Huseyn Shaddad. Su sitio ha seguido vacío hasta que lo llenó Riyad Quldus». En presencia de su espíritu se despertaba, siendo consciente de esa sensación que alcanzaba su paroxismo en el abrazo del mutuo pensamiento; ello a pesar de que no constituían un todo, y si así ocurría, lo era sólo en apariencia. Su amistad siguió siendo un sentimiento tácitamente compartido, sin proponérselo, sin que ninguno de los dos dijera al otro: «tú eres mi único amigo» o «no me imagino la vida sin ti»; pero era así. Aunque el tiempo era frío, les apetecía andar, y decidieron ir a pie hasta el café de Imad el-Din. Riyad Quldus no era feliz esa noche, e iba diciendo, presa de gran irritación:

—La crisis constitucional ha terminado con la derrota del pueblo en su lucha histórica con palacio.

—Ahora ya es seguro que Faruq es como su padre... —repuso Kamal afligido.

—Faruq no es él solo el responsable, sino su reata de enemigos tradicionales del pueblo.

Ahí está la mano de Ali Máher y de Muhammad Mahmud. Es para llorar que se unan a los enemigos del pueblo dos de sus hijos, Máher y el-Nuqrashi. Si el país estuviera limpio de traidores, el rey no tendría posibilidad de ultrajar los derechos del pueblo...

—Hoy ya no es cuestión de los ingleses —continuó tras un breve silencio.

—¡Son el rey y el pueblo cara a cara! La independencia no lo es todo. Está el sacrosanto derecho del pueblo a gozar de su soberanía y de sus derechos. ¡Viva la

vida del hombre y no la del esclavo!

Kamal no estaba inmerso en la política como Riyad. Es cierto que la duda no había podido aniquilarla como al resto. Creía en los derechos del pueblo con el corazón, aunque su intelecto no sabía dónde situarlos. Unas veces su razón decía «los derechos del hombre» y otras «pues que se quede el mejor; la masas sólo son un rebaño», o «¿no es el comunismo una experiencia digna de ser probada?». Por otra parte, el corazón no se veía libre de sus simpatías populares, que lo habían acompañado desde la infancia, mezcladas con el recuerdo de Fahmi. En cuanto a Riyad, la política era algo esencialmente arraigado en su actividad intelectual.

—¿Es posible que olvidemos —volvió a decir Riyad— la afrenta que Makram ha sufrido en la plaza Abdín? ¿Y esta destitución criminal, que es un vituperio, un escupitajo en el rostro de la nación? El resentimiento ciego que, desgraciadamente, regocija a algunos...

—¡Tú estás furioso por Makram! —repuso Kamal bromeando.

—Todos los coptos son *wafdistas* —dijo Riyad decididamente—, pues el Wafd es un partido totalmente nacionalista. No es un partido religioso y turco como el Partido Nacional, sino el partido del nacionalismo, que hará de Egipto una nación libre para los egipcios por encima de sus razas y de sus religiones. Los enemigos del pueblo saben eso, y por ello los coptos han sido objeto de represión manifiesta durante la época de Sidqi, y la van a tener que soportar a partir de ahora...

Kamal se felicitó por esta sinceridad que confirmaba su amistad con el sello de la perfección; pero le apeteció preguntar irónicamente:

—¿Tú me hablas de los coptos? ¿Tú que sólo crees en la ciencia y en el arte?

Riyad se refugió en el silencio. Habían llegado ya a la calle de el-Azhar que el aire frío barría con cierta violencia. Luego pasaron por una tienda de *basbusa*, y Kamal lo invitó a tomar un trozo. Tan pronto como cogieron el platillo, se echaron a un lado para comérsela.

—Yo soy librepensador y copto a la vez —repuso Riyad—. Es más, agnóstico y copto a un tiempo. Pienso muchas veces que el cristianismo es mi patria, no mi religión. A veces, cuando he sometido estos sentimientos a mi razón, me he sobresaltado. Pero, despacio, ¿no es una cobardía que yo me olvide de mi gente? Hay una sola cosa capaz de hacerme olvidar este dilema: el estar enteramente inmerso en el total nacionalismo egipcio tal como lo quería Saad Zaglul. El-Nahhás es musulmán de religión, pero nacionalista también en todo el sentido de la palabra. Ante él sólo nos sentimos egipcios; ni musulmanes, ni coptos. Yo puedo vivir feliz sin agobiarme con estos pensamientos. Pero vivir, vivir realmente, es, al mismo

tiempo, una responsabilidad.

Mientras saboreaba su dulce, Kamal meditaba, con el pecho agitado de sentimientos. Los rasgos de Riyad eran los del genuino egipcio que recordaban las figuras faraónicas, suscitándole esto muchas reflexiones: «La postura de Riyad es de una validez innegable. Yo mismo —dividido entre mi razón y mi corazón— sufro, como él, la escisión de mi personalidad. ¿Cómo puede vivir una minoría en el seno de una mayoría que la reprime? El mérito de los mensajes celestiales se mide ordinariamente por la prosperidad que le proporcionan al hombre, teniendo como primera misión el tender la mano a los oprimidos».

—No me censure —dijo—. Yo he vivido hasta ahora sin chocar con el problema racial. Desde un principio mi madre me enseñó a amar a todo el mundo. Luego he crecido en el ambiente de la revolución al margen de las sospechas del fanatismo. Nunca conocí este problema.

—Sería de desear —dijo Riyad mientras ambos reemprendían el camino— que eso no fuera problema en absoluto. Me apena decirte con toda franqueza que nosotros hemos crecido en casas en las que no faltan recuerdos negros y tristes. Yo no soy un fanático, pero quien desdeña el derecho de un hombre en el lugar más remoto del mundo, no ya en su casa, desdeña todos los derechos humanos.

—¡Hermosa expresión! No es extraño que los verdaderos mensajes de los humanistas procedan la mayoría de las veces de los medios minoritarios, o de hombres ocupados de las mentes minoritarias de la humanidad; pero siempre hay fanáticos...

—¡Siempre y en todo momento! La gente es joven y el animal viejo. Los fanáticos de vuestro bando nos consideran malditos infieles, y los nuestros os consideran a vosotros infieles y usurpadores, diciendo de sí mismos ser descendientes de los reyes de Egipto, que fueron capaces de salvaguardar su religión pagando la capitación...

Kamal se rio en voz alta mientras decía:

—¡Todos decimos lo mismo! ¿Crees que la base de esta controversia es la religión, o que la naturaleza humana es siempre proclive a la discordia? Ni los musulmanes forman una unidad, ni tampoco los cristianos. Encontrarás continuas disputas entre shiíes y sunníes, entre higazíes e iraníes, y del mismo modo entre *wafdistas* y constitucionales, entre los estudiantes de letras y los de ciencias, entre los equipos Nacional y Arsenal. Pero, a pesar de todo eso, ¿qué tristes nos ponemos cuando leemos en los periódicos la noticia de un terremoto en Japón! Escucha, ¿por qué no tratas de esto en tus novelas?

—El problema de los coptos y los musulmanes...

Riyad Quldus guardó silencio; luego dijo:

—Temo ser mal entendido...

Tras otro instante de silencio, continuó:

—Luego no olvides, *sheyj*, que nosotros, a pesar de todo, estamos en nuestra época dorada. En el pasado el *sheyj* Abd el-Aziz Gawísh se inventó que los musulmanes fabricaban su calzado con nuestra piel...

—¿Cómo extirparemos este problema de raíz?

—Afortunadamente se ha fundido en el problema general del pueblo. El problema de los coptos hoy es algo que concierne al pueblo; si se le deja en libertad, nosotros también lo estamos...

«La felicidad y la paz... Ese es el sueño perseguido. Mi corazón vive sólo por el amor, pero ¿cuándo conocerá mi razón su camino? ¿Cuándo diré con el mismo tono de mi sobrino Abd el-Múnim, "sí, sí"? Mi amistad con Riyad me ha enseñado cómo leer sus novelas, pero ¿cómo creer en el arte, cuando me he encontrado con que la propia filosofía es como un palacio inhabitable?»

—¿En qué estabas pensando ahora? —le preguntó Riyad de repente, mirándolo de reojo—. ¡Dime la verdad...!

Kamal se dio cuenta de lo que había detrás de la pregunta, y le contestó sin ambages:

—Pensaba en tus novelas...

—¿No te ha molestado mi franqueza?

—¿A mí? ¡Que Dios te perdone!

Riyad se echó a reír como disculpándose; luego preguntó:

—¿Has leído la última?

—Sí, es estupenda; pero me hace pensar que el arte es una actividad nada seria, con la salvedad de que yo no sé qué es lo más importante en la vida humana: lo serio o lo divertido. Tú tienes una alta cultura científica, y, «sabios aparte», eres posiblemente el más entendido en ciencia. Pero toda tu actividad se desperdicia en escribir novelas, y yo a veces me pregunto: ¿qué obtienes tú de la ciencia?

—Me valgo de la ciencia para transmitir al arte el culto por la verdad —repuso Riyad Quldus con entusiasmo—, la fidelidad a los principios y el asumir con valor, por amargo que resulte, la integridad en el juicio y la tolerancia completa con las criaturas...

«Grandes palabras, pero ¿qué relación guardaban con la distracción de las novelas?»

Riyad Quldus se le quedó mirando, y leyó la duda en su rostro. Se echó a reír en voz alta, y luego dijo:

—Tienes una pobre opinión del arte, pero mi consuelo es que nada en el mundo podrá estar a salvo de tu duda. Nosotros opinamos con nuestros intelectos, pero vivimos con nuestros corazones. Tú, por ejemplo —a pesar de tu actitud escéptica—, amas, actúas y participas en la vida política de tu país. Detrás de cada uno de estos aspectos hay un principio, consciente o inconsciente, no menos fuerte que la fe. El arte es la interpretación del hombre del universo, y en este sentido, entre los intelectuales hay quienes participan con su arte en la escaramuza universal de las ideas; han transformado así el arte en arma de combate sobre el campo de la lucha universal. No es posible que el arte sea una actividad frívola...

«¿Defensa del arte o del valor del artista? Si un simple pipero tuviera la capacidad de disentir, probaría que él desempeña un papel importante en la vida de la humanidad. Y es probable que cada cosa tenga un valor determinado, como lo es que no lo tenga en absoluto. ¿Cuántos millares de seres están expirando en este momento, mientras que al mismo tiempo se alza la voz de un niño llorando porque ha perdido su juguete, o la de un enamorado que transmite a la noche y al universo las penas de su corazón? ¿Río o lloro?»

—A propósito de lo que dices de la lucha universal de las ideas —dijo— permíteme decirte que está reflejada en pequeño en mi familia. ¡Tengo un sobrino que es hermano musulmán; y otro, comunista...!

—Sería necesario que, tarde o temprano, existiera algo así en cada casa. Ya no vivimos en una botella. ¿Tú nunca has pensado en estas cosas?

—He oído cosas sobre el comunismo a través de mis estudios de filosofía materialista, así como sobre el fascismo y el nazismo.

—¡Tú lees y tomas notas! ¡Un historiador sin historia! Me gustaría que el día en que salgas de esta actitud lo considerases como el feliz día de tu nacimiento...

Kamal se sintió molesto por tal observación, porque era una crítica mordaz, de una parte, y porque no carecía de verdad, por otra. Luego dijo eludiendo todo comentario:

—Ningún comunista ni hermano musulmán en nuestra familia tiene un conocimiento firme de lo que cree...

—¡La fe es voluntad, no ciencia! Hoy el cristiano más corriente sabe del cristianismo el doble de lo que sabían los mártires y lo mismo ocurre con vosotros en el Islam...

—¿Y tú crees en una de esas doctrinas?

—No hay duda de mi desprecio por el fascismo y por el nazismo, y por todos los regímenes dictatoriales —repuso Riyad tras una reflexión—. En cuanto al comunismo, está en disposición de crear un mundo libre de la tragedia de las diferencias de razas, de las religiones y de la lucha de clases. Pero mi interés primordial está centrado en el arte.

—El Islam —dijo Kamal con algo de ironía en su voz— ya ha creado este mundo del que tú hablas, hace más de mil años...

—Pero es una religión. El comunismo es una ciencia; la religión es una leyenda...

Luego, corrigiéndose, dijo sonriendo:

—Y nosotros convivimos con los musulmanes, no con el Islam...

Encontraron la calle Fuad llena de gente, a pesar del intenso frío. De repente Riyad se paró y preguntó:

—¿Qué dirías de tomar unos macarrones y buen vino?

—Yo no bebo en los establecimientos frecuentados. Vayámonos al café de Okasha si te parece...

Riyad Quldus se echó a reír mientras decía:

—¿Cómo eres capaz de tal sobriedad? Las gafas, el bigote, los principios... Has liberado tu mente de todo tipo de dependencia, pero tu cuerpo es todo cadenas. Has sido creado —al menos físicamente— para ser profesor...

La alusión de Riyad a su físico le recordó un episodio doloroso. Se habían reunido en una fiesta de cumpleaños de uno de sus compañeros. Bebieron juntos hasta emborracharse, y entonces uno de ellos cargó contra él aludiendo a su cabeza y a su nariz hasta que todos se rieron. Cuando recordaba sus facciones se acordaba también de Aida y de aquellos días... Aida la «inventora» de su nariz y de su cabeza. Era asombroso cómo disminuía el amor y se convertía en nada...

Luego sólo quedaban estos sedimentos dolorosos...

Riyad le tiró del brazo diciéndole:

—¡Venga! ¡Vamos a bebernos un vaso de vino, y hablaremos del arte de la novela! Después iremos a casa de la señora Galila en el callejón de el-Gawhari, y si tú la llamas «tía», yo la llamaré «prima»...

El-Sukkariyya, o por ser más exactos, el piso de Abd el-Múnim Sháwkat, estaba manga por hombro. En el dormitorio se habían reunido alrededor de la cama de Naíma, Amina, Jadiga, Aisha, Zannuba y la doctora, mientras que en el salón de recibir se encontraban sentados con Abd el-Múnim su padre Ibrahim, su hermano Ahmad, Yasín y Kamal. Yasín bromeaba con su sobrino, diciéndole:

—¡Echa tus cuentas para que el próximo nacimiento caiga fuera del tiempo de exámenes...!

Estaban a finales de abril, y Abd el-Múnim se sentía tan agobiado como feliz, y tan feliz como angustiado. Un agudo grito había atravesado la puerta cerrada cargado con todo el dolor de engendrar que pudiera imaginarse. ¡Era como si no le quedara ni una gota de sangre en el rostro...!

Yasín eructó satisfecho. Luego dijo:

—Esas son cosas normales. Son todas igual...

—No he dejado de recordar el nacimiento de Naíma; fue un nacimiento difícil. Aisha soportó lo suyo. Yo sufría también. Estaba de pie en este mismo sitio con el difunto Jalil...

—¿He de comprender, por tanto, que la dificultad de dar a luz es hereditaria? —le preguntó Abd el-Múnim.

—Suya es la facilidad —dijo Yasín señalando hacia arriba con el índice.

—Hemos traído a una doctora afamada en todo el barrio —replicó Abd el-Múnim—. Mi madre hubiera preferido la presencia de la comadrona que nos trajo al mundo; pero yo he insistido en la doctora. Ella es más limpia y más experta, sin duda.

—Naturalmente —afirmó Yasín—. Aunque todo nacimiento es obra de Dios y de su providencia.

—El dolor le sobrevino esta mañana temprano —dijo Ibrahim Sháwkat encendiendo un cigarrillo—. Y ya son cerca de las cinco de la tarde. ¡Pobrecita! Está translúcida como una aparición. ¡Nuestro Señor la tenga en su mano!

Luego, paseando sus lánguidos ojos entre los que estaban allí sentados, y especialmente entre sus dos hijos, Abd el-Múnim y Ahmad, dijo:

—¡Oh! ¡Si se recordaran los dolores que soporta una madre!

—¡Papá! —exclamó Ahmad riendo—. ¿Cómo pedir a un recién nacido que recuerde?

—Si quieres ser generoso, no tienes que basarte sólo en el recuerdo —replicó el hombre en tono de reproche.

Los gritos cesaron. En la habitación cerrada reinó el silencio. Las cabezas se volvieron hacia ella; pasó un instante y la paciencia de Abd el-Múnim llegó al límite. Se levantó, dirigiéndose a la puerta, y llamó. Esta se abrió dejando ver el grueso rostro de Jadiga. La contempló con ojos inquisidores intentando introducir la cabeza, pero ella lo empujó con las palmas de las manos diciendo:

—Dios no le ha permitido aún el reposo...

—¡Qué tiempo tan largo! ¿No será una falsa alarma?

—La doctora sabe más de eso que nosotros. Estate tranquilo y tengamos todos tranquilidad.

Jadiga cerró la puerta, y el joven volvió a sentarse junto a su padre, que comentó su angustia diciendo:

—¡Perdonadlo, pues es nuevo en esto de los partos!

Deseoso de consolarlo, Kamal sacó del bolsillo, donde lo tenía doblado, el periódico *el-Balag* y se puso a hojearlo.

—La radio ha anunciado —dijo Ahmad— los últimos resultados de la batalla electoral...

Luego, sonriendo irónicamente, dijo:

—¡Son unos resultados de risa!

—¿Cuántos *wafdistas* habrán salido? —se preguntó su padre distraído.

—Trece, creo recordar.

Luego Ahmad se dirigió a su tío Yasín, diciéndole:

—¡Quizá tú te alegres, tío, en honor a la alegría de Redwán!

—Él no es ni ministro ni diputado —repuso Yasín alzando los hombros desdeñoso—. ¿Qué se me da a mí de todo ese asunto?

—¡Los *wafdistas* —dijo Ibrahim Sháwkat riendo— piensan que la era de las elecciones amañadas ha terminado!

—¡Es evidente que la excepción hace la regla en Egipto! —exclamó Ahmad con resentimiento.

—Hasta el-Nahhás y Makram han caído en las elecciones; ¿no es esto una broma?

Aquí Ibrahim Sháwkat dijo con cierta vehemencia:

—Pero nadie niega que ambos han actuado de forma incorrecta con el rey. ¡Los reyes tienen su rango, y no se llevan los asuntos de esa forma...!

—Nuestro país —repuso Ahmad— necesita fuertes dosis de mala educación con

los reyes, para recuperarse de su larga inconsciencia...

—Pero los perros —argumentó Kamal— vuelven al poder absoluto bajo la cubierta de un parlamento espúreo. Al final de la experiencia nos encontramos a Faruq con la misma fuerza y despotismo que Fuad, o más. Todo esto perpetrado por algunos hijos de la patria...

Yasín se echó a reír, y dijo a modo de explicación y de comentario:

—Kamal, como en su infancia fue partidario de los ingleses igual que Shahín, Adli, Zárwat y Haydn, se ha vuelto *wafdista*, después de eso...

—Unas elecciones amañadas —continuó Kamal en serio mientras miraba a Ahmad especialmente—. Todo el mundo en el país sabe que han sido amañadas. Pero a pesar de ello las reconocerán oficialmente y gobernarán al pueblo con ellas. Es decir, esto es lo que se ha establecido en la conciencia popular: que sus representantes son unos ladrones que han robado sus escaños, y que sus ministros, en consecuencia, son otros ladrones que han robado sus puestos, y cuya autoridad y gobierno son falsos y nulos; donde el robo, la impostura y la decepción están legitimados oficialmente. ¿No es entonces digno de perdón el hombre corriente, cuando reniega de los principios y de la moral para creer en la falsedad y en el oportunismo?

—¡Déjalos que gobiernen! —dijo Ahmad entusiasmado—. En toda calamidad hay un lado bueno. Es preferible para nuestro pueblo sufrir la humillación antes que estar adormecido por un gobierno al que aceptara, en el que pusiera su confianza sin que tal gobierno mereciese sus verdaderas esperanzas. Yo he pensado largamente en esto para acabar dando la bienvenida al gobierno de tiranos tales como Muhammad Mahmud e Ismail Sidqi...

Kamal observó que Abd el-Múnim no se incorporaba a la conversación como solía hacer, y quiso empujarlo a ella diciendo:

—¿Por qué no nos dices tu opinión?

Abd el-Múnim sonrió forzadamente, y dijo:

—Déjame hoy que escuche...

—¡Tranquilo! —exclamó Yasín riendo—. Que el recién nacido no te encuentre deprimido y decida volverse allá de donde él viene...

Yasín hizo un gesto del que Kamal dedujo que le iba a formular una excusa para marcharse. Así era; había llegado la hora del café, y nada por su parte podía cambiar la regla de la «velada». Kamal pensó salir con él siempre que no hubiera necesidad de su presencia. Se puso a la espera, cuando un grito penetrante y desgarrador se alzó desde el cuarto de Naíma, llevando en sus ecos todas las cadencias de la miseria

humana. Otros se sucedieron con igual violencia, mientras los ojos se alzaban hacia la puerta de la habitación. El silencio se adueñó de ellos hasta que Ibrahim murmuró esperanzado:

—Quizá sean los últimos dolores, si Dios quiere... ¿Realmente? Pero aquello continuaba sumiéndolos en la tristeza. Abd el-Múnim se puso pálido. Reinó de nuevo el silencio, aunque por poco tiempo.

Los gritos volvieron, pero eran desmayados, procedentes de una laringe rota y de un pecho hundido como si estuviera agonizando. Era el momento de animar a Abd el-Múnim, y Yasín dijo:

—Todo lo que oyes son intentos normales en un parto difícil.

—¡Difícil! ¡Difícil! —exclamó Abd el-Múnim con voz trémula—. Pero ¿por qué es difícil?

La puerta se abrió, y salió Zannuba cerrando tras de sí. Todos se dirigieron hacia ella, que se paró delante de Yasín diciendo:

—Todo va bien, sólo que la doctora, para más precaución, quiere que venga el doctor Sayid Muhammad...

—No hay duda de que la situación exige su presencia —dijo Abd el-Múnim levantándose—. ¡Dime qué tiene!

—Todo va bien —dijo Zannuba con voz tranquila y sosegada—. Pero si quieres aumentar nuestra tranquilidad, date prisa en traer al médico.

Abd el-Múnim no perdió tiempo, y se dirigió a su habitación para acabar de vestirse. Ahmad lo siguió, y ambos salieron para traer al doctor...

Inmediatamente Yasín le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—La pobre está cansada —dijo Zannuba, cuyo rostro, por vez primera, expresaba angustia—. ¡Que Dios la ayude! Dice —replicó sonriendo— que quiere que venga el doctor...

Zannuba volvió a la habitación, dejando tras de sí una densa sombra de angustia.

—¿Este médico está lejos? —preguntó Yasín.

—En el edificio donde está tu café en el-Ataba —repuso Ibrahim Sháwkat.

Sonó un grito. Las lenguas enmudecieron. ¿Otra vez el doctor? ¿Cuándo llegaría el médico? Volvió a sonar el grito otra vez, y aumentó la tensión. Entonces Yasín exclamó alarmado:

—¡Esa voz es la de Aisha!

Prestaron oído y reconocieron su voz. Ibrahim se levantó hacia la habitación, y llamó a la puerta. Zannuba abrió con la palidez en el rostro. Él le preguntó ansioso:

—¿Qué os pasa? ¿Qué tiene Aisha *hánem*? ¿No sería mejor que se fuera de la habitación?

—No... —dijo Zannuba tragando saliva—, la situación es muy grave, Si Ibrahim...

—¿Qué es lo que pasa?

—De repente... ella... mira...

En menos de un segundo, los tres hombres estaban en la puerta de la habitación mirando. Naíma estaba cubierta hasta el pecho. Su tía, su abuela y la doctora rodeaban la cama. Su madre estaba de pie en medio de la habitación, mirando a su hija desde lejos con la mirada perdida como inconsciente. Naíma tenía los ojos cerrados, el pecho se elevaba y descendía como si estuviera liberado del resto del cuerpo inerte. Su rostro estaba blanco, pálido como la muerte. La doctora exclamó: «¡El médico!» Mientras Amina gemía: «¡Señor!». Jadiga llamaba alarmada: «¡Naíma... contéstame!» En cuanto a Aisha, no articulaba palabra, como si aquello no fuera con ella. Kamal se preguntó: «¿Qué pasa aquí?», y se lo preguntó también a su hermano con estupor; pero él no contestó... ¡Qué parto tan difícil! Kamal paseaba su mirada de Aisha a Ibrahim y a Yasín. Su corazón le dio un vuelco en el pecho. Aquello no tenía nada más que un sentido...

Entraron todos en la habitación. Ya no era la habitación del parto; si no, ellos no habrían entrado. Aisha estaba en una situación límite, pero nadie le decía nada. Naíma abrió los ojos. Estaban nublados. Intentó moverse como si quisiera sentarse. Su abuela la incorporó, y la atrajo hacia su pecho. La muchacha suspiró, dejando escapar un profundo gemido. De repente exclamó como si pidiera ayuda:

—¡Mamá... me voy... me voy...!

Luego dejó caer la cabeza sobre el pecho de su abuela. La habitación se llenó de voces. Jadiga golpeaba las mejillas de la muchacha mientras Amina pronunciaba la *Shahada* sobre su rostro. Aisha, entre tanto, se puso a mirar desde la ventana que daba a el-Sukkariyya fijándola en el vacío. Luego su voz repitió como en un estertor:

—¿Qué es esto, Señor? ¿Qué es lo que haces? ¿Por qué? Quiero comprender...

Ibrahim Sháwkat se acercó a ella con la mano extendida, pero Aisha se alejó con un movimiento brusco, mientras decía:

—¡Que no me toque ninguno de vosotros! ¡Dejadme! ¡Dejadme!

Luego paseó la mirada entre ellos diciendo:

—Salid, por favor. No me habléis. ¿Tenéis alguna palabra útil? No me servirán las palabras. Ya no me queda nada en este mundo... ¡Marchaos, por favor...!

Era noche cerrada cuando Yasín y Kamal se dirigían hacia Bayn el-Qasrayn. Yasín iba diciendo:

—¡Qué duro es darle la noticia a nuestro padre!

—Sí... —respondió Kamal secándose los ojos.

—No llores, mis nervios ya no lo soportan...

—La quería mucho —repuso Kamal sollozando—. Estoy muy triste, hermano. ¡Y la pobre Aisha!

—¡Eso sí que es un desastre! ¡Aisha! Olvidaremos todos menos ella.

«¡Olvidaremos todos! No sé. Su rostro no se borrará de mi memoria en toda la vida. Y aunque yo tengo con el olvido una experiencia singular, es un gran beneficio. Pero ¿cuándo esparcirá su bálsamo?»

—Fui pesimista cuando se casó, ¿sabes? —volvió a decir Yasín—. El día de su nacimiento el doctor le predijo que el corazón no soportaría la vida de más de veinticinco años... Tu padre lo recordará probablemente...

—No sabía nada. ¿Estaba Aisha enterada?

—Claro que no. Es una antigua historia. Nadie escapa a los designios de Dios...

—¡Pobre Aisha!

—Sí, ¡pobre Aisha!

Ahmad Ibrahim Sháwkat estaba sentado en la sala de lectura en la biblioteca de la Universidad, absorto en el libro que tenía delante. Sólo quedaba para los exámenes una semana, y el esfuerzo llegaba al límite. Sintió que alguien entraba en la sala y se sentaba detrás de él. Se volvió con curiosidad y vio a Alawiyya Sabri. ¡Sí, era ella! Quizás se había sentado a la espera de algún libro que habría pedido. En el momento de volverse, sus ojos se encontraron con los negros ojos de ella; luego volvió la cabeza, con el corazón y los sentidos en tensión. No cabía la menor duda de que debía conocerlo de vista, como que sabía que estaba enamorado de ella. Tales cosas no se ocultan. Tanto más cuanto que cada vez que se volvía hacia acá o hacia allá —lo mismo en las aulas que en el jardín de el-Ormán— se lo encontraba mirándola a hurtadillas. Su presencia se interpuso entre él y lo que estaba leyendo, pero su alegría superaba toda medida. Desde que se enteró de que ella iba a especializarse en Sociología como él, abrigó la esperanza de que acabarían por conocerse mutuamente a lo largo del siguiente año, ocasión que nunca se le brindó este, por el número tan grande de alumnos que había en la clase de Preparatoria. En todo caso, jamás le había sucedido encontrársela así tan cerca de él sin que nadie los mirara. Se le ocurrió acercarse a las estanterías de consultas como para mirar un libro y, de paso, saludarla. Echó una ojeada a su alrededor y vio un número de estudiantes que podía contarse con los dedos de la mano, diseminados aquí y allá. Se levantó sin dudarle más, y caminó por entre la fila de asientos. Cuando pasó por delante de ella, sus ojos se encontraron; él inclinó la cabeza saludando cortésmente. Las facciones de la muchacha reflejaron sorpresa, pero a pesar de todo le devolvió el saludo con un movimiento de cabeza y volvió a lo que tenía delante. Ahmad se preguntó: «¡Vaya! ¿Habré cometido algún error?». No, era compañera suya desde hacía un año largo, y estaba obligado a saludarla al encontrarse cara a cara en un lugar casi vacío. Dirigió sus pasos hacia los anaqueles que contenían las enciclopedias. Escogió luego un volumen y se puso a pasar las hojas sin leer una sola palabra. Su felicidad por haberle devuelto ella el saludo era inmensa. Se le borró el cansancio y su ánimo cobró vitalidad. ¡Qué bonita era! Ella había llenado los entresijos de su alma de deslumbramiento y magnetismo, convirtiéndose en su única obsesión. Todo en ella revelaba que pertenecía a «una familia», como se dice normalmente, y lo que más le asustaba era que su exquisita cortesía no ocultaba en parte su orgullo de clase. Ciertamente que él podía confesarle, si hacía el caso, y sin faltar

a la verdad, que él también pertenecía a una «familia». ¿No lo eran los Sháwkat? Desde luego... y con una fortuna que en su día sería suya incluidos rentas e intereses. Su boca esbozó una sonrisa irónica. ¡Rentas... intereses... familia! ¿Dónde estaban sus principios entonces? Sintió un cierto embarazo. El corazón con pasiones no conocía principios. La gente ama y se casa fuera del campo de sus principios, y sin preocuparse de ellos. Tiene que crear con su parte buena un nuevo ser, como quien penetra en un país extranjero tiene que hablar su lengua para conseguir lo que quiere. Por otra parte es cierto que la clase social y la fortuna son dos realidades manifiestas que no se las inventa uno, ni su padre, ni su abuelo. Él no era responsable de ellas. Sólo la ciencia y la lucha eran capaces de borrar estas frivolidades que dividen al ser humano. Quizás pudiera él cambiar el sistema social, pero ¿cómo lograría cambiar el pasado, perteneciendo de hecho a una familia adinerada? Estaba fuera de toda cuestión que los ideales populares fueran barreras para un amor aristocrático. El mismo Karl Marx se casó con Jenny von Westphalen, nieta del duque Brunswick, llamada «la princesa mágica» y «la reina de la danza». Ella era otra reina mágica, y si bailara, sería la reina de la danza. Devolvió el volumen a su sitio y regresó, contemplando lo que se podía ver de su figura: la parte superior de su espalda, la superficie delicada del cuello, y la nuca adornada con el cabello trenzado. ¡Qué maravilloso espectáculo! Pasó ágilmente por delante de ella hacia su sitio, y tomó asiento. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando oyó sus ligeros pasos. Miró hacia atrás entristecido, pensando que ella se marchaba, pero la vio acercarse. Cuando llegó a su altura se paró tímidamente, mientras él no daba crédito a sus ojos.

—Perdona —dijo ella—, ¿me podrías dejar los apuntes de historia?

Se levantó como un soldado y respondió:

—Desde luego...

—No he podido seguir al profesor de inglés como es debido —dijo ella excusándose—, y se me han pasado muchos puntos importantes. Yo sólo consulto lo que se refiere a las asignaturas en las que me especializaré después, pues no me da tiempo a hacerlo con las otras...

—Comprendo... comprendo...

—He sabido que tus apuntes son muy completos y que se los has prestado a muchos compañeros para que se pongan al día.

—Sí, los tendrás a tu disposición mañana.

—Muchísimas gracias. No pienses —dijo luego sonriendo— que soy perezosa; es que mi inglés es muy mediocre...

No te preocupes; yo a mi vez soy muy malo en francés, y puede que eso nos ofrezca la ocasión de ayudarnos mutuamente. Pero, perdón, ¿quieres sentarte? Quizá te interese echar una ojeada a este libro, *Introducción a la sociología* de Hopkins...

—Gracias —repuso ella—. Lo he consultado varias veces. Has dicho que no eres muy bueno en francés. ¿Necesitas los apuntes de Psicología?

—Te lo agradecería, si me haces el favor... —contestó Ahmad sin dudarlo.

—Mañana haremos el intercambio...

—Encantado, pero, perdona; sabrás que la mayoría de las clases de Sociología son en inglés...

—¿Entonces, sabes que he escogido Sociología? —preguntó ella disimulando una sonrisa que pugnaba por salir.

Él, a su vez, sonrió para ocultar su apuro. No se trataba tanto de apuro como de sentir que había «caído», así que dijo simplemente:

—¡Si!

—¿Cómo?

—He preguntado y me he enterado contestó audazmente.

Ella apretó los labios carmesí, y luego dijo como si no hubiese oído la respuesta:

—Mañana intercambiamos los apuntes...

—Mañana por la mañana... Estoy muy contento de haberte conocido —se apresuró a decirle—. ¡Hasta mañana!

Permaneció de pie hasta que la puerta se cerró tras ella; luego se sentó. Observó que algunos lo miraban con curiosidad, pero él estaba ebrio de felicidad. ¿Su conversación era una respuesta de ella a su admiración, o por el contrario, se trataba de la necesidad perentoria de conseguir sus apuntes? No había habido ocasión de conocerse. La encontraba siempre con el grupo de compañeras. ¡Esta había sido la primera oportunidad! Había obtenido lo que tanto había esperado, como si fuera un milagro. Una palabra de la boca que amamos puede hacer un todo de la nada...

Yasín comenzó a sentirse inquieto. Durante mucho tiempo había fingido que no le importaba nada, ni el nivel ni el sueldo ni el mismo gobierno. Incluso delante de sus compañeros funcionarios. Se daba cuenta de ello y también de sus cambios de ánimo. El nivel sexto, si lo alcanzaba, le incrementaría el sueldo en dos libras, nada más. ¡Qué pérdida tan enorme para Yasín! Decían que este nivel lo haría ascender desde supervisor a jefe de sección. Pero ¿desde cuándo se preocupaba Yasín de jefaturas? Realmente estaba inquieto. Sobre todo desde que fue convocado por el Director del departamento, Muhammad Efendi Hasan, el marido de Zaynab, madre de su hijo Redwán, para una entrevista con el Subsecretario del Ministerio. Entre los funcionarios de los archivos se había corrido que el Subsecretario lo había llamado para oír su opinión sobre ellos por última vez, antes de firmar la resolución de los ascensos. ¡Muhammad Hasan! Su pendenciero sucesor al que, si no fuera por Muhammad Effat, le hubiera puesto la mano encima hacía ya bastante tiempo. ¿Era posible que lo pudiera mirar este hombre con buenos ojos? Aprovechó la ocasión que le brindaba encontrarse solo en el despacho del Director y se abalanzó sobre el teléfono. Pidió el número de la Facultad de Derecho. Era la tercera vez que lo hacía aquel día, intentando llamar a Redwán Yasín.

—¿Oiga?... ¿Redwán?... Soy tu padre. Hola. Todo va bien...

Su voz denotaba confianza... Un hijo intercediendo por su padre...

—El asunto, ¿sigue pendiente de la firma?

—Tranquilo, el mismo Ministro te ha recomendado. Lo habló con diputados y senadores y se lo prometió a ellos con toda seguridad.

—¿El asunto no necesita una última recomendación?

—En modo alguno. El *basha* me dio la enhorabuena esta mañana, como te dije. Tranquilidad absoluta.

—Gracias, hijo mío, —hasta luego.

—Hasta luego, papá. Y enhorabuena por adelantado...

Colgó el auricular y salió del despacho. Entonces se encontró con Ibrahim Efendi Fathallah, su compañero y competidor en el ascenso, que pasaba llevando unos expedientes. Se intercambiaron saludos con prevención.

—Estamos frente a frente en una competición deportiva, Ibrahim Efendi —le dijo Yasín—. Sea cual sea el resultado debemos recibirlo con caballerosidad.

—A condición de que sea una competición limpia —le respondió, irritado.

—¿Qué significa eso?

—Que la elección se haga como Dios quiera, pero sin enchufes.

—¡Extraña opinión la tuya! ¿Existe algo que se haga sin enchufe en este mundo? Afánate en lo que pretendas, que yo me preocuparé por lo mío. Y que consiga el nivel quien tenga el destino y la fortuna de su parte.

—Yo tengo más antigüedad que tú.

—Los dos somos funcionarios antiguos. Un año no sienta diferencia.

—En un año nacen y desaparecen muchos.

—Nacer y desaparecer... Cada uno tiene su destino.

—¿Y la capacidad?

—¿La capacidad? —preguntó Yasín, excitado—. ¿Acaso levantamos puentes o construimos centrales eléctricas? ¡Capacidad...! ¿Qué diplomas de capacidad nos piden? Ambos nos paramos en primaria. Mi ventaja en esto es que yo soy un hombre culto...

—¿Culto? —Ibrahim estalló en una carcajada de burla—. ¡Encantado de conocerle, señor culto! ¿Te crees a ti mismo culto por las poesías que te sabes de memoria? ¿O por las redacciones con las que escribes los oficios y donde te expresas otra vez como en los exámenes de primaria?... Dejo el asunto en manos de Dios...

Los dos hombres se separaron de la peor manera. Yasín volvió a su despacho. Era una amplia habitación. Los escritorios estaban colocados en ella frente a frente, en dos filas. Las paredes rebosaban de estantes repletos de archivadores. Algunos se afanaban en sus papeles, mientras otros charlaban y fumaban. De vez en cuando iba y venía alguno de los ordenanzas con expedientes. El vecino de Yasín le dijo:

—Mi hija terminará el bachillerato este año. Voy a hacer que entre en el Instituto de Pedagogía para quedarme tranquilo en este asunto. Sin problemas: no me quebraré la cabeza buscándole un puesto después de graduarse.

—Es lo mejor que puedes hacer —respondió Yasín.

—Y tú, ¿qué has previsto para Karima? —le preguntó el hombre buscando encontrar conversación— ¿Qué edad tiene, por cierto?

—Once —las facciones de Yasín esbozaron una sonrisa a pesar de la inconveniencia—. El próximo verano, si Dios quiere, terminará la primaria. Estamos en noviembre —continuó, contando con los dedos—; así que quedan siete meses exactamente...

—Si ha aprobado la primaria, superará la secundaria... Hoy las chicas son más responsables que los chicos...

¿Secundaria? Esto era lo que quería Zannuba. Pero él no soportaba de ninguna

manera la idea de ver a su hija caminar balanceando sus pechos. ¿Más preocupaciones?

—Nosotros no enviamos a nuestras hijas a la secundaria. ¿Para qué? Ellas no encontrarán empleo.

—¿Se puede decir esto en 1938? —preguntó un tercero.

—Se puede decir en nuestra familia, aunque fuese el 2038.

Un cuarto se rio, a la vez que decía:

—No puedes meterla en un agujero y esconderte tú con ella, los dos juntos. El café de el-Ataba y la taberna de Muhammad Ali... Las muchachas vírgenes quieren romper las amarras de lo artificial... Esa es la cuestión.

Yasín rio y luego dijo:

—Dios la proteja... Como te dije, no hemos previsto para la niña nada, más allá de la primaria.

Una tos resonó desde el rincón más alejado, el que daba a la entrada del cuarto. Yasín se volvió hacia la persona que la había lanzado. Luego se detuvo como si hubiese recordado algo importante. Fue a su despacho para averiguar quién había allí. La persona en cuestión volvió la cabeza hacia él. Yasín le dirigió una mirada por encima del hombro y le dijo:

—Me habías prometido la receta...

El otro estiró el cuello, preguntándole:

—¿Perdón...?

A Yasín le molestó el duro oído de aquel hombre. Le daba apuro tener que elevar la voz. Cuando escuchó otra que venía desde el medio de la habitación diciendo:

—Apuesto a que te pregunta por la receta...; tu receta..., la que te llevará, junto con todos nosotros, hasta la tumba.

Yasín volvió de nuevo, fastidiado, a su despacho. El mismo hombre le dijo, sin importarle su apuro y con una voz que se oyó en toda la habitación:

—Te la digo: toma una cascara de mango. Hiérvela bastante rato hasta que llegue a ser un líquido viscoso como la miel. Tómate luego una cucharada en ayunas...

Todos rieron menos Ibrahim Fathallah, que dijo en tono sarcástico:

—Listo y aclarado: espera a obtener el nivel seis... ¿Bastará él para hacerte más fuerte?

Yasín preguntó riéndose:

—¿Qué tiene que ver el nivel en este asunto?

El vecino de Yasín apostilló, en medio de risas:

—Si tuviera que ver, Amm Hasaneyn, el bedel de nuestra oficina, merecería ser

Ministro de Instrucción Pública.

Ibrahim Fathallah aplaudió la ocurrencia y dijo dirigiéndose a todos sus compañeros:

—Hermanos, este hombre —señalando hacia Yasín es bueno, gracioso y excelente persona...; pero ¿trabaja siquiera por valor de un *millim*? Os agradezco vuestro buen juicio...

Yasín dijo en tono de chanza:

—Un minuto de trabajo mío vale como un día tuyo.

—La historia es que el Director es amable contigo y que tú te has puesto en manos de tu hijo en esta época de oscurantismo.

Yasín contestó, buscando enfadarle:

—Eso se da en todas las épocas, por tu salud. Mi hijo en esta ocasión... Y si viene el Wafd encontrarás a mi sobrino y mi padre... Dime, ¿a quién tienes tú?

El hombre respondió, elevando su cabeza hacia el techo:

—Tengo a Nuestro Señor.

—A Él, bendito sea, lo tengo yo también. ¿No es el Señor de todos...?

—No estará satisfecho de la parroquia de Muhammad Ali...

—Y, ¿lo estará de los adictos al opio y al *manzul*...?

—No hay nada más repugnante que la condición del borracho.

—El vino es la bebida de los ministros y de los embajadores. ¿No los ves acaso en los periódicos bebiendo en los brindis? Pero ¿has visto a un político ofreciendo opio en una recepción con motivo de firmar un acuerdo, por ejemplo?

El vecino de Yasín dijo, venciendo la risa:

—Silencio, compañeros...; a menos que queráis cumplir parte de vuestro servicio en la cárcel.

En aquel momento volvió Muhammad Hasan de la entrevista con el Subsecretario. Se hizo el silencio y las cabezas giraron hacia él. El hombre enfiló hacia su habitación sin importarle nada. Todos se intercambiaron miradas interrogantes. Se daba por descontado que uno de los concursantes era ya jefe de sección. Pero ¿quién era el afortunado? Se abrió la puerta del Director y apareció su cabeza calva. Luego llamó, con voz seca: «Yasín Efendi...». Yasín se levantó y cruzó la habitación de punta a punta mientras latía con fuerza su corazón. El Director lo examinó con una mirada de extrañeza y le dijo:

—Has ascendido al nivel seis...

Yasín contestó, ensanchando el pecho:

—Gracias, Efendi.

El hombre exclamó en un tono no exento de sequedad:

—Es de justicia que te manifieste el que existe alguien que se lo merece más que tú... Pero los enchufes...

Yasín se enfadó, cosa que le sucedía a menudo con aquel hombre.

—Enchufes... ¿Qué enchufes? ¿Conoce algún asunto, grande o pequeño, que se mueva sin enchufe? ¿Hay alguna criatura en esta Dirección, en este Ministerio, incluido usted, que haya ascendido sin enchufe?

El hombre se tragó su indignación y dijo:

—No me han venido de ti nada más que quebraderos de cabeza. Has ascendido sin derecho a ello... pero te sublevas ante el menor comentario por justo que sea. No es asunto nuestro... así que... ¡Enhorabuena!... ¡Enhorabuena, señor! Únicamente te pido que hagas acopio de todos tus recursos... ¡ahora eres jefe de sección!

Yasín se creció ante el repliegue del Director y dijo sin aflojar en su vehemencia:

—Soy funcionario hace más de veinte años y tengo ya cuarenta y dos. ¿Cree que el nivel seis resulta demasiado para mí? ¡Muchos jóvenes acceden a él apenas salen de la Universidad!

—Lo importante es que te pongas manos a la obra. Desearía contar con tu colaboración como con la del resto de tus compañeros. Esa es mi disposición desde que, como supervisor de la escuela de el-Nahhasín, eras un modelo de funcionario, a pesar de aquel antiguo incidente...

—Eso es un asunto antiguo que no es necesario sacar a colación ahora. Todos tenemos errores...

—Ahora eres un hombre maduro. Si no vigilas tu comportamiento, te será difícil hacer frente a tus obligaciones. Pasando las noches en vela, ¿qué cabeza puede trabajar por la mañana? Deseo que atiendas el servicio, eso es lo único que aquí importa.

A Yasín le incomodó esta alusión a su conducta y contestó:

—No acepto ni una palabra que afecte a mi conducta personal privada. Fuera del Ministerio yo soy libre...

—¿Y dentro?

—Trabajaré como lo hacen los jefes de sección. Yo he trabajado hasta ahora bastante como para que fuera suficiente para el resto de mis días...

Yasín volvió a su despacho disimulando una sonrisa a pesar de la rabia que le quemaba por dentro. La noticia se había propagado y le llovieron las felicitaciones. Ibrahim Fathallah susurraba al oído de su vecino un comentario de rencor:

—¡Su hijo...! ¡Esta es la historia!... ¡Abd el-Rahim Basha Isa...! ¿Comprendes?

...

—¡Demasiado!

El señor Ahmad Abd el-Gawwad estaba sentado sobre una gran silla en el balcón, mirando a ratos a la calle y otras veces al ejemplar de *el-Ahram* extendido sobre sus rodillas. La celosía del balcón proyectaba en los pliegues de su galabiyya y en su *táqiya* una cuadrícula de puntos de luz. Había dejado la puerta de la habitación abierta para poder oír la radio encendida en el salón. Parecía flaco y agostado. Sus ojos reflejaban una mirada pesada, producto de una triste resignación. Era como si mirase a la calle, desde su asiento en el balcón, por primera vez en la vida. Jamás se había puesto a contemplarla desde aquel ángulo en toda su existencia. Prácticamente nunca había permanecido en casa nada más que a las horas de dormir. Hoy no le quedaba más entretenimiento, aparte de la radio, que sentarse en el balcón y mirar a través de la celosía a izquierda y derecha. Era realmente una calle viva, bulliciosa, encantadora. Tenía su sello característico que la distinguía de la calle de el-Nahhasín, a la que había estado mirando, desde su antigua tienda, por espacio de medio siglo: allí se encontraban los establecimientos de Hasaneyn el barbero, de Darwísh el vendedor de habas, del lechero el-Fuli, de Bayumi el de las bebidas, de Abú Sari el de las pipas... Esparcidos a lo largo de la calle, como los rasgos de la cara, le daban su carácter y ellos se identificaban por ella.

«¡Qué compañía!, ¡qué vecindad! ¿Cuál crees que es la edad de esta gente? Hasaneyn el barbero es un individuo de recias costumbres, de esa clase de personas a las que pocas veces afecta el paso del tiempo. Nada ha cambiado en él excepto el pelo. Y sin embargo ya ha pasado de los cincuenta sin duda. La mejor gracia de Dios para esta gente es conservarles la salud. ¿Y Darwísh? Calvo..., como lo había estado siempre... Aunque ya tiene sesenta, ¡qué fuerte está! Así me encontraba yo a su edad, pero ya he cumplido los sesenta y siete. ¡Qué edad! He tenido que arreglarme los trajes para adecuarlos a las carnes que me quedan. Cuando miro la foto colgada en mi cuarto no me reconozco... El-Fuli es más joven que Darwísh... ¡Pobre! Con la vista casi perdida, si no fuera por el aprendiz no sabría seguir su camino... Abú Sari es un viejo... ¿Viejo? Pero no ha dejado de trabajar... Ninguno de ellos se ha separado de su tienda... ¡Separarse de ella es duro! Después no te queda sino esta silla y el acurrucarte en casa noche y día... ¡Si pudiera salir una sola hora cada día! Pero no me queda más remedio que esperar al viernes... Sin prescindir del bastón ni de Kamal para que me acompañe y gracias a Dios, Señor de los mundos... Bayumi es el más joven de todos ellos y el más favorecido por la fortuna... Se alejó de Umm

Maryam y a mi me gustaría haber terminado mis días con ella... Hoy es dueño del edificio más moderno del barrio. Así es el destino de la casa del señor Redwán. Él ha construido ese establecimiento de bebidas iluminado por electricidad. ¡Qué suerte la de un hombre que comienza embaucando a una mujer, bendito sea Dios y grande su sapiencia! Todo se renueva. La calle está asfaltada y jalonada de luces. ¿Recuerdas las noches en que volvías, poco antes de clarear el alba, en medio de la oscuridad más absoluta? ¡Qué lejos están de mí aquellas noches! Hoy cada comercio tiene electricidad y una radio. Todo es nuevo..., menos yo... Yo soy un viejo de sesenta y siete años... que no puede salir de su casa nada más que un día por semana y encima se queda extenuado. ¡El corazón...! Todo viene del corazón... El corazón que tanto amó con pasión, que tanto rio, que tanto disfrutó y cantó..., ha decidido parar y no hay forma de llevarle la contraria. El médico me dijo: "Tómate las medicinas, haz reposo y sigue el régimen de comidas". "Está bien, pero ¿eso me hará recuperar las fuerzas?... Digo, parte de mis fuerzas". "Tengamos presente que sólo intentamos impedir complicaciones... El esfuerzo y el movimiento resultarían peligrosos", respondió el médico. Y luego añadió riendo: "¿Para qué quieres recuperar las fuerzas?" Es cierto, ¿para qué? Resulta algo triste y divertido a la vez... A pesar de todo yo le dije: "Quiero ir y venir..." El médico me contestó: "Cada situación tiene sus compensaciones. Siéntate con tranquilidad, lee los periódicos, escucha la radio, disfruta de tu familia y el viernes visita el-Huseyn en coche... Esto es suficiente para ti". El poder para Quien tiene todo el poder. Mitwali Abd el-Sámad no para de zascandilear por las calles y me dice: "Disfruta de tu familia". Amina no para en casa. Todo está trastocado: yo en el balcón y Amina recorriendo El Cairo de mezquita en mezquita. Kamal viene a sentarse conmigo... pero poco rato y como de visita. ¿Y Aisha? ¡Ay, Aisha! ¿Estás todavía entre los vivos o ya entre los muertos? Después quieren que mi corazón se cure y repose...»

—Mi señor...

Se volvió hacia atrás, buscando la voz. Y vio a Umm Hánafi que venía trayendo una bandejita cargada con el frasco de las medicinas, una taza de café vacía y un vaso medio lleno de agua.

Las medicinas, señor...

«El olor de cocina envuelve su ropa negra... Esta mujer que con el tiempo ha llegado a ser parte de la familia». Cogió el vaso y llenó la taza hasta la mitad. Luego destapó el frasco y echó cuatro gotas en la taza. Encogió la cara, antes de que le llegase el sabor de la medicina, y se lo bebió.

—Por su curación, mi señor.

—Gracias, ¿dónde está Aisha?

—En su cuarto. ¡Dios fortalezca su corazón!

—Llámala, Umm Hánafi.

«En su cuarto o en la terraza, ¿y después qué?» La radio no paraba de emitir canciones, burlándose de la tristeza muda de la casa. El señor no se había visto obligado a permanecer en casa nada más que en los dos últimos meses. Había pasado un año y cuatro meses desde la muerte de Naíma. El hombre pidió permiso para escuchar la radio, empujado por una necesidad imperiosa de distracción. Aisha le dijo: «Por supuesto, papá, ¡que Dios te libre de los inconvenientes de quedarte en casa!». Oyó el suave roce de un vestido. Volvió la cabeza y la vio avanzar envuelta en su vestido negro, con un velo del mismo color, a pesar del bochorno. Su piel blanca parecía tener un tono azulado. «Eres la misma imagen de la desgracia, hija mía».

—Trae una silla y siéntate un poco conmigo, hija —le dijo con dulzura.

Ella no se movió de su postura:

—Estoy bien así de pie, papá.

La experiencia de los últimos días le había enseñado que no era prudente llevarle la contraria.

—¿Qué estabas haciendo?

—No estaba haciendo nada —le respondió ella, con la cara completamente inexpresiva.

—¿Por qué no sales con tu madre a visitar las tumbas de los santos? ¿No sería esto mejor que quedarte aquí sola?

—¿Y por qué iba a visitar esas tumbas?

—Para pedir a Dios que diera fuerzas a tu corazón —le contestó tranquilamente, aunque sorprendido por su respuesta.

—Dios está aquí, con nosotros, en esta casa.

—Por supuesto. Quiero decir que abandones esa soledad, Aisha. Visita a tu hermana, a los vecinos, sal un poco de ti misma.

—No puedo ver el-Sukkariyya... No conozco a nadie allí... No me quedan amigos en aquel lugar... No soy capaz de ir a visitar a nadie.

—Me gustaría que hicieras un esfuerzo —le dijo, apartando la mirada de ella—. Y que miraras un poco por tu salud...

—¡Mi salud! —contestó ella en tono de sorpresa.

—Sí —aseveró el padre—, ¿qué ganas con estar triste, Aisha?

—¿Y qué se gana con vivir, papá? —le respondió sin faltar a las buenas maneras

con las que, a pesar de su estado, siempre lo había tratado.

—¡No digas eso! Tendrás la recompensa junto a Dios Altísimo.

Aisha bajó la cabeza para ocultar sus ojos llenos de lágrimas:

—Me gustaría irme junto a Él para obtener esa recompensa que no encuentro aquí, papá.

Después de decir esto se fue retirando poco a poco. Antes de abandonar la habitación se paró un momento, como si se acordara de algo, y le preguntó a su padre:

—¿Cómo estás hoy?

—Bien —le contestó con una sonrisa—, pero lo importante es cómo estás tú, Aisha...

Ella salió de la habitación. ¿De dónde iba a sacar un poco de tranquilidad en esta casa? Volvió a posar su mirada en la calle hasta que apareció Amina, que volvía de su recorrido diario, con un amplio manto y la cara cubierta, arrastrando pesadamente los pies. ¡Cómo le había alcanzado la vejez! Aunque él confiaba en su buena salud, recordando la longevidad de su madre. Pero parecía mayor de lo que era —tenía ya sesenta y dos— por lo menos en diez años. Pasó un buen rato antes de que entrara donde estaba él y le preguntara:

—¿Cómo está mi señor?

Él le respondió con una voz potente en la que puso el preciso acento de vehemencia:

—Y tú, ¿cómo estás, desde esta madrugada? Bien, si Dios quiere, señora mía.

—He visitado a tus patronos, Sayyida Zaynab y Sayyidna el-Huseyn, para pedir por ti y por todos nosotros.

Con la vuelta de ella le llegaba un poco de tranquilidad y de paz. Sintió que podía pedirle ahora lo que quisiera sin problema alguno:

—¿Crees que está bien dejarme solo todo este tiempo?

—Tú me diste permiso, mi señor. No he estado fuera tanto tiempo. Únicamente el preciso, mi señor. Necesitamos rezar... He pedido a mi patrón que te devuelva la salud, que puedas ir y venir como tú deseas... También he pedido por Aisha y por todos...

Cogió una silla y se sentó. Luego le preguntó:

—¿Te has tomado las medicinas, mi señor? Le he advertido a Umm Hánafi...

—Podrías haberle advertido de otra cosa mejor...

—Es para que te cures, mi señor... He escuchado en la mezquita un hermoso sermón del *sheyj* Abd el-Rahmán. Ha hablado, mi señor, de la expiación de las faltas

y de cómo evitar las malas acciones... Un discurso precioso, mi señor... ¡Si pudiera retenerlo en mi memoria como hacía en tiempos...!

—Tienes el rostro demacrado de tanto caminar... Unos pocos días más y terminarás por aumentar la clientela del doctor...

—Nuestro Señor me guarda... Yo no salgo nada más que para visitar a la familia del Profeta: Sayyidna el-Huseyn y Sayyida Zaynab. ¿Cómo puede venirme mal alguno...?

Luego continuó:

—¡Ah, mi señor!... Casi lo olvido: hablan de la guerra en todos los lugares... Dicen que Hitler ha atacado...

—¿Estás segura...? —preguntó el hombre, con preocupación.

—Lo he oído no una vez sino cien: Hitler ha atacado... Hitler ha atacado.

—Era algo que se esperaba en cualquier momento —comentó él para hacerle creer que no era ella quien lo había puesto al corriente de la noticia.

—Si Dios quiere, estará lejos de nosotros, ¿no, mi señor?

—¿Hablaban sólo de Hitler? ¿Y de Mussolini? ¿No escuchaste este nombre?

—No, sólo el de Hitler.

—¡Dios nos proteja! Si oyes anunciar el suplemento de *el-Balag* o el de *el-Muqáttam*, cómpralo...

—¡Otra vez como en los días del Kaiser Guillermo y los zepelines! ¿Te acuerdas, mi señor? ¡Bendito sea Dios...!

Fue una visita completa y enriquecedora, como diría luego Jadiga. En cuanto se abrió la puerta del piso este se llenó con la presencia de Yasín, en traje de lino blanco de el-Mehalla, con una rosa roja y el espantamoscas curvo. Su enorme cuerpo parecía empujar el aire, delante de él. Le seguía su hijo Redwán, con su terno de seda, prototipo de elegancia y belleza. Más atrás Zannuba, en traje gris, con esa timidez que se había convertido en parte de ella y de la que le resultaba imposible separarse. Finalmente Karima, con un vestido azul que dejaba al descubierto la parte superior del cuello y los brazos. No tenía más de trece años pero la feminidad había cristalizado en ella precozmente, exponiendo sus atractivos de forma estridente. Se reunieron en la sala de estar con Jadiga, Ibrahim, Abd el-Múnim y Ahmad. De inmediato, Yasín dijo:

—¿Habéis oído antes nada parecido? Mi hijo secretario del Ministro en el mismo Ministerio donde yo trabajo como jefe de sección en archivos... Subvierte el orden de las cosas al superarme... ¡o que alguien me lleve la contraria!

Sus palabras tenían un cierto aire de protesta. Sin embargo nadie dudó de que en el fondo subyacía el orgullo y la satisfacción por su hijo. La verdad era que Redwán había obtenido su licenciatura en mayo de aquel año y estaba nombrado como secretario del Ministro en junio. Con un nivel seis, mientras que los licenciados universitarios comenzaban de escribientes y con nivel ocho. Abd el-Múnim se había graduado en la misma fecha y aún no sabía qué iba a hacer. Jadiga apostilló, sonriente pero con algo de envidia:

—Redwán el amigo de los gobernantes... pero el ojo nunca monta sobre la ceja...

Yasín exclamó con una alegría que no conseguía ocultar:

—¿No visteis su fotografía al lado del Ministro en *el-Ahrarri*? Vamos a llegar a no saber cómo dirigirnos a él...

—Mira sin embargo la decepción de estos dos hijos míos —dijo Ibrahim Sháwkát señalando a Abd el-Múnim y Ahmad—. Malgastan su vida en intensas discusiones que no se sabe para qué sirven. Lo mejor que conocen de entre las personalidades del país son el *sheyj* Ali el-Manufi, el encargado de la Escuela Primaria de el-Huseyn, y al pájaro de Adli Karim, el dueño de la revista *La Luz* o *El Hollín*, que no sé bien cómo se llama...

Ahmad estaba colérico a pesar de aparentar naturalidad. La vanidad de su tío

Yasín le había afectado, al igual que la opinión de su padre. En cuanto a Abd el-Múnim lo que esperaba de esta visita multitudinaria tapaba el enfado que ya anidaba en su interior por otras circunstancias. Miraba a hurtadillas el rostro de Redwán preguntándose qué habría detrás de él. A pesar de todo, su corazón auguraba algo positivo como resultado de aquella visita. Podía ser, en efecto, que esta no hubiera tenido lugar si no trajeran alguna buena noticia... Yasín volvió a hablar a propósito de lo que había dicho Ibrahim:

—Si me preguntaras mi opinión, diría que tienes dos buenos hijos. ¿No dice el refrán: *el Sultán es siempre el que está más lejos de su puerta?*

Realmente, Yasín era incapaz de ocultar su alegría... Y de convencer a ninguno de los presentes que creía realmente en lo que decía... Jadiga continuó, dirigiéndose a Redwán:

—¡Que Dios te colme de bienes y te cuide del mal!

—Espero felicitarte dentro de poco... —se decidió por fin Redwán a dirigirse a Abd el-Múnim.

Este miró hacia él como preguntándole y con el rostro enrojecido:

—El Ministro me ha asegurado —continuó Redwán— que va a nombrarte para la dirección de encuestas.

La familia de Jadiga estaba esperando ansiosa aquella declaración. Todos clavaron sus miradas en Redwán, pidiendo una confirmación a sus palabras. El joven continuó diciendo:

—A comienzos del mes próximo, a más tardar, estará todo listo.

—Es un empleo jurídico —exclamó Yasín apostillando las palabras de su hijo—. En nuestra dirección de archivos acaban de ser nombrados dos jóvenes licenciados con el nivel ocho y ocho libras de sueldo.

Jadiga había sido quien pidió a Yasín que le hablara a su hijo a propósito de Abd el-Múnim. Ella misma expresó su gratitud:

—¡Gracias a Dios y a ti, hermano! —Luego se volvió hacia Redwán—. Por supuesto la buena acción de Redwán está por encima de nuestro reconocimiento.

—Naturalmente —asintió Ibrahim a sus palabras—. Es su hermano... y el mejor que pueda haber.

—Redwán es el hermano de Abd el-Múnim y Abd el-Múnim el hermano de Redwán —exclamó Zannuba con una sonrisa, buscando no quedarse al margen de la conversación—. No hay duda de ello.

Abd el-Múnim, con un apuro que nunca había sentido ante Redwán, le preguntó:

—¿Te dio seguridad de esto?

—Palabra de Ministro —dijo Yasín, solícito—: yo mismo he seguido el asunto.

—Yo, por mi parte —agregó Redwán—, te allanaré las dificultades en la dirección de personal. Tengo muchos amigos allí, aunque los funcionarios de personal no tienen amigos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Ibrahim Sháwkat suspirando—. Él nos ha librado del trabajo y de los funcionarios.

—¡Vives como un rey, Ibrahim! —dijo Yasín.

—Dios no permita que se condene a nadie a la falta de trabajo —exclamó Jadiga irónica.

—Quedarse con los brazos cruzados en casa es una maldición —intervino Zannuba, cortésmente como era su costumbre—. Menos para el que tiene fortuna y ese es un sultán.

—Mi tío Yasín tiene fortuna y al mismo tiempo es funcionario —terció Ahmad con una sonrisa maliciosa en sus ojos.

—Funcionario y basta, por favor —respondió Yasín con una fuerte risotada—. En cuanto a la fortuna... ¡fueron tiempos! ¿Cómo conservar la riqueza con una familia como la mía?

—¿Tu familia? —exclamó Zannuba desconcertada.

Redwán, deseando cortar una conversación que no le gustaba, se dirigió a Ahmad:

—Si Dios quiere, nos encontrarás a tu disposición el año próximo, una vez que tengas la licenciatura.

—Muchas gracias —contestó Ahmad—, pero no entraré en la función pública. —¿Cómo?

—El funcionariado está hecho para acabar con la gente como yo. Mi futuro está en ser profesional libre.

Jadiga pensó en contestarle, pero prefirió dejar la batalla para más tarde. Redwán concluyó, con una sonrisa:

—Si cambias de opinión, me tienes a tus órdenes.

Ahmad se llevó la mano a la frente en señal de agradecimiento. En ese momento llegó el criado con vasos de limonada helada, al mismo tiempo que el silencio comenzaba a cerrar los labios de todos. Jadiga miró entonces casualmente hacia Karima. Fue como si la viese por primera vez, liberada del asunto de Abd el-Múnim.

—¿Qué tal estás, Karima? —le dijo afectuosamente.

—Bien, tía, gracias —le contestó la joven con voz dulce.

Jadiga iba a comenzar a hacer el elogio de su belleza, pero algo, una especie de

desconfianza, la retuvo. La verdad es que no era la primera vez que Zannuba la traía con ella, desde que la tenía encerrada en casa tras haber finalizado la primaria. Jadiga se decía a sí misma que estos asuntos se disuelven en el aire como un perfume. Si Karima era hija de Zannuba, también lo era de Yasín. De ahí venía lo complicado de la situación. Abd el-Múnim no le prestaba a Karima, preocupado por el asunto, la atención necesaria. A pesar de lo que miraba de ordinario por ella. Aún estaba superando las secuelas producidas por la muerte de su esposa. En cuanto a Ahmad, no había espacio libre en su corazón.

—Karima no deja de lamentarse por no haber entrado en la Escuela Secundaria —dijo Yasín.

—Y yo más —agregó Zannuba frunciendo el ceño.

—Yo tengo mis dudas sobre el someter a las chicas al esfuerzo del estudio —apostilló Ibrahim Sháwkat—. Una chica, a fin de cuentas, está destinada a su casa. No pasará un año o poco más, antes de que Karima sea llevada ante el dichoso elegido.

«Mala lengua te corten», exclamó Jadiga para sus adentros. «Pone sobre la mesa temas peliagudos sin pensar en las consecuencias. ¡Vaya situación! Karima hija de Yasín y hermana de Redwán, a quien le debemos este favor. Quizás no hubiera motivo real para preocuparse de aquello sino sólo meras conjeturas. Pero ¿por qué insistía Zannuba en visitarnos una y otra vez de la mano de Karima? Yasín no tenía tiempo para pensar o urdir nada. Pero ¿y la diosa de las tablas?»

—Eso podía defenderse en épocas pasadas —dijo Zannuba—, pero hoy todas las chicas van a la escuela.

—En nuestro barrio —añadió Jadiga— hay dos chicas que van a la Escuela Superior. ¡Pero hay que verlas! ¡Dios nos libre de la facha de ambas!

—Entre las chicas de tu Facultad, ¿no hay ninguna bonita? —le preguntó Yasín a Ahmad.

Ahmad vibró en su interior, apareciendo en sus ojos la imagen que guardaba viva en su corazón. Y respondió:

—El amor por la ciencia no está vedado a las feas.

—Este tema depende de los padres —dijo Karima con una sonrisa y mirando a su padre.

—¡Magnífico, hija! —exclamó Yasín—. Así habla una buena hija de su padre. De esta manera se dirigía tu tía a tu abuelo.

—Este tema depende de los padres realmente afirmó Jadiga con sarcasmo.

—Hay que disculpar a la chica —se apresuró a decir Zannuba—. ¡Ay, si oyese

lo que él dice ante sus hijos!

—Ya veo y lo comprendo —contestó Jadiga.

—Soy un hombre que tiene sus puntos de vista en cuanto a la educación —sentenció Yasín—. Yo soy un padre y un amigo. No quiero que mis hijos tiemblen de miedo en mi presencia... Yo, que aún ahora me desconcierto ante mi padre.

—¡Dios le dé fuerzas y paciencia para quedarse en casa! —apostilló Ibrahim Sháwkat—. El señor Ahmad es único en su género, no hay otro hombre como él.

—¡Díselo a él! —exclamó Jadiga en plan de crítica.

—Mi padre es único en su género —indicó Yasín en tono de disculpa—. Él y sus amigos se han convertido en prisioneros dentro de sus propias casas, cuando antes el mundo entero les parecía pequeño.

Mientras tanto Redwán le decía a Ahmad en una conversación aparte:

—Con la entrada de Italia en la guerra, se ha llegado a una situación muy peligrosa para Egipto.

—Puede que de los enfrentamientos verbales se pase al de las armas. Pero ¿los ingleses tienen la fuerza suficiente para oponerse al previsible avance italiano? No hay duda de que Hitler va a dejar la tarea de apoderarse del Canal de Suez a Mussolini.

—¿América va a permanecer sin hacer nada? —preguntó Abd el-Múnim.

—La clave de la situación se halla realmente en manos de Rusia —respondió Ahmad.

Pero es aliada de Hitler.

—El comunismo es el enemigo del nazismo. Lo peor es que el mundo correría un peligro mucho mayor con una victoria de Alemania que con una de las democracias.

—El mundo comete una injusticia con nosotros —aseveró Jadiga—. ¡Que Dios confunda sus vidas! ¿Qué son todas esas cosas que antes nunca habíamos conocido? Sirenas de alarma..., cañones antiaéreos..., proyectiles..., desgracias que nos harán viejos antes de tiempo.

—En todo caso —apuntó Ibrahim con suave ironía—, lo de las canas en nuestra casa no llega antes de tiempo. ¡Lo dirás por ti, únicamente!

Ibrahim tenía sesenta y cinco, pero al lado del señor Ahmad, que sólo era tres años mayor que él, parecía veinte años más joven. Al final de la visita, Redwán le dijo a Abd el-Múnim:

—Ven a verme al Ministerio.

Cuando se habían ido y nada más cerrarse la puerta, Ahmad le soltó a Abd el-Múnim:

—Ten cuidado de no entrar a verlo sin llamar... Aprende a comportarte ante un secretario de Ministro...

Su hermano no le respondió, ni lo miró siquiera...

A Ahmad no le costó gran trabajo encontrar la villa de Mr. Forster, profesor de Sociología, en el-Maadi. Desde el momento de su entrada en la casa, se dio cuenta de que había llegado algo tarde. Un buen número de estudiantes, invitados como él a la fiesta que daba el profesor con motivo de su viaje a Inglaterra, se encontraba ya en el lugar. Mr. Forster, acompañado de su esposa, lo recibió, presentándolo como uno de los mejores estudiantes del Departamento. Luego el joven se dirigió hacia la terraza, donde se habían sentado sus compañeros. Estaba todo el Departamento de Sociología al completo. Ahmad formaba parte de la minoría de alumnos del último curso, con los que compartía ese sentimiento de distinción y superioridad. Algunas estudiantes no se encontraban allí todavía, aunque él estaba seguro de que vendrían... Al menos su «amiga», que vivía también en el-Maadi. Echó una ojeada al jardín y vio una mesa larga, en medio de una explanada de césped rodeada de sauces y palmeras. Encima de la mesa, en perfecto orden, jarras de té, recipientes con leche y bandejas de dulces. Se oyó entonces a un estudiante que preguntaba:

—¿Respetamos las buenas maneras inglesas, o nos lanzamos sobre la mesa como buitres?

—¡Si no estuviera *Lady* Forster...! —respondió otro aparentando un tono de pena.

Era el atardecer aunque el ambiente resultaba agradable a pesar del bochorno típico de junio... No tardó en aparecer el grupo esperado de chicas en la entrada de la villa. Venían juntas como si se hubiesen puesto de acuerdo. Eran cuatro: todas las estudiantes del Departamento. Alawiyya Sabri apareció contoneándose dentro de un ondulante vestido de un blanco resplandeciente. El vestido y ella parecían fundidos en un solo ser, que contrastaba con sus cabellos negro azabache. En ese momento Ahmad sintió un codo que le hacía en el suyo una señal de complicidad, como advirtiéndole algo de lo que ya él, necesariamente, se había dado cuenta... Su secreto había sido revelado hacía tiempo... Las siguió con la mirada hasta que estuvieron en el rincón de la terraza reservado para ellas. Mr. Forster y su esposa se acercaron. Ella se dirigió a los estudiantes, mientras señalaba hacia las alumnas:

—¿Necesitáis que os las presente?

Todos rieron. El Profesor era hombre de ánimo vivo, a pesar de estar próximo a los cincuenta:

—¡Es a mí a quien deberías presentarme a ellos!

Estallaron de nuevo las risas, hasta que Forster volvió a decir:

—Todos los años por esta época nos vamos de Egipto para pasar las vacaciones en Inglaterra. Sólo esta vez no sabemos si volveremos de nuevo o no.

—Ni si vamos a ver Inglaterra —apuntó su esposa.

Todos se dieron cuenta de que se refería al peligro de los submarinos. Más de una voz le respondió:

—¡Buena suerte, señora!

—Llevaré conmigo —dijo su marido— los mejores recuerdos de nuestra vida en común en la Facultad de Letras y de este precioso y tranquilo lugar de el-Maadi. Aparte de vosotros, de quienes me enorgullezco a pesar de vuestros disparates.

—Su recuerdo permanecerá en nuestros corazones para siempre —dijo cortésmente Ahmad— y se irá engrandeciendo con nuestro entendimiento.

—Gracias —y añadió dirigiéndose sonriente a su mujer:

Ahmad es un joven universitario de verdad. Aunque tenga opiniones que provocan normalmente dificultades en su país.

—Quiere decir que es comunista —apostilló uno de sus compañeros como aclaración.

La señora levantó las cejas, sonriendo. Forster prosiguió, en un tono cargado de significado:

—Ha sido su compañero el que lo ha dicho, no yo.

El profesor se levantó, diciendo:

—Es la hora del té. No la dejemos pasar. Luego tendremos tiempo sobrado de charlar y divertirnos.

Los empleados de Groppi habían preparado la mesa y estaban listos para servirla... *Lady* Forster se colocó en mitad de la mesa, al lado de las alumnas, mientras su marido se sentaba frente a ella. Este dijo, acerca de la disposición de los invitados:

—Hubiéramos deseado que estuvierais más distribuidas, pero queríamos respetar las costumbres orientales, ¿no?

—Desgraciadamente es lo que hemos observado, señor —respondió un estudiante sin vacilar.

Un sirviente repartió el té y la leche y comenzó el convite. Ahmad observaba de reojo cómo Alawiyya Sabri era la más distinguida de sus compañeras, por sus elegantes maneras, y la menos cohibida de todas ellas. Se la notaba acostumbrada a la vida social: parecía como si estuviese en su casa. Ahmad sentía que mirarla comer los dulces era más apetitoso que los dulces mismos. Era una buena amiga a la que le

unía una amistad y un afecto compartidos, sin que esto lo empujase a sobrepasar los límites de ambos. «Si no aprovecho la oportunidad que hoy se me brinda —pensaba para sus adentros— todo acabará para mí...» *Lady Forster* elevó la voz para decir:

—Veo que las restricciones de la guerra no llegan a vuestra afición por los dulces.

—Es una suerte que la censura no haya caído por el momento sobre el té —le comentó un estudiante.

Forster se inclinó hacia Ahmad, a cuyo lado estaba sentado, y le preguntó:

—¿Cómo vas a pasar las vacaciones? Quiero decir, ¿qué vas a leer?

—Bastante de economía, algo de política... y escribiré algunos artículos para revistas.

—Te aconsejo que hagas la memoria de licenciatura después de graduarte.

—Lo haré más tarde, quizás —le contestó Ahmad después de beber un trago de té—. Comenzaré por trabajar de periodista. Es una vieja idea que tengo.

—¡Bien!

«Tu querida amiga habla fluidamente con *Lady Forster*. ¡Qué rápido se ha soltado en inglés! Las rosas y las flores resplandecen en rojo y otros colores, como brilla el corazón con el amor. En un mundo de libertad el amor brota como las flores. El amor no es un sentimiento claro y natural nada más que en un país comunista».

—Lamento no haber completado mis estudios de lengua árabe —continuó Forster—. Me hubiera gustado leer *Magnún y Layla* sin la ayuda de alguno de vosotros...

—Lo lamentable sería que dejara de estudiarla...

—A menos que las circunstancias lo permitan después de que...

«Puede ser que te veas forzado a saber alemán. ¿No sería divertido ver en Londres manifestaciones pidiendo que vinieran y luego otras para que se fueran? El carácter inglés, individualmente, resulta increíble. Como lo es el de tu querida amiga, que no existe otro igual al suyo... Dentro de poco se ocultará el sol y nos reunirá la noche en un mismo lugar por primera vez... Si no aprovecho la oportunidad que hoy se me brinda, todo acabará para mí...»

Le preguntó a su profesor:

—¿Qué va a hacer a su vuelta a Londres?

—Me han ofrecido trabajo en la radio.

—Así no dejaremos de oír su voz...

«Un cumplido excusable en esta reunión realizada por tu amiga. Aquí no

escuchamos más que la radio alemana... Nuestro pueblo ama a los alemanes aunque sólo sea como medio de oponerse a los ingleses. El imperialismo es la forma superior del capitalismo. Esta reunión con nuestro profesor crea una situación digna de tenerse en cuenta. La aceptamos por espíritu científico, pero existe una especie de contradicción entre el cariño a nuestro profesor y nuestra animadversión hacia su país. Lo ideal sería que la guerra acabase con el nazismo y el colonialismo al mismo tiempo. Entonces me dedicaré solamente al amor».

Más tarde volvieron todos a reunirse en la terraza, donde habían encendido las luces. *Lady Forster* no tardó en decir:

—El piano está a vuestra disposición por si alguien quiere tocar algo.

—Toque usted algo para nosotros —respondió un estudiante.

Ella se levantó con la agilidad de una juventud que hacía años había abandonado. Se sentó al piano, abrió la tapa y se puso a tocar una melodía. Ninguno de ellos conocía la música occidental, ni les gustaba. Pero escucharon atentamente y en silencio por educación y cortesía. Ahmad intentó sacar de su amor una fuerza mágica para abrir con ella las notas de la música. Pero olvidó hasta la melodía que sonaba mientras miraba el rostro de Alawiyya. Sus ojos se cruzaron una vez, intercambiando una sonrisa que no pasó inadvertida a muchos de los presentes. En medio del arrebató de aquella alegría se dijo para sus adentros: «Está claro que si no aprovecho la oportunidad que hoy se me brinda, todo acabará para mí». Al final de la interpretación de *Lady Forster*, un estudiante se puso a tocar una canción oriental.

Después todos se enfrascaron en una larga conversación. Hacia las ocho de la tarde los estudiantes se despidieron de su profesor y comenzaron a marcharse.

Ahmad se paró en un recodo de la calle. Hacia una noche realmente hermosa y agradable, bajo el frescor de los árboles. Cuando la vio avanzar, ella sola, camino de su casa, se plantó delante de ella cortándole el paso. Ella se detuvo, asombrada:

—¿No te has ido con los otros?

Lanzó una especie de suspiro como para aligerar su pecho de la efervescencia que lo embargaba y le dijo con tranquilidad:

—He dejado la caravana para verte.

—¿Qué crees que van a pensar con tu abandono?

—Eso es asunto suyo —le respondió sin darle importancia al tema.

Ella se puso a andar lentamente y él a caminar a su lado. La paciencia daba resultado al cabo del tiempo. Le dijo:

—Quisiera preguntarte algo antes de irme. ¿Me permites que te haga una pregunta?

Ella levantó su hermosa cabeza, impulsada por la sorpresa. Sin embargo no emitió una sola palabra como si no encontrara nada que decir. La calle estaba vacía. La luz de las farolas se ocultaba tras la pintura azul de la defensa antiaérea. Él volvió a preguntarle:

—¿Me lo permites?

Ella le respondió con una voz débil no exenta de reproche:

—¡Vaya manera que tienes de decir las cosas! Me dejas asombrada.

—¡Perdona! —le contestó él con una leve sonrisa—. Teniendo en cuenta la larga historia de nuestra amistad, no debe haber sorpresa alguna en mis palabras.

—Dirás de nuestra amistad y nuestra colaboración intelectual ¿no?

Estas palabras no lo tranquilizaron:

—Quiero decir mi sentimiento no oculto que ha tomado la forma de amistad y colaboración intelectual, como acabas de llamarlo.

—¿Tu sentimiento no oculto? —inquirió ella con una expresión sonriente aunque agitada.

—Quiero decir mi amor —contestó él con firmeza y sinceridad—. El amor que no puede ocultarse. Tenemos por costumbre no hablar para declararlo, aunque seamos felices al hacerlo explícito.

—Todo esto me sorprende —exclamó ella para ganar tiempo y recuperar la calma.

—Lamento oír eso.

—¿Por qué te lamentas? La verdad es que no sé qué decir...

—Dime: «Te lo permito» —dijo él riendo— y deja el resto para mí...

—Pero..., pero..., no sé..., perdona... Somos amigos, es verdad, pero nunca me has hablado de... quiero decir que las circunstancias no han permitido que me hablaras de ti a nivel personal...

—¿No me conoces?

—Te conozco, desde luego... Pero existen otras cosas que es necesario conocer...

«¿Se refiere a los asuntos de costumbre? Cuestiones propias de un corazón que no está prisionero del amor...» Esto lo irritó, pero no abandonó su firmeza:

—Cada cosa a su tiempo...

—¿No ha llegado ya el momento? —le preguntó ella, recuperada ya su tranquilidad.

—Tienes razón —respondió Ahmad con una tibia sonrisa—. ¿Te refieres al futuro?

—¡Por supuesto!

Esta última expresión lo irritó. Esperaba oír música y escuchaba un tono académico. Pero era necesario que no le fallase la confianza en sí mismo, pasara lo que pasara. Ella no sabía hasta qué punto lo hacía feliz aquella frialdad:

—Después de graduarme, tendré un trabajo...

Y añadió, tras una pausa:

—Y un día tendré una renta que no está mal...

—Vagas palabras —exclamó ella con pudor.

—Mi sueldo estará dentro de los límites normales —apuntó él, disimulando su dolor con la serenidad—. La renta alcanzará las diez libras aproximadamente.

Calló. Quizás ella estuviera sopesando el asunto y dándole vueltas. Era el aspecto material del amor. ¿Dónde estaba ahora el soñador de las más hermosas locuras? Este es un país extraño. Se lanzaba a la política siguiendo sus sentimientos y en el amor seguía la precisión del contable. Al final volvió aquella tierna voz:

—Dejemos la renta a un lado. No está bien que organices tu vida basándote en la posibilidad de que desaparezcan tus seres queridos.

—Quería decirte que mi padre tiene propiedades.

—Seamos realistas —exclamó ella con una fuerza que confirmaba el momento de alteración que acababa de pasar.

—He dicho que tendré un trabajo. Tú por tu parte encontrarás un trabajo también.

—No, yo no trabajaré —dijo ella con una extraña risa—. No he ido a la Universidad para encontrar un puesto de trabajo como mis compañeras...

—El trabajo no es un defecto.

—Por supuesto, pero mi padre... Lo cierto es que todos estamos de acuerdo en esto: yo no trabajaré.

Esto calmaba sus sentimientos y acababa con el asunto:

—Está bien, trabajaré yo.

Ella le contestó con una voz en la que parecía querer poner una dulzura por encima de lo normal:

—Profesor Ahmad, dejemos el tema para más adelante. Dame tiempo para pensarlo.

—Hemos considerado el asunto desde todos los puntos de vista —apuntó él con una leve sonrisa—. Tú necesitas tiempo para meditar tu negativa.

—Es necesario que hable con mi padre —exclamó ella en un tono vivo.

—Eso es evidente. Pero es posible que lleguemos a tener una opinión antes...

—Un tiempo, aunque sea breve...

—Estamos en junio. Vamos a irnos de vacaciones. No nos veremos hasta octubre próximo en la Facultad.

—Necesito un tiempo para pensarlo y pedir consejo —dijo ella con insistencia.

—No quieres decirme nada...

Entonces ella detuvo de pronto su marcha y dijo de buenas maneras y al mismo tiempo con decisión:

—Ahmad, pretendes empujarme a que hable... Te pido pues que tomes mis palabras con espíritu de benevolencia... Antes de esto he pensado mucho en el tema del matrimonio. No por ti sino de forma general... Y he llegado a la conclusión, y en ella coincide mi padre, de que mi vida no estaría bien enfocada y que no mantendría mi nivel si no dispusiera al menos de cincuenta libras al mes.

Tuvo que tragarse una enorme decepción que no esperaba ni en el peor de los casos que llegara a ser tan amarga.

—¿Existe un funcionario —le preguntó—, es decir, alguno en edad de casarse, que tenga tal sueldo?

Ella no abrió la boca. Ahmad insistió:

—¡Lo que pretendes es un marido rico!

—Lo siento mucho, pero tú me has forzado a manifestarte mi opinión.

—Más vale así en cualquier caso —le contestó él con voz grave.

—Lo siento —volvió a balbucear ella.

A Ahmad lo sublevó la ira. Pero hizo un sincero esfuerzo para no sobrepasar los límites de la buena educación. Le preguntó:

—¿Me permites que te diga lo que pienso?

—De ningún modo —se apresuró ella a decir—. Conozco ya bastante tus opiniones. Te pido que sigamos siendo amigos, como antes.

A pesar de su enfado, sintió pena de ella. Se trataba de la cruda realidad antes de que el amor la dulcificase. Alguien que huyera con su criado sería una mujer normal, pero aparecería a los ojos de la tradición como una perturbada. En una sociedad basada en el engaño lo sano se presenta como enfermo y viceversa. Estaba enfadado, pero su abatimiento era mayor que su ira. De todas formas ella intuyó su pensamiento y en aquel momento era un consuelo. Alawiyya extendió su mano para despedirse. Ahmad la estrechó con la suya y permaneció así hasta que tuvo fuerzas para decir:

—Me has dicho que no has ido a la universidad para tener un puesto de trabajo. Parecen bonitas palabras, pero ¿hasta qué punto te ha sido de provecho la

Universidad?

Ella levantó la barbilla, como queriendo preguntarle algo. Pero él se adelantó en un tono no desprovisto de ironía:

—Perdona mi estupidez. Quizás la cuestión esté en que nunca has amado...
¡Hasta la vista!

Giró sobre sus talones y se alejó rápidamente.

—Quizás me haya equivocado al traer a mi mujer a El Cairo para dar a luz —dijo Ismail Latif—. Todas las noches suenan las sirenas de alarma. En Tanta no conocemos nada de los horrores de esta guerra.

—Son ataques simbólicos —exclamó Kamal—. Si quisieran hacernos daño, no habría fuerza que se lo impidiera.

Riyad Quldus se rio y dijo dirigiéndose a Ismail Latif, al que veía por segunda vez desde que se conocieron, hacia un año:

—Estás hablando con un hombre que no es consciente de sus responsabilidades como marido.

—¿Y tú eres consciente de ello? —le preguntó Ismail con ironía.

—Yo estoy soltero, como él, aunque no soy enemigo del matrimonio.

Paseaban por la calle Fuad I, al caer la noche, en medio de una oscuridad sólo atenuada por las débiles luces que salían de las puertas de los edificios públicos. A pesar de todo la calle estaba llena de mujeres, hombres y soldados británicos de todos los cuerpos. El otoño expandía una brisa húmeda, aunque la mayor parte de la gente llevaba vestidos de verano. Riyad Quldus miró hacia un grupo de soldados indios diciendo:

—Es triste que los hombres se alejen tanto de su país para luchar por la causa de otro.

—Me pregunto cómo tienen estos desgraciados ánimo para reírse —exclamó Ismail Latif.

—Lo mismo que reímos nosotros en este extraño mundo —respondió Kamal tristemente—: el vino, las drogas y la desesperación.

—Pasas por una crisis única. Todo a tu alrededor se ha zarandeado por los cuatro costados. Frivolidad e ilusiones de la mente, lucha dolorosa con los secretos de la vida y del espíritu, hastío y enfermedad... Te compadezco.

—Cásate —apostilló Ismail Latif con simpleza—. Yo pasé por este hastío antes de casarme.

—Díselo a él —respondió Riyad Quldus.

—El matrimonio es la última capitulación en este combate inútil... —exclamó Kamal como hablando consigo mismo.

«Ismail se equivoca en la comparación. Es un animal educado. Pero ¡cuidado!, quizás esto sea un espejismo. Tú yaces encima de un lecho de decepciones y de

derrotas. Ismail no conoce nada del mundo de las ideas, sólo la felicidad que dan el trabajo, la esposa y los hijos. ¿Y no es esta una felicidad digna de burlarse del desprecio que tú le haces?»

—Si me decido un día a escribir una novela —dijo Riyad—, tú serás uno de los protagonistas.

Kamal se volvió hacia él con una curiosidad infantil y le preguntó:

—¿Qué papel me vas a dar?

—No sé. Pero conviene que te convenzas a ti mismo de no estar harto de todo. Muchos de los que se ven reflejados en mis relatos están hartos.

¿Por qué?

—Puede ser que cada persona tenga una idea de sí mismo creada por ella. Y si el novelista la analiza, se rebela y se enfada.

—¿Tienes alguna idea sobre mí que no desvelas? —preguntó Kamal inquieto.

—Por supuesto que no —aseguró con firmeza—. Pero el escritor puede partir de una persona concreta y luego olvidarla completamente para crear un tipo humano nuevo. Entre este y el original no existe más parentesco que el de la inspiración inicial. Tú me inspiras a mí la personalidad del hombre oriental indeciso entre Oriente y Occidente, dando vueltas continuamente alrededor de sí mismo hasta el vértigo.

«Habla de Oriente y Occidente pero ¿cómo podría él llegar a comprender a Aida? La desgracia tiene muchas variantes».

—Toda tu vida vas a estar creándote problemas —dijo Ismail Latif, con simpleza una vez más—. Los libros, creo yo, son la base de tus desdichas. ¿Por qué no intentas llevar una vida normal?

Llegaron caminando al cruce con la calle de Imad el-Din y torcieron por ella, evitando un grupo grande de ingleses que desfilaba ante ellos.

—¡Al infierno con ellos! —exclamó Ismail Latif—. ¿De dónde les vendrá esa confianza? ¿Crees que realmente la tienen?

—Me parece que el resultado de la guerra está ya previsto —dijo Kamal—. Acabará la próxima primavera.

—El nazismo es un movimiento reaccionario y en contra de la humanidad —afirmó Riyad Quldus con desprecio—. Las desgracias del mundo van a duplicarse bajo sus botas de hierro...

—Lo que haya de ser, será —contestó Ismail—. Lo importante es que veamos a los ingleses en la misma situación que ellos imponen a los pueblos débiles.

—Los alemanes no son mejores que los ingleses —comentó Kamal.

—Pero con los ingleses hemos terminado mal —dijo Riyadh Quldus—. El imperialismo británico va entrando en la vejez y quizás se esté dulcificando con ciertos principios humanistas. Mañana nos las veremos con un imperialismo joven, seguro de sí mismo, ávido, rico, beligerante... ¿Y qué haremos entonces?

Kamal estalló en una carcajada que denotaba otro tono:

—Bebamos, pues, un par de vasos y soñemos con un mundo unificado y dirigido por un gobierno único y justo...

—Para eso necesitaremos sin remedio más de dos vasos.

Se encontraron delante de una nueva taberna que no habían visto nunca antes, muy posiblemente uno de esos endiablados lugares que hacen brotar como hongos las circunstancias de la guerra. Kamal miró hacia el interior y vio a una mujer blanca, con un cuerpo oriental, que se ocupaba de dirigir el local. De pronto plantó sus piernas y se quedó parado... O mejor no podía moverse. Sus dos acompañantes tuvieron que detener el paso y dirigir la vista hacia donde él estaba mirando... ¡Maryam!... ¡Era Maryam sin duda! ¡Maryam, la segunda mujer de Yasín!... Maryam, la vecina de toda la vida, en esta taberna, después de haber desaparecido un buen tiempo. Maryam, la que él creía que estaba con su madre.

—¿Quieres que nos sentemos aquí? Vamos, no hay más que cuatro soldados ingleses dentro.

Dudó un buen rato pero no tuvo el valor suficiente y dijo sin salir de su asombro:

—De ninguna manera...

Echó otra mirada a aquella mujer. Le recordaba a la madre de ella, al final de sus días. Luego siguieron su camino... ¿Cuándo la había visto por última vez? Hacía trece o catorce años por lo menos. Se trataba de uno de los recuerdos del pasado que no se le habían borrado... Sí, se trataba de su pasado..., de su propia historia..., de su mismo ser... Todos ellos eran una sola cosa. Ella lo había recibido en Qasr el-Shawq, durante su última visita a aquella casa antes del repudio. Él no dejaba de recordar cómo se le había quejado de la conducta irregular de su hermano y de su vuelta a la vida turbulenta y deshonesta. Quejas de las que no había previsto las consecuencias y que le habían llevado al papel que desempeñaba ahora en esa endiablada taberna. Antes de todo aquello era la honorable hija del señor Muhammad Redwán, su amiga y la inspiradora de las fantasías de su primera infancia. Aquel tiempo en el que veía la vieja casa repleta de alegrías y de paz. Maryam era entonces una rosa, como lo era Aisha; pero el tiempo es el peor enemigo de las rosas. Entraba dentro de lo posible que se hubiera tropezado con ella en una de esas casas como aquella en la que encontró a Sitt Galila. Y si esto hubiese

llegado a ocurrir, se habría visto metido en un aprieto... ¡y de qué calibre!... Maryam había comenzado con los ingleses y terminaba con ellos...

—¿Conoces a esa mujer?

—Sí...

—¿Cómo?

—Es una mujer... de esas a olvidar... Quizás no se acuerde de mí.

—Sí..., las tabernas están llenas de ellas: viejas prostitutas y criadas lanzadas de variado pelaje...

—Sí... ¿Y por qué no has entrado? Quizás nos hubiera recibido mejor en tu honor.

—No se puede decir que sea joven... Disponemos de lugares más adecuados...

Con esto se fijaba él mismo la edad, sin darse cuenta. Andaba a mitad de la treintena y parecía como si ya hubiese consumido su cuota de felicidad. Si comparaba su actual desgracia con la del pasado, no sabía cuál de las dos era peor. Pero ¿qué importaba la edad si estaba harto de la vida? La verdad es que la muerte era la mayor delicia de la vida... Pero ¿qué era ese ruido?

—¡Un ataque! —¿Dónde vamos?

—Al refugio del Café Rex.

En el refugio no encontraron nada más que un lugar libre para sentarse y se quedaron de pie. Había allí una masa heterogénea de efendis, extranjeros, señoras y niños. Se hablaba en todas las lenguas y dialectos. Voces de miembros de la defensa civil gritaban en el exterior: «¡Apagad las luces!». El rostro de Riyad comenzó a palidecer. Odiaba el ruido de los cañones. Kamal le dijo en broma:

—No deberías haberme tomado a juego en tu novela...

Lanzó una sonrisa forzada y apuntó, señalando a la gente:

—La humanidad entera está representada en sus justas proporciones dentro de este refugio.

—Si se reúnen para lo bueno —contestó Kamal con ironía—, también lo hacen por el miedo.

—Ahora mi mujer —exclamó nervioso Ismail— estará bajando la escalera buscando a tientas el camino en la oscuridad. De veras que estoy pensando en volver a Tanta mañana.

—¡Si vivimos...!

—Realmente, ¡pobre la gente de Londres!

—Pero ellos son el origen de toda esta tribulación.

La palidez del rostro de Riyad Quldus aumentaba por momentos. Pero intentó

disimular su agitación preguntándole a Kamal:

—Yo te he oído preguntar una vez: «¿Dónde está la parada de la muerte, que abandono el triste autobús de la vida...?» ¿Te daría igual que nos destrozase ahora una bomba?

Kamal sonrió. Estaba esperando cada vez con más angustia que de un momento a otro disparase un cañón, atronándole los oídos.

—De ningún modo —le contestó. Y añadió pensativo—: ¿Merece la pena el dolor del sufrimiento?

—¿No continúa golpeándote en tus entrañas una oscura esperanza en la vida?

«¿Por qué no se había suicidado? ¿No aparentaba externamente su vida que él estaba lleno de entusiasmo y fe? Durante mucho tiempo se había colocado a sí mismo entre dos extremos contradictorios: el nido de los placeres y el ascetismo. Pero no era alguien que soportara una vida dedicada a la calma y los placeres. Por otro lado había algo en su interior que lo alejaba de la pasividad y de la huida. Quizás esto mismo es lo que se interponía entre él y el suicidio. En algún momento su apego a la cuerda de la vida, agitándose entre sus manos, se oponía a la médula de la duda asesina. Todo se resumía en dos palabras: perplejidad y tormento».

Repentinamente sonó una lluvia de cañonazos que cortaron la respiración, desviaron las miradas y callaron las bocas. Pero el bombardeo no duró más de dos minutos, en espacio temporal. La gente esperó la odiada vuelta al ruido ensordecedor. El miedo se apoderó de los ánimos, pero se hizo un silencio duradero.

—Imagino la situación de mi mujer ahora —dijo Ismail Latif—. ¿Cuándo crees que acabará el ataque?

—¿Cuándo acabará la guerra? —preguntó Riyad Quldus—. No tardó en sonar el fin de la alerta y desde el refugio se elevó un profundo suspiro.

—No es más que una broma italiana —exclamó Kamal.

Dejaron el refugio en medio de la oscuridad, como murciélagos. Las puertas escupieron unas siluetas tras otras. Luego se fue haciendo una luz tenue desde las ventanas y el bullicio llenó todos los rincones.

—Parece que la vida, durante este momento fugaz y ciego, ha recordado a los negligentes su valor y que no tiene comparación con ninguna otra cosa en este mundo.

La vieja casa había adquirido con el paso del tiempo una imagen nueva, denotando cierta descomposición y los síntomas de la edad. Su armonía se había disuelto y el ambiente familiar estaba deteriorándose. Ambos elementos constituyeron en tiempos el alma de la casa. Al comienzo de la mañana Kamal desaparecía para ir a la escuela; Amina salía para su gira espiritual a el Huseyn y Sayyida Zaynab; Umm Hánafi bajaba a la habitación del horno; el señor se echaba sobre el sofá en su cuarto, o se sentaba en el balcón en una silla; Aisha vagaba a su aire entre la azotea y su dormitorio; la radio sonaba solitaria en el salón. Al atardecer Amina y Umm Hánafi se reunían allí, mientras que Aisha permanecía en su cuarto o pasaba con ellas dos algunos ratos. El señor Ahmad no dejaba sus habitaciones. Kamal, si regresaba temprano, era para encerrarse en su biblioteca, en el piso alto. Al principió el aislamiento del señor fue causa de tristeza; más tarde se convirtió en una costumbre, para él y para los demás. Lo mismo que la tristeza de Aisha había sido dolorosa y luego pasó a ser algo normal para ella y para los otros. Amina nunca dejó de ser la primera en levantarse. A su vez ella despertaba a Umm Hánafi, hacía sus abluciones y rezaba. Una vez despierta, Umm Hánafi, sin duda la más sana de todos ellos, iba a la habitación del horno, mientras Aisha abría pesadamente sus ojos. Luego tomaba varias tazas de café seguidas, se fumaba varios cigarrillos, uno tras otro, y más tarde, durante el desayuno, probaba sólo algún bocado... Se había apagado completamente. No era nada más que un impresionante esqueleto cubierto de una pálida piel. Sus cabellos habían empezado a caerse, hasta el punto de tener que acudir al médico antes de quedarse calva. Ella misma se había precipitado a toda clase de enfermedades e infecciones, de tal manera que el médico le aconsejó quitarse la dentadura. De su antigua persona no quedaba más que el nombre. Sin embargo, no había abandonado la costumbre de mirarse al espejo, no para acicalarse sino para responder a un antiguo hábito, por un lado; y para superar su tristeza, por otro. A veces parecía como si se conformase con los designios del destino de buena gana y se pasaba largos ratos sentada con su madre. Entonces participaba activamente en la conversación, incluso dejaba escapar una sonrisa de sus labios mustios. O iba a ver a su padre para preguntarle por su salud. O paseaba por el jardín de la azotea echándoles de comer a las gallinas. Su madre le decía esperanzada:

—¡Qué alegría me das, Aisha! ¡Ay si te viera siempre así!

Mientras que Umm Hánafi se secaba las lágrimas y le proponía:

—Vamos al cuarto del horno a preparar algún buen plato.

Pero en una ocasión, a media noche, a su madre la despertaron unos sollozos que salían de la habitación de Aisha. Fue hacia allí después de comprobar que su marido dormía. La encontró sentada en la oscuridad y llorando. Cuando sintió a su madre, se echó sobre ella diciendo:

—¡Si al menos me hubiera dejado lo que llevaba en su vientre como herencia...!
¡Mis manos están vacías! ¡No tengo nada en este mundo...!

—Comprendo perfectamente tu tristeza —le contestó su madre abrazándola—. Una tristeza que no admite consuelo. ¡Ojalá hubiera podido cambiarme por ti! Pero Dios Altísimo sabe lo que hace. ¿Para qué sirve la tristeza, pobrecita mía?

—En cuanto me duermo sueño con ellos, o en la vida que llevaba antes...

—¡Confía en Dios! He pasado mucho tiempo con el sufrimiento que tú soportas ahora. ¿Has olvidado acaso a Fahmi?... Pero el creyente debe ser fuerte ante las pruebas que le vienen... ¿Dónde está tu fe?

—¡Mi fe...! —exclamó Aisha irritada.

—Sí... Recobra tu fe... Reza a tu Señor... Él te enviará Su misericordia de donde menos esperes...

—¡La misericordia! ¿Dónde está la misericordia...?

—Su misericordia está en todas las cosas. ¡Hazme caso y ven conmigo a el-Huseyn! Pon la mano en su mausoleo y recita la *Fátiha*. El fuego que sientes se convertirá en frescor y paz, como el fuego de Nuestro Señor Abraham.

Su postura hacia su salud no era menos contradictoria que todo esto. Cuando acudía a los médicos con cierta constancia y asiduidad, hasta parecía que volvía a aferrarse a esta vida. Pero otras veces se abandonaba a sí misma y despreciaba cualquier consejo de un modo suicida. Las visitas al cementerio constituían la única costumbre que no había abandonado ni en una sola ocasión. En esto se agotaba toda su generosidad. Con el mejor de los ánimos dedicaba a ello todo lo que tenía de la herencia de su marido y de su hija. Así, los alrededores de las tumbas se convirtieron en un florido jardín cuajado de flores y arrayanes. El día que le vino Ibrahim Sháwkát para arreglar los trámites de la herencia, estalló en una carcajada de locura y le dijo a su madre:

—¡Felicítame por la herencia que me ha dejado Naíma!

Kamal venía a verla siempre que percibía en ella algo de estabilidad. Se sentaba a su lado largos ratos mimándola y cuidándola. La contemplaba despacio y en silencio... Venía a su mente con tristeza su antigua imagen, abandonada hoy por

Dios, y examinaba la ruina a la que ella había llegado. No estaba delgada solamente, ni únicamente enferma. Estaba triste, en todo el sentido de la palabra. No se le ocultaba a Kamal la similitud de los destinos que ambos encaraban: ella había perdido su descendencia, él sus esperanzas... Ella había terminado en la nada, él también... Aunque los hijos de Aisha fueran de carne y sangre y sus esperanzas de engaños y fantasías.

Un día él les dijo:

—¿No sería mejor que fueseis al refugio si suena la sirena de alarma?

—Yo no abandono mi cuarto —respondió Aisha.

—Son ataques sin peligro y bombas como cohetes de feria —contestó la madre.

—Si tuviera fuerzas para ir al refugio —exclamó por su parte el padre, desde el fondo de la habitación— iría a la mezquita o a casa de Muhammad Effat.

En otra ocasión, Aisha vino desde la azotea agitada y jadeante, diciéndole a su madre:

—¡Ha ocurrido algo extraordinario!

Su madre la miró con una curiosidad teñida de esperanza. Ella continuó sin dejar de jadear:

—Estaba en la azotea mirando la puesta de sol, en un estado de desesperación como nunca antes había sentido. De pronto se ha abierto en el cielo una ventana con una luz resplandeciente y yo he gritado en voz alta: «¡Señor!».

La madre abrió los ojos sorprendida. ¿Era una muestra de la misericordia divina o un nuevo abismo de tristezas?

—Quizás sea la misericordia de Nuestro Señor, hija mía —balbuceó Amina.

—Sí —respondió ella con el rostro resplandeciente de alegría—. Yo grité: «¡Señor!».

 Y la luz llenó todo el mundo.

Todos se pusieron a darle vueltas al asunto, observándolo con una tremenda angustia. Aisha se pasaba las horas inmóvil, en la azotea, esperando que surgiese la luz otra vez. Hasta tal extremo que Kamal se decía para sus adentros: «¿Es este el final a cuyo lado la muerte tiene poca importancia?». Pero por suerte, por suerte para todos, ella olvidó el asunto con el tiempo y no volvió a mencionarlo. Luego no paró de meterse cada vez más en el mundo propio que se había creado para ella. En él vivía sola, tanto si estaba aislada en su cuarto como si se sentaba con el resto de la familia. Excepto algunos momentos, muy de vez en cuando, en los que volvía en sí como si regresara de un largo viaje. Luego no tardaba en reemprender la marcha. En aquel tiempo se aferró a una nueva costumbre: hablar consigo misma. Especialmente cuando estaba sola. Esto produjo nuevas angustias. Menos mal que ella se dirigía a

los difuntos, perfectamente consciente de que estaban muertos, sin crearse fantasías o fantasmas. Ahí estaba el consuelo de los que la rodeaban...

«¡Qué frío el de este invierno! Recuerda a aquel otro invierno que quedó grabado en la memoria de la gente de toda una generación. ¿Qué año fue? ¡Dios mío!: ¿dónde está la memoria que conserva aquello?» A no ser que aquel anciano corazón lo haya relegado al olvido... Es una parte del pasado cuyo recuerdo suscita lágrimas en lo más profundo... La época en que se levantaba temprano y se metía bajo la ducha sin reparar en el frío del invierno. Luego se llenaba el estómago y se lanzaba al mundo de los otros. El mundo del movimiento y de la libertad, del que hoy no conocía nada sino por lo que le contaban. Y parecía que hablaban de un mundo situado al otro extremo de la tierra. En aquel tiempo tenía la libertad y el poder de sentarse en el sofá de su cuarto o en la silla del balcón, oprimido por la prisión del hogar. Cuando tenía necesidad iba al baño público. O se cambiaba de ropa él mismo... Por todo esto maldecía el tener que quedarse en casa. Aunque disponía de un día a la semana en que podía salir, apoyándose en su bastón o subido a un coche de caballos, y podía ir a visitar el-Huseyn o la casa de alguno de sus amigos. Continuamente pedía a Dios que le librara del encierro en casa. Pero hoy no podía abandonar la cama... Los límites de su mundo no sobrepasaban ahora las cuatro esquinas del colchón. Hasta el baño venía a él por no poder ir al baño... Una desgracia que nunca había entrado en sus cálculos. La irritación acudía a sus labios y la amargura inundaba su saliva. Sobre aquel colchón reposaba de día, dormía de noche, tomaba las comidas y hacía sus necesidades... Él, que tenía a gala su proverbial elegancia y que andaba siempre anunciado por un exquisito perfume... Aquella casa sometida desde siempre y de forma absoluta a sus deseos se ponía a observarla ahora y no encontraba en ella más que miradas de compasión... Pedía algo y se lo daban como a los niños.

Sus amigos del alma se habían ido en un corto espacio de tiempo como si estuvieran previamente todos citados. Se fueron y lo dejaron solo... «¡Con Dios, Muhammad Effat...!» La última vez que lo vio fue en una velada, una noche de Ramadán, en el *salámlík* que daba al jardín. Se despidió de él y se alejó en medio de sus enormes risotadas, que podían oírse hasta en la entrada de la casa. Apenas se había retirado a su cuarto alguien llamó a la puerta. Era Redwán, que venía corriendo a decirle: «¡Ha muerto, ha muerto!» «¡Alabado sea Dios! ¿Cuándo?... ¿Cómo?... ¿No reíamos juntos hace un momento? Se había caído de bruces cuando iba camino de su dormitorio. Así terminó mi amigo de toda la vida... Ali Abd el-Rahim agonizó durante tres días completos. Una tos seca, cortante, que nos hizo pedir a Dios que le

diera un final mejor y lo librara de aquel sufrimiento. De este modo salió de este mundo mi amigo del alma Ali Abd el-Rahim...» De estos dos compañeros se había despedido. Con Ibrahim Alfar no pudo hacerlo. Una fuerte recaída en su enfermedad lo había postrado en cama. Esto le impidió visitarlo. Tuvo que mandarle a su criado... Ni al funeral pudo acudir. Envió a Yasín y a Kamal en su nombre. «¡Dios tenga misericordia de ti, la mejor de todas las personas!» Antes de todo esto habían muerto Hamidu y el-Hamzawi, aparte de otra docena de conocidos y compañeros. Lo dejaban solo como si no conociese a nadie... Nadie venía a visitarlo. A su entierro no acudiría amigo alguno... Ahora ni podía rezar. No disfrutaba de sentirse limpio más que algunas horas después del baño que le concedían una vez al mes... Tenía vetado rezar cuando era la necesidad más acuciante que sentía: rezarle a Dios Misericordioso en medio de aquella angustiosa soledad.

Así pasaban los días... La radio sonaba y él escuchaba. Amina iba y venía. ¡Cómo había perdido su mujer las fuerzas...! Aunque ella nunca se quejaba. Era su enfermera... Lo que más temía era que el día de mañana necesitase que la cuidasen. Sólo la tenía a ella. Yasín y Kamal se quedaban una hora con él y luego se iban. Le gustaría que no se fuesen. Pero no podía decírselo a Amina, ni ellos complacerle... Amina era la única que no se cansaba de él. Si iba a visitar el-Huseyn era para pedir por él. Aparte de esto el mundo estaba vacío. El día que venía a visitarlo Jadiga también era digno de esperarlo... Llegaba en compañía de Ibrahim Sháwkat, de Abd el-Múnim y de Ahmad. Ellos llenaban el cuarto de vida y alejaban la tristeza. Lo poco que hablaba él, lo compensaban ellos con creces. A veces Ibrahim les decía: «Cansáis al señor con vuestra charla». Pero él le respondía, riéndole: «Déjales que hablen... quiero oírlos». Y rogaba por la salud y la larga vida de su hija, su marido y sus hijos... Sabía que a ella le hubiera gustado vigilar por sí misma el descanso de su padre... Los ojos de Jadiga mostraban un cariño sin límites.

Un día le preguntó a Yasín, sonriendo pero interesado y deseoso:

—¿Dónde pasas las noches?

—Hoy —respondió él molesto— los ingleses están por todas partes, como en tiempos...

«En tiempos... Días de fuerza y ánimo, de risas que hacían temblar las paredes; las noches de el-Guriyya y de el-Gamaliyya; gentes de las que no quedan más que los nombres: Zubayda, Galila, Haniyya... ¿te acuerdas de tu madre, Yasín? Zannuba y Karima sentadas al lado de su padre... Siempre pedirás misericordia y perdón...»

—¿Quiénes quedan de los viejos conocidos en el Ministerio, Yasín?

—Todos se han jubilado. No he vuelto a saber nada de ellos...

«Y ellos no saben nada de nosotros. Los amigos del alma ya no están y preguntamos por los conocidos. ¡Qué bonita está Karima! Ha superado a su madre, tal como fue en tiempos. Y eso que no pasa de los catorce. Y Naíma, ¿no era también una maravilla de belleza?»

—Yasín, si puedes convencer a Aisha de que te haga una visita, hazlo. ¡Sacadla de su soledad! Temo por ella...

—La hemos invitado muchas veces a Qasr el-Shawq —contestó Zannuba—, pero... ¡Dios la proteja!

Una mirada sombría cubrió la vista del anciano. Luego le preguntó a Yasín:

—¿No te has cruzado con el *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad?

—Algunas veces —respondió Yasín sonriente—. No reconoce a nadie. Pero no para de andar con sus fuertes piernas.

«¡Qué hombre! ¿Nunca habrá tenido ganas de venir a visitarme? O me ha olvidado como hicieron antes mis hijos...»

Cuando se fueron sus amigos inició una especie de amistad con Kamal, sorprendiendo a este. No era el padre que había conocido. Se había convertido en un amigo al que se confiaba, al que comunicaba sus secretos y decía apenado: «Un soltero de treinta y cuatro años que pasa la mayor parte de su vida entre los libros de su biblioteca, ¡Dios lo ampare!». No se consideraba responsable de lo que le había pasado a su hijo. Este, desde un principio, se había empeñado en hacerse a sí mismo. Y terminó por ser un maestro soltero encerrado y confinado en los límites de su cuarto... Rehuía ponerse pesado con el tema del matrimonio o con otros asuntos personales. A la vez que le pedía a Dios conservar su insignificante fortuna hasta el último aliento para no tener que depender de él.

Un día le preguntó:

—¿Qué te asombra más de esta época?

Kamal lanzó una sonrisa de desconcierto, dudando sobre la respuesta, y su padre continuó:

—La época de verdad fue la nuestra... Un tiempo de riqueza y comodidad, de salud y bienestar... Conocimos a Saad Zaglul, oímos a Si Abdu... ¿Qué es lo que tenéis hoy?

Kamal contestó, arrastrado por el contenido de las palabras:

—Cada época tiene sus más y sus menos...

El hombre movió la cabeza, apoyada en un almohadón doblado bajo su espalda:

—Eso es lo único que puedes decir...

Permaneció luego un rato en silencio y a continuación exclamó sin más

preámbulo:

—La imposibilidad de rezar me parte el alma. La devoción es un consuelo para la soledad. Paso por raros momentos en los que olvido todas las formas de privación a las que me veo sometido: en la comida, la bebida, la libertad o el bienestar... Me entra una extraña tranquilidad con la que me parece llegar a los cielos. Entonces siento una felicidad desconocida que desprecia esta vida y todo lo que trae consigo...

—Prolongue Nuestro Señor tu vida y te conceda el bienestar —susurró Kamal.

—Este es un buen momento —aseguró, meneando otra vez la cabeza con resignación—. No siento molestias en el pecho; puedo respirar sin dificultad; la hinchazón de la pierna comienza a bajar y van a empezar en la radio con las peticiones de los oyentes...

En ese instante se oyó la voz de Amina:

—¿Está bien mi señor?

—Gracias a Dios...

—¿Le traigo la cena?

—¿La cena? No dejas de llamarla cena... Anda, tráeme el tazón de leche...

Kamal llegó a casa de su hermana en el-Sukkariyya al caer la tarde y encontró a la familia reunida al completo en el salón. Los saludó y dijo, dirigiéndose a Ahmad:

—Enhorabuena por tu licenciatura.

Jadiga le contestó en un tono exento de cualquier alegría:

—Gracias. Pero espera a escuchar otra noticia: el señor no quiere ser funcionario.

—Su primo Redwán —siguió Ibrahim Sháwkat— está dispuesto a conseguirle una plaza si él estuviera conforme..., pero se empeña en rechazarla. Háblale, Kamal, quizás consigas convencerlo tú.

Kamal se quitó su *tarbúsh* y, dado el calor que hacía, se despojó también de su chaqueta blanca, que colocó en el respaldo de una silla. Aunque sabía que terciaba en una disputa, exclamó con una sonrisa:

—Creía que hoy iba a ser un día dedicado a las felicitaciones. Pero esta casa no olvida nunca las discusiones.

—Es mi sino —apostilló Jadiga con tono disgustado—. Toda la gente es de una manera y nosotros de otra.

—El asunto es sencillo —le dijo Ahmad a su tío—. No se me presenta por ahora nada más que un empleo de escribiente. Según me ha dicho Redwán me pueden nombrar para un puesto de escribiente, vacante actualmente, en la dirección de archivos, con tío Yasín. Me propone que espere tres meses hasta que comience el nuevo curso académico. Entonces quizás me nombrarían como maestro de lengua francesa en una escuela. Pero yo no quiero ser funcionario de ninguna clase.

—Dile entonces qué quieres —exclamó Jadiga.

—Trabajar de periodista —respondió el joven con sencillez y firmeza.

—Periodista —bufó Ibrahim Sháwkat—. Cada vez que oíamos esta palabra, creíamos que era una broma o una frivolidad. Rechaza ser maestro como tú y se empeña en ser periodista.

—Dios lo librará de la condena de la enseñanza —aseguró Kamal en un tono irónico.

—¿Y te parece bien que trabaje de periodista? —preguntó Jadiga molesta.

—La condición de funcionario no da la felicidad —terció entonces Abd el-Múnim para aplacar los ánimos.

—Pero tú —respondió su madre con vehemencia— eres funcionario, señor Abd

el-Múnim.

—Y en muy buenas condiciones. Pero no me satisface para él un puesto de escribiente... Ahí está mi tío Kamal renegando de su oficio.

—¿En qué tipo de periodismo quieres trabajar?

—Adli Karim está de acuerdo en admitirme a prueba en su revista, para traducir primero y más adelante como redactor.

—Pero *El Hombre Nuevo* es una revista cultural muy limitada de recursos y de campo...

—Se trata sólo de un primer paso, como práctica hasta que consiga un trabajo más importante. En cualquier caso, puedo esperar sin morirme de hambre...

—Deja las cosas correr como él desee —aconsejó Kamal mirando hacia Jadiga—. Él ya es mayor y una persona instruida y sabe lo que hace.

Pero Jadiga no aceptaba una derrota con facilidad. Así que volvió a intentar convencer a su hijo para que aceptara el puesto. Las voces de los dos hermanos se alzaron contra ella, Kamal tuvo que intervenir para poner calma entre ambas partes. El clima de la reunión se enturbió y se hizo un pesado silencio hasta que Kamal apuntó riendo:

—Vine para tomar algo y no he obtenido más que este alboroto.

Mientras tanto, Ahmad se había vestido para salir de casa. Llamó a Kamal y se marcharon juntos. Se pusieron a andar por la calle de el-Azhar.

Ahmad le confió a su tío que iría a la revista *El Hombre Nuevo* para tomar posesión del trabajo que le había prometido el profesor Adli Karim.

—Haz lo que quieras —le dijo Kamal—, pero evita hacer daño a tus padres.

—Yo los quiero y los respeto —contestó Ahmad—, pero...

—¿Pero qué...?

—Es un fallo que las personas tengan padres.

—¿Cómo te resulta tan fácil decir eso? —exclamó Kamal.

—No me refiero a los míos literalmente, sino a lo que ellos representan de una herencia del pasado. La paternidad por lo general es un freno. Y no necesitamos frenos en Egipto. ¿No estamos ya caminando con los pies cargados de cadenas?

Después de pensar un rato volvió a hablar:

—Alguien como yo no conocerá nunca la lucha, en su verdadero significado de estrechez, teniendo una casa y un padre con rentas. No niego que esto me da tranquilidad, pero al mismo tiempo siento vergüenza por ello.

—¿Cuánto esperas que te reporte este trabajo?

—Adli Karim no se ha referido a ello...

A la altura de la plaza de el-Ataba se separaron. Ahmad se fue a la revista *El Hombre Nuevo*. Allí lo recibió calurosamente el Profesor Adli Karim. Luego fue con él al despacho de las secretarias y se dirigió a todos los presentes:

—Este es vuestro nuevo compañero Ahmad Ibrahim Sháwkat.

A continuación le fue presentando a sus compañeros:

—La señorita Sawsan Hammad..., Ibrahim Rizq..., Yúsuf el-Gamil...

Todos lo saludaron. Ibrahim Rizq dijo cortésmente:

—Es un nombre ya conocido en nuestra revista...

—Es el primer hijo de *El Hombre Nuevo* —agregó riendo Adli Karim. Luego señaló hacia la mesa de Yúsuf el-Gamil—. Tú trabajarás en esa mesa. Su dueño anda en la calle normalmente.

Adli Karim abandonó el despacho. Yúsuf el-Gamil invitó a Ahmad a sentarse en una silla cercana a su mesa. Esperó a que se hubiese sentado y le dijo:

—Sawsan te pondrá al corriente del trabajo que se te encomienda. Pero no estaría mal ahora que bebiéramos una taza de café...

Yúsuf el-Gamil apretó el botón del timbre mientras que Ahmad se dedicaba a examinar los rostros de sus compañeros y el lugar. Ibrahim Rizq era un hombre maduro y decrepito que parecía diez años mayor de su edad real. En cuanto a Yúsuf el-Gamil estaba al final de su juventud y aparentaba por su aspecto ser una persona inteligente y educada. Luego echó una mirada a Sawsan Hammad y se preguntó si lo recordaría... No la había vuelto a ver desde su primer encuentro en 1936. Sus miradas se cruzaron y él le preguntó, sonriendo y empujado por el deseo de salir de su mutismo:

—Nos conocimos aquí mismo hace cinco años...

Observó los ojos de la chica iluminándose por aquel recuerdo y continuó diciendo:

—Vine a interesarme por un artículo que tardaba en publicarse.

—Ahora lo recuerdo —contestó ella—. Desde aquello te hemos publicado muchos artículos.

—Artículos llenos de un magnífico espíritu progresista —aseveró Yúsuf el-Gamil.

—La mentalidad de hoy no es la de ayer —apuntó Ibrahim Rizq—. Cada vez que miro a la calle veo en la pared la frase: «Pan y libertad». Este es el nuevo lema del pueblo.

—¡Bonito lema! —observó Sawsan Hammad—. Especialmente en este momento en que las tinieblas se ciernen sobre el mundo.

Ahmad captó un ambiente propicio para intervenir. Rápidamente su espíritu entusiasta y alegre lo empujó a meterse en aquel ambiente acogedor:

—Las tinieblas se ciernen realmente sobre el mundo. Pero mientras que Hitler no asalte Inglaterra, nos queda una esperanza en la salvación...

—Yo veo la situación desde otra perspectiva —aseguró Sawsan Hammad—. ¿No crees que si Hitler no ataca Inglaterra es posible que ambos perezcan juntos o que por lo menos la hegemonía pase a Rusia?

—¿Y si sucediera lo contrario? Quiero decir que Hitler se apoderara de las Islas Británicas y alcanzara la completa hegemonía...

—Hitler, como Napoleón —opinó Yúsuf el-Gamil—, se adueñó de Europa, pero Rusia fue su tumba.

Ahmad sintió una energía y un entusiasmo como no los había conocido antes. El clima abierto, aquellos colegas liberales, la compañera de belleza fascinante... Por una u otra razón recordó a Alawiyya Sabri y el año de sufrimiento en el que había luchado contra aquel fracasado amor hasta vencerlo. Los días y las noches en los que maldecía el amor, desde lo más profundo de su corazón, dejando que sus entrañas se sumiesen en un océano de amargura y rebeldía sin límites. Ella estaría ahora en su casa de el-Maadi, esperando un marido con cincuenta libras mensuales como mínimo. ¿Qué le importaría a ella una victoria de Rusia? ¿Qué estaría esperando?

En ese momento Sawsan sacudió un cuaderno de notas ante el rostro de Ahmad, diciéndole con amabilidad:

—¡Trátalo bien!

Se levantó y se fue hacia el despacho de ella, sonriente, para comenzar su nuevo trabajo...

Yúsuf el-Gamil no pasaba por la revista nada más que una o dos veces por semana. La mayor parte de su actividad se centraba en la publicidad y las suscripciones. Lo mismo que Ibrahim Rizq, el cual permanecía alrededor de una hora en la secretaría. Luego iba al resto de las revistas en las que trabajaba. Por eso se quedaban solos los dos la mayor parte del tiempo, Ahmad y Sawsan. Una vez vino el jefe de taller de la imprenta a buscar algunos originales. Se sorprendió al oír que ella le llamaba «padre». Después de aquello se enteró de la existencia de algún lazo de parentesco entre el mismo Adli Karim y el jefe de taller. Era algo sorprendente y emocionante. Pero lo que más le chocaba de Sawsan era su constancia en el trabajo. Ella constituía el eje de la redacción y el centro de su actividad. Trabajaba más de lo necesario para la revista. Nunca paraba de leer o escribir. Parecía esforzada, impulsiva y de una gran inteligencia. Desde el principio, él se dio cuenta de su fuerte personalidad. Llegaba incluso a tener a veces la impresión de estar ante un hombre de férrea voluntad y gran capacidad de organización. Pero ¿y aquellos seductores ojos negros y su precioso cuerpo de mujer? Influenciado por la vitalidad de ella, se dedicaba a su trabajo con un entusiasmo que no conocía el desmayo ni el aburrimiento. Tenía a su cargo el traducir ciertos fragmentos de revistas culturales de todo el mundo y algunos artículos interesantes. Un día le dijo a Sawsan:

—La censura nos está vigilando.

—Todavía no has visto nada —le contestó ella mostrando enfado y desdén—. Nuestra revista les resulta altamente sospechosa, lo cual es un honor.

—Te acordarás —apuntó Ahmad sonriente— de los editoriales de Adli Karim antes de la guerra ¿no?

—Nuestra revista fue cerrada una vez en tiempos de Ali Máher por un artículo, conmemorando el aniversario de la revolución de Orabi, en el que el Director acusaba al Jedive Tawfiq de traición.

Otro día ella le preguntó durante una breve conversación:

—¿Por qué has escogido el periodismo?

Pensó fugazmente hasta qué punto podía permitirse descubrir su pensamiento a aquella chica que parecía de una clase diferente, y única, de las otras que conocía.

—Yo no entré en la Universidad para terminar de funcionario... Al contrario: tengo ideas que quiero expresar y dar a conocer... Y no existe otro camino mejor para ello que el periodismo...

—Yo, sin embargo, no he ido a la Universidad —contestó ella con una precaución que le salía desde lo más profundo—. O mejor dicho no he tenido oportunidad de ir. —Esta confidencia reafirmaba una vez más lo que ya sabía: la diferencia que había entre ella y las otras chicas—. Yo me gradué en la Escuela del profesor Adli Karim, que no desmerece en nada de la Universidad. Estudié con él después de terminar el bachillerato. Te aseguro que has definido bien lo que es el periodismo..., o al menos el periodismo en el que nosotros trabajamos... Lo que ocurre es que por ahora estás expresando tus ideas por un camino que no es el tuyo. Me refiero a la traducción. ¿No has pensado que la mejor forma de hacerlo es escribiendo?

Se quedó pensativo y en silencio, como si no comprendiese del todo el sentido de sus palabras. Luego preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Ensayos, poesía, narrativa, teatro...

—No sé..., el ensayo es lo primero que se me viene a la cabeza.

—Sí —contestó ella en un tono cargado de significado—. Pero nuestras circunstancias políticas no te van a facilitar las cosas. Por ello los liberales se ven obligados a difundir sus ideas en condiciones de clandestinidad... El ensayo es claro y directo y por lo tanto peligroso. A esto se debe el que tengamos tantos ojos encima de nosotros. La narrativa cuenta con unos recursos sin límites. Es el arte del subterfugio. Por esta razón se ha convertido en una forma literaria muy extendida y que puede alcanzar la supremacía dentro del mundo de las letras en un corto espacio de tiempo. ¿No ves que no hay ni uno solo de nuestros escritores consagrados que no haya realizado siquiera una obra en este campo de la producción literaria?

—Es verdad. He leído la mayor parte de estas obras. ¿Conoces a Riyad Quldus, el que escribe en la revista *el-Fikr*?

—Es uno de muchos... y no el mejor.

—Quizás. Me ha llamado la atención sobre él mi tío Kamal Ahmad Abd el-Gawwad, que escribe en la misma revista.

—¿Es tu tío? —le preguntó ella sonriendo—. He leído a veces sus artículos, pero...

—¿...?

—Perdona, pero es uno de esos escritores que vagan por los páramos de la metafísica.

—¿No te gusta? —inquirió él con cierta ansiedad.

—Lo de los gustos es otro asunto... El escribe mucho sobre viejas realidades: el

alma..., el absoluto..., la teoría del conocimiento... Es bonito... Pero excepto al placer intelectual y al conformismo ideológico, eso no conduce a ningún lugar. Quiero decir que la escritura es un medio destinado a un fin. Este fin último radica en la transformación de este mundo y el progreso del hombre en el camino del adelanto y la liberación. La humanidad se halla en un combate permanente y un escritor realmente digno de ese nombre debe estar a la cabeza de los que luchan... ¡Dejemos el impulso vital para Bergson...!

—Sin embargo, el mismo Carlos Marx fue en sus principios un filósofo perdido en los páramos de la metafísica...

—Pero terminó en la sociología científica. Campo hacia el que no ha comenzado a moverse quien decíamos antes.

La crítica de su tío realizada en aquella forma no dejaba tranquilo a Ahmad. Optó, antes de nada, por defenderlo:

—La verdad es importante siempre conocerla, sea cual sea y sin fijarse en las consecuencias...

—Eso se contradice con lo que escribes —comentó Sawsan con decisión—. Apuesto a que te dejas influenciar por la lealtad hacia tu tío... Cuando el hombre sufre la enfermedad, se limita a terminar con las causas del dolor. Nuestra sociedad padece un gran mal y resulta necesario que acabemos con él antes de nada. Después de eso nos divertiremos y filosofaremos... Pero imagínate a una persona filosofando alegremente mientras se desangra por una herida a la que no presta el menor cuidado... ¿Qué dirías tú de alguien así?

¿Realmente era su tío de esa manera? Aunque reconocía que las palabras de la chica dejaban una profunda huella en su espíritu... Tenía unos ojos tan bonitos... A pesar de sus rarezas y de su seriedad... era atractiva..., muy atractiva...

—La verdad es que mi tío no le dedica una atención real a esos asuntos. He hablado muchas veces con él y encuentro que es un hombre que estudia el nazismo como analiza la democracia o el comunismo, sin distancia ni entusiasmo... Nunca he podido poner en claro su posición...

—¡No la tiene! —respondió ella con una sonrisa—. La posición del escritor no puede ocultarse... El sin embargo es como los intelectuales burgueses que leen, disfrutan y se hacen preguntas. Los encontrarás perplejos ante el absoluto, incluso llegarán por ello a los límites del sufrimiento... Pero pasarán indiferentes junto a los que realmente sufren.

—Mi tío no es así —apuntó él sonriente.

—Tú sabes que sí... Como los relatos de Riyad Quldus... No son las novelas que

buscamos. Se trata de obras realistas, descriptivas, analíticas..., pero no avanzan ni un paso más. Ninguna orientación..., ningún mensaje.

Ahmad pensó unos momentos y continuó:

—Pero en muchas ocasiones describe la situación de los proletarios, de los obreros y campesinos. Esto significa que otorga el papel protagonista de sus relatos a la clase trabajadora.

—Pero se limita a describir y a analizar... Eso es un trabajo negativo respecto a la lucha real.

«Una chica deseosa de combate. Parece realmente seria, pero ¿dónde está la mujer?»

—¿Cómo quieres que escriba?

—¿Has leído algo de la literatura soviética moderna? ¿Conoces a Máximo Gorki?

Se quedó en silencio y sonriente. No había razón alguna para avergonzarse. Era estudiante de Sociología, no de Literatura. Ella tenía más años que él. ¿Cuál sería su edad? Quizás estuviese por los veinticuatro... o más...

—Este es el tipo de literatura que debemos leer —volvió a tomar Sawsan la palabra—. Te puedo dejar algunas obras, si quieres...

—¡Encantado!

—Pero al hombre libre —siguió diciendo con una sonrisa— no le es suficiente con leer o escribir. Los principios cobran significado ante todo por la voluntad. La voluntad ante todo y lo primero...

A pesar de esto, le parecía hermosa. No llevaba maquillaje en su rostro, pero la preocupación por su aspecto y su elegancia no era en ella diferente a la de otras chicas. Su animado pecho era tan sugestivo como otros pechos atractivos. Pero ¡atención! ¿Era él distinto de los otros hombres por los principios que tenía? ¡Extraña naturaleza la que nos hace mirar a la mujer exclusivamente desde un punto de vista!

—Estoy contento de haberte conocido. Creo que tenemos delante más de un campo de trabajo en el que podemos marchar juntos, como una sola mano.

—¡Me halagas! —contestó ella sonriente. Y cuando sonreía, parecía ante todo una mujer.

—De verdad que estoy contento de haberte conocido.

Era cierto. Aunque resultaba necesario que no se dejara arrastrar por la emoción que agitaba su mente. Quizás fuera una reacción natural en un adolescente como él. «Toma precauciones para no arrojarte a ti mismo a una situación como la de el-

Maadi. La tristeza no se ha borrado todavía de mi corazón...»

—¡Buenas tardes, querida tía!

Siguió a Galila hasta su asiento preferido en el salón. En cuanto estuvieron acomodados en el sofá, la mujer llamó a su sirviente, que vino con bebidas. Aquella se puso a mirarla mientras esta preparaba la mesa. Cuando la criada terminó su trabajo se marchó. Entonces Galila se volvió hacia Kamal, diciéndole:

—Te aseguro, sobrino, que ya no bebo más que contigo, cada noche de viernes. Cómo me gustaba hacerlo con tu padre hace ya tiempo... Aunque en aquel momento bebía con otros muchos también.

Kamal se había dicho para sus adentros: «¡Cómo necesito beber! No sé cómo sería la vida sin un trago...» Después le respondió a ella:

—Pero el *whisky* escasea, querida tía. Al igual que todas las bebidas alcohólicas. Dicen que el último ataque alemán a Escocia ha alcanzado un almacén de alcohol y que los ríos se han puesto a correr con *whisky* de marca...

—¡Desgracia de ataque...! Pero dime, antes de que te emborraches, ¿cómo está el señor Ahmad?

—Ni mejora, ni empeora... Me resulta penoso verlo postrado en cama, Sitt Galila... ¡Que Nuestro Señor sea benevolente con él...!

—¿Cómo me gustaría visitarlo...! ¿No tendrías tú el valor de saludarlo de mi parte?

—¡Qué idea! Es lo único que faltaría para liquidarlo.

—¿Crees —respondió la anciana riendo— que un hombre como el señor Ahmad puede concebir la inocencia en cualquier persona, y más cuando es de su mismo linaje?

—¡Tretas de mujeres...! ¡Salud!

—¡Salud...! Puede que Attiya se retrase... Tiene a su hijo enfermo.

—La última vez ella no tenía dificultad alguna —exclamó Kamal algo inquieto.

—Sí, pero su hijo se puso malo el sábado pasado... La pobre vive para él y cuando le pasa algo llega a perder la cabeza.

—¡Qué mujer tan buena y sin suerte! Muchas veces estoy convencido, viéndola, de que ella vive esta existencia a la fuerza.

Galila le respondió sonriente e irónica:

—Si alguien como tú se queja de su noble profesión, ¿cómo va a estar ella satisfecha de la suya?

La sirvienta pasó con un pebetero del que salía un delicioso olor a incienso. El aire del otoño dejaba sentir su humedad desde la ventana situada al fondo del salón. El alcohol era tremendamente amargo, pero dejaba sentir su efecto. La referencia de Galila a su oficio le hizo recordar a Kamal un asunto que había olvidado.

—Estoy a punto de trasladarme fuera de El Cairo, tía... Si no hay nada que lo impida, deberé preparar las maletas para irme a Asiut.

—¡Asiut, Dios Bendito! —exclamó Galila golpeándose el pecho con la palma de la mano. Asiut para tus enemigos. ¿Qué ha pasado?

—¡Nada malo, gracias a Dios!

—Los conocidos de tu padre llenan las oficinas de la Administración como hormigas...

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento, sin más comentario. No dejaba de ver a su padre en la posición prominente del pasado. No sabía que él, cuando Kamal le informó de su decisión de trasladarse, le dijo con tristeza y disgusto: «Ya no nos conoce nadie... ¿Dónde están ahora nuestros amigos?». Antes había acudido a su viejo compañero Fuad Gamil el-Hamzawi, que quizás conociera a algún alto cargo del Ministerio de Instrucción Pública. Sin embargo el alto juez le dijo: «Lo siento mucho, Kamal, pero como juez no puedo interceder por nadie». Al final se vio obligado a ir hasta Redwán, su sobrino, por más vergüenza que le diera... El mismo día se solucionó su traslado. «¡Qué joven tan influyente...!» Ambos eran funcionarios de idéntico Ministerio, con igual nivel... Únicamente que él tenía treinta y cinco años y su sobrino veintidós... Pero ¿cómo esperar para un maestro de escuela algo mejor que aquello? No resultaba posible consolarse con la filosofía ni obtener provecho de ella... Ser filósofo no consiste en repetir las palabras de otro como un papagayo. Hoy cualquier licenciado de la Facultad de Letras podía escribir como él o mejor. Le quedaba la esperanza de que un editor reuniese sus artículos en un libro... Pero no estaba seguro de que artículos pedagógicos como aquellos mereciera la pena recordarlos. ¡Qué cantidad de libros se publicaban en aquellos días! Él no era nada entre aquella multitud. El hastío lo invadía por completo. ¿Cuándo iba a alcanzar su tren la estación de la muerte? Miró el vaso que sostenía su tía en la mano. Luego se fijó en el rostro de Galila, comprobando su avanzada edad. No podía dejar de sorprenderse por ella.

—¿Qué encuentras en la bebida, tía? —le preguntó.

—¿Por qué piensas que bebo ahora? —le respondió, mostrando su boca llena de dientes de oro—. Aquel tiempo pasó. Hoy no encuentro en ella ningún gusto ni afecto... Como con el café, más o menos... Al principio, una vez, en una boda de Bir

Guwán, estaba tan borracha que obligué a la orquesta a que me llevara a mi coche al final de la noche. ¡Que Dios te libre del mal!

«A pesar de todo, la bebida es el único bien para aquel que no tiene ninguno».

—Y el éxtasis de la embriaguez, ¿lo conoces? Antes lo alcanzaba con dos copas... Hoy me hacen falta ocho para llegar a el... Mañana no sé cuántas... Pero las necesito, tía. Con ellas baila de alegría el corazón herido.

—Tu corazón está alegre sin necesidad de alcohol, sobrino.

¡Su corazón alegre...! ¿Y aquella tristeza que no le abandonaba? ¿Y las cenizas producto de sus esperanzas calcinadas? Su hastío no tenía más salida que llenarse de alcohol... En este salón o en aquella habitación, si venía la que estaba ahora cuidando a su hijo... Él y ella estaban en una misma etapa de la vida... La vida de los que no tienen vida...

—Temo que Atiyya no venga...

—Vendrá, inexorablemente. Cuidar a los enfermos supone dinero...

¡Qué respuesta...! Ella le dio la oportunidad de pensarlo mientras se inclinaba hacia él con inquietud, mirándolo detenidamente. Luego le dijo en voz baja:

—Sólo faltan días...

—¡Dios alargue tu vida y no me prive de ti! —le respondió él, sin entender realmente lo que quería decir.

—Voy a dejar esta vida —apuntó ella sonriente.

—¿Qué dices? —exclamó Kamal medio sumido en el asombro.

Ella rio. Luego prosiguió en un tono no desprovisto de ironía:

—No temas. Atiyya irá contigo a una casa tan segura como esta...

—Pero ¿qué ha sucedido?

—He envejecido, sobrino... Dios me ha hecho más rica de lo necesario... Ayer registraron una casa cerca de aquí y se llevaron a su dueña a la policía. Ya es suficiente. Estoy pensando en el arrepentimiento... Es preciso que me presente ante Nuestro Señor distinta de como soy ahora...

Él apuró su vaso y volvió a llenarlo, como si no diese crédito a lo que acababa de oír:

—No te queda nada más que subir al barco con destino a La Meca...

—¡Que Dios me destine a hacer el bien...!

—Todo esto, ¿se te ha ocurrido de pronto? —le preguntó él sin salir de su asombro.

—No. Yo no descubro ningún secreto hasta que está todo hecho. Esto lo llevaba pensando hacía tiempo...

—¿En serio...?

—Completamente. ¡Dios nos ayude!

—No sé qué decir... Pero ¡que Dios te destine a hacer el bien...!

—¡Amén!

Luego añadió riendo:

—Pero ¡tranquilo! No cerraré esta casa hasta estar segura de tu futuro.

Él estalló en una sonora carcajada:

—¿Cómo voy a encontrar una casa en la que esté tan tranquilo como aquí...?

—Te aseguro que te encomendaré a la nueva patrona mientras estoy en La Meca.

«Todo parecía motivo de risa, pero el alcohol proyecta su sombra como guía de los afligidos... Las actitudes cambian... Fuad Gamil el-Hamzawi asciende. Kamal Ahmad Abd el-Gawwad baja... Pero el alcohol constituye la sonrisa de los desesperados. Un día Kamal llevaba a Redwán a sus espaldas para guiarle. Luego vino el día en que Redwán sostenía a Kamal para impedir que tropezara... Pero el alcohol es el asilo de los nostálgicos. La misma Sitt Calila piensa en el arrepentimiento al mismo tiempo que él busca un burdel nuevo... Pero el alcohol es el último refugio. El enfermo está hastiado de todo... hasta del mismo hastío... Pero el alcohol es la llave de la felicidad...»

—Me alegrará oír siempre buenas noticias de ti...

—¡Dios te guíe y te dé la felicidad!

—Cuando te moleste mi presencia...

Ella le cerró la boca con sus dedos:

—¡Dios te perdone! Esta es tu casa mientras sea mía. Y cualquier casa en la que yo esté será la tuya, sobrino...

«¿Sufría una antigua y desconocida maldición que debía expiar sin remedio? ¿Cómo salir de esta confusión que envolvía su vida?... ¿Por qué no la tomaba como modelo? El naufrago no tiene más elección que agarrarse a una roca o ahogarse. Si la vida no tiene ningún significado, ¿por qué no le creamos uno?»

—Quizás sea una equivocación el buscar un sentido a este mundo; a lo mejor se trata primero de crearle un significado...

Galila lo observó con una mirada extraña... Él se daba cuenta demasiado tarde de que algo se le escapaba sin darse cuenta...

—¿Te emborrachas siempre con esta rapidez...? —le preguntó Galila entre risas.

Él disimuló su desconcierto con una fuerte risotada:

—El alcohol de guerra es como un veneno... ¡No me lo tengas en cuenta...!
¿Cuándo va a venir Atiyya?

Kamal dejó la casa de Galila a las dos y media de la mañana; todo estaba sumergido en tinieblas, y las tinieblas, inmersas en el silencio. Caminó despacio hacia la Nueva Avenida, y luego se desvió hacia el-Huseyn. ¿Hasta cuándo iba a vivir en este bendito barrio al que ya no le unía ningún lazo? Sonrió débilmente. Del vino sólo le quedaba la resaca; los ardores de su cuerpo se habían calmado, y sus pasos lo llevaban con fatiga y pereza. Normalmente, en tales momentos de calma, algo gritaba en sus entrañas —no era ni el arrepentimiento ni el pesar— buscando la purificación, implorando liberarse de la esclavitud de las pasiones para siempre, como si la fogosidad de sus pasiones pusiera al desnudo las rocas que lo cercaban por entero. Alzó su cabeza hacia el cielo, como queriendo intimar con las estrellas, cuando una sirena de alarma quebró el silencio. Su corazón latió con violencia, y sus ojos soñolientos se abrieron; luego, movido por un impulso instintivo, se inclinó hacia el muro más próximo y caminó paralelo a él. De nuevo miró al cielo y vio las luces de los reflectores, cuyos destellos se rozaban a gran velocidad, encontrándose unas veces para dispersarse luego con furia. Al sentirse angustiado por su soledad, apretó el paso sin separarse del muro. ¡Parecía que sobre la superficie de la tierra existiera sólo él! De improviso, un silbido ronco, que antes no había llegado a sus oídos, se abatió, seguido de una violenta explosión que hizo estremecer el suelo bajo sus pies. ¿Fue cerca de allí o lejos? Apenas tuvo tiempo para repasar mentalmente sus datos sobre los refugios, pues las explosiones se sucedían con una rapidez que cortaba la respiración; los cañones enemigos disparaban por ráfagas, y la atmósfera estaba iluminada por luces, brillantes como el rayo, de origen y sustancia desconocidos. Le parecía que la tierra volaba en pedazos. Empezó a correr velozmente, sin que le importara todo aquello un bledo, hacia el adarve Qírmiz, con el fin de encontrar refugio en su histórico subterráneo. Los cañones disparaban con frenética violencia, las bombas arrasaban completamente allí donde caían, y la tierra temblaba. Tras unos segundos de terror, alcanzó el subterráneo. La gran concentración de personas que había espesaba aún más las tinieblas. Se introdujo entre ellas, sin aliento. Su atmósfera estaba dominada por el espanto e invadida por murmullos de temor, en una tenebrosa oscuridad. Sin embargo, la entrada y la salida del subterráneo se iluminaba de tiempo en tiempo por los reflejos de las irradiaciones que explotaban en el vacío. Ya habían cesado de caer las bombas, o esto es lo que pensaban.

Pero la furia de los cañones no se había debilitado. Estos afectaban a los espíritus tanto como las bombas. En las voces se entremezclaban los gritos, los llantos, las regañinas y las reprimendas procedentes de mujeres, niños y hombres.

—Este es un nuevo ataque, y no es como los anteriores...

—Y este viejo barrio, ¿podrá soportar nuevos ataques?

—Dejaos de esa charla y decid ¡oh, Señor!

—Todos nosotros decimos ¡oh, Señor!

—¡Callad... callad! ¡Que Dios tenga piedad de vosotros!

Kamal observaba la luz que iluminaba la salida del subterráneo, cuando vio llegar un nuevo grupo de personas, y creyó vislumbrar entre ellas la figura de su padre. Su corazón palpitó. ¿Era realmente su padre? ¿Cómo había podido atravesar la calle hasta el subterráneo? Es más, ¿cómo había podido levantarse de la cama? Se abrió paso hasta el final del subterráneo, atravesando la inquieta multitud humana, y reconoció al resplandor de la luz a toda su familia, su padre, su madre, Aisha y Umm Hánafi. Se encaminó a ellos hasta alcanzarlos, y susurró:

—¡Soy Kamal! ¿Estáis todos bien?

Su padre no contestó. Estaba apoyado sobre su espalda, extenuado, en el muro del subterráneo, entre la madre y Aisha. Fue la madre quien respondió:

—¿Kamal? ¡Gracias a Dios! ¡Qué horror, hijito! Esta vez no ha sido como las demás, creíamos que la casa se iba a derrumbar sobre nuestras cabezas. El Señor dio fuerzas a tu padre y se levantó; lo trajimos entre todos; no sé cómo pudo llegar él ni cómo pudimos llegar nosotros.

Umm Hánafi balbuceó:

—Él es compasivo. ¡Qué espanto! ¡Que Nuestro Señor sea benevolente con nosotros!

Repentinamente, Aisha gritó:

—¿Cuándo van a callarse esos cañones?

Kamal creyó notar en su voz que tenía los nervios destrozados; así pues, se acercó a ella y tomó sus manos entre las suyas. Parecía que había recobrado algo de su perdida conciencia al encontrarse frente a quienes necesitaban de su ánimo. Los cañones continuaban disparando con su frenética furia, aunque su violencia empezaba a debilitarse de modo imperceptible. Kamal se inclinó hacia su padre, y le preguntó:

—¿Cómo estás, padre?

Su voz le llegó en un débil murmullo:

—¿Dónde estabas, Kamal? ¿Dónde estabas cuando tuvo lugar el ataque?

Tranquilizándolo, respondió:

—Estaba cerca del subterráneo. ¿Cómo te encuentras tú?

Con voz entrecortada, contestó:

—¡Sólo Dios sabe cómo pude levantarme de la cama y correr en el camino! ¡Sólo Dios sabe! No me di cuenta de nada. ¿Cuándo volverá la situación a la tranquilidad?

—¿Me quito la chaqueta para que te sientes sobre ella?

—No, puedo permanecer de pie, pero ¿cuándo volverá a estar todo en calma?

—Los ataques han acabado, según parece, pero tu sorprendente mejoría al levantarte, ¡que no se venga abajo! Realmente, las sorpresas producen milagros muchas veces con los enfermos.

Apenas había acabado de hablar cuando la tierra se estremeció a causa de tres explosiones sucesivas. La violencia de los cañones enemigos arreció de nuevo, y el subterráneo se conmocionó por el griterío.

—¡Es sobre nuestras cabezas!

—Dios es Único...

—¡Haced callar a ese pájaro de mal agüero!

Kamal soltó las manos de Aisha para coger las de su padre entre las suyas. Era la primera vez en su vida que lo hacía. Las manos del hombre temblaban, y las de Kamal también. Umm Hánafi se había tendido de bruces en el suelo, y gemía. Una voz nerviosa volvió a gritar agitada:

—¡Guardaos de gritar! ¡Mataré al que grite!

Los gritos se elevaron, los disparos de los cañones continuaron, y el nerviosismo aumentó al producirse un nuevo temblor; no obstante, solamente los cañones siguieron disparando, y nuevas explosiones, que inquietaban los espíritus, ocurrieron.

—¡Han acabado las bombas!

—No se van, pero luego explotan...

—Caen lejos. Si cayeran cerca, las casas de nuestro alrededor no se librarían.

—¡Pero si han caído en el-Nahhasín!

—Eso es lo que tú crees. Quizá ha sido en el polvorín.

—¡Escuchad, por amor de Dios! ¿No han disminuido los cañonazos?

Ciertamente sus disparos habían disminuido. Después no volvieron a escucharse más que de lejos; luego, entrecortados; un poco después, distanciados; más tarde, pasó un minuto completo entre un disparo y otro; y finalmente, sobrevino el silencio, que se extendió, largo y profundo. Muchos comenzaron a recordar cosas y

cosas, a vivir de nuevo, a lamentarse, en un ambiente de cauta tranquilidad entremezclada de compasión. Kamal trató en vano de ver el rostro de su padre al comenzar de nuevo los fugaces resplandores de luz; y la oscuridad reinó otra vez.

—Padre, la situación volverá a estar tranquila.

El hombre no respondió, sólo movió sus manos entre las de su hijo como para convencerlo de que continuaba vivo...

—¿Estás bien?

Él movió de nuevo sus manos. Kamal se sintió desolado y estuvo a punto de ponerse a llorar.

La sirena de alarma sonó para indicar que había pasado el ataque.

Se sucedieron tras ella los gritos de júbilo de todos los rincones, como los gritos de los niños tras los cañones de las fiestas. El lugar y cuanto lo rodeaba bulló con una actividad sin igual. Abrir y cerrar de puertas y ventanas, vocerío nervioso, seguido de la salida de los congregados en el subterráneo. Kamal dijo con un suspiro:

—Nos vamos...

El padre puso un brazo sobre el hombro de Kamal y el otro sobre el de la madre, y empezó a caminar entre ellos paso a paso. Ellos se preguntaban sobre el hombre, cómo estaría y cómo le habría afectado su peligrosa hazaña. A todo esto, el padre detuvo su marcha, y dijo con voz débil:

—Creo que debo sentarme.

Kamal le sugirió:

—Deja que yo te lleve.

—No vas a poder —contestó fatigosamente.

Pero Kamal lo rodeó con un brazo por detrás de su espalda, colocó el otro por debajo de sus piernas y lo levantó. No era una carga ligera pero, en cualquier caso, lo que quedaba de su padre era llevadero. Caminó muy despacio, mientras los demás lo seguían compasivos. Aisha repentinamente sollozó. Entonces, el padre dijo con voz cansada:

—¡No provoques un escándalo!

Ella se tapó la boca con la mano. Cuando llegaron a la casa, Umm Hánafi ayudó a transportar al señor; lo subieron por la escalera lentamente y con cuidado. Estaba como resignado, pero sus continuos murmullos de disculpa revelaban su tristeza y su pesar. Lo tendieron cuidadosamente en su cama. Cuando encendieron la luz de la habitación, el rostro del padre mostraba una intensa palidez como si el esfuerzo hubiera consumido su sangre; su pecho se elevaba y descendía con violencia. Cerró

sus ojos pesadamente, tras lo cual empezó a quejarse una y otra vez, pero luchó contra su dolor hasta que pudo encontrar al fin refugio en el silencio. Todos estaban en pie, alineados ante su cama, observándolo con temor y compasión. Finalmente, Amina le preguntó con voz trémula:

—¿Mi señor, te encuentras bien?

Él abrió sus ojos, y miró los rostros durante largo rato. Durante unos instantes, pareció no reconocerlos, luego suspiró y dijo con voz casi inaudible:

—Gracias a Dios...

—Duerme, mi señor, duerme para que descanses...

El sonido de la campana exterior les llegó y Umm Hánafi fue a abrir la puerta. Se intercambiaron miradas interrogantes, y Kamal dijo:

—Quizá sea alguien de el-Sukkariyya o de Qasr el-Shawq, que viene para tranquilizarse por nosotros.

Su suposición fue correcta, pues no tardaron en entrar en la habitación Abd el-Múnim y Ahmad, seguidos por Yasín y Redwán. Se acercaron a la cama del padre, saludando a los presentes. El hombre les dirigió unas débiles miradas, y como no pudo ayudarse con las palabras, se contentó con alzar una mano enflaquecida a modo de saludo. Kamal les relató brevemente lo que su padre había soportado aquella perturbadora noche. Posteriormente, Amina añadió en un susurro:

—Una noche horrible. ¡Que Nuestro Señor no repita...!

Umm Hánafi dijo:

—La agitación lo ha fatigado un poco, pero descansando, recobrará su vitalidad.

Yasín se inclinó sobre su padre, diciéndole:

—Necesitas reposo, ¿cómo te encuentras ahora?

El hombre lo miró con ternura, con ojos apagados, y masculló:

—Bien, gracias a Dios... Siento una molestia en el costado izquierdo...

—¿Te ha visto el médico? —le preguntó Yasín.

Murmuró disgustado, haciendo señas con la mano:

—No. Lo mejor es que duerma...

Yasín indicó a los presentes que salieran, pero él se quedó un poco atrás. El padre volvió a levantar su delgada mano. Uno tras otro, abandonaron la habitación, quedándose sólo Amina con el padre. Cuando se reunieron en la sala, Abd el-Múnim preguntó a su tío Kamal:

—¿Qué hicisteis? Nosotros corrimos hacia el recibidor del patio.

—Y nosotros bajamos al apartamento de nuestros vecinos en la planta baja —añadió Yasín.

Kamal, angustiado, intervino:

—Pero el cansancio ha agotado las fuerzas de papá...

—Pronto recuperará su buena forma con el reposo del sueño —contestó Yasín.

—¿Y qué haremos con él si hay una nueva incursión?

Nadie supo qué responder. Reinó un pesado silencio hasta que Ahmad habló:

—Nuestras casas son antiguas y no soportarán los ataques...

Al oír esto, Kamal quiso disipar unas oscuras nubes que amenazaban con destrozar sus nervios. Así pues, dijo, eliminando cualquier sonrisa de sus labios:

—Si se desploman nuestras casas, será suficiente honor que su destrucción haya sido a causa de los más novedosos métodos de la ciencia moderna...

Al final de la noche, Kamal condujo a los visitantes a la puerta de salida. Apenas había llegado al comienzo de la escalera, cuando desde arriba llegó a sus oídos un ruido sospechoso. Sus nervios seguían estando tensos, y la desolación lo invadió. Subió las escaleras a saltos.

Encontró la sala vacía y la habitación del padre cerrada. Se apresuró hacia la habitación, empujó la puerta y entró. Había sucedido algo malo que en su interior se negaba a admitir. La voz ronca de la madre gritaba «mi señor», Aisha llamaba insistentemente «papá», mientras Umm Hánafi permanecía en la cabecera de la cama balbuceando palabras ininteligibles. Kamal alargó su mirada hasta la cama, y se sintió invadido por una sensación de temor, desesperación y triste resignación; vio la mitad inferior de su padre echada sobre la cama, y la parte superior apoyada en el pecho de la madre, sentada con las piernas cruzadas, detrás de su espalda. El pecho del anciano, del que escapaba un extraño e inhumano estertor, subía y bajaba con movimientos mecánicos, sus ojos estaban abiertos con una mirada tenebrosa y nueva que ni veía, ni comprendía, ni podía expresar lo que se agitaba tras ella. Los pies de Kamal permanecieron clavados a los pies del lecho, perdió el habla, sus ojos quedaron petrificados, sin saber qué decir ni qué hacer, experimentó una sensación abrumadora por su absoluta impotencia, desesperación e insignificancia. Habría perdido el conocimiento de no ser consciente de que su padre se despedía de la vida. Aisha exclamó, tras lanzar una delirante mirada al rostro de su padre y al de Kamal:

—¡Padre! ¡Aquí está Kamal que quiere hablarte!

Umm Hánafi abandonó su continuo balbuceo y dijo, de forma desgarradora:

—¡Haced venir al médico!

—¿Qué médico, loca? —gimió la madre con triste enfado.

Un poco después, el padre se movió como si intentara reincorporarse. El pecho aumentó sus contracciones y convulsiones, extendió su índice derecho y luego el izquierdo. Al verlo, el rostro de la madre se contrajo por el dolor, e inclinándose sobre su oído, empezó a pronunciar la Shahada con voz perceptible, repitiéndola hasta que las manos de él se quedaron inmóviles.

Kamal comprendió que su padre ya no podía hablar, por lo que había pedido a su madre que la recitara en su lugar; entendió que el momento culminante de esta última hora permanecería en secreto para siempre; y que describir aquel momento con palabras como dolor, miedo o inconsciencia, sería una simple suposición. Pero

en cualquier caso, no debía prolongarse, era lo suficientemente grave e importante como para no ser trivializada. A la vista de aquello, sus nervios se desplomaron. Sintió vergüenza de sí mismo cuando se evadió durante unos momentos analizando y estudiando la situación, como si la agonía de su padre fuera un medio y un tema que permitieran la reflexión y el estudio; esto duplicó su tristeza y su dolor. Los movimientos de su pecho se intensificaron y sus estertores se hicieron más fuertes. «¿Qué es esto? ¿Es que piensa levantarse? ¿Intenta hablar? ¿Habla con algo desconocido? ¿Sufre? ¿Tiene miedo?... ¡Ay!»

El padre emitió un profundo estertor, tras lo cual inclinó su cabeza sobre el pecho.

Aisha, desde sus entrañas, gritó: «¡Papá!... ¡Naíma!... ¡Uzmán!... ¡Muhammad!».

Umm Hánafi se apresuró y empujándola con dulzura hacia delante, la condujo fuera. La madre alzó su pálido rostro hacia Kamal, señalándole la salida, pero él no se movió. Entonces, ella balbuceó con pesar:

—Déjame cumplir mis últimos deberes para con tu padre...

Kamal desistió de su postura y salió afuera. Aisha estaba echada sobre un sillón, llorando; él se encaminó hacia el que estaba frente a ella y se sentó. Umm Hánafi, a su vez, entró en la habitación para ayudar a su señora, cerrando la puerta tras ella. Kamal no podía soportar más el llanto de Aisha. Se puso en pie, y comenzó a atravesar la sala yendo y viniendo, sin dirigirle la palabra. De vez en cuando lanzaba una mirada hacia la puerta cerrada de la habitación, y luego, apretaba con fuerza sus labios. Se preguntaba: ¿Por qué la muerte nos parece tan insólita? Cada vez que concentraba su pensamiento para reflexionar, este se desvanecía y la emoción lo vencía. El padre —incluso tras su retiro— había llenado esta vida. No sería extraño, pues, si mañana encontrara un hogar distinto al que conocía, y una vida diferente a la que estaba acostumbrado; aún más, desde aquel instante, debía prepararse para un nuevo período. Su inquietud se intensificó con los sollozos de Aisha y pensó por un momento en hacerla callar, pero no lo hizo. Se preguntaba asombrado de dónde podían venirle esos sentimientos, cuando ella mostraba una curiosa indiferencia ante todo. Volvió de nuevo a meditar sobre la desaparición de su padre de esta vida, pero imaginarlo fue demasiado para él. Recordó más tarde sus últimos momentos, y la tristeza consumió lo más profundo de su corazón. Recordó también su antigua imagen, presente en su pensamiento, cuando él estaba en todo su esplendor y grandeza. Sintió una profunda compasión por todas las criaturas. Pero ¿cuándo iba a dejar de sollozar Aisha?... ¿Es que no podía llorar como él, sin lágrimas?

La puerta de la habitación se abrió, y salió Umm Hánafi. Antes de que se cerrara

la puerta, Kamal pudo oír los sollozos de su madre. Comprendió, pues, que ella ya había acabado de cumplir sus deberes y era libre para llorar. Umm Hánafi se acercó a Aisha y le dijo en tono severo:

—Ya está bien de llorar, mi señora.

Luego, volviéndose hacia él:

—Señor, la aurora comienza a clarear. Duerme aunque sea un poco, pues mañana te espera un día difícil.

El llanto sofocó sus palabras y abandonó el lugar, diciendo con voz llorosa:

—Voy a ir a el-Sukkariyya y a Qasr el-Shawq a comunicar esta triste noticia.

Yasín llegó rápidamente seguido de Zannuba y de Redwán. Desde la calle silenciosa les llegaron los gritos de Jadiga. Con la llegada de Jadiga, el fuego se expandió por toda la casa; se mezclaron gritos, lamentos y sollozos. Les fue imposible permanecer en el primer piso; así pues, subieron hasta el despacho del piso superior, y se sentaron abatidos. El silencio y la consternación les embargaron hasta que Ibrahim Sháwkat exclamó:

—¡No hay fuerza ni poder sino en Dios! El ataque ha acabado con él. ¡Descanse en paz! ¡Que Dios se apiade de él! ¡No era un hombre como los demás!

Yasín no pudo contenerse, y se echó a llorar. Kamal, a la vista de aquello, prorrumpió en sollozos a su vez.

—¡Dad gracias a Dios! Él ha muerto, pero vosotros ya sois unos hombres — volvió a decir Ibrahim Sháwkat.

Redwán, Abd el-Múnim y Ahmad lloraban, mirando a los dos hombres, tristes, desolados y un poco aturridos. De improviso, los dos hombres secaron sus lágrimas, refugiándose en el silencio.

—La mañana está próxima —dijo Ibrahim Sháwkat—. Pensemos lo que debemos hacer.

—Esto no es nuevo —contestó triste y de modo tajante Yasín—. Ya hemos pasado por lo mismo otras veces.

—Debe ser un funeral digno de su posición —dijo Ibrahim Sháwkat.

—¡Es lo mínimo que se debe hacer! —afirmó Yasín convencido.

Ante estas palabras, Redwán dijo:

—La calle que hay frente a la casa es estrecha, no es espaciosa para el pabellón funerario apropiado. Levantémoslo en los terrenos de Bayt el-Qadi...

—¿Pero lo tradicional no es que se levante el pabellón frente a la casa del fallecido? —preguntó Ibrahim Sháwkat.

—Pero este lugar no tiene la suficiente importancia —aclaró Redwán—, ¡especialmente cuando van a presidir el pabellón ministros, notables y diputados!

Los que escucharon, comprendieron que aludía a sus propios conocidos. Entonces Yasín, indiferente, dijo:

—Lo levantaremos allí...

Ahmad pensaba en realizar algo al alcance de sus posibilidades, por eso dijo:

—No podremos difundir la noticia del fallecimiento en los periódicos matutinos.

—Los periódicos de la tarde salen alrededor de las tres; pongamos la hora del funeral a las cinco —dijo Kamal.

—Así sea, de todas formas, el cementerio de el-Qarafa está cerca.

Kamal reflexionó sobre el curso de la conversación con cierta incredulidad. Su padre había estado a las cinco de ese día en su cama, siguiendo la radio, y en cambio, ¡a esa misma hora al día siguiente...!, estaría al lado de Fahmi y el hijito de Yasín. ¿Qué quedaría de Fahmi? La edad nunca había disminuido su viejo deseo de curiosear en el interior de la tumba. ¿Realmente el padre habría deseado decir algo como si ya estuviera preparado? ¿Qué habría querido decir?

—¿Has presenciado la agonía? —preguntó Yasín, volviéndose hacia él.

—Sí, inmediatamente tras tu partida.

—¿Ha sufrido?

—No lo sé, ¿quién lo sabe, hermano? Pero no duró más de cinco minutos.

Yasín suspiró, y luego preguntó:

—¿No dijo nada?

—No, lo más probable es que perdiera el habla.

—¿No recitó la Shahada?

Kamal contestó, bajando sus ojos para disimular su emoción:

—Fue mamá quien lo hizo en su lugar.

—¡Dios tenga piedad de él!

—Amén.

El silencio reinó largo tiempo, hasta que Redwán lo rompió:

—El pabellón funerario debe ser grande y espacioso, para los que vengan a dar el pésame.

—Por supuesto —contestó Yasín—, nuestros amigos son muchos. Luego, mirando a Abd el-Múnim:

¡Y hay una sección de los Hermanos Musulmanes! —Finalmente, suspiró—: ¡Si

estuvieran sus amigos vivos, ellos llevarían las parihuelas sobre sus hombros!

El funeral transcurrió como habían acordado. Los amigos de Abd el-Múnim eran los más numerosos, mientras que los de Redwán eran los de más elevada posición. Un grupo de ellos concentraba las miradas, al ser personas conocidas por los que leían los periódicos y las revistas. Redwán se sentía orgulloso de ellos, hasta el punto que su vanidad casi disimulaba su tristeza. La noticia se difundió entre la gente del barrio, «vecinos de toda la vida», incluso entre aquellos que no habían tenido ninguna ocasión de conocerlo personalmente. Nadie faltó al funeral, salvo los amigos del propio difunto que le habían precedido a la morada postrera. En la Puerta de la Victoria apareció el *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad por el camino. Se tambaleaba a causa de su avanzada edad. Levantó la cabeza hacia las parihuelas, y tras cerrar sus ojos, dijo:

—¿Quién es?

—El difunto señor Ahmad Abd el-Gawwad —le respondió un hombre del barrio.

El rostro del hombre comenzó a agitarse tembloroso de derecha a izquierda, mientras sus rasgos preguntaban desconcertados. De pronto, se atrevió:

—¿De dónde es?

El hombre le contestó meneando su cabeza con cierta tristeza:

—De este barrio, ¡cómo no lo conoces! ¿Es que no recuerdas al señor Ahmad Abd el-Gawwad?

Pero él no parecía acordarse de nada. Arrojó otra mirada a las parihuelas, y siguió su camino...

«En la casa ya no está el padre. Ya no es la casa que he frecuentado más de cincuenta años. Todos a mi alrededor lloran. Jadiga no se separa de mí. Ella es mi corazón lleno de tristeza y recuerdos; ella es el corazón de todo corazón; es más, ella es mi hija, mi hermana y mi madre a veces. Muchos de mis llantos son a escondidas, cuando me quedo sola, pues yo debo animarlos a ellos a olvidar. No es fácil para mí el hecho de que estén tristes o —Dios no lo permita— que la tristeza les afecte de cualquier modo. Pero yo, cuando me encierro en mí misma, no encuentro más consuelo que en el llanto, y lloro hasta que se secan mis lágrimas; y si Umm Hánafi se desliza en mi triste soledad, le digo: "Déjame en paz, que Dios se apiade de ti!" A continuación, ella me dice: "¿Cómo voy a dejarte en este estado? Yo comprendo lo que te ocurre... pero tú eres una persona creyente, aún más, eres la señora de los creyentes, por ti conocemos el consuelo y la resignación en la justicia de Dios...». Bonitas palabras, Umm Hánafi, pero mi corazón entristecido no puede comprender su significado. Este mundo ya no me importa ni tengo nada que hacer en él. Cada una de las horas del día está ligada a alguno de los recuerdos de mi señor... No concibo la vida sin ser él el eje en torno al que esta gira. ¿Cómo voy a poder soportarla, si él ya no sigue aquí? Soy la primera en sugerir que se modifique el aspecto de la habitación querida. ¿Qué puedo hacer en tanto continúen entrando en ella con la vista fija en su lugar ahora vacío y rompan a llorar?... El padre es digno de las lágrimas que se vierten por su causa, pero no soporto esos llantos. Temo por sus tiernos corazones, así que los consuelo como Umm Hánafi lo hace conmigo, y les recuerdo la resignación y la justicia de Dios. Por ese motivo, he desalojado los viejos muebles de la habitación, y los he llevado al cuarto de Aisha. Y para que no se quede vacía y triste, he colocado allí los muebles de la sala. Se ha trasladado a ella la tertulia a la hora del café, donde nos agrupamos alrededor del brasero hablando mucho. Nuestras conversaciones interrumpen las lágrimas, y no hacemos nada, así como a su tiempo, nos ocupamos de los preparativos para el cementerio de el-Qarafa, y yo misma me encargué de preparar la limosna para los pobres en el cementerio. De la misma manera que abandoné todo en manos de Umm Hánafi, quizás este fuera el único deber que no le dejé hacer. Esta querida y fiel mujer que se introdujo mercedamente en el seno de nuestra familia; las dos juntas hicimos los preparativos de la limosna, juntas lloramos y juntas recordamos los días felices. Ella siempre está conmigo espiritual y mentalmente. Ayer, la conversación nos llevó a

recordar las noches de Ramadán, y empezó a hablar de la conducta del señor en esas fechas, desde que se levantaba para la oración del alba, hasta que volvía con nosotros para el *sahur*. En cuanto a mí, recordé cómo me apresuraba hacia la celosía para ver el coche de caballos que lo traía, y escuchaba las risas de sus ocupantes, aquellos que, uno tras otro, ya han encontrado la paz de Dios, al igual que se fueron los días felices y la juventud, la salud y el bienestar. Pido a Dios que dé larga vida a estos hijos y que las alegrías de la vida los consuelen. Esta mañana vi a nuestra gata olfatear el suelo bajo la cama donde había amamantado a sus propios hijos, los que regalamos a los vecinos, y se me rompió el corazón al ver su triste y desconcertado aspecto. Grité desde lo más profundo de mi corazón: «¡Dios te dé paciencia, Aisha...!». La pobre Aisha, cuya tristeza se ha avivado con la muerte de su padre. Ahora llora por su padre, por su hija, por sus dos hijos y por su esposo y ¡qué lágrimas más ardientes! Yo que he sufrido la amargura de perder un ser querido antes, hasta el punto de sangrar mi corazón, hoy sufro por la muerte de mi señor. Estoy vacía sin él, que era toda mi vida. No me quedan más obligaciones con él que preparar su limosna y recibir la de el-Sukkariyya y de Qasr el-Shawq. Esto es todo lo que me queda. «No, hijito mío, estos días elige por ti mismo un ambiente distinto al triste nuestro para que no te contagie su infección... ¿Por qué estás taciturno? La tristeza no fue creada para los hombres. El hombre no puede soportar las cargas y las penalidades a la vez... Sube a tu cuarto y distráete leyendo y escribiendo, como hacías, vete con tus amigos, y diviértete. Desde el principio de la creación, los seres queridos dejan a los suyos. Si abandonarse a la tristeza fuera lo normal, no quedaría un ser vivo en la superficie de la tierra... No estoy triste como te imaginas. Un creyente no debe entristecerse. Viviremos si Dios quiere, y olvidaremos. No podremos seguir a nuestro ser querido hasta que Dios no lo quiera». Así se lo he dicho, sin dejar que mi falta de resignación y valor me afecten, salvo cuando apareció Jadiga, el alma viva de nuestra casa, llorando sin parar; entonces, no pude evitar romper a llorar yo también. Aisha me dijo que había visto a su padre en sus sueños, sujetando el brazo de Naíma con una mano, el de Muhammad con la otra, llevando a Uzmán sobre sus hombros, y diciéndoles que todos estaban bien. Ella le preguntó a propósito del misterio de la ventana que se iluminaba para ella en el cielo y que después desaparecía para siempre. Descubrió entonces en sus ojos una mirada de reproche y no pronunció palabra. A continuación, Aisha me preguntó el significado del sueño. ¡Qué perplejidad la de tu madre, Aisha!... No obstante, le contesté que un ser querido había muerto y que eso inquietaba su corazón. Por eso, la había visitado en su sueño, trayéndole a sus hijos con él desde el paraíso para que

ella se consolara al verlos. «¡No enturbies su dicha entregándote a la tristeza!». ¡Ojalá, Aisha, que retornen los primeros tiempos, aunque sea sólo una hora! ¡Ojalá desaparezca la tristeza de los que me rodean para que pueda ocuparme de mi propia y profunda tristeza! Reuní a Yasín y a Kamal para decirles: Estos queridos objetos, ¿qué vamos a hacer con ellos? Yasín dijo: Yo voy a coger el anillo, pues le va a mi dedo; para ti, el reloj, Kamal; y el rosario para ti, mamá... ¿y las *yubbas* y los caftanes?... Recuerdo enseguida que el perdido *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad es la única traza de la época de nuestro querido señor. Yasín dijo: «Ese hombre está acabado, ha perdido la cabeza y no se sabe dónde vive». Kamal replicó irritado: «¡Pero si no reconoció a papá! Olvidó su nombre y se alejó con indiferencia del funeral». Me sentí molesta e intervine: «¡Qué raro! ¿Cuándo ha ocurrido esto?». Mi señor preguntó por él incluso en sus últimos días; siempre lo ha querido aunque no lo vio más que una o dos veces desde que visitara nuestra casa la noche de bodas de Naíma. Pero, por Dios, ¿dónde está Naíma? ¿Y dónde está todo ese tiempo? Yasín sugirió que se ofrecieran las ropas a los ordenanzas de su oficina y a los bedeles de la escuela de Kamal, pues él no era más digno de ellas que unos necesitados como aquellos, que rezarían por su descanso eterno en la última morada. En cuanto al preciado rosario, no se separaría de mis manos el resto de mi vida. Y la sepultura, cuan grato es el visitarla, a pesar de la aflicción que suscita. No había dejado de ir allí desde que el querido mártir falleció. Desde entonces, la he considerado como una habitación más de nuestra casa, aun estando ya en los límites de nuestro barrio. Su tumba nos reúne a todos como lo hacía la tertulia del café en el pasado. Jadiga llora y se lamenta hasta cansarse. Luego, nos ordenamos callar con corrección para escuchar el Corán. A continuación, la conversación los entretiene durante un tiempo. Yo me alegro de que algo aleje la tristeza de mis seres queridos. Redwán, Abd el-Múnim y Ahmad se enredan en una larga discusión, a la que a veces se incorpora Karima, y eso incita a Kamal a compartir con ellos la conversación y a atenuar lo desolado de la situación. Abd el-Múnim pregunta sobre su tío el mártir, y entonces, Yasín le relata las historias. En esos momentos, la vida de los días pasados renace, y los recuerdos escondidos retornan. Mi corazón late y no sé cómo disimular mis lágrimas. A menudo, veo a Kamal taciturno, y le pregunto qué le pasa. Él me contesta: «Su imagen no se separa de mí, en particular la visión de su agonía, ¡si su final hubiera sido más leve!». Yo le digo con dulzura: «Debes olvidarlo todo». Él me pregunta: «¿Cómo voy a olvidarlo?». Le respondo que con la fe; él, entonces, sonrío tristemente y dice: «¡Cuánto lo había temido al comienzo de mi vida, y sin embargo, en su última época se me había manifestado como un hombre nuevo, es más, como

un querido amigo! ¿Acaso no era el más ingenioso, el más dulce y el más cariñoso? No había un hombre como él». Yasín llora siempre que lo asaltan los recuerdos... Kamal se apena en callado silencio; en cambio Yasín, el corpulento, llora como un niño al decirme: «Era el único hombre que he querido en mi vida». Era para él un padre y una madre. Sólo había disfrutado de amor, cariño y solicitud bajo su protección; incluso su furia era piedad. No olvidaré el día que me perdonó y me trajo de nuevo a su casa; él creyó en la intuición de mi madre, Dios tenga compasión de ella, que no dejó de decirme que el señor no era un hombre que hiciera callar a la madre de sus hijos. Su amor nos mantenía unidos, y ahora, lo sigue haciendo su recuerdo. A nuestra casa no le faltan visitantes, aunque mi corazón no se tranquilizará hasta que vea a Jadiga, Yasín y a sus familias a mi alrededor. Incluso a Zannuba a pesar de que no creo en su tristeza. La pequeña y preciosa Karima me dijo: «¡Abuela, ven con nosotros! Este es el día de la fiesta del nacimiento de el-Huseyn, y el aniversario se va a celebrar bajo nuestra casa. A ti te gusta eso». La besé agradecida y le contesté: «Hijita mía, tu abuela no está preparada para pasar la noche fuera de casa». Ellos no saben nada de las normas de la casa de su abuelo en aquellos días que pasaron. ¡Qué bonito es recordarlos! La celosía de los últimos límites de mi vida, donde yo esperaba el regreso de mi señor al final de la noche. Él, con su fuerza, casi resquebrajaba el suelo cuando bajaba del coche de caballos. Invadía la habitación con su altura, su corpulencia y la vitalidad que afluía a su rostro. Hoy, ni va a regresar ni regresará. Antes de su muerte, había enflaquecido, se había encogido y había guardado cama. Su cuerpo se había debilitado y había adelgazado tanto que se podía levantar con una sola mano. ¡Oh, qué tristeza la mía, que no desaparece! Aisha dijo enfadada que esos nietos no habían sentido pena por su abuelo; realmente no están tristes. Yo le contesté: «Sí están tristes, pero son pequeños; que Dios se compadezca de ellos para que no se hundan en la tristeza». Ella continuó: «Mira a Abd el-Múnim, no termina de discutir; tampoco sintió pena por mi hija. ¡Qué pronto la olvidó, como si hubiera sido algo que no existió!». Yo repliqué: «Claro que se sintió afligido por su causa bastante tiempo y lloró mucho, pero la tristeza de los hombres es diferente a la de las mujeres, y además, el corazón de una madre no es como el de los demás». ¿Quién no olvida, Aisha? Y nosotros, ¿acaso no nos distraemos hablando? ¿No nos sorprende a veces una sonrisa? Y llegará un día en que no haya lágrimas. ¿Dónde está Fahmi, dónde? Umm Hánafi se dirigió a mí: «¿Por qué rehúsas visitar el-Huseyn?». Le dije: «Estoy fría ante cualquier cosa que he amado, pero visitaré el-Huseyn cuando se cicatrice la herida». Ella entonces me preguntó: «¿Es que la herida puede cicatrizarse sin visitar al

Señor?». De esta manera me cuida Umm Hánafi. Ella es la señora de nuestra casa. Si no fuera por ella, no tendríamos casa. Tú, mi Señor, Señor de todos, Tú eres el juez, y no se puede luchar contra tu decisión; rezo para ti. Me hubiera gustado que mi señor conservara su fuerza hasta el final, pues nada me hacía sufrir tanto como su postración, que había reducido el mundo a su lecho... Ni siquiera pudo rezar. Su débil corazón no lo soportó. Volvió a ser llevado en brazos como un niño. Por ello se me saltan las lágrimas y mi tristeza se hace más profunda.

—Me pongo en manos de Dios y pido en matrimonio a mi prima Karima...

Ibrahim Sháwkat alzó los ojos hacia su hijo algo asombrado. Ahmad, por su parte, inclinó la cabeza con una sonrisa que indicaba que la noticia no le había sorprendido, mientras que Jadiga dejó el chal que estaba bordando, y clavó sus ojos en él con una extraña e incrédula mirada. A continuación, miró a su esposo y preguntó:

—¿Qué ha dicho?

Abd el-Múnim volvió a decir:

—Me pongo en manos de Dios y pido en matrimonio a Karima, la hija de tu hermano...

Jadiga, perpleja, extendió sus manos y dijo:

—¿Es que el mundo ha olvidado la sensibilidad? ¿Es este el momento apropiado para hablar de compromiso incluso sin considerar a la prometida?

—Todos los momentos son apropiados para un compromiso —contestó sonriendo Abd el-Múnim.

Ella meneó su cabeza, atónita, y preguntó:

—¿Y tu abuelo? —Y tras echar una ojeada a Ahmad e Ibrahim—: ¿Habéis oído antes algo parecido a esto?

Abd el-Múnim contestó un poco irritado:

—Un compromiso no es una boda ni una fiesta. Y de la muerte de mi abuelo ya han pasado cuatro meses completos...

—Karima es todavía una niña —interrumpió Ibrahim Sháwkat, encendiendo un cigarrillo.

Según creo, aparenta más edad de la que tiene.

—Tiene quince años, pero el contrato no se redactará antes de un año —dijo Abd el-Múnim.

—¿Es que Zannuba te ha puesto al corriente del certificado de nacimiento? —dijo Jadiga con amarga ironía.

Ibrahim Sháwkat y Ahmad se echaron a reír, aunque Abd el-Múnim contestó en tono serio:

—Nada tendrá lugar antes de un año. Entonces, ya habrá pasado alrededor de año y medio desde la muerte del abuelo y Karima tendrá edad para casarse.

—¿Y por qué nos produces dolor de cabeza ahora?

—Porque nada impide que haga público el compromiso en este preciso momento.

—¿Es que se va a agriar el compromiso por aplazarlo un año? —preguntó con sorna Jadiga.

—Me gustaría... me gustaría que dejaras las bromas...

Ante estas palabras, Jadiga gritó:

—Si esto ocurriera, sería una vergüenza.

Con toda la tranquilidad que pudo, Abd el-Múnim contestó:

—Mi abuela me ha llamado. Ella me comprenderá mejor que tú, al ser mi abuela y la abuela de Karima por igual.

—No es abuela de Karima —dijo groseramente.

—Abd el-Múnim enmudeció, con el rostro sombrío. Su padre lo abordó diciendo:

—Es una cuestión de tacto; es mejor que esperemos un poco...

—¡Quieres decir que no hay que hacerle más objeción que la del tiempo! —exclamó furiosa Jadiga.

—¿Es que hay otra objeción? —preguntó sin comprender nada.

Jadiga no respondió, dedicándose de nuevo a bordar el chal. Pero Abd el-Múnim prosiguió:

—Karima es la hija de Yasín, tu hermano ¿no es así?

Jadiga dejó el chal y dijo con amargura:

—Es verdad, ella es hija de mi hermano, pero ¡debes recordar también a su madre!

Las miradas se intercambiaron con preocupación. Abd el-Múnim, violento, dijo en un arrebato:

—¡Su madre es también la esposa de tu hermano!

Ella elevó el tono de su voz:

—Ya lo sé, ¡eso es lo penoso!

—¡Eso es parte del pasado ya olvidado! ¿Quién se acuerda ahora de aquello? ¡Sólo una señora respetable como tú!

—¡Ella no es como yo, ni lo será nunca! —contestó enfadada.

—¿De qué la acusas? La conocemos desde nuestra infancia como una señora respetable en todos los sentidos. El hombre, si se arrepiente y obra rectamente, borra su vida anterior. Después de eso, nadie se acuerda de ella, excepto...

Se contuvo, pero ella meneó su cabeza desolada, diciendo:

—¿Sí? ¡Explícame! Insulta a tu madre por esta mujer que ha sabido cómo

sorberte el seso. Hace tiempo que me preguntaba lo que había detrás de esas continuas invitaciones a fiestas en Qasr el-Shawq, y mírate, ¡has caído como un cubo!

Abd el-Múnim, enfadado, volvió sus ojos hacia su padre y su hermano, y les preguntó:

—¿Son estas palabras dignas de nosotros? ¡Quisiera oír vuestra opinión!

Bostezando, Ibrahim Sháwkat intervino:

—No hay razón para tantas palabras. Abd el-Múnim se casará, ya sea hoy o mañana, y eso te gustará. Karima es nuestra hija, es bonita y cariñosa. No viene a cuento esta cháchara...

—Tú, mamá, eres la primera en desear la felicidad de mi tío Yasín —añadió Ahmad.

—Todos estáis contra mí, como de costumbre —dijo Jadiga montando en cólera—. ¡No tenéis más pretexto que el de «mi tío Yasín»! Yasín es mi hermano. Su primer error fue que no supo casarse. Y el hijo de su hermana ha heredado de él este curioso temperamento...

Abd el-Múnim preguntó asombrado:

—¿Pero la mujer de mi tío no es amiga tuya? ¡Quien os haya visto a las dos intercambiando confidencias, pensaría que erais hermanas!

—¿Qué puedo hacer con una mujer tan diplomática como Allenby? Pero si me dejara a mí el asunto, y si no fuera porque tengo consideración por los sentimientos de Yasín, no le permitiría a ella entrar en mi casa. ¿Cuál ha sido el resultado?... Te ha sorbido el seso con esos convites interesados y, en consecuencia, ahí está la compensación.

Al oír estas palabras, Ahmad se dirigió a su hermano:

—Pídelo en matrimonio cuando quieras. Mamá habla mucho, pero tiene buen corazón...

Ella soltó una risa nerviosa y dijo:

—¡Bravo, niño! Sois diferentes en todas las cosas de religión, credo y política, pero estáis todos de acuerdo contra mí.

—El tío Yasín es al que más quieres de la familia —le dijo alegre Ahmad—. Acogerás a Karima con la mejor de las bienvenidas. El cuento es que deseas una novia excéntrica para poder maltratarla como una suegra. Bueno, pues yo tendré que hacer realidad para ti esta ilusión. Te traeré una prometida excéntrica para que se cumpla tu deseo.

—¡No me extrañaría que mañana me trajeras a una bailarina! ¿Por qué os reís?

Este gran muftí contraería una alianza matrimonial con una cantora. ¿Qué esperar de ti? ¿Tú, tan solícito en la religión, que buscas refugio en Dios?

—Pues efectivamente, necesitamos una bailarina.

De pronto Jadiga dijo, como si hubiera recordado un asunto importante:

—¡Y Aisha, Señor! ¿Qué va a decir de nosotros?

—¿Qué va a decir? —protestó Abd el-Múnim—. Hace ya cuatro años enteros que mi mujer falleció. ¿Es que quieres que permanezca viudo de por vida?

—No hagáis una montaña de un grano de arena. El problema es más sencillo que todo esto. Karima es la hija de Yasín, Yasín es el hermano de Jadiga y Aisha, esta es nuestra opinión. ¡Uf! ¡Todo entre vosotros es una disputa, hasta las bodas!

Ahmad miró a hurtadillas y sonriente a su madre. Se puso a espiarla hasta que esta se levantó enfadada y abandonó la sala. Y se dijo a sí mismo: «Esta clase burguesa está llena de complejos, necesita un hábil psicoanalista que le cure todos sus defectos. Si la suerte me concediera una tregua, yo me habría anticipado a mi hermano en casarme, pero la otra burguesía exigió como condición una paga no inferior a cincuenta libras. Así se hieren los sentimientos por cosas que nada tienen que ver con los corazones. ¿Qué pensaría Sawsan Hammad si conociera mi malograda hazaña?»

El ambiente era muy frío, y el húmedo Jan el-Jalili no era el lugar ideal para el invierno. A pesar de ello, aquella tarde, el mismo Riyad Quldus sugirió ir al café de Jan el-Jalili que se erigía en lugar del café de Ahmad Abdu sobre la superficie del suelo. También dijo: «Kamal me lo enseñó en los últimos tiempos en que aún era aficionado a las cosas extravagantes». El café era pequeño; su puerta se abría al barrio de el-Huseyn y se extendía a continuación a lo largo de un pseudopasillo, con las mesas alineadas a sus lados; terminaba en un balcón de madera que se asomaba al nuevo Jan el-Jalili. Los amigos se sentaron en el ala derecha del balcón. Sorbían te y fumaban el narguile por turnos. Ismail Latif decía:

—Estoy en trámites para conseguir el certificado de aptitud. Luego, partiré...

Kamal, en tono apenado, preguntó:

—¿Te vas a ausentar de nosotros tres años?

—Sí, la aventura es inexorable, y además un sueldo magnífico que no me imaginaría conseguir aquí un día. Y además, Irak es un país árabe que no se diferencia mucho de Egipto...

Dejaría en su lugar la nostalgia. No era un amigo del alma, pero sí un amigo de toda la vida.

—¿No necesitará Irak dos traductores? —preguntó riendo Riyad Quldus.

—¿Te irías si se te presentara una oportunidad como la de Ismail? —le preguntó Kamal.

—Si me hubiera sucedido en el pasado, no habría dudado. En cambio hoy, no...

—¿Cuál es la diferencia entre el pasado y el presente?

—Por lo que a ti respecta, ninguna —contestó riendo Riyad Quldus—, pero para mí, todas. ¡Me parece que pronto voy a ingresar en el club de los casados!

Kamal se quedó pasmado ante la noticia, que se había abatido sobre él sin preámbulos. Lo invadió una angustia cuya naturaleza no pudo comprender.

—¿De verdad? No habías comentado esto antes.

—Claro que no; llegó de improviso. En nuestro último encuentro aún no había nada en mente.

Ismail Latif se rio en tono de triunfo. Kamal, en cambio, preguntó, intentando sonreír:

—¿Cómo ha sido?

—¡Cómo! Como ocurre todos los días; una profesora vino para visitar a tu

hermano en el servicio de traducción y me gustó. Entonces, tanteé su opinión y encontré a alguien diciéndome «siéntate»...

Ismail arrebató a Kamal el tubo flexible de goma del narguile.

—¿Cuándo pensáis que este —preguntó señalando a Kamal, sonriendo— va a tantear la opinión de alguna chica?

Así era, Ismail nunca dejaba escapar una ocasión para plantear el tan reiterado tema. Pero había asuntos más importantes que este. Todos sus amigos casados decían que el matrimonio era una «celda». Era muy probable que no viera a Riyad —cuando se casara— salvo muy raramente. Quizá se transformara y cambiara. Se convertiría en un amigo por correspondencia. Era tranquilo y agradable. ¡Qué fácil era llevarlo! Pero ¿cómo iba a transcurrir la vida sin él? Cuando el matrimonio lo convirtiera en una nueva persona como Ismail, ¡adiós a todas las alegrías de la vida!

—¿Cuándo te casas? —preguntó.

—El próximo invierno, según las más inverosímiles suposiciones...

Parecía que estaba predestinado a perder siempre los amigos, por su alma torturada.

—Así pues, serás otro Riyad Quldus.

—¿Por qué?... Estás muy equivocado...

—¿Equivocado? —dijo, disimulando su angustia con una sonrisa—. El Riyad de hoy es una persona de espíritu insaciable, cuyos bolsillos se contentan con nada; en cambio, el marido nunca satisfará su bolsillo, ni encontrará una ocasión para disfrutar del espíritu...

—¡Qué definición más injuriosa del matrimonio! Pero no estoy de acuerdo contigo.

—Como Ismail, que se ve obligado a emigrar a Irak. No bromeo en estas cosas. Es natural, además del hecho de que supone valor, pero al mismo tiempo es horrible. Imagínate hundido hasta lo más alto de tu cabeza en las preocupaciones diarias de la vida, sin pensar más que en los problemas de la subsistencia, que tu tiempo se mida en piastras y milímetros, que el aliento poético de la vida se convierta en una pérdida de tiempo.

Riyad dijo con desdén:

—¡Conjeturas fruto del miedo!

—¡Ay, si supieras lo que es el matrimonio y la paternidad! Has dejado pasar hasta hoy sin saber lo que es la verdad de la vida.

No era imposible que su opinión fuera la correcta. Incluso si eso fuera cierto, su vida sería un drama estúpido; pero ¿qué es la felicidad? ¿Qué quería exactamente?

Aunque lo que ahora lo afligía era estar amenazado otra vez por la terrible soledad como la que sufrió tras la desaparición de Huseyn Shaddad de su vida. ¡Si fuera posible encontrar una esposa que tuviera un cuerpo como el de Atiyya y un espíritu como el de Riyad! Eso es lo que anhelaba verdaderamente, un cuerpo como el de Atiyya y un espíritu como el de Riyad juntos en una misma persona. Se casaría con ella, y entonces los sentimientos de soledad no lo amenazarían hasta la muerte. Este era el problema. De improviso, Riyad dijo aburrido:

—¡Dejemos de hablar del matrimonio! Yo ya había acabado y empezaste tú, a pesar de haber hoy sucesos políticos importantes que deben acaparar nuestra atención.

Kamal compartía con él estos sentimientos, aunque aún no había podido reponerse de la sorpresa. Recibió, pues, la invitación del otro con evidente apatía, y no pronunció palabra. Ismail Latif dijo sonriendo:

—El-Nahhás supo vengarse de la destitución de diciembre del año 1937. ¡Entró en Abdín a la cabeza de los tanques británicos!

Riyad aguardó un poco para darle ocasión a Kamal de responder, mas este no pronunció palabra. Entonces, repuso en tono severo:

—¿Una venganza? Ciertamente tu imaginación te pinta la cuestión de manera muy alejada a lo que fue en realidad.

—¿Y cuál es la realidad?

Riyad lanzó una mirada hacia Kamal como incitándolo a hablar. Pero como este no reaccionó, prosiguió diciendo:

—El-Nahhás no es un hombre que conspire con los ingleses para conseguir volver al poder.

Ahmad Máher es un loco. Él fue quien traicionó al pueblo y se unió al rey. Luego quiso reforzar su debilitado puesto con la insensata declaración que hizo ante los periodistas...

Miró después a Kamal como pidiéndole su opinión. La conversación sobre política había atraído finalmente parte de su atención, aunque sintió el deseo de oponerse un tanto a Riyad. Así pues, dijo:

—Indiscutiblemente, el-Nahhás ha salvado la situación. No dudo de su intachable patriotismo. El hombre, a esa edad, no se convierte en un traidor para acceder a un puesto del que ya se ha hecho cargo cinco o seis veces anteriormente. Pero, su proceder, ¿ha sido el correcto?

—Eres un escéptico. Tus recelos no tienen fin. ¿Cuál hubiera sido la actitud correcta?

—Insistir en rechazar el Ministerio para no someterse a la advertencia británica, pasara lo que pasase. —¿Aunque se hubiera destronado al rey y se hubiera hecho cargo del país el gobernador militar británico?

—¡Aun así!

Riyad suspiró enfadado y dijo:

—Nosotros nos entretenemos hablando ante el narguile, pero el político tiene ante él una grave responsabilidad. En estas críticas circunstancias de guerra, ¿cómo podía acceder el-Nahhás a que se destituyera al rey y a que un militar británico gobernara el país? Y si los aliados ganaran —pues debemos considerar también esto — estaríamos en las filas de los enemigos derrotados. La política no es una poesía idealizada, sino una firme realidad.

—Continúo teniendo fe en el-Nahhás, pero tal vez se equivocara. No digo que él conspirara ni traicionara...

—La responsabilidad recae en los impíos que colaboraron con los fascistas a espaldas de los ingleses, como si los fascistas fueran a respetar nuestra independencia. ¿No hubo entre nosotros y los ingleses un pacto? ¿No nos obliga el honor a respetar nuestra palabra? Y finalmente, ¿no somos demócratas interesados en que la democracia triunfe sobre el nazismo, que nos sitúa en la posición más degradada en una escala de naciones y razas, y que suscita el odio racial, étnico y sectario?

—Estoy contigo en todo esto, ¡pero someterse a la advertencia británica hace de nuestra independencia una fantasía!

—El hombre no tenía más que protestar, y los ingleses aceptarían su punto de vista.

Ismail se rio en voz alta y dijo:

—¡Qué suerte que haya una protesta anglo-egipcia!

No obstante, dijo en tono serio:

—Yo apruebo lo que hizo, y si hubiera estado en su lugar, lo habría hecho. Un hombre que fue apartado y humillado a pesar de tener mayoría, supo cómo vengarse a sí mismo, y la realidad es que aquí no hay ni independencia ni nada. Por cualquier motivo se derrocará al rey, y nos gobernará un militar inglés.

El rostro de Riyad se enfurruñó más aún, mientras Kamal sonreía diciendo con una tranquilidad que parecía extraña:

—Los demás se equivocaron y el-Nahhás cargó con las consecuencias del error. No hay duda de que él salvó la situación, salvó el trono y el país, y luego, la importancia del resultado final. Cuando los ingleses mencionen su obra tras la

guerra, nadie recordará el 4 de febrero...

Ismail, socarrón, dio palmas pidiendo brasas para el narguile:

—¡Cuando mencionen los ingleses su obra! ¡Pues yo te digo a ti desde ahora que ellos lo derrocarán antes de que eso ocurra!

—El hombre se ofreció para cargar con la mayor responsabilidad en las más críticas circunstancias —dijo Riyad convencido.

—¡Igual que tú te ofrecerás para cargar con la mayor responsabilidad de tu vida! —repuso Kamal risueño.

Riyad se rio; luego se levantó diciendo «con vuestro permiso», y se encaminó al cuarto de baño. En ese momento, Ismail se inclinó hacia Kamal y le dijo sonriendo:

—La semana pasada mi madre fue a visitar a un «grupo» que no hay duda que recuerdas.

Kamal lo miró con curiosidad y preguntó:

—¿Quién?

El otro respondió con una sonrisa significativa:

—¡Aida!

El nombre cayó en sus oídos de una manera insólita. La singularidad de esta situación cubrió todas las sensaciones que posiblemente se le habían suscitado, y por un tiempo pareció como si el nombre procediera de sus entrañas y no de la boca de su amigo. Todo era previsible salvo esto. Pasaron unos momentos como si su nombre no tuviera para él ningún significado, ¿quién es Aida? ¡Ah, aquella fecha! ¿Cuántos años habían pasado sin que ese nombre sonara en sus oídos? ¿Desde 1926 o 1927? Dieciséis años, ¡la edad de un joven adolescente completamente formado, que quizá amó y experimentó el fracaso! En efecto, ha envejecido. ¿Aida? ¿Qué le suscita este recuerdo? ¡Nada! Excepto un interés sentimental mezclado con cierta emoción, como si con su mano rozara el lugar de una operación quirúrgica cicatrizada desde hace tiempo, y recordara las graves circunstancias que lo envolvieron, situación que pasó y acabó.

—¿Aida? —balbuceó de modo interrogante.

—Sí, Aida Shaddad. ¿Es que no la recuerdas? ¡La hermana de Huseyn Shaddad!

Notó una desazón tras los ojos de Ismail, por lo que dijo en tono evasivo:

—¡Huseyn! Me pregunto qué será de él.

—¡Quién sabe!

Se dio cuenta de la estupidez de su evasiva, pero ¿qué podía haber hecho si sintió su rostro acalorarse a pesar del violento frío de febrero? El amor le pareció curiosamente semejante a algo... ¡a la comida! Sentimos su fuerza mientras está en

la mesa, luego en el estómago, a continuación en la sangre de otra forma, hasta que se transforma en células. Estas células se renuevan con el paso del tiempo sin que queden huellas de las mismas. Pero, tal vez, permanezca un eco en las entrañas, eco que llamamos olvido, una vieja «voz» se presenta al hombre, y empuja al olvido hasta cerca de la zona de la conciencia. Entonces se oye de algún modo el eco. De otro modo, ¿qué es este desasosiego? O puede que sea nostalgia de Aida; no tanto como la persona amada que fue, aquello terminó definitivamente, sino como un símbolo de amor, cuya larga ausencia muchas veces entristece. Un simple símbolo como las ruinas abandonadas que despiertan los numerosos recuerdos históricos.

Ismail volvió a hablar:

—Hablamos largo rato —yo, Aida, mi madre y mi esposa—. Ella nos contó cómo huyeron, ella y su esposo, y también todos los representantes políticos de la nación ante los ejércitos alemanes hasta que se refugiaron en España. Ellos se trasladaron finalmente a Irán; luego, regresamos a los días del pasado y reímos mucho...

Poco importaba que el amor hubiera muerto; su corazón desprendía una añoranza que lo aturdió. Las cuerdas de sus entrañas que se desgarraban empezaron a emitir unos sonidos con expresión apagada y triste:

—¿Cómo es ahora su aspecto?

—Puede que tenga cuarenta. No, yo soy mayor que ella dos años; Aida tiene treinta y siete. Está un poco más llenita de lo que era, pero sigue conservando su esbeltez. Su rostro es el mismo, salvo la mirada de sus ojos, que ahora sugieren seriedad y aplomo. Me comentó que tenía un hijo de catorce años y una hija de diez...

«Así pues, esta es Aida. No fue un sueño. Su historia no fue una ilusión. Puede que hayan transcurrido unos momentos, pero ese pasado parece que no hubiera existido. Ella es esposa y madre; recuerda el pasado y se ríe mucho, pero ¿cuál es la realidad de su imagen? ¿Y qué queda de esa realidad en la memoria? ¡Cuánto había cambiado de aspecto mientras él la conservaba en su recuerdo!» Él deseaba echar una mirada resuelta a esta criatura humana; tal vez descubriera el secreto que le permitió en otro tiempo realizar maravillas.

Riyad regresó a la reunión, y Kamal temió que Ismail interrumpiera su conversación. Sin embargo, continuó:

—¡Me preguntaron por ti!

Riyad los miró a los dos y se dio cuenta de que entre ellos se desarrollaba una conversación privada. Así pues, se apartó, cogiendo el narguile. Kamal sintió cómo

la frase «preguntaron por ti» estuvo a punto de aniquilar su fuerte resistencia como si se tratara del más destructivo microbio. Y, demostrando lo menos posible la vehemencia que lo dominaba para que pareciera natural, preguntó:

—¿A propósito de qué?

—Preguntaron acerca de fulano y mengano, de los amigos de antes. Y luego, preguntaron por ti. Yo les dije: Es profesor en la escuela de el-Salihdar y un gran filósofo que publica artículos que no comprendo en la revista *el-Fikr*, que no hojeo. Ellos se rieron y después me preguntaron: «¿Se ha casado?». Yo les respondí que no...

—¿Qué dijeron? —se encontró a sí mismo preguntando.

—No recuerdo qué nos desvió de esa conversación.

La enfermedad emboscada amenaza con estallar, y el que hace tiempo enfermó de tuberculosis debe guardarse del frío. La frase «preguntaron por ti», ¡qué semejante le parecía a los tonos de Saba, por su estilo ingenuo y su vivo poder de penetración en el alma! Había ocurrido algo que hizo que su alma experimentara una olvidada sensación con toda su fuerza anterior y que luego se interrumpió... Como la lluvia a destiempo, sintió, en ese momento pasajero, que había vuelto a ser el antiguo enamorado, y que sufría el amor de forma viva, con todos sus arrebatos de alegría y tristeza. Mas el peligro no lo había amenazado gravemente, pues era como el inquieto soñador que se ve abordado por la fresca sensación de no distinguir el sueño de la realidad; pero él deseó en aquel instante que ocurriera un milagro del cielo, y encontrarse con Aida, y que por unos cuantos minutos, ella le confesara que compartió sus sentimientos uno o más días, y que la diferencia de edad u otra causa fue lo que se interpuso entre ellos. Si hubiera sucedido este milagro lo habría consolado de todos sus sufrimientos, viejos y nuevos, su alma se habría contado entre los felices de la creación y la vida no habría pasado en vano. Aunque todo ello sería una luz engañosa como la luz de la muerte. Lo más conveniente para él era contentarse con olvidar, que ya es un triunfo, aun cuando se retirara derrotado. Que su resignación fuera el pensar que no era el único humano que había conocido el fracaso de la vida.

—¿Cuándo se marchan a Irán? —preguntó.

—Se fueron ayer, esto es lo que ella me dijo en su visita...

—¿Cómo ha recibido el drama de su familia?

—Naturalmente, evitó esta conversación, y ella ni siquiera la mencionó.

De pronto, Riyadh Quldus exclamó señalando delante de él: «¡Mirad!». Miraron hacia el ala izquierda de la terraza y vieron a una mujer de extraño aspecto. Tenía

unos setenta años, el cuerpo flaco, los pies descalzos, vestía un *guilbab* de los que llevan los hombres, sobre su cabeza tenía una *táqiya* bajo cuyo borde no aparecía ningún rastro de cabello, pues sería calva o tiñosa. Su rostro, completamente embadurnado por las pinturas del maquillaje, parecía miserable y grotesco a la vez. No tenía un solo diente. Mientras tanto, sus ojos se pusieron a lanzar en todas direcciones miradas de ternura y de sonriente afecto.

—¿Una mendiga? —preguntó interesado Riyad.

—Una loca, seguramente —contestó Ismail.

Permaneció de pie mirando los asientos vacíos del ala izquierda hasta que eligió uno para sentarse. Al hacerlo, notó los ojos de los que la miraban clavados en ella, y con una amplia sonrisa dijo:

—¡Buenas tardes, señores!

Riyad respondió calurosamente a su saludo:

—¡Buenas tardes, *hagga*! Ella dejó escapar una carcajada que recordó a Ismail —según sus propias palabras— el-Ezbekiyya en su esplendor, y dijo a continuación:

—¡*Hagga*! Sí, yo también, ¡si te refieres a la mezquita del pecado!

Los tres rieron, cosa que la envalentonó, y dijo con descaro:

—Pedidme un té y el narguile, y Dios os recompensará...

Riyad dio palmas con energía para pedirle lo que ella quería, e inclinándose sobre el oído de Kamal, susurró: «Así es como empiezan algunas historias». La vieja, mientras tanto, se reía alegremente y decía:

—¡Esta es la generosidad de los días de antaño!... ¿Ricos de guerra, niños míos?

—Somos pobres de guerra, es decir, funcionarios, *hagga* —respondió Kamal risueño.

—¿Cuál es tu ilustre nombre? —le preguntó Riyad.

Ella levantó la cabeza con divertido orgullo y contestó:

—La Sultana Zubayda, conocida de uno y de todos.

—¿La Sultana?

—Sí...

Y luego, riéndose:

—¡Pero mis súbditos han muerto!

—¡Que Dios tenga piedad de ellos!

—Que Dios tenga piedad de los vivos, pues a los muertos les basta con estar en presencia de Dios... ¿Me decís quiénes sois vosotros?

El camarero, sonriendo, trajo el narguile y el té. Luego, se aproximó al grupo de amigos y les preguntó:

—¿La conocéis?

—¿Quién es?

—Es Zubayda, la cantora, la más famosa cantora en sus tiempos. Después, la edad y la cocaína acabaron con ella, ¡ya la veis!

Kamal creyó que no había oído ese nombre por primera vez. Por su parte, el interés de Riyad Quldus había llegado al punto más alto, por lo que empezó a incitar a sus compañeros para que se presentaran ellos mismos como ella les había pedido; de esa manera, ella les abriría su corazón. Ismail dijo presentándose:

—Ismail Latif.

—Encantada, aunque es un nombre que no tiene sentido en sí mismo.

Todos rieron, y en aquel momento Ismail la insultó con voz inaudible. Su amigo se presentó:

—Riyad Quldus.

—¿No eres musulmán? Uno de vosotros se enamoró de mí. Era un comerciante de el-Muski. Su nombre es Yúsuf Gattás. Para mí fue muy importante. Yo lo retenía en el lecho hasta que amanecía.

Compartió con ellos su risa, y la dicha brilló en su rostro, luego dirigió su vista a Kamal, que dijo:

—Kamal Ahmad Abd el-Gawwad.

Ella estaba acercando el vaso de té a su boca, cuando detuvo su mano de forma imprevista y alarmada. Clavó los ojos abiertos en el rostro de Kamal y dijo, interrogando:

—¿Qué has dicho?

Riyad Quldus respondió por él:

—Kamal Ahmad Abd el-Gawwad.

Inhaló una bocanada del narguile, y dijo como si hablara para sí:

—¡Ahmad Abd el-Gawwad! ¡Pero cuántos nombres! ¡Cómo las piastras en el pasado!

A continuación, se dirigió a Kamal:

—¿Tu padre es comerciante en el-Nahhasín?

Kamal se quedó pasmado y contestó:

—Sí.

Se levantó de su asiento y se fue acercando a ellos hasta detenerse ante Kamal. Luego, soltó una gran carcajada, tan fuerte que no se diría propia de su cuerpo y de su edad, y exclamó:

—¡Eres el hijo de Abd el-Gawwad! ¡Ah, el hijo del querido compañero! Pero no

te pareces a él. Desde luego, esta es su nariz, pero él era como la luna en la noche. Sólo tienes que mencionarle a la Sultana Zubayda y te hablará de mí más que suficiente.

Riyad e Ismail estallaron en carcajadas, mientras que Kamal sonreía, tratando de vencer la confusión que lo dominaba. En ese momento, solamente recordaba la conversación con Yasín en otro tiempo, mejor dicho, las charlas sobre su padre y Zubayda la cantora. Ella volvió a preguntarle:

—¿Cómo está el señor? Hace tiempo que me desligué de vuestro barrio, que me expulsó; yo, ahora soy del barrio del imán; pero siento nostalgia de el-Huseyn, y por eso lo sigo visitando de vez en cuando. Estuve enferma, y mi enfermedad fue tan larga que los vecinos me rechazaban. Si no hubiera sido por su miedo a ser insultados, me habrían arrojado viva a la tumba. ¿Cómo está el señor?

—Murió hace cuatro meses —contestó Kamal con cierta tristeza.

Ella frunció un poco el ceño, y dijo:

—¡Descanse en paz! ¡Qué desgracia! No era un hombre como los demás...

A continuación, regresó a su asiento. De improviso, dio una fuerte carcajada. El dueño del café no tardó en aparecer en la entrada de la terraza, y le dijo en tono de advertencia:

—Ya está bien de risas, les das la mano y te toman el brazo; Dios bendiga a estos *beys* que tienen deferencia contigo, pero si vuelves a alborotar, la puerta está ahí...

Estuvo callada hasta que se marchó el hombre. Después, los miró risueña, y preguntó a Kamal:

—Y tú, ¿eres como tu padre o no...?

Con la mano, hizo un movimiento singular que produjo la risa de los amigos.

—¡Aún no se ha casado! —dijo Ismail.

—¡Al parecer, eres hijo de un engaño! —dijo en tono suspicaz y burlón.

Todos rieron. Luego, se levantó Riyad, se acercó a ella, y se sentó a su lado diciendo:

—¡Tu dignidad nos ha sorprendido, Sultana! Pero me gustaría oírte hablar de los días de la Sultana.

Sólo quedaba media hora para que se pronunciara la conferencia, y la sala Ewart estaba a punto de llenarse. Míster Roger —como decía Riyad Quldus— era un profesor importante, y parecía más importante de lo que era cuando hablaba de Shakespeare. Por supuesto, se decía que la conferencia no carecería, en definitiva, de cierto matiz de propaganda política; pero qué importaba eso mientras el conferenciante fuera Míster Roger y el tema fuera William Shakespeare. No obstante, Riyad estaba afligido y taciturno. Si no hubiera sido porque él había invitado a Kamal a asistir a la conferencia, no se habría contado entre los presentes. Estaba apenado como convenía a un hombre como él, al que la política tenía acaparado absolutamente. Con excitación exenta de miedo, susurró al oído de Kamal:

—¡Makram se separa del Wafd! ¡Cómo puede ocurrir este acontecimiento inaudito!

Ramal aún no había reaccionado ante una noticia como esa, por lo que meneó la cabeza consternado, sin pronunciar palabra.

—Es una catástrofe nacional, Kamal. Las cosas no debían haberse precipitado hasta este abismo...

—Sí, pero ¿quién es el responsable?

—¡El-Nahhás! Puede que Makram sea demasiado impulsivo, pero la corrupción que se infiltra en el gobierno es una cosa real, y no puede silenciarse.

—¡Dejemos la corrupción gubernamental! —dijo Kamal sonriente—. La revolución de Makram no fue tanto por la corrupción, como por la pérdida de su prestigio.

Riyad preguntó algo resignado:

—¿Es que Makram se ha vendido por un sentimiento pasajero?

Kamal no pudo dominar la risa, y dijo:

—¡Tú ya te has vendido por ese sentimiento pasajero!

Pero Riyad dijo sin reír:

—¡Respóndeme!

—¡Makram es impulsivo, poeta y cantor! El tiene que ser todo o no ser nada absolutamente. Se encontró con que su influyente poder había disminuido, y se rebeló. Luego, adoptó una postura de oposición en el Consejo de Ministros condenando públicamente la ley de las excepciones. El entendimiento y la

cooperación fueron imposibles, ha sido una lástima que haya sucedido esto.

—¿Y el resultado?

—El Palacio está satisfecho sin duda de esta nueva escisión en el Wafd. Acogerá a Makram en su seno en el momento oportuno como lo hizo con otro anteriormente. Veremos a Makram de ahora en adelante representando su nuevo papel con las minorías políticas y los hombres del Palacio. Por otra parte, ya sea esto o que esté solo, ellos quizá lo aborrecen igual que aborrecen a el-Nahhás o incluso más. Entre ellos hay personas que odian al Wafd sólo porque Makram está en él, pero lo acogerán en su seno para destruir al partido. Respecto al destino después de esto, es imposible predecirlo...

Riyad frunció el ceño, y dijo:

—Un panorama repugnante. Se equivocaron los dos, el-Nahhás y Makram. Mi corazón no presagia nada bueno a este movimiento...

Luego, con voz mucho más baja:

—Los coptos se encontrarán sin refugio, o irán a refugiarse a la fortaleza de su enemigo mortal, «el rey». Pero será un refugio que no les dure mucho tiempo. Si el Wafd nos oprime como ahora lo hacen las minorías, entonces, ¿qué va a pasar?

—¿Por qué llevas la cuestión fuera de los límites naturales? —preguntó Kamal, fingiendo ignorancia—. Makram no es los coptos, ni los coptos son Makram. Él es una persona que se marcha, pero el principio nacional del Wafd no desaparecerá...

Riyad meneó la cabeza con sarcástica tristeza, y dijo:

—Puede que sea lo que se escriba en los periódicos, pero la verdad es lo que yo estoy diciendo. Los coptos ya han sabido que ellos han sido expulsados del Wafd e imploran protección, pero me temo que nunca la consigan. La política me ha traído últimamente una nueva complicación, como la de la religión. Del mismo modo que mi razón rechaza la religión y mi corazón se inclina por ella en cuanto vínculo nacional; así mi corazón rechazará el Wafd y mi razón se inclinará por él. Si digo que soy *wafdist*, miento a mi corazón, y si digo que soy enemigo del Wafd, traiciono a mi razón. Es una situación horrible de la que no me había dado cuenta. Parece que se ha acabado para nosotros. Nosotros, los coptos, que siempre hemos vivido como personas con diferentes posturas, ¡si nuestra comunidad hubiera sido como un solo hombre, sus enemigos se hubieran vuelto locos!

Kamal notó su alteración y se apenó. En ese momento, le pareció como si unos grupos de hombres estuvieran representando una comedia de humor con final trágico. Luego, con voz que denotaba su incredulidad, dijo:

—Podría ser un problema hipotético, siempre que consideréis a Makram como

un hombre político, y no como toda la comunidad copta.

—¿Los propios musulmanes lo ven de esa manera?

—¡Así lo veo yo!

Los labios de Riyad dibujaron una sonrisa a pesar de su desesperación, y repuso:

—Te estoy preguntando por los musulmanes. Tú, ¿qué tienes que ver?

—¿No es nuestra postura la misma, quiero decir, la tuya y la mía?

—Ciertamente, pero con una sencilla diferencia, y es que tú no eres de la minoría.

Luego, risueño:

—¡Si hubiera vivido en la época de las conquistas islámicas y el misterio divino me hubiera sido revelado, habría invitado a todos los coptos a convertirse a la religión de Dios!

Y a continuación añadió, protestando un poco:

—¡No prestas atención a...! ¡Sin duda alguna! Sus ojos apuntaban a la entrada de la sala. Riyad miró hacia donde él lo hacía y vio a una muchacha en la flor de la edad; llevaba una sencilla falda gris, de corte estudiantil. Estaba sentada en los asientos delanteros, reservados a las señoras.

—¿La conoces?

—No sé.

La ocasión para hablar se vio interrumpida cuando el profesor conferenciante apareció en la tribuna, y la sala retumbó por los entusiastas aplausos. Luego, reinó tal silencio, que una tos hubiera parecido un pecado vergonzoso. Tras presentarlo el director de la Universidad Americana con las palabras apropiadas, el hombre empezó a pronunciar su conferencia. Kamal permaneció la mayor parte del tiempo con los ojos dirigidos hacia la cabeza de la muchacha, con aire interrogante e interesado; su aspecto lo había sorprendido y había desviado irresistiblemente el curso de sus pensamientos. Estos, tras haberlo proyectado al pasado veinte años atrás, lo hicieron volver al presente, sofocado. Se había imaginado que era la primera vez que veía a Aida. Aunque ella no era Aida, indudablemente... Aquella muchacha no podía pasar de los veinte. No se le había concedido tiempo suficiente para examinar sus facciones, pero la suma de lo que había visto en ella le había bastado: la forma de su rostro, la estatura, el espíritu y la claridad de sus ojos. Sí, sólo había visto ojos como esos anteriormente en el rostro de Aida. ¿Sería su hermana? Eso fue lo primero que pensó: «Budur». Ahora ya no iba a olvidar este nombre. De pronto, recordó que ambos habían sido amigos en el pasado, pero era absolutamente incuestionable, si en realidad se trataba de ella, que se acordara de él.

Lo importante era que su imagen había despertado su corazón, y le había devuelto, aunque fuera por un instante, algo de aquella vida afortunada y embriagadora que lo colmó un tiempo. Estaba inquieto. Escuchaba al profesor conferenciante durante unos minutos, para mirar luego la cabeza de la chica unos minutos más. Se sumergía en la ola de los recuerdos, experimentando con dulzura todos los sentimientos que combatían y forcejeaban en su conciencia. «Síguela para conocer su verdad; no espero nada, pero el aburrido es ardiente en la marcha. Suspiro por cualquier cosa que haga desaparecer la espesa herrumbre que cubre mi alma». Y él acechaba, intrigante, su proyecto. ¿Se alargaría la conferencia o quedaría poco? No lo sabía. Pero en cuanto esta finalizó, comunicó su intención a Riyad y, tras despedirse, siguió los pasos de la muchacha. Siguió con atención sus andares, andares elegantes y talla esbelta. No podía comparar entre ambos modos de andar, porque ya no estaba seguro del de Aida. En cuanto a la talla, lo más probable es que fuera la misma. El pelo de la otra era «a lo *garçon*», sin embargo, el de esta era abundante y recogido en una trenza; pero el color negro era el mismo en los dos casos, de esto no le cabía duda. Tampoco pudo examinar su rostro en la estación del tranvía, al aglomerarse ella con la muchedumbre. Ella subió al tranvía número 15 que iba a el-Ataba y se apretujó en el recinto femenino. Él subió tras ella al tranvía, preguntándose si ella iría camino de el-Abbasiyya, o si lo que creía no eran más que sospechas. Aida jamás había subido a un tranvía en su vida; disponía de dos coches bajo sus órdenes, pero esta, ¡la pobre! ... Lo invadió la tristeza, semejante a la que sintió el día que oyó la historia de Shaddad Bey y su suicidio. El tranvía se descargó de la mayor parte de sus ocupantes en el-Ataba, eligiendo una parada no lejos del barrio, en el andén de la estación. Ella se puso a mirar hacia el lado por el que esperaba que llegara el tranvía, y él pudo ver su largo y delgado cuello. Aquel tiempo pasado... Observó que su tez era de color trigueño tirando a blanco. No tenía el color vino de la marchita imagen. En ese momento, sintió por primera vez tristeza desde que empezó a seguirla. Era como si lo hiciera para ver a la otra. Más tarde, llegó el tranvía de el-Abbasiyya, y ella se dispuso a subir. Al encontrarse el recinto femenino abarrotado, se montó en el vagón de segunda clase. Él no vaciló, y siguió sus pasos. Ella se sentó, y él lo hizo a su lado. Pronto se llenaron los asientos en las dos hileras, y después el espacio intermedio con personas que iban de pie. Sintió una inconmensurable satisfacción por su suerte al sentarse a su lado, aunque el que ella se sentara entre la multitud de la segunda clase lo apenó de nuevo. Tal vez fuera por las diferencias que ese hecho revelaba frente a las coincidencias entre ambas imágenes, la antigua sempiterna y la presente, allí a su lado. Su hombro rozaba el de ella ligeramente cada vez que el

tranvía dejaba escapar un movimiento brusco, especialmente cuando paraba y cuando arrancaba. Siempre que le era posible, se ponía a observarla y a examinarla cuanto podía: Esos dulces ojos negros, esas cejas unidas, esa recta y elegante nariz y ese rostro de luna. Parecía que estuviera viendo a Aida. ¿Realmente era así? No. Existían divergencias en el color de la piel; algunos retoques aquí y allá; no recordaba si eran más o menos. Si bien las diferencias entre ellas eran escasas, sin embargo el observarlas era preciso, pues era como el único grado de temperatura que separa la salud de la enfermedad. Pero, en ese determinado momento, él se encontraba frente a la más próxima réplica de Aida que podía imaginarse, y que, a la luz de ese bonito rostro, le había hecho recordarla de forma más evidente que en cualquier otro tiempo pasado. El cuerpo, quizá fuera el mismo. ¡Cuánto se había preguntado por esa cuestión! Ahora puede que lo viera. Era esbelto y delgado. Su pecho, infinitamente sobrio y discreto; ¡no tenía relación con el perfecto cuerpo de Atiyya del que estaba enamorado! ¿Es que su gusto se había echado a perder con el paso de los días? ¿O es que su viejo amor se había rebelado contra sus ocultos instintos? Aunque fue un amor dichoso y soñador, el corazón se embriagó por el vértigo de los recuerdos. Sus intermitentes roces con ella habían acrecentado esta obnubilación, y lo habían sumergido en sus reflexiones. Nunca había rozado a Aida, siempre la había visto como algo imposible de conseguir. Sin embargo, esta pequeña caminaba por los zocos y se sentaba con humildad entre la multitud de la segunda clase. ¡Qué intensa era su melancolía! Y esa insignificante diferencia lo enojaba y lo decepcionaba; condenaba a su viejo amor a permanecer como un enigma para siempre. Llegó el cobrador gritando «¡Billetes y abonos!». Ella, entonces, abrió su bolso y extrajo el billete de su abono, esperando que llegara el hombre. Él miró furtivamente el billete hasta descubrir su nombre: «Budur Abd el-Hamid Shaddad... estudiante de la Facultad de Letras». «Ya no hay ninguna duda. Mi corazón late más deprisa de lo debido. ¡Si pudiera arrebatarse el abono! Con el fin de conservar la foto más próxima a Aida. ¡Ah, si pudiera hacer eso! ¿Un profesor de treinta y seis años robar a una estudiante de la Facultad de Letras? ¡Qué título sensacionalista le inventarían los periódicos, "Un filósofo fracasado en la frontera de los cuarenta"! ¿Cuál será la edad de Budur? En el año 1926, no pasaría de los cinco, así que tiene veintiún felices años. ¿Felices? Sin palacio, sin coche, sin criados ni servidumbre; no tendría menos de catorce años cuando la tragedia se abatió sobre su familia, una edad suficiente para comprender el significado de la desgracia y poder sentir dolor. La pobrecilla sufriría y se horrorizaría. La embargaría esa cruel sensación de la que yo ya tengo mucha experiencia. Con la diferencia del tiempo, el dolor nos une, lo

mismo que nos une la vieja amistad olvidada». El cobrador llegó hasta ella y Kamal la oyó decir: «Tome usted», al entregarle el billete. La voz sonó en sus oídos como una vieja y amada melodía que el olvido tuvo oculta durante largo tiempo. Resucitó en sus oídos con toda su dulzura y todos sus recuerdos. Revivió un período celestial; sus oídos dieron vueltas en un reino de felicidad divina expuestos a los sueños de antaño; cálida y suave melodía, rebosante por la magia de la emoción. «Déjame escuchar tu voz, pero esa no es tu voz, mi vieja y desafortunada amiga, la afortunada es la auténtica dueña de esa voz que continúa gozando de su misma primera vida. La tristeza que había invadido a su familia no la había alcanzado en sus alturas; sin embargo, tú que has descendido hasta nosotros, la multitud de la segunda clase, ¿no te acuerdas de tu amigo, del que te colgabas del cuello dándole besos? ¿Cómo vives ahora, pequeña mía? ¿Vas a trabajar como yo, al final, como profesora en alguna escuela primaria?» El tranvía pasó por el emplazamiento del viejo palacio, en cuyo lugar se erigía un edificio nuevo y gigantesco. Lo había visto, antes de entonces, las escasas ocasiones en las que había visitado el-Abbasiyya desde su histórica ruptura con ella, especialmente la última época que él circulaba por la casa de Fuad Gamil el-Hamzawi. «El propio el-Abbasiyya ha cambiado, como vuestra casa, pequeña mía; han desaparecido los palacios y los jardines, antiguos testigos de mi amor y mi aflicción; y en su lugar, se han elevado edificios enormes repletos de habitantes, tabernas, cafés y cines. Que se alegre Ahmad de eso, fascinado por la lucha de clases, pero yo, ¿cómo alegrarme del mal del palacio y de su gente mientras mi corazón está enterrado entre sus escombros? Y, ¿cómo menospreciar a la maravillosa criatura que no ha experimentado la crueldad de la vida, ni la aglomeración del pueblo, sino imaginándolo como un bonito concepto, y por la que mi corazón está prosternado?»

Cuando el tranvía se detuvo en la siguiente estación del distrito de el-Wayli, ella se apeó. La siguió y se quedó en el andén de la estación vigilándola. La vio atravesar la carretera y dirigirse a la calle Ibn Zaydún que estaba frente a la estación en línea recta. Era una calle estrecha, a cuyos lados se alzaban algunas casas antiguas de clase media. Su pavimento de asfalto estaba cubierto de polvo, guijarros y hojas diseminadas. Ella entró en la tercera casa de la izquierda, una puerta estrecha contigua a la tienda de un planchador. Se detuvo, consternado y silencioso, mirando la calle y la casa, aquel lugar en el que ahora residía Saniyya *hánem*, esposa de Shaddad Bey. El alquiler de ese piso no pasaba de tres libras. Ojalá saliera Saniyya *hánem* al balcón para que él pudiera echarle una mirada y apreciar el cambio que ella habría sufrido, que sin duda era importante. Tal vez él aún no hubiera olvidado su

precioso aspecto cuando dejó el *salámlík* cogida del brazo de su esposo hacia donde esperaba el coche; estaba increíblemente arrogante en su suave abrigo, lanzando a su alrededor miradas llenas de presunción y seguridad. No tiene el hombre un enemigo más destructivo que el tiempo. En aquel piso se instalaba Aida durante su estancia en El Cairo; quizá alguna tarde se sentara en aquel destartado balcón; tal vez compartiera con su madre y su hermana la misma cama, de eso no había ninguna duda. «Ojalá yo hubiera sabido que ella estaba presente en el momento apropiado; ojalá la hubiera visto después de aquella larga historia. Yo debía verla, liberado ya de su tiranía, a fin de conocerla tal como era en realidad, y por consiguiente, conocerme a mí mismo; pero he perdido la ocasión oportuna...»

Kamal se sentó entre los estudiantes de la clase de lengua inglesa de la Facultad de Letras, prestando atención a la lección que el profesor inglés estaba explicando. No era la primera vez que asistía a esa clase, y le parecía que no iba a ser la última. No había encontrado ninguna dificultad considerable al solicitar permiso para asistir, como oyente, a las clases de la tarde que se impartían tres veces a la semana, cuantas veces quisiera, pues el profesor le dio la bienvenida al enterarse de que era profesor de lengua inglesa. Claro que era un poco insólito que estuviera interesado en seguir estas clases a finales del curso académico, pero él se explicó ante el profesor con la excusa de la realización de un estudio que exigía seguir estas conferencias a pesar de las que ya habían pasado. Se había enterado de la asistencia de Budur a esta clase por vía de Riyad Quldus, quien, a su vez, lo sabía por su amigo secretario de la Facultad. Su aspecto, con su elegante traje, sus gafas doradas, su altura, su delgadez, su espeso bigote, las canas que brillaban a ambos lados de su gruesa cabeza y su gran nariz, atraía las miradas, especialmente al estar sentado entre un reducido número de tiernos jóvenes. ¡Cuántos eran como inquisidores, y cuántos clavaban en él unas miradas que no le agradaban! Hasta tal extremo, que creyó oír las observaciones y comentarios que daban vueltas en sus espíritus, de los que tenía bastante conocimiento e información. Él mismo estaba maravillado por el insólito paso que se había atrevido a realizar, sin importarle las dificultades y los apuros que tendría que pasar. ¿Cuáles eran los verdaderos motivos de este paso y su objetivo? No lo sabía con certeza, pero apenas vislumbró el destello de una luz en la oscuridad intensa de su vida, cuando se dispuso a seguirla, sin importarle nada, empujado por la poderosa fuerza de la desesperación, los deseos y la esperanza, sin prestar atención a los tropiezos en un camino rodeado de puritanismo y tradiciones por un lado, y de una juventud dispuesta a la burla por otro. Él había estado inmerso en la desesperación y el aburrimiento, así pues, apesadumbrado, había corrido tras ese algo, convencido de que sería un consuelo, ¡y qué consuelo!, y una vida, ¡y qué vida! Le bastaba con saber que había vuelto a interesarse por el tiempo, a aspirar a una ilusión y a tener esperanza en la felicidad; es más, ahí estaba su corazón palpitando cuando antes había estado muerto. Se sentía agobiado por el tiempo, pues el curso académico se acercaba a su fin inexorablemente, aunque su esfuerzo no iba a llevárselo el viento, pues Budur lo miraba como los demás. Tal vez ella participaba en los murmullos que había a su alrededor, de tal forma que sus ojos se encontraron

más de una vez. Tal vez ella hubiera leído en sus ojos el interés y la admiración que ella encendía en su persona, ¿quién sabe? Además de todo esto, al volver, tomaban el tranvía de Guiza juntos, y a continuación el de el-Abbasiyya. A menudo se sentaban en el mismo lugar; ella volvió a conocerlo bien; un éxito nada despreciable para una persona tan alejada de su barrio, especialmente cuando él era un profesor que tenía en gran estima su profesión, y la corrección y la dignidad que esta comportaba. En cuanto a lo que perseguía con todo esto, no le resultó difícil hacerlo realidad. La vida se le había insinuado tras haber estado inanimada, y ahora la deseaba ardientemente. Con toda la fuerza de su alma torturada, él anhelaba que volviera aquel hombre, cuyos sentimientos se agitaban en su conciencia, cuyas ideas flotaban en su mente, y cuyas ilusiones se hacían evidentes en sus sentidos; y anhelaba abandonar por esta fascinación su hastío, su languidez y su confusión ante unos enigmas sin solución; como si ella fuera algo semejante al alcohol, pero con un placer más profundo y unas consecuencias más agradables. La semana pasada ocurrió algo que emocionó su corazón, y ¡menuda fue su emoción! Supervisar los ejercicios de gimnasia en la escuela de el-Salihdar le había impedido llegar a tiempo a la Facultad, por lo que entró en clase tarde. Los ojos de ambos se encontraron cuando él entraba caminando de puntillas para no hacer ruido. Sus ojos se cruzaron en un instante fascinador, e inmediatamente ella bajó los párpados como ruborizada. No fue pues la simple mirada de unos ojos imparciales que se encuentran. Era probable que ella sintiera algo de vergüenza, porque ¿habría sucedido esto si el ardor de sus ojos se hubiera desperdiciado inútilmente? La pequeña se había sonrojado ante sus miradas. Tal vez había empezado a darse cuenta de que no eran miradas inocentes guiadas por el azar. Aquello suscitó en el alma de Kamal una infinidad de recuerdos, y evocó muchas imágenes hasta hallarse a sí mismo recordando e imaginando a Aida. Pero no sabía por qué, pues Aida nunca había bajado los ojos sonrojada ante él. Tal vez fuera otra cosa lo que él recordaba de ella, un gesto, una mirada o ese misterio fascinante que llamamos espíritu. Antes de ayer sucedió otra cosa que también tuvo su importancia, «¡observa cómo la vida ha vuelto a ti! Antes, nunca nada era importante, o la importancia sólo se prodigaba a esos enigmas inútiles como la voluntad en Schopenhauer, lo absoluto en Hegel o el impulso vital en Bergson. Toda la vida ha sido anodina, sin importancia. ¡Observa ahora cómo una mirada, un gesto o una sonrisa hacen temblar toda la tierra!». Ocurrió aquello cuando iba para la Facultad poco antes de las cinco de la tarde, atravesando el parque de el-Ormán; súbitamente allí estaban Budur y tres chicas observándolo desde el banco donde esperaban la hora de la clase. Sus ojos se encontraron en una mirada intensa como había sucedido

en el aula. Hubiera deseado saludarlas al aproximarse, pero el paseo por el que caminaba se desviaba lejos de ellas, como si quisiera negarse a participar en este imprevisto complot sentimental. Mientras se alejaba un poco, se volvió hacia atrás y las vio murmurar en su oído, risueñas, al tiempo que ella reclinó la cabeza sobre sus manos; ¡parecía que ocultaba su rostro! ¿Qué significa esta insólita escena? Si Riyad Quldus estuviera con él, le haría la mejor de las explicaciones y los comentarios, pero no necesitaba la destreza de Riyad. No había duda de que ellas le habían susurrado algo relacionado con él, que le hizo ocultar su rostro ruborizada. ¿Había otra explicación? Tal vez sus ojos habían traicionado su amor; tal vez rebasara el límite, sin saber que se convertiría en rumor. ¿Qué ocurriría si el rumor se hiciera evidente, y se corriera entre los estudiantes del diablo? Pensó seriamente en dejar la Facultad. Pero aquella tarde, la encontró sentada a su lado en el tranvía de el-Abbasiyya como sucedió el primer día que la siguió. Acechaba el momento en que ella se volviera a su lado para saludarla, pasara lo que pasase; pero, al prolongarse un poco su espera, él mismo se volvió, aparentando sorprenderse al verla sentada junto a él y susurró con educación:

—Buenas tardes.

Como asombrada, ella miró hacia él —Aida no le había dejado ningún recuerdo de afectación femenina, cualquiera que fuese su naturaleza—. A continuación, ella murmuró:

—Buenas tardes.

Dos compañeros que se intercambian saludos; eso está a salvo de objeciones. Con su hermana no tuvo ese atrevimiento, pero ella era mayor, y él, pequeño e ingenuo.

—¿Según creo, usted es de el-Abbasiyya?

—Sí...

«¡Ella, por su parte, no quería llevar el peso de la conversación!»

—Es una lástima que yo sólo haya seguido las conferencias al final...

—Sí...

—Espero compensar en el futuro el tiempo que ha pasado...

Ella sonrió sin decir palabra. «Hazme oír más tu voz, pues es la única melodía del pasado que el tiempo no ha cambiado».

—¿Qué se propone hacer después de la licenciatura? ¿Un Instituto de Pedagogía?

Por primera vez, ella dijo con interés:

—No estoy obligada a eso, porque el Ministerio necesita profesoras y profesores, por las circunstancias de la guerra y la nueva expansión de la enseñanza...

¡Esperaba un único son y se le ofrecía una melodía completa!

—Así pues, trabajaré de profesora.

—Sí, ¿por qué no?

—Es una profesión penosa, ¡pregúnteme sobre ella!

—Según he oído, usted es profesor, ¿no?

—Sí, ¡ay! He olvidado presentarme, Kamal Ahmad Abd el-Gawwad.

—Encantada.

—Pero usted, aún no se ha presentado —dijo él sonriendo.

—Budur Abd el-Hamid Shaddad.

—Encantado, *efendi*.

A continuación añadió, como sorprendido por algo excepcional:

—¡Abd el-Hamid Shaddad! ¿De el-Abbasiyya? ¿No es usted la hermana de Huseyn Shaddad?

Sus ojos brillaban interesados, y dijo:

—Sí.

Kamal rio, como asombrado de la extraña casualidad, y repuso:

—¡Dios Santo! Era mi amigo más querido. Juntos pasamos días muy felices. Dios mío, ¿usted es su hermana pequeña, la que jugaba en el parque?

Ella lo miró de hito en hito, con curiosidad. ¡Ni pensar que ella lo recuerde! «En aquella época, tú estabas enamorada de mí, lo mismo que yo lo estaba de tu hermana».

—No recuerdo nada en absoluto...

—Naturalmente. Esa fecha se remonta al año 1923, y después hasta el año 1926, la fecha del viaje de Huseyn a Europa. ¿Qué hace él ahora?

—Está en Francia, en el sur, donde lo trasladó el gobierno francés tras la ocupación alemana...

—¿Cómo está? Hace mucho tiempo que sus noticias y sus cartas dejaron de llegarme...

—Está bien.

Ella hablaba en un tono que revelaba un rechazo a profundizar más en el tema. Mientras el tranvía pasaba por el emplazamiento del viejo palacio, Kamal se preguntaba si se habría equivocado al descubrirle su antigua amistad con el hermano; ¿acaso no iba a limitar aquello su libertad en el camino que seguía? Al llegar a la estación siguiente del distrito de el-Wayli, se despidió de él y bajó del tranvía. Él permaneció en su asiento como si se hubiera olvidado de sí mismo. A lo largo del camino la estuvo analizando cada vez que se le presentaba la ocasión,

intentando tal vez descubrir el misterio que antiguamente lo fascinara; pero que no encontró, aunque muchas veces se sintiera cercano a él. Ella parecía dulce y agradable. Parecía accesible. Pero él se sentía ahora como si hubiera sufrido el desengaño de una ilusión secreta, y sintió una inexplicable tristeza. Si pidiera en matrimonio a esta muchacha, no se le presentaría ningún impedimento serio. Desde luego, ella parecía complaciente y solícita a esta petición, a pesar de la sensible diferencia de edad, ¿o a causa de esta diferencia? La experiencia le había demostrado que su apariencia no le impediría casarse si quería. Si él se casaba con ella, necesariamente pasaba a formar parte de la familia de Aida, pero ¿qué había en el fondo de esta estúpida fantasía? ¿Qué había de Aida en todo esto? La verdad era que no quería a Aida, pero no rechazaba la idea de aspirar a conocer su secreto. Tal vez para convencerse al menos de que la más hermosa época de su vida no había pasado en vano. Descubrió un afán que muchas veces lo había hostigado en algunos períodos de su vida a volver al cuaderno de sus recuerdos, y al cofrecillo de golosinas que le regaló la noche de bodas. Su corazón se estremeció con tal ternura, que se preguntó cómo era posible que el hombre se enamorara, siendo inteligente y conociendo los elementos biológicos, sociales y psicológicos de su constitución. Pero ¿acaso el conocer el veneno garantiza al químico que no puede morir por su causa como otras víctimas? Si no, ¿por qué se estremecía de tal modo su pecho? A pesar del desengaño de la ilusión, a pesar de la gran diferencia entre el pasado y el presente, a pesar de no saber si pertenecía a este o a aquel, a pesar de todo esto, su pecho se estremecía y su corazón palpitaba.

Ese era el Parque del Té. Su cielo lo formaban copas y ramas hermosas; el pato que nadaba en la laguna esmeralda y la gruta que había detrás, atraían las miradas. Ese día era la fiesta de la revista *El Hombre Nuevo*, y allí estaba Sawsan Hammad, deslumbradora con su ligero vestido azul que dejaba al descubierto sus morenos brazos. Llevaba sus galas con elegancia y discreción. Los dos eran compañeros desde hacía un año; se sentaron frente a frente, los rostros iluminados por una sonrisa de complicidad; entre ellos había una mesa y sobre ella una jarra de agua y una copa de helado en las que apenas quedaba un resto de leche rosada a causa de las fresas. «Ella es lo que más quiero en este mundo, le debo todas mis alegrías y además es el horizonte de mis esperanzas. Somos amigos sinceros; entre nosotros no se habla de amor, pero estoy seguro de que nos amamos; nos hemos apoyado mutuamente como tiene que ser dentro de la más perfecta cooperación; empezamos como camaradas en el campo de la libertad, y nos hemos hecho un solo brazo; ambos somos candidatos para ir a la cárcel. Cada vez que alabo su belleza, mira mi rostro con los ojos muy abiertos, protestando y me reprende malhumorada, como si el amor fuera algo indigno de nosotros; yo, entonces, sonrío y vuelvo a lo que estábamos haciendo. Un día le dije: "Te quiero... te amo... así que tú, haz lo que te parezca". Ella me contestó: "Esta vida es muy seria, y tú te la tomas a broma". Le respondí: "Yo, como tú, considero que el capitalismo se encuentra en una fase de agonía, que ha agotado todos sus principios; pienso que la clase obrera debe tener una firme voluntad para accionar la máquina del desarrollo, dado que la producción no decaerá sola, y que nosotros debemos crear la conciencia, pero por encima de todo esto, te quiero". Ella frunció el ceño con un poco de afectación, y dijo: "Insistes en hacerme oír lo que no quiero". La habitación vacía de la secretaría me dio ánimos, y repentinamente me incliné hacia su rostro y besé su mejilla. Ella me miró duramente y se dedicó a traducir lo que quedaba del capítulo octavo del libro sobre la organización familiar en la Unión Soviética, que estábamos traduciendo juntos».

—¡Qué calor este de junio! ¿Cómo será cuando lleguen julio y agosto, querida?

—Al parecer, Alejandría no fue creada para gente como nosotros.

—Pero Alejandría ya no es un lugar de veraneo —dijo él riéndose—. Era así antes de la guerra, pero ahora los rumores la han convertido en una ciudad desolada...

El profesor Adli Karim asegura que la mayoría de sus habitantes la han

abandonado, y que sus caminos están llenos de gatos vagabundos.

—Así es; dentro de poco Rommel entrará en ella con su ejército...

Después, tras un corto silencio:

—Y se reunirá en Suez con el ejército japonés que avanza en Asia. ¡La era fascista volverá de nuevo, como si estuviéramos en la Edad de Piedra!

Sawsan repuso algo excitada:

—Rusia no será derrotada. Las esperanzas de la gente honesta están tras los Montes Urales...

—¡Sí, pero los alemanes están a las puertas de Alejandría!

—¿Por qué los egipcios quieren a los alemanes? —preguntó ella con un bufido.

—Por odio a los ingleses, pero los aborrecerán en un mañana próximo. Hoy, el rey parece prisionero, pero saldrá de su cárcel para recibir a Rommel. Luego beberán juntos a la salud del enterramiento de la joven democracia en nuestro país; ¡y lo más gracioso es que los campesinos creen que Rommel va a distribuir la tierra entre ellos!

—Nuestros enemigos son numerosos; los alemanes, en el exterior, y los Hermanos Musulmanes y los reaccionarios, en el interior; ambos son una misma cosa...

—Si te hubiera oído mi hermano Abd el-Múnim, se habría indignado por tu manera de pensar. Considera que los Hermanos Musulmanes tienen un pensamiento progresista que desprecia el socialismo materialista...

—Tal vez en el Islam hay socialismo, pero es un socialismo utópico como el que predicaron Tomás Moro, Louis-Blanc y Saint-Simón. Ese socialismo busca la solución a la injusticia social en la conciencia humana, cuando la solución está presente en la propia evolución de la sociedad; no considera a las clases sociales, sino a sus individuos, y naturalmente, no existe en él ningún fundamento de socialismo científico. Además de todo esto, las doctrinas del Islam se basan en una metafísica mitológica en la que los ángeles desempeñan un papel importante. No debemos buscar soluciones a los problemas de nuestro presente en el pasado remoto. Di eso a tu hermano. Ahmad se rio con valiente alegría, y dijo:

—Mi hermano es un joven culto y entendido en leyes. ¡Me extraña que personas como él sean ardientes defensores de los Hermanos Musulmanes!

—Los Hermanos utilizan una terrible maniobra engañosa —dijo ella con desprecio—. Ante la gente culta presentan el Islam de una manera moderna; en cambio, ante la gente sencilla hablan del paraíso y del infierno, y se propagan en nombre del socialismo, el nacionalismo y la democracia.

«Querida, no te cansas hablando de sus principios. ¿He dicho querida? Sí, desde aquel beso que le robé, tomé la costumbre de llamarla querida; ella protestaba, unas veces con palabras, y otras con gestos; luego, empezó a ignorarlo intencionadamente, como si hubiera renunciado a corregirme. Cuando le dije que suspiraba por oír palabras de amor de sus labios, tan ocupados en el socialismo, me dijo entre dientes con desprecio: "La visión burguesa y anticuada de la mujer, ¿eh?". Yo le contesté angustiado: "Te respeto por encima de todas las palabras y reconozco que he sido tu discípulo en lo más noble que he hecho en mi vida, pero te quiero, y no hay mal en ello". Presentí que su irritación había desaparecido, aunque veía que continuaba manteniendo la misma postura. Me aproximé a ella con el propósito de besarla, pero no sé cómo adivinó mi intención, pues me rechazó en mi primer intento; no obstante, a pesar de esto y con la amenaza presente, la besé en la mejilla —ella habría podido impedirlo realmente—, presumí, pues, que estaba satisfecha, y que era un ser maravilloso y bello que poseía a la vez inteligencia y cuerpo, a pesar de su absorción por la política. Cuando la invité a dar un paseo por el parque, me dijo "con la condición de que nos llevemos con nosotros el libro para continuar la traducción". Yo entonces le contesté que, por el contrario, iríamos a distraernos y hacernos confidencias, y que de otro modo renegaría del socialismo por completo. Quizá lo que más me molesta de mí mismo, impregnado de el-Sukkariyya, es que continúo considerando a veces a la mujer con una visión tradicionalista y burguesa. En ciertos momentos de abandono y debilidad yo pensaba que el socialismo en la mujer progresista no era más que una especie de encanto, como el tocar el piano o el maquillaje. Pero también es indiscutible que el año que he sido compañero de Sawsan me ha cambiado mucho y me ha purificado en un grado considerable de la burguesía arraigada en mis entrañas».

—¡Es lamentable que nuestros compañeros sean detenidos indiscriminadamente!

—Sí, querida, las detenciones son una moda que se hace general por igual cuando hay guerras y gobiernos absolutistas, aunque la ley no ve mal adoptar cualquier principio siempre que no conlleve incitación a la violencia...

Ahmad sonrió y dijo:

—A nosotros nos detendrán tarde o temprano a menos que...

Ella clavó sus ojos en él con una mirada interrogante, y él continuó diciendo:

—¡A menos que nos corrija el matrimonio!

Ella agitó sus hombros con desdén y añadió:

—¿Cómo puedes saber que voy a estar de acuerdo en casarme con un hombre tan falso como tú?

—¿Falso?

Se quedó un poco pensativa, y a continuación dijo con seria gravedad:

—¡No eres como yo, de la clase obrera! Los dos luchamos contra un mismo enemigo, pero tú no lo conoces como yo. He sufrido la pobreza durante largo tiempo, y he palpado sus desagradables efectos en mi familia. Una hermana mía luchó contra ella hasta que esta la venció y murió; sin embargo, tú no eres... ¡no perteneces a la clase obrera! Engels no era de esta clase...

Soltó una pequeña carcajada que reanimó su feminidad y dijo:

—¿Cómo te llamo? ¿Príncipe Ahmadov? Escucha, no censuro tus principios, pero existen en ti sólidos restos burgueses; creo que a veces te alegras de formar parte de la familia Sháwkat.

Él, entonces, dijo en un tono no exento de agudeza:

—¡Ah, tirana, estás equivocada! No me avergüenza lo que he heredado. Igual que la pobreza no te avergüenza a ti, a mi tampoco me avergüenza la riqueza, es decir, los escasos ingresos con los que nuestra familia vivió una vida holgada; no es una vergüenza haber nacido burgués. Nada hay más vergonzoso que anquilosarse y quedarse atrás del espíritu de la época...

—No te enfades —dijo ella sonriendo—; somos un fenómeno natural y científico; no nos preguntemos acerca de la situación en que hemos nacido; sólo somos responsables de la causa que abrazamos y por la que trabajamos. Te pido disculpas, Engels, pero dime si estás dispuesto a continuar pronunciando discursos a los obreros, sean cuales sean las consecuencias.

—¡Hasta ayer, he pronunciado cinco discursos —dijo con dignidad—; he redactado importantes manifiestos, he distribuido decenas de panfletos! El gobierno tiene una deuda con mi cabeza de más de dos años de cárcel.

—¡Y con la mía, del doble!

Resueltamente, alargó su mano y la colocó sobre la de ella, morena y delicada, con ternura y admiración. Sí, él la quería, pero no se precipitaba temerariamente en nombre del amor. ¿No se mostraba ella a veces como si desconfiara de él? ¿Era acaso un juego, o miedo a la burguesía que ella creía emboscada en él? Creía firmemente en la causa, tanto como estaba enamorado de ella; no podía pasarse sin una cosa ni la otra. «¿No consiste la felicidad en lograr comprender y ser comprendido por alguien perfectamente, sin que exista entre los dos ninguna clase de engaño? La adoro cuando dice "he sufrido la pobreza durante mucho tiempo"; esta manifestación tan sincera la eleva por encima de todas las hijas de su sexo y la hace fundirse con mi alma. No obstante, somos unos enamorados inconscientes. La

cárcel nos aguarda. Podemos casarnos y eludir las penalidades, contentarnos con el placer de la vida; pero sería una vida sin alma. ¡Cuán a menudo me ha parecido a veces la causa una maldición que el destino y la fatalidad han enviado sobre nosotros! La causa es mi sangre y mi espíritu, como si yo fuera el primer responsable de toda la humanidad...»

—Te quiero...

—¿A qué viene esto?

—¡Viene a cuento de todo y de nada!

—¡Hablas de luchar, pero tu corazón sólo tiene necesidad de tranquilidad!

—Hacer diferencias entre estas dos cosas es una estupidez como hacer diferencias entre tú y yo...

—¿No significa acaso el amor tranquilidad, estabilidad y aversión a la cárcel?

—¿No has oído hablar del Profeta que luchó noche y día, sin que eso le impidiera casarse nueve veces?

Ella hizo crujir sus dedos exclamando:

—¡Ahí está! Tu hermano te ha prestado su boca. ¿Qué Profeta es ese?

—¡El Profeta de los musulmanes! —dijo riendo.

—Déjame que te hable de Carlos Marx, que se consagró a componer El Capital, dejando a su mujer y a sus hijos en la necesidad y el oprobio.

—En cualquier caso, estaba casado...

«El agua del estanque es como zumo de esmeralda; esa suave brisa que de improviso revolotea en junio; el pato nada dirigiendo su pico hacia las migajas de pan. Eres muy feliz, y tu testaruda amada es más dulce que la naturaleza. Creo que su rostro se ha sonrosado, puede que haya olvidado un poco la política y haya empezado a pensar en...»

—Tenía la esperanza, mi querida compañera, de que disfrutáramos de una conversación más amena en este parque...

—¿Más ameno que lo que estamos hablando?

—¡Quiero decir de nuestro amor!

—¿Nuestro amor?

—¡Sí, y tú lo sabes!

El silencio reinó un buen rato hasta que ella, bajando sus ojos preguntó:

—¿Qué quieres?

—¡Dime que queremos lo mismo!

Ella le contestó como por obedecerlo:

—Sí, pero ¿qué es?

—¡Ya hemos dado bastantes evasivas!

Ella parecía reflexionar. «¡Qué difícil resulta la espera aunque sea corta!» De pronto dijo:

—Puesto que todo está claro, ¿por qué me martirizas?

Él suspiró con profunda satisfacción y dijo:

—¡Ay, qué delicioso es mi amor!

El silencio volvió a reinar de nuevo, como el estribillo entre una melodía y otra.

A continuación, ella repuso:

—¡Una sola cosa me preocupa!

—¿Qué, efendi?

—¡Mi dignidad!

—¡Tu dignidad y la mía son iguales! —exclamó molesto.

—¡Ya conoces las tradiciones de tu gente! —dijo ella alterada—. Vas a oír hablar mucho sobre el linaje y la familia...

—¡Tonterías! ¿Crees que soy un niño?

Ella vaciló un poco antes de contestar:

—¡Sólo una cosa nos amenaza, «la mentalidad burguesa»!

Con una vehemencia que en aquel momento le hizo parecerse a su hermano Abd el-Múnim, dijo:

—¡No es la mía de ninguna manera!

—¿Te das cuenta de la importancia de tus palabras?... Me refiero a asuntos concernientes a las relaciones personales entre un hombre y una mujer, tanto a nivel de pareja como de la sociedad.

—Por supuesto que lo comprendo...

—Necesitarás de un nuevo diccionario para descubrir palabras proverbiales como amor, matrimonio, celos, fidelidad, pasado...

—¡Sí!

Tal vez eso no quisiera decir nada, y quisiera decirlo todo. ¡Cuántas veces lo había pensado! Pero la situación requería un enorme coraje. Qué era eso sino una prueba para su mentalidad, enteramente heredada y adquirida. Una horrible prueba. Creía comprender a lo que ella se refería; tal vez ella sólo lo estuviera poniendo a prueba. Pero incluso habiéndose dado cuenta, ya no se iba a echar para atrás. El dolor se apoderaba de él, y en su más profundo interior se habían insinuado los celos, pero él no retrocedería.

—Reconozco lo que estás diciendo. ¡Pero déjame que te diga francamente que tenía la esperanza de encontrar una chica cariñosa, sin ideas preconcebidas ni

quisquillosas!

Sus ojos seguían al pato que nadaba, en el momento que preguntó:

—¿Qué te diga que te quiere y que acepta casarse contigo?

—¡Sí!

—¿Crees acaso que voy a meterme en detalles con los que no estoy de acuerdo en principio? —dijo ella risueña.

Él oprimió su mano con ternura, mientras ella añadió:

—¡Lo sabes todo, pero quieres oírlo!

—¡Y no me canso de oírlo!

—¡Se trata de la reputación de toda nuestra familia! Después de todo, él es vuestro hijo. ¡Dicho esto, sois libres para opinar!

Jadiga hablaba, al tiempo que sus ojos se desplazaban rápidamente de un rostro a otro, transmitiendo su desasosiego; de su esposo Ibrahim, sentado a su derecha, a su hijo Ahmad, en el lado opuesto de la sala, pasando por Yasín, Kamal y Abd el-Múnim...

Ahmad, bromista, dijo imitando su voz:

—¡Atención todos! ¡Se trata de la reputación de la familia! ¡Después de todo, soy vuestro hijo!

Ella le respondió con voz recelosa y llena de amargura:

—¿Qué es este desastre, hijo mío? No apruebas que nadie te juzgue, ni siquiera tu padre; rechazas los consejos aunque son por tu bien; siempre llevas la razón, y todos los demás están equivocados; dejaste de rezar y nosotros dijimos: «Que Nuestro Señor le indique el buen camino». Te negaste a ingresar en Derecho como tu hermano, y dijimos: «El futuro está en manos de Dios». Dijiste: «Trabajo como periodista», y dijimos: «Que trabaje como cochero»...

—¡Y ahora quiero casarme! —dijo sonriente.

—Casarte, todos nos alegramos, pero el matrimonio tiene unas condiciones.

—¿Y quién ha puesto esas condiciones?

—¡El sano sentido común!

—Mi sentido común ha elegido por mí...

—¿Ya no sigues pensando, como tras aquellos días, que no es razonable confiar tan sólo en tu sentido común?

—¡En absoluto! Los consejos son lícitos para todo, excepto para el matrimonio. ¡Es justamente igual que el alimento!

—¡El alimento! Tú no te casas con una chica y basta, sino con toda su familia; y nosotros, tu gente, por consiguiente, nos casamos también contigo...

Ahmad soltó una fuerte carcajada, y dijo:

—¡Todos vosotros! Esto es más de lo que puedo soportar. Mi tío Kamal no quiere casarse, y mi tío Yasín desearía a la novia sólo para él...

Todos se echaron a reír, a excepción de Jadiga. Seguidamente, Yasín repuso, sin que su rostro abandonara su aspecto risueño:

—¡Si esto fuera la solución del problema, yo estaría dispuesto para el sacrificio!

—¡Reíos! —gritó Jadiga—. Con vuestras risas, él se envalentona. Es mejor que le declaréis abiertamente vuestra opinión. ¿Qué pensáis del que desea casarse con la honorable hija del obrero impresor de la revista en que trabaja? Ya es penoso para nosotros que trabajas en la revista como «periodista», ¿cómo quieres también contraer lazos matrimoniales con sus empleados? ¿No tienes nada que opinar, señor Ibrahim?

Ibrahim Sháwkat arqueó sus cejas como si fuera a decir algo, pero permaneció callado.

Entonces, ella volvió a decir:

—Si llegara a ocurrir esta desgracia, tu casa se llenará la noche de bodas de empleados de la imprenta y de guardianes, de cocheros y ¡sólo Dios sabe de quién más!

—¡No hables así de mi gente! —repuso Ahmad excitado.

—¡Dios de los cielos! ¿Es que ignoras que esa es su clase?

—Me voy a casar sólo con ella, no con todos...

—No te vas a casar solamente con ella —repuso disgustado Ibrahim Sháwkat—. ¡Que Dios te inquiete como tú lo has hecho con nosotros!

Jadiga, animada ante la oposición de su esposo, añadió:

—Yo fui a visitarla a su casa, como impone la tradición, a ver a la novia de mi hijo, y los encontré instalados en un sótano, en una calle, toda ella de hebreos a ambos lados. La madre, por su aspecto, no se diferenciaba de las criadas profesionales; la propia novia no tenía menos de treinta años, y ¡Dios mío, si hubiera tenido un ápice de belleza que pudiera servirle de excusa! ¿Por qué quiere casarse con ella? Está hechizado, ella lo ha hechizado con alguna artimaña. Trabaja con él en la nefasta revista; tal vez lo pilló desprevenido, y le colocó algo en el café o el agua. ¡Id, mirad y juzgad! Yo renuncio, regresé de la visita casi sin poder distinguir el camino, de tristeza y pena...

—Realmente me estás irritando, no voy a perdonarte estas palabras.

—¡Perdón! ¡Perdón al más hermoso de los hombres! Es mi deber. A lo largo de mi vida he reprobado los vicios, y Nuestro Señor ha enviado sobre mis hijos todas las imperfecciones. ¡Dios Todopoderoso tenga compasión de mí!

—Por mucho que digas de ellos, ellos sí que no acusan falsamente a la gente como tú.

—¡Mañana oirás y verás! Dios te perdonará por haberme insultado.

—¡Si eres tú la que me ha insultado todo lo que has querido!

—Ella codicia tu dinero. Si tú no fueras tan idiota, ella no podría pretender nada

mejor que un vendedor de periódicos...

—Es redactora en la revista en un rango dos veces superior al mío...

—¡Ella también es periodista! ¡Que sea lo que Dios quiera! ¿Es que sólo se emplean las muchachas descarriadas, feas y hombrunas?

—Que Dios te perdone...

—¡Qué te perdone a ti el suplicio que nos estás haciendo pasar!

En aquel momento, Yasín, que había seguido la conversación sin dejar de retorcerse el bigote con la mano, repuso:

—Escúchame, hermana. No provoques una discusión. Hablaremos francamente con Ahmad de lo que conviene decirle, pero es inútil reñir...

Ahmad se levantó iracundo, diciendo:

—Con vuestro permiso, tengo que vestirme para irme a trabajar...

Cuando se fue, Yasín se dirigió al lado de su hermana e inclinándose hacia ella, le dijo:

—Reñir no va a llevar a nada; nosotros no mandamos en nuestros hijos; ellos se ven a sí mismos mejores y más inteligentes que nosotros. Si el matrimonio es inevitable, que se case. Si es feliz, que esté con ella, y si no, es responsable de sí mismo. ¡Yo no estuve más tranquilo en una casa que con Zannuba, como ya sabes! Quizá lo que ha elegido sea lo mejor. La razón no nos la dan las palabras, sino la experiencia.

Luego, rectificó riendo:

—¡Aunque no sean ni las palabras ni la experiencia las que me han dado la razón a mí!

Kamal aprobó lo que dijo Yasín diciendo:

—Lo que dice mi hermano es verdad...

Pero Jadiga, con una mirada de reproche, contestó:

—¿Es eso todo lo que vas a decir, Kamal? El te quiere; si le hablaras confidencialmente...

—Saldré con él y le hablaré —dijo Kamal—, pero ya basta de discusiones; es un hombre libre y tiene derecho a casarse con quien desee. ¿Es que puedes impedirselo, o te propones romper definitivamente con él?

—La cuestión es bien simple, hermana —dijo sonriente Yasín—: Se casa hoy y se divorcia mañana. Somos musulmanes, no católicos...

Ella apretó sus pequeños ojos, y dijo, con la boca casi cerrada:

—Naturalmente. ¿Qué otro abogado sino tú lo defendería? Lleva razón quien diga que es el perfecto sobrino de su tío.

Yasín dio una gran carcajada, y dijo:

—¡Que Dios te perdone! Si se dejara a las mujeres a merced de las propias mujeres, nunca se casaría una de ellas.

Luego ella, señalando a su esposo, dijo:

—Su madre misma, que en paz descansa, fue la que me eligió.

—Y he pagado el precio, ¡Dios tenga compasión de ella y la perdone! —dijo Ibrahim sonriente y con un suspiro.

Pero ella despreció su comentario, y añadió con pesar:

—¡Si fuera bonita! ¡Él está ciego!

—¡Como su padre! —dijo riendo Ibrahim.

Enfadada, se volvió hacia él diciendo:

—¡Eres un ingrato, como todos los hombres!

—¡Pero somos resignados y el paraíso será para nosotros! —contestó tranquilamente el hombre.

—¡Si llegaras a entrar en él —le gritó ella— será gracias a mí; a mí, que te he enseñado tu religión!

Kamal y Ahmad abandonaron el-Sukkariyya juntos. Respecto al proyecto de esta boda, mantenía una actitud vacilante e indecisa. No podía acusarse a sí mismo de salvaguardar las estúpidas tradiciones, ni de relajarse frente a los principios de igualdad y humanidad. Pero la realidad social, dejando a un lado su horrible fealdad, auténtica y real, no puede ser ignorada por el hombre. Hace tiempo, él mismo anduvo una época deseando a Qámar, la hija de Abú Sari, el de las pipas, y casi —a pesar de su atractivo— estuvo a punto de provocarle un complejo por el fastidioso olor de su cuerpo. Sin embargo, pese a todo, admiraba al muchacho. Envidiaba su coraje, su fuerza de voluntad y otras cualidades de las que él estaba privado, como, ante todo, la fe en las cosas, y la disposición para el trabajo y el matrimonio. Se diría que Ahmad hubiese surgido en la familia para redimirla de su apatía y pasividad. ¿Qué es lo que hacía al matrimonio tan importante desde su punto de vista, mientras que para los demás no pasaba de ser un simple saludo?

—¿Hacia dónde vas, muchacho?

—A la revista, tío. ¿Y tú?

—A la revista *el-Fikr*, para tener una entrevista con Riyad Quldus. ¿Has pensado un poco antes de dar este paso?

—¿Qué paso, tío? ¡De hecho, ya estoy casado!

—¿De verdad?

—De verdad. Teniendo en cuenta la crisis de la vivienda, me instalaré en el primer piso de nuestra casa...

—¡Es una pura provocación!

—Sí, pero ella estará en la casa sólo en los momentos en que mi madre duerma...

Tras reponerse de la impresión de lo dicho, Kamal le preguntó sonriente:

—¿Te vas a casar según la tradición de Dios y su Profeta?

Ahmad se echó a reír también, y contestó:

—Naturalmente. El matrimonio y el enterramiento, según la antigua tradición de nuestra religión; pero en la vida, actúo según la religión de Marx.

Luego, despidiéndose:

—Tío, te gustará mucho, verás y juzgarás por ti mismo. Es una persona extraordinaria en todos los sentidos...

¡Maldita incertidumbre! Como si se tratase de una enfermedad crónica, la confusión embargaba sus sentidos, y todas las ideas que pasaban por su mente se volvían contradictorias, unas veces, y coordinadas, otras; siendo casi imposible adoptar una postura definitiva. Insistía una y otra vez sobre aquellas cuestiones metafísicas frente a las vivencias apacibles de la vida cotidiana. Contra viento y marea la confusión y la indecisión se abrían paso: ¿se casaría, o no? Era necesario atajar la situación y tomar una decisión firme. Pero él continuaba dándole vueltas y más vueltas a la cabeza hasta que se mareaba, perdía el equilibrio, el conocimiento y los sentidos. Luego, el torbellino se alejaba, pero nada había cambiado; el interrogante se mantenía sin respuesta mientras él continuaba preguntándose si se casaba o no. Unas veces, se sentía harto de ser libre, y le torturaba el sentimiento de soledad; mientras que otras veces se aburría acompañado por sombras vacías, y anhelaba una compañía íntima, gimiendo en su interior los instintos familiares y amorosos con un ansia por aflorar comparable a la angustia por la necesidad de aire que siente el que se está ahogando. A continuación se imaginaba ser un hombre casado que, de pronto, se ha visto curado de su introversión dejando que sus fantasmas se disipen. Si bien, en ese instante, quedaba absorto en la visión de los hijos, abstraído pensando en el modo de conseguirles el sustento y procurarles la educación; agolpándosele en la mente los problemas de la vida diaria. Entonces se inquietaba sobremanera y optaba por abstenerse y abandonar, por mucho que lo intimidaran la soledad y el sufrimiento. Pero no le satisfacía tal determinación, y no tardaba en volver al interrogante una y otra vez... ¿Dónde estaba, pues, la solución? Por otra parte, Budur era una joven excelente, de actitud irreprochable, pues nació y se crio en ese paraíso digno de ángeles, que antaño arrebatara su corazón. Era como una estrella fugaz, de excepcional hermosura, educación y finura. Además, no tenía un carácter rebelde, sino el de una esposa abnegada en todos los sentidos de la palabra, en el caso de que él se lo pidiera, ¡pues no tenía más que pedírselo! Con todo, él no podía sino reconocer en su abnegación la causa principal de sus preocupaciones. Pues ella era la última imagen con la que conciliaba el sueño, y la primera con la que amanecía. Luego, al cabo del día, cuando había dejado a un lado sus fantasías y apenas lograba verla, su corazón se estremecía incontenible, reiterando palpitations patéticas por sus venas oxidadas. Entonces su mundo, un mundo de confusión, suplicio y aislamiento, constituido por almas desprovistas de la

savia de la vida, había cambiado. Si no era eso el amor... ¿qué era entonces?

Durante los dos últimos meses, la calle Ibn Zaydún se había convertido en su objetivo de cada atardecer. La recorría despacio, dirigiendo sus ojos al balcón hasta que se encontraban con los de ella. Seguidamente, como suele hacerse entre camaradas, brotaba una sonrisa como si de una coincidencia se tratara. Luego, él repetía su acción adrede, sin poder parar; en tanto que ella, sentada en el balcón, leía un libro o le regalaba una mirada. Estaba seguro de que lo esperaba. Pues si ella hubiera querido borrar esa idea de su cabeza, lo habría conseguido simplemente alejándose del balcón durante unos minutos cada tarde. Sin embargo, ¿qué significaban para ella sus paseos, sus sonrisas y sus saludos?

Poco a poco, pues los instintos no se equivocan, cada uno de ellos deseaba encontrarse con su pareja. E inmediatamente, la pasión y la alegría sacaban a Kamal de sus cabales, llenándose su alma de un sentimiento de vida no experimentado por él con anterioridad. Sin embargo, todo este bienestar no tenía lugar sin que la turbación lo estropeará. ¿Cómo iba a ser de otro modo si él aún no se había resuelto a tomar una decisión, ni veía claro el camino que debía seguir! Aun así, se dejó arrastrar por aquella corriente, sin ser consciente de su cauce ni de su puerto. Unos segundos de reflexión le hicieron reconsiderar la situación, mas la euforia de la vida no le dejaba ver la realidad. Aun sin prescindir del nerviosismo, se embriagó de alegría al recordar las palabras de Riyad: «¡Atrévete. Esta es tu oportunidad!». Pues Riyad, desde que se había colocado el anillo de compromiso, hablaba del matrimonio como si ese fuera el primer y último objetivo del hombre en esta vida. Con orgullo decía que se lanzaría a esa experiencia única y arriesgada, y que así tendría la posibilidad de entender la vida de un modo nuevo y verdadero, y abrir así sus escritos a la vida matrimonial y familiar. «¿Acaso no es esa la verdadera vida, eh, filósofo absorto más allá de la vida?» A lo que Kamal respondió con una evasiva: «Hoy nos hemos convertido en oponentes, pues eres la última persona a la que consideraría de opinión cabal. ¡Echaré de menos tu consejo leal!».

Él consideraba el amor desde otro punto de vista, semejante al de una «dictadura», pues la vida política en Egipto le había enseñado a odiar al dictador con toda su alma. En casa de su tía Galila entregaba su cuerpo a Atiyya, pero de pronto, se retraía, y era como si lo ocurrido no hubiese tenido lugar. Por su parte, aquella joven, empuñada tras su timidez, no se contentaría sino con su total entrega en cuerpo y alma, para siempre, mientras que él no encontraba más señal por la que dejarse guiar que la constante lucha para ganarse la vida y el sustento de la familia, extraño devenir que convierte la vida llena de comodidades en un único camino

hacia el logro del sustento diario. De modo que, si bien a veces el faquir hindú es considerado mentecato y simple, sin embargo, es mil veces más listo que el que se sumerge hasta las orejas para ganarse el pan. «¡Goza con este amor de cuya ausencia te lamentabas y, por el que tanto has penado!... ¡Ahí está, vivo en tu corazón, arrastrando tras él las penalidades!» Riyad le había dicho: «¿Crees que es lógico que amándola y pudiéndote casar con ella, rehúses el matrimonio?». A lo que él respondió que la amaba, pero que no quería casarse. Y Riyad, protestando, exclamó: «¡El amor conduce al matrimonio, de modo que si no deseas casarte, como dices, es porque no la amas lo suficiente!» Insistió Kamal obstinado: «Sin embargo, aunque detesto el matrimonio, a ella la amo». Añadió el otro: «Quizá temes la responsabilidad». Y enfurecido: «¡Yo soporto el peso de las responsabilidades de mi casa y de mi trabajo, con las que tú no tienes que cumplir!». «¡Quizá seas más egoísta de lo que suponía!» —exclamó el otro—. A lo que él respondió mofándose: «¿Acaso el hombre se casa de otro modo que no sea empujado por su egoísmo, ya sea declarado o tácito?». Y sonriendo concluyó Riyad: «Puede que estés enfermo. ¡Ve al psicólogo y quizás él te dé alguna solución!». Y dijo él: «Es curioso que mi próximo artículo en la revista *el-Fikr* se titule "¿Cómo autoanalizarse?"» «¡Te aseguro que me dejas perplejo!» respondió Riyad. «¡Al contrario, soy yo el que siempre se queda perplejo!»

Una vez, mientras paseaba, como era su costumbre, por la calle Ibn Zaydún, se encontró casualmente por el camino con la madre de su amada, que se dirigía hacia la casa. La reconoció a primera vista, a pesar de que no la había vuelto a ver desde hacía diez años por lo menos. ¡No era la señora que él había conocido antaño...! Sus ojos se habían vuelto tristes y apagados, y la vejez se había adueñado de ella, adelantándose al tiempo. ¡Nunca se habría imaginado que aquella mujer, de aspecto famélico, fuera la misma señora, colmo de belleza y elegancia, que se contoneaba por el jardín del palacio! A pesar de todo, el aspecto de su cabeza le recordó a Aida, y la situación le partía el corazón. Afortunadamente, al verla, se encontraba intercambiando una sonrisa con Budur, pues de lo contrario habría sido demasiado para él... Mas de pronto, se acordó de Aisha. Y recordó cómo, aquella mañana, se había desencadenado el huracán de la crueldad en su propia casa mientras ella buscaba su dentadura postiza, pues había olvidado dónde la había colocado antes de irse a dormir.

Dos días antes había visto a Budur en el balcón, de pie, actitud inusual en ella. Enseguida comprendió que estaba lista para salir, y se preguntó si saldría sola. Ella no tardó en desaparecer del balcón, y él continuó su camino calmado y pensativo.

Sin duda, si ella viniera sola, se dirigiría hacia él, ¡victoria embriagadora con la que tal vez saldaría la afrenta que venía sufriendo desde hacía años! Sin embargo, ¿habría hecho Aida algo así aunque la Luna se hubiese rajado por la mitad? Cuando hubo llegado al centro de la calle, volvió la cabeza para mirar hacia atrás y la vio caminando... sola. Creyó que los latidos de su corazón llegarían a los oídos de los demás transeúntes. De pronto, fue tal la sensación de peligro que experimentó ante la rapidez con la que se sucedían los hechos, que comenzó a luchar consigo mismo por huir. Momentos antes habían intercambiado una sonrisa inocente, pero el encuentro sería para él todo un acontecimiento, ¡y qué acontecimiento!: responsabilidad, riesgos, educación de los hijos... ¡Y teniendo la posibilidad de cortar con todo eso! Si hubiese huido en ese momento, se habría permitido prolongar su reflexión. Sin embargo, no huyó, sino que solamente aligeró su paso, estupefacto, sin poder reaccionar; hasta que ella le dio alcance en la esquina del camino hacia la calle de el-Galal y, al volverse, sus ojos se encontraron en una sonrisa:

—Buenas tardes...

—Buenas tardes...

Mientras, en su interior, aumentaba la sensación de peligro y preguntó:

—¿A dónde vas?

—A casa de una amiga, por allá, en esa dirección... —respondió ella señalando la calle Reina Nazli.

Entonces exclamó él, impetuoso:

—¡Yo también llevo ese camino! ¿Permites que vayamos juntos?

—¡Adelante...! —respondió ella, simulando una sonrisa.

Y caminaron uno junto al otro. Ella no se había puesto esa bonita falda solamente para ir a ver a una amiga, sino para encontrarse con él, cuyo corazón la recibía ahora con emoción y ternura. Sin embargo, ¿qué debía hacer? Quizás ella se enojaría si no hablaban, y se limitaría a emplazarlo para una nueva ocasión. Lo mismo aprovechaba el momento para agasajarla que la ignoraba, perdiéndola para siempre. Siempre..., palabra que suele decirse como si tal cosa.

Quien la pronuncia se busca la ruina para toda la vida, y quien la calla o la evita, se arrepiente hasta el fin de sus días. Y así, sin saberlo, se introdujo en un callejón sin salida. «Ahora llega una bifurcación en el camino, y tal vez ella aguarde». Mientras, ella se mostraba complaciente y atenta, como si le estuviese diciendo «héme aquí», como si no perteneciera a los Shaddad. En absoluto era portadora del aire de los Shaddad. El tiempo de los Shaddad había transcurrido. «Quien te acompaña no es más que una joven desafortunada». Y volviéndose sonriente, ella le

dijo:

—¡Encantada de verte!

—¡Gracias!

¿Y luego qué? Parecía que ella esperara que él diera un paso más. El final del camino se acercaba. Había que tomar una decisión. O el valor, o el adiós. Quizá ella nunca se habría imaginado que se separarían tan fácilmente. Aunque sólo hubiera sido una palabra de esperanza... La bifurcación del camino estaba a unos pasos. Él experimentaba un sentimiento doloroso, causado por la profunda decepción. El deseo se acrecentaba, pero su lengua se negaba a pronunciar una sola palabra... «¡Que sea lo que Dios quiera!» Dejando ver la confusión en su sonrisa, ella se detuvo, dando a entender que había llegado el momento de despedirse. Él se sintió extremadamente nervioso. Entonces ella le tendió su mano, que se encontró con la de él, quien, tras un intervalo de espantoso silencio, murmuró:

—¡Adiós...!

Ella retiró su mano, y a continuación se dirigió hacia la otra esquina. Estuvo a punto de llamarla. Ella caminaba con pasos entrecortados a causa de la frustración y la vergüenza, como si de una tragedia insoportable se tratara. Él se lamentó al darse cuenta del paso inseguro con el que ella se marchaba, pero su lengua se mantenía trabada. ¿Dónde había quedado la corte que le había dedicado durante los últimos dos meses? «¿Es justo que la dejes ir habiendo sido ella quien se ha dignado acercarse a ti? ¿Se merece que la trates del mismo modo que antaño te tratara su hermana? ¿Y dices que la amas? ¿Han sido sus noches, como las tuyas, el hogar encendido que iluminaba la oscuridad del pasado con un dolor incandescente?»

Prosiguió su camino preguntándose si, verdaderamente, lo que deseaba era seguir siendo soltero para ser filósofo, o si acaso deseaba ser filósofo para continuar siendo soltero... «¡Es algo increíble —le dijo Riyad—, y te arrepentirás!» Y pensó él: «Sin duda es algo increíble, pero... ¿también tendré que arrepentirme?».

«¿Cómo puedes cortar la relación tan fácilmente si acabas de hablar de ella como si se tratara de la mujer de tus sueños...?» No era la mujer de sus sueños... La mujer de sus sueños no se dirigiría a él. Y finalmente dijo: «Estás al borde de cumplir los treinta y siete años, y aun así, todavía no estás preparado para el matrimonio». Se irritó a causa de sus palabras, y la desolación se adueñó de él...

Karima llegó a el-Sukkariyya en coche, vestida de novia, acompañada de sus padres y su hermano. Aguardaban para recibirlos Ibrahim Sháwkat, Jadiga, Ahmad, su esposa Sawsan Hammad y Kamal. No había allí nada que diera a entender que se trataba de una boda, excepto unos ramos de rosas dispuestos alrededor de la sala. La estancia se encontraba llena de jóvenes barbudos, en medio de los cuales se hallaba situado el *sheyj* Ali el-Manufi. A pesar de que había transcurrido un año y medio desde el fallecimiento del señor, Amina no asistió a la boda, si bien había prometido estar presente después de la ceremonia para el momento de las enhorabuenas. Por su parte, Aisha, cuando Jadiga la invitó a asistir, discreta, junto a la entrada, rehusó asombrada, respondiendo con voz alterada:

—¡No asisto más que a velatorios!

Jadiga se sintió herida por sus palabras; sin embargo, ya se había habituado a actuar con indulgencia por lo que respectaba a Aisha.

Nuevamente, pues, en el segundo piso de el-Sukkariyya, había sido dispuesto el mobiliario de bodas. Yasín había preparado a su hija como era de esperar, y para conseguirlo había tenido que vender su última propiedad. De modo que no le quedó en su haber más que la casa de Qasr el-Shawq. Karima, que no se había convertido en casadera hasta la última semana de octubre, derrochaba un prodigio de belleza, pues gozaba de gran parecido con su madre en sus años floridos, sobre todo en sus cálidos ojos. Jadiga apareció feliz, como es natural en la madre del novio. Mas no sin antes haber aprovechado una ocasión para, a solas, acercarse a Kamal y decirle al oído:

—A pesar de todo, ella es la hija de Yasín, y pase lo que pase, ¡es mil veces mejor que una novia de baja estofa!

Un pequeño *buffet* había sido organizado en el salón comedor del domicilio familiar, y otro para los barbudos invitados por Abd el-Múnim, quien no se diferenciaba de ellos puesto que se había dejado crecer la barba del mismo modo. Hasta tal punto que aquel día le dijo Jadiga:

—La religión es algo hermoso; sin embargo, ¿qué necesidad hay de llevar esas barbas con las que te pareces a Muhammad el-Agami, el vendedor de alcuzcuz?

Todos los miembros de la familia se habían sentado en la sala de recibir excepto Abd el-Múnim, que se sentó con sus amigos, y Ahmad, que se quedó un rato con él para darles la bienvenida. Más tarde se trasladó a la sala de recibir, donde se unió al

resto de la familia, mientras decía sonriente:

—¡La estancia se ha trasladado mil años hacia el pasado!

Y al oírlo Kamal, le preguntó:

—¿De qué están hablando?

—De la batalla de el-Alameyn. Las paredes de la estancia temblaban con sus voces...

—¿Qué sienten ellos ante la victoria de los ingleses?

—Ira, por supuesto. Son enemigos de los ingleses, de los alemanes y de los rusos, todos juntos. De modo que ni siquiera han felicitado al novio en su noche de bodas.

Mientras tanto, Yasín estaba sentado al lado de Zannuba, vestido con sus galas, que le hacían parecer diez años más joven que ella. Y dijo:

—¡Pues que se maten unos a otros, pero lejos de nosotros! Y demos gracias a Nuestro Señor por no haber convertido Egipto en un campo de batalla...

Y dijo Jadiga sonriente:

—¿Tal vez deseas la paz para dedicarte por entero a tus devaneos...?

Jadiga, con disimulo, clavó la vista en Zannuba, hasta que todo el mundo empezó a reír. Pues desde hacía algunos días se había venido propagando el rumor de que Yasín andaba tras una nueva vecina de la casa, y que Zannuba lo había pillado con las manos en la masa..., o casi. Con todo, él siguió con la vecina hasta que ella se vio forzada a echarla de la casa. Por lo que Yasín, disimulando su desconcierto, arguyó:

—¿Cómo voy a dedicarme por entero a mis devaneos, como tú dices, si mi casa está regida por la ley marcial?

Ante lo cual, Zannuba intervino alterada:

—¿No te avergüenzas..., delante de tu hija?

A lo que Yasín respondió congraciándose:

—Yo soy inocente. Y la pobre vecina, oprimida.

—¡Y yo soy la opresora! ¡Seré yo, seguramente, la que estuvo a punto de llamar a su puerta a mitad de la noche, y la que se excusó diciendo que se había confundido de puerta en la oscuridad!... ¿eh? ¡Cuarenta años viviendo en la misma casa para que ahora no sepas cuál es tu puerta!

Se oyeron risas hasta que Jadiga dijo sarcásticamente:

—¡Él es muy dado a equivocarse en la oscuridad...!

—Y en la claridad igualmente...

En esto, Ibrahim Sháwkat se dirigió a Redwán diciéndole:

—Y a ti, Redwán, ¿cómo te va con Muhammad Efendi Hasan?

—Muhammad Efendi «Leches» —exclamó Yasín.

Enojado, respondió Redwán:

—¡Ahora él está disfrutando de las posesiones que mi abuelo legó a mi madre!

—Una herencia —adujo Yasín protestando— nada despreciable. Con todo, cada vez que Redwán va a ver a su madre para pedirle algo, ya sea para diversiones, o para necesidades, el otro se le planta enfrente, y le pide cuentas.

Jadiga, dirigiéndose a Redwán, dijo:

—Tú eres su único hijo. ¡Y qué mejor para ella que verte disfrutar de su dinero en vida!... Y añadió a continuación: —Ha llegado el momento de que te cases, ¿no crees?

Seguidamente, Redwán se rio sin ganas, y dijo:

—Cuando se case mi tío Kamal.

—Tu tío Kamal es un caso perdido. De ningún modo debes seguir sus pasos.

Kamal prestó atención a lo que se decía a su alrededor con irritación, pero sin manifestar gesto alguno en su rostro. Pues ni ella esperaba ya nada de él, ni él mantenía esperanza alguna en sí mismo. Había dejado de deambular por la calle Ibn Zaydún, con lo cual manifestaba su sentimiento de culpa. Sin embargo, se paraba junto a la esquina de la estación para poder verla en su balcón sin que ella pudiese verlo a él. No podía resistir su deseo de verla, ni ignorar el amor que le profesaba. Pero tampoco podía dejar a un lado el espanto y el pavor que le producía la idea del matrimonio. Hasta tal punto que Riyad le había dicho que lo que le pasaba era que estaba enfermo y se negaba a curarse.

Entonces Ahmad Sháwkat interpeló a Redwán con tono intencionado:

—¿Te habría pedido cuentas Muhammad Hasan de haber estado los saadíes en el poder?

Redwán soltó una risa de furia, y dijo:

—No es él el único que me ha pedido cuentas en lo que va de jornada. ¡Pero paciencia! Se trata de días..., a lo sumo, semanas.

—¿Crees que los días del Wafd —le preguntó Sawsan Hammad— están contados, como van diciendo por ahí los de la oposición?

—Los días del Wafd dependen de la voluntad de los ingleses. De todos modos, la guerra no durará toda la vida... ¡Después llegará la hora de rendir cuentas!

Entonces Sawsan, ostensiblemente seria, exclamó:

—¡Los primeros responsables de la tragedia son los que apoyan a los fascistas para atacar a los ingleses por la espalda!

Jadiga clavaba los ojos en Sawsan dirigiéndole una mirada burlona y discrepante, asombrada por su actitud «varonil» en la conversación. No se contuvo de decir una ironía:

—¡Lo que no podemos negar es que estamos aquí, felices, conversando acerca de cuestiones muy apropiadas para la ocasión!

Sawsan se refugió en su silencio, sin enojarse. Al tiempo que Ahmad y Kamal intercambiaban una sonrisa. Por su parte, Ibrahim Sháwkat dijo sonriendo:

—Ellos se excusan diciendo que nuestras bodas ya no son como las de antes. Dios tenga misericordia del señor Ahmad, y lo acoja en su seno con generosidad.

—Tres veces me he casado —dijo Yasín afligido—. Sin embargo, ninguna de las tres he disfrutado de un cortejo nupcial.

Entonces Zannuba reprochó con amargura:

—¿Te acuerdas de ti mismo y olvidas a tu hija?

—¡Tendremos cortejo la cuarta vez, si Dios quiere! —añadió Yasín riendo.

Zannuba respondió sarcásticamente:

—¡Pues tendrás que aplazar esa cuarta vez hasta que se haya casado Redwán!

Redwán se enojó, pero no pronunció palabra alguna. «¡Dios os maldiga a todos y al matrimonio! ¿Es que no comprendéis que no me casaré nunca? ¡Mataré al próximo que se dirija a mí con esa cuestión!» Yasín cortó el breve silencio que se había producido:

—¡Ojalá pudiera quedarme en el *buffet* de las mujeres, para no tener que tratar con esos barbudos que me asustan!

Zannuba continuó diciéndole:

—¡Si conocieran tus acciones, te lapidarían!

Y Ahmad se mofó:

—Les tientas las barbas, y se lanzan a la batalla. ¿Y a mi tío Kamal le gustan los Hermanos?

—Al menos uno de ellos sí me gusta... —dijo Kamal sonriendo.

Sawsan se volvió hacia la novia, y le preguntó amistosamente:

—¿Y qué opina Karima sobre las barbas de su esposo?

Karima se dio media vuelta a la vez que reía levemente, y agachaba su cabeza adornada con el velo sin decir nada. Zannuba respondió por ella diciendo:

—Pocos de entre esos jóvenes profesan la religiosidad como Abd el-Múnim...

—A mi me gusta su religiosidad —dijo Jadiga—, pues forma parte del carácter de la sangre que corre por las venas de nuestra familia..., ¡pero no me gustan sus barbas!

—¡Confieso que mis dos hijos —repuso Ibrahim Sháwkat—, tanto el pío como el que se desvía del buen camino, están locos!

Yasín profirió una fuerte risa, y dijo:

—¡También la locura corre por las venas de nuestra familia!

Jadiga le clavó los ojos con mirada de protesta, y él la calmó antes de que pronunciara palabra, diciéndole:

—Es decir, que yo estoy loco e igualmente loco está Kamal. O si prefieres, ¡yo soy el único loco!

—¡Eso es! Sin más añadidura.

—¿Acaso es lógico que un hombre se obligue a sí mismo al celibato para dedicarse por entero a la lectura y a la escritura?

—Tarde o temprano acabará casándose. ¡Puesto que es un hombre muy sensato!

Entonces, Redwán se dirigió a su tío preguntándole:

—¿Por qué no te has casado aún, tío Kamal? Yo, por mi parte, en la medida de mis posibilidades, quisiera apoyarte en tu protesta, para así poder defenderme a mí mismo en caso de necesidad.

A lo que respondió Yasín:

—¿Pretendes renunciar al matrimonio? ¡No te lo permitiré mientras viva! ¡Ten paciencia, vuelve a considerar la decisión y después contrae un maravilloso matrimonio político!

—Si no hay nada que te lo impida —añadió Kamal—, contraerás matrimonio inmediatamente...

¡Qué joven más apuesto! ¡Un buen aspirante al prestigio y a la fortuna! Si Aida lo hubiese conocido en sus buenos tiempos, se habría enamorado perdidamente de él. Si hubiese prestado atención a Budur, aunque hubiese sido momentáneamente, se habría enamorado apasionadamente. Sin embargo, se dio media vuelta. Y mientras que el mundo seguía adelante, él continuaba preguntándose: «¿Me caso o no me caso?». La vida se mostraba desconcertante y confusa, de modo que no parecía brindarle una circunstancia favorable, ni desfavorable.

El amor no era más que un sentimiento adverso fundado en la disputa y el suplicio. ¡Ojalá ella se hubiese casado, librándolo así de su aflicción y su desgracia!

En ese instante, Abd el-Múnim, precedido de su barba, se dirigió a ellos diciéndoles:

—¡Pasad al *buffet*! ¡El festejo de hoy está reservado a los estómagos!

Kamal deambulaba por la avenida Fuad I. Estaban a punto de dar las diez de la mañana del viernes. Vio que la calle se encontraba atestada de personas, unas paradas, y otras caminando, hombres y mujeres. El tiempo, como la mayoría de los días de noviembre, era suave, e invitaba a pasear. Se había acostumbrado a esconder la soledad de su corazón entremezclándose con la gente en los días de fiesta, caminando absorto hacia adelante, sin rumbo fijo, y distrayéndose al ver la gente y las cosas. Casualmente, se encontró por el camino con algunos de sus alumnos más pequeños, que llamaron su atención levantando las manos sobre sus cabezas para dedicarle un grato saludo y sonreírle. ¡Cuántos alumnos tenía! Algunos trabajaban, otros aún estaban en la Universidad, y la mayoría de ellos cursaban primaria o secundaria. ¡Catorce años al servicio de la educación y la enseñanza no es poco tiempo!

Su aspecto tradicional apenas había cambiado: el traje elegante, los zapatos relucientes, el *tarbúsh* bien colocado, las gafas doradas, el bigote espeso... Incluso se mantenía en el nivel sexto después de catorce años de servicio, y ello a pesar de haberse difundido el rumor, atribuido a la intención del Wafd, de hacer justicia a los colectivos menos afortunados. Sólo una cosa había cambiado en él: su cabeza. Pues en sus sienes habían aparecido ciertos tonos plateados. Se mostraba feliz con los saludos de sus alumnos, quienes lo querían y veneraban. ¡Una consideración que no alcanzaba fácilmente ningún otro maestro! Pero él la había conseguido a pesar de su cabeza y de su nariz, y a pesar de las diabluras y travesuras que concebían los niños de aquellos días.

De pronto, caminando por el cruce de Imad el-Din con Fuad I, se encontró frente a Budur, cara a cara. Todos los miembros de su cuerpo temblaron como si se tratara de un sistema de alarmas que hubiera sido detonado en ese instante, y su vista se congeló por unos segundos. A continuación, él quiso aliviar, con una sonrisa, la embarazosa circunstancia. Sin embargo, ella retiró sus ojos de él, ignorándolo, y evitando que sus gestos mostrasen la más mínima condescendencia. Seguidamente, pasó de largo por su lado, viéndola caminar en compañía de un joven de cuyo brazo iba cogida. Se detuvo y la siguió con los ojos. No había duda de que se trataba de Budur, con su elegante abrigo negro. Y en cuanto a su acompañante, no menos distinguido, quizás no había llegado a los treinta. Necesitó emplear un gran esfuerzo para contenerse. Al momento, se preguntó, con gran preocupación, quién sería ese

joven. No era su hermano, ni su amante, puesto que los amantes no van publicando sus amores por la avenida Fuad I, y mucho menos la mañana del viernes. «¿Será...?» Los latidos de su corazón se sucedieron sin piedad, siguiéndola sin vacilación, sin separar sus ojos de ambos. Perdió la conciencia del momento concentrando toda su atención en la pareja, hasta sentir cómo la temperatura de su cuerpo se encendía y le subía la tensión, a la vez que los latidos de su corazón se aceleraban anunciándole el final. Los vio detenerse frente al escaparate de una tienda de maletas. Lentamente, se aproximó a ellos, dirigiendo sus ojos hacia la mano derecha de la joven, hasta fijarlos en el anillo de oro. Una sensación ardiente lo abrasaba, como si sus entrañas y un intenso dolor fuesen la misma cosa. Habían pasado cuatro meses desde su último paseo por la calle Ibn Zaydún. ¿Acaso ese joven lo había estado acechando desde el extremo de la calle para poco después ocupar su lugar? ¿No era asombroso que cuatro meses hubieran sido tiempo suficiente para que el mundo se hubiera transformado de arriba abajo? Caminando un poco retirado de ellos, se detuvo frente a una tienda de juguetes, mirándolos, a la vez que simulaba su interés por los juegos. Aquel día, ella parecía más hermosa que cualquier otro día pasado; como una novia, en toda la extensión de la palabra. «Pero ¿qué significa toda esa ropa negra que lleva? Es cierto que en ella es usual llevar abrigo negro, aún más, es muy elegante. Sin embargo, ¿cómo es que también lleva negro el vestido? ¿Se trata de una moda... o de algún luto? ¿Habrá muerto su madre?» No tenía costumbre de leer las necrológicas de los diarios, además, ¿qué le iba a él en ellas? lo que realmente le importaba era poner punto y final a la página de Budur en el libro de su vida. «¡Se acabó Budur!» Pero enseguida le volvía a la mente la aturullante pregunta: «¿Me caso o no me caso?» Ineludible la respuesta. ¡Buen provecho al sosiego después de la aflicción y el sufrimiento! ¡Cuánto deseaba que ella se casara, y acabar de ese modo con su agonía! «¿Se ha casado? ¡Por fin se acabaron los agobios!» Se preguntaba si el hombre que fuera a ser sacrificado experimentaría los mismos sentimientos que él soportaba en las circunstancias en que se encontraba. Las puertas de la vida se le cerraban ante su cara, tras haberse arrojado al otro lado de los muros... Más tarde los vio a ambos alejarse del lugar en el que se encontraban y acercarse hacia él. Pasaron por delante como si nada. Él los seguía con la mirada mientras ellos caminaban muy juntos. Pero se sintió decepcionado y dejó de seguirlos. Se detuvo delante del escaparate de juguetes mirando sin ver nada, observando hacia dónde dirigían sus pasos una vez más. Daba la impresión de que iba a brindarles la mirada del adiós. Ella se alejaba inexorablemente, apareciendo y desapareciendo por entre los peatones. Unas veces la veía por un costado, y otras la

veía por el otro. Mientras, cada una de las venas de su corazón gritaba «¡adiós!», penetrando hasta el fondo de sus entrañas sentimientos de angustia acompañados de una voz triste que no le resultaba totalmente desconocida. Recordó entonces circunstancias semejantes ocurridas en el pasado. Una fuerza irrefrenable invadía su interior, seguida de recuerdos colapsados, a modo de un son enigmático y perturbador causante de un dolor que era al mismo tiempo un leve e indefinido placer. Solamente existe una clase de sentimiento en la que coincidan el dolor y el placer, del mismo modo que coinciden en el alba el borde de la noche con los filos del día. Ella se ocultó a sus ojos, quizá para siempre, igual que antaño desapareciera su hermana. Se preguntaba quién podría ser su prometido. No podía averiguarlo, mas cuánto le hubiera gustado, y deseó —en caso de que fuera un funcionario— que perteneciera a un nivel inferior al de profesor. Pero..., ¿qué significaban esas ideas infantiles? ¡Era una situación vergonzosa! En cuanto al dolor, más valdría, al que lo conoce, sosegar, puesto que sabe que su destino, como el de todas las cosas, es desaparecer. Por primera vez prestó atención al escaparate de juguetes de esos por los que los niños se desviven: trenes, coches, balancines, instrumentos musicales, casitas, parques... Se sintió atraído por el escenario que se mostraba ante sus ojos, guiado por una fuerza extraña que al mismo tiempo disipaba de su alma la agonía. Durante su infancia, los juguetes nunca le habían inspirado ese paraíso, pues creció siendo un niño introvertido, dotado de un carácter insatisfecho, cuya última oportunidad de satisfacción había transcurrido sin pena ni gloria. ¿Qué sabrán esos que tanto hablan de la felicidad de la infancia? ¿Podría afirmarse, entonces, que fue un niño feliz? Por eso, ¡qué necesidad es ese deseo pasajero y miserable que nos hace soñar en volver a ser niños, como ese muñeco de madera que juega en ese hermoso jardín imaginario! Realmente, es un deseo estúpido y melancólico al mismo tiempo. Tal vez, al principio, los niños son seres inconscientes a los que sólo su profesión le había enseñado a comprender y dirigir. Sin embargo, ¿cómo sería la vida si pudiéramos volver a la niñez, pero conservando los recuerdos y el camino andado en el desarrollo intelectual?... Volver a jugar en el jardín de la azotea, con el corazón lleno de recuerdos de Aida; recorrer el-Abbasiyya del año 1914; mirar a Aida mientras jugaba en el jardín, sabiendo en ese preciso instante lo que ella iba a hacerle pasar en 1924 y posteriormente; o hablar con su padre y, con acento de niño, decirle que la guerra tendría lugar en 1939, y que terminaría con él en medio de uno de sus ataques. ¡Vaya ideas necias! Sin embargo, y pese a todo, eran mejores que obcecarse en el fracaso con el que se topaba ahora en la calle Fuad I, y mejores aún que pensar en Budur con su novio junto a ella. ¡Quizás él mismo cometió algún error

en el pasado, que expiaba ahora sin saberlo! Pero ¿cómo y cuándo cometió ese error? Tal vez se tratara de un incidente casual, o de una palabra dicha inconscientemente, o de alguna situación a la que diera lugar... Fuera lo que fuese, él era el único causante de ese tormento que soportaba. Es necesario conocerse a sí mismo para poder ser feliz y salvarse de los sufrimientos. El combate aún no había llegado a su fin, ni tampoco era la hora de la rendición. Aunque tampoco le convenía que llegase, pues, sin duda, era él el único responsable de esa indecisión infernal que le hacía hervir la sangre mientras Budur paseaba cogida del brazo de su prometido. Le convenía recapacitar por segunda vez acerca de ese tormento interno mezclado con oscuro deleite. ¿No fue él quien lo había experimentado anteriormente en el desierto de el-Abbasiyya, al contemplar la radiante luz a través de la ventana de la alcoba nupcial? ¿Acaso esa indecisión acerca de Budur no había sido sino una estratagema para entregarse él mismo a una situación similar, con el fin de recuperar los antiguos sentimientos y embriagarse de sufrimiento y placer a un tiempo? Antes de mover su mano para escribir sobre Dios, el espíritu o la materia, más le habría valido conocerse a sí mismo, a su propio yo; es más, a Kamal Efendi Ahmad, mejor dicho, a Kamal Ahmad, Kamal a secas; hasta estar preparado para comenzar de nuevo. ¡Qué llegue la noche con el retorno del libro de las memorias para analizar el pasado! ¡Sería una larga noche de insomnio! Sin embargo, no sería la única. Pues tenía todo un tesoro de ellas que podría incluir en una obra bajo el título de Noches de Insomnio, y nadie podría decir que su vida hubiera sido en vano. ¡Pues a fin de cuentas, dejaría tras él un montón de huesos con los que quizá las generaciones venideras fabricasen un instrumento de diversión! Por lo que respecta a Budur, podía decirse que se había apartado de su vida para siempre. ¡Una verdad tan penosa como la música fúnebre! No había quedado recuerdo alguno de compasión. Ni un abrazo, ni un roce, ni una palabra dulce... Sin embargo, no volvería a sufrir de insomnio. Antaño se había encontrado solo, pero aquel día, por el contrario, todo aquello se reducía a un capítulo en el que se escondían la razón y el corazón. Después se dirigiría a ver a Atiyya, a la nueva casa de la calle Muhammad Ali, con el fin de continuar sus conversaciones interminables... La última vez que se había dirigido a ella fue para decirle con voz oprimida por la angustia:

—¡Qué bien nos llevamos los dos!

A lo que ella respondió con ironía estoica:

—¡Qué amable eres cuando estás angustiado!

Y él prosiguió:

—¡Qué pareja más feliz podríamos haber llegado a ser si nos hubiésemos

casado!

—¡No me tomes el pelo —respondió ella—, pues me he convertido en una «señora» en toda la extensión de la palabra!

—Sí, sí. ¡Eres más deliciosa que la fruta en sazón...!

Y ella lo pellizcó burlonamente, diciéndole:

—¡Eso es lo que dices ahora! En cambio, cuando yo te pido un real más de lo que me ofreces, emprendes la huida...

—¡Lo que hay entre nosotros está por encima del dinero!

Ella le clavaba los ojos con mirada de protesta, diciéndole:

—¡Pero yo tengo dos hijos que prefieren el dinero por encima de lo que hay entre nosotros!

La irritación y la tristeza lo invadieron por completo, y reaccionó burlándose:

—¡Estoy pensando en hacer penitencia siguiendo como modelo a la señora Galila! ¡El día en que la castidad se apodere de mí, renunciaré por ti a mis riquezas!

—¡Cuando te llegue el momento de hacer penitencia —dijo ella riéndose—, despídete de nosotras...!

Él se rio estrepitosamente y dijo:

—¡Nunca ha sido el arrepentimiento causa alguna de perjuicio para las de tu clase!

¡En ese instante, volvía a su mente el temor al insomnio! A continuación se percató de que su parada frente al escaparate de juguetes se había prolongado. Entonces, se alejó de él y se marchó...

—¿Es verdad, amigo mío, que van a cerrar las tabernas? —preguntó Jalu, el dueño de la taberna «La Estrella».

A lo que Yasín respondió con esperanza y tranquilidad:

—¡No lo quiera Dios, Jalu! Los diputados acostumbran parlotear a la vista del presupuesto.

También es normal para el gobierno reconsiderar la realización de los deseos de los diputados a la primera ocasión. Igualmente, es costumbre que esa ocasión no llegue jamás.

En la taberna de Muhammad Ali, el círculo de amigos de Yasín suscitó algunos comentarios acerca del rumor. Entonces dijo el jefe de personal:

—Por mucho que vivan, seguirán prometiendo que los ingleses se marcharán, que se abrirá una nueva Universidad, y que se ensanchará la calle el-Jalig. ¿Se ha realizado algo de eso, eh, Jalu?

Tras lo cual intervino el decano de los jubilados:

—Quizás el diputado que ha presentado la propuesta ha bebido el vino asqueroso de la guerra, y quiere vengarse proponiéndonos sus «sugerencias»...

—Pase lo que pase —concluyó el abogado—, los bares de las calles europeas no serán tocados. ¿Qué harás, eh, Jalu, si nos llega la ruina? A menos que te coloques en algunos de esos bares... pues a fin de cuentas, los taberneros son como las plantas de un edificio, que cada una se apoya sobre la anterior.

En esto intervino el primer secretario del Ministerio de Bienes Religiosos:

—Si los ingleses han dirigido sus ataques hacia el Palacio Abdín con una finalidad tan banal como la de restituir el gobierno de el-Nahhás, ¿te los imaginas callados ante el cierre de los garitos?

En el salón, junto al círculo de Yasín, había un grupo de comerciantes acomodados, pero, a pesar de todo, el secretario propuso que añadieran a su embriaguez un poco de cante:

—¡Vamos a cantar «Cautivo del amor»!

Jalu se apresuró a volver a su lugar, detrás de la barra, y los amigos empezaron a entonar «¡Al cautivo del amor, cuántas veces lo ahoga la desgracia!». En su embriaguez, les pareció que sus voces eran el más dulce canto, hasta que en los rostros de los presentes aparecieron signos de burla. De cualquier modo, la canción no duró mucho. Fue Yasín el primero en dejar de cantar, y el resto de los presentes

no tardó en hacer lo propio. Solamente el secretario completó la tonada. A continuación reinó el silencio, interrumpido de vez en cuando por los tragos, los chasquidos de la lengua al saborear el vino o las palmadas para pedir una copa o un aperitivo. Entonces dijo Yasín:

—¿Es que no hay ningún modo de estimular el embarazo?

Y el anciano funcionario objetó:

—¿Es que no vas a dejar de dar la murga con esa cuestión? ¡Ten paciencia, hermano!

Tras lo cual, el primer secretario intentó aliviar su preocupación:

—No hay razón para que te angusties, Yasín Efendi, porque tu hija se demore en traer familia.

—¡Ella es una novia como una rosa! —respondió Yasín—. La más hermosa del barrio de el-Sukkariyya. Pero es la primera muchacha de nuestra familia que después de un año de matrimonio no se ha quedado embarazada. Eso es por lo que su madre se preocupa.

—¡Y su padre, al parecer...!

—Lo que preocupa a la esposa —respondió Yasín con una sonrisa amable—, también preocupa al marido...

—¡Si las personas pensarán en los disgustos que dan los hijos, aborrecerían tenerlos...!

—Aun así, normalmente la gente se casa para tener descendencia...

—¡Y tienen razón! Si no fuera por los hijos, nadie soportaría la vida matrimonial...

Yasín bebía el contenido de su vaso, mientras decía:

—Temo que el hijo de mi hermano no se haga partícipe de esta opinión...

—Algunos hombres hacen hijos con el único fin de mantener ocupadas a sus mujeres, para, de este modo, recuperar gran parte de su libertad perdida.

—¡Ni mucho menos! —interpuso Yasín—. La mujer, al mismo tiempo que da de mamar a un hijo, acuna al otro, sin quitar el ojo de encima a su esposo. ¿Es que estás ciego? ¡Cualquiera diría que acabas de nacer ayer! Es más, ni los sabios han podido cambiar ese sistema de vida.

—¿Y qué les impide hacerlo?

—¡Que ellos también están casados! Y no les ha dado tiempo de reflexionar sobre la cuestión...

—¡No te preocupes, Yasín Efendi! Tu yerno no podrá olvidar el favor que tu hijo le ha hecho al colocarlo...

—¡Todo acaba por olvidarse!

Mientras reía, se dio cuenta de que el vino se le había subido a la cabeza:

—¡Además, el «protegido» está fuera del gobierno...!

—¡Ah! Al parecer, esta vez el Wafd prosperará...

En ese momento intervino el abogado con aires de orador:

—¡Si en Egipto las cosas siguieran su curso natural, el Wafd gobernaría para siempre...!

A lo que respondió Yasín riendo:

—Sus palabras serían dignas de crédito, si no fuera porque mi hijo ya no está dentro del Wafd.

—¡No olvidéis lo que ocurrió en el-Qassasin! Si muere el rey, ¡vayan con Dios los enemigos del Wafd!

—¡El rey goza de perfecta salud...!

—El príncipe Muhammad Ali prepara el traje de ceremonias. Él ha sido toda su vida fiel al Wafd.

—El que se sienta en el trono, sea cual sea su nombre, es enemigo del Wafd por principio; del mismo modo que resulta incompatible el *whisky* con lo dulce.

Se rio Yasín, dejando escapar efluvios de alcohol, y dijo:

—Tal vez tengáis razón. Pues «¡el que en edad te adelanta un día, un año te adelanta en sabiduría!». ¡Y más aún, encontrándose entre vosotros quienes habéis llegado a la decrepitud, y quienes estáis a un paso de ella!

—¡Que Dios te proteja... cuarentón de siete años!

—De cualquier modo, yo soy más joven que vosotros...

A continuación, castañeteó los dedos pavoneándose y luciendo su embriaguez y su arrogancia... Y prosiguió:

—La verdadera vida no debería contarse en años, sino que debería medirse según las veces que uno se emborracha; pues, el vino, en tiempos de guerra, aunque pierde su calidad y su paladar, sin embargo mantiene su efecto. Y al despertar al día siguiente, la jaqueca te martillea la cabeza, sientes como si te abrieran los ojos con tenazas, y eructas alcohol... A pesar de todo, os digo que por medio de la bebida, cualquier pena se alivia. Muchos se preguntarán: «¿Y la salud?». La salud ya no es lo que era, ni cuando se llega a los cuarenta y siete se mantienen las facultades de la juventud. Con lo cual, queda demostrado que con la guerra todas las cosas han subido desorbitadamente su valor, excepto la vida, pues la vida no tiene precio. Antiguamente, no era extraño que un hombre se casara a los sesenta años. Hoy, en cambio, en estos tiempos traicioneros, el que ha cumplido los cuarenta va al médico

a pedirle recetas reconstituyentes. ¡Incluso el novio, a veces, en su luna de miel, se ahoga en un vaso de agua...!

—¡Ay, la juventud...! ¡Todo el mundo se pregunta por aquellos tiempos!

Los efectos del vino habían empezado a hacer eco en la voz de Yasín, que volvió a decir:

—¡Ay, aquellos tiempos! ¡Dios mío, bendice a mi padre! ¡Con qué severidad se encarnizaba conmigo prohibiéndome participar con mi sangre en la revolución! Pero el que no teme los bombardeos de los ingleses, tampoco teme el castigo. En aquel entonces, nos reuníamos en el café de Ahmad Abdu para organizar las manifestaciones y lanzar las granadas...

—¡Otra vez la misma canción! Dime, Yasín Efendi, cuando la guerra, ¿estabas tan de buen año como estás ahora?

—¡Y de mejor aún! Pero en los tiempos de mayor gravedad, estuve tan delgado como una abeja. El día de la gran batalla, mi hermano, primer mártir del Movimiento Nacional, y yo, marchábamos a la cabeza de la manifestación. Entonces oí el silbido de una bala que pasó rozándome la oreja, yendo a alojarse en el cuerpo de mi hermano. ¡Menudo recuerdo! Si él siguiera vivo ahora, con toda seguridad habría llegado a alcanzar el puesto de ministro combatiente.

—¡Tú sí continúas vivo aún!

—Sí. Pero yo no pude llegar a ministro con los estudios primarios. Además, en nuestros combates, esperábamos la muerte, no el llegar a convertirnos en celebridades. Sin embargo, tenía que morir la gente, y luego alzarse algunos con los grandes cargos. En el cortejo fúnebre de mi hermano marchaba Saad Zaglul, a quien fui presentado por el delegado de los estudiantes. ¡Ese es otro gran recuerdo...!

—Pero..., en esa guerra tuya, ¡no encontrarías un instante para reposar del tumulto y el fervor, sino a duras penas!

—¡Óyeme! ¿Acaso esos soldados que yacían con las mujeres en los caminos, no eran los que hicieron que Rommel se diera media vuelta? Si tuvierais conciencia de lo que significa el espíritu de heroísmo, sabríais que la guerra no está reñida con la diversión ni con el vino, y que el combatiente y el bebedor son hermanos.

—¿Es que Saad Zaglul no te dijo nada en el entierro de tu hermano?

En su lugar respondió el abogado:

—Le dijo: ¡ojalá hubieses sido tú el mártir!

En el estado en que se encontraban, todos se echaron a reír, y así permanecieron hasta que se preguntaron por la causa. Con ellos se rio Yasín franca y generosamente; y a continuación, prosiguió su conversación rectificando:

—No fue eso exactamente lo que dijo. Él era, Dios lo tenga en su gloria, un hombre refinado, no como usted. También era dichoso, y por ello, era una persona de mente muy abierta. Era político, combatiente, letrado, filósofo y jurista. ¡Una palabra suya podía hacer vivir o morir!

—¡Dios lo tenga en su gloria!

—¡Y a todos! Todos los caídos son merecedores de misericordia; basta con el hecho de haber perdido la vida. Incluso la prostituta y la alcahueta. ¡Y hasta la madre que envía a su hijo tras su propio amante para que lo conduzca de nuevo a su lado!

—¿Pero es posible encontrar en el mundo una madre así?

—¡En el mundo existe todo lo que puedas imaginar, y aun lo que no seas capaz de creer!

—¿No tenía esa mujer nadie de quien echar mano, antes que de su hijo?

—¿Y quién mejor protector de una madre que su propio hijo? Además, ¡todos vosotros habéis venido al mundo por el mismo camino!

—¡Pero legalmente!

—¡Esos no son más que formulismos! La realidad es una sola. Yo he conocido a prostitutas miserables, cuyas camas permanecían frías durante una semana o incluso más. ¡Señaladme de entre vuestras madres a una que haya permanecido tal período de tiempo lejos de su compañero!

—¡No conozco otro pueblo que sea tan aficionado a burlarse del honor de las madres como el egipcio...!

—Somos un pueblo maleducado.

—El tiempo nos ha enseñado más de lo necesario —dijo Yasín riendo.

—Y las cosas, cuando sobrepasan sus límites, se convierten en su contrario. Esa es la razón por la que nosotros somos maleducados. Sin embargo, y a pesar de ello, somos un pueblo bastante bueno. Tanto, que generalmente acabamos por arrepentimos...

—¡Pues yo..., aquí estoy; retirado, y aún no me he arrepentido!

—El arrepentimiento no se contempla en el talante de los funcionarios... De todos modos, no haces nada malo. Solamente bebes unas horas cada noche... No hay nada malo en ello. ¡Ya llegará el día en que la enfermedad o el médico, o ambos a la vez, se encargarán de prohibirte que bebas...! Pues los hombres somos débiles por naturaleza. Si no fuera porque el vino nos acompaña fielmente, no podríamos sobrellevar la vida matrimonial... Además, con el paso del tiempo, crece nuestra debilidad, si bien nuestros deseos no tienen límites en absoluto. Sufrimos, y por eso

nos emborrachamos una vez más. Pues mientras nuestra cabeza se vuelve cana, nuestros vicios nos van abandonando... Hasta que llega un buen día en que un cretino se atreve a oponerse a nuestro modo de vivir, diciendo: «¡Vergüenza debería daros perseguir a las mujeres a vuestra edad!». ¡Alabado sea Dios! Joven o viejo, qué vas a hacer: ¿ir tras una mujer o perseguir una acémila? Incluso llegas a pensar que la gente conspira con tu esposa en tu contra. A todo lo cual hay que añadir el coqueteo, con todo lo que conlleva, y al policía con su porra. Y hasta la sirvienta desvía tu atención con sus insinuaciones en la verdulería. De modo que te encuentras en un mundo de sinsabores en el que no tienes más amigo que la copa. Más tarde llega el turno de los médicos de pago, que te dicen con toda la tranquilidad del mundo: «¡No bebas!».

—Y aun así, ¿crees que no amamos la vida con toda nuestra alma...?

—¡Con toda nuestra alma! Ni siquiera el mismísimo mal se encuentra desprovisto de algún bien. ¡Hasta los ingleses tienen algo de bondad! Yo los he conocido de cerca en los tiempos de la revolución y algunos de ellos fueron amigos míos.

Entonces exclamó el abogado:

—¡Sin embargo, luchaste contra ellos...! ¿Lo has olvidado?

—Sí..., sí. De cualquier modo era lo que había que hacer. Pero en una ocasión, estando en la mezquita de el-Huseyn, me habrían confundido con un espía de no haber sido porque el delegado de los estudiantes corrió hacia mí en el momento oportuno, e hizo ver a todos quién era yo realmente. ¡Y me vitorearon!

—¡Viva Yasín...! ¡Viva Yasín...!

—Pero ¿qué diantre hacías en la mezquita de el-Huseyn?

—¡Responde! Esa es una cuestión muy importante...

Yasín se rio, y luego respondió:

—Cumplíamos con la oración del viernes. Mi padre tenía la costumbre de llevarnos a orar con él los viernes... ¿Es que no me creéis? ¡Preguntad a la gente de el-Huseyn!

—¿Rezabas por complacer a tu padre?

—¡Por Dios! ¡No pienses mal de nosotros! Nuestra familia siempre ha sido una familia religiosa. Es verdad que todos somos bebedores empedernidos y libertinos, pero al final, nos espera el arrepentimiento...

Entonces el abogado suspiró y dijo:

—¿No os parece bien que cantemos un poco más?

—Ayer salí de la taberna cantando —interrumpió Yasín— y un policía me paró y

me llamó la atención gritando: «¡Eh, efendi!». Y yo le pregunté: «¿Es que no tengo derecho a cantar?». «¡Está prohibido dar voces a partir de las doce!», respondió él. Entonces yo insistí argumentando: «¡Pero yo estaba cantando!» Y él respondió encolerizado: «¡Para la ley, todo eso es vocerío!». «Y las bombas que estallan después de las doce... —le pregunté yo—, ¿no son consideradas vocerío por la ley?» «Parece ser que deseas pasar la noche en comisaría...», respondió amenazador. Entonces me aparté diciendo: «¡Pensándolo mejor..., prefiero pasarla en mi casa!». Así pues, ¿cómo vamos a ser una nación civilizada si son los policías los que nos juzgan? Y para rematar la cuestión, al llegar a casa te encuentras a tu mujer al acecho, y en el trabajo a tu jefe... Incluso en el cementerio, te reciben dos ángeles con sus respectivas porras...

Entonces intervino de nuevo el abogado:

—¡Vamos a animarnos con un poco más de cante!

Carraspeó el decano de los jubilados, y empezó a cantar:

*Mi esposo ha tomado esposa en segundos esponsales,
fresca aún la alheña en mis manos cual arras matrimoniales.
Y cuando él la trajo a casa —¿quién podrá contar mis males?
un fuego abrasó mi pecho, malherido de puñales.*

Enseguida repitieron el prelude con exagerado entusiasmo. Mientras tanto, Yasín lloraba de risa sin poderse contener...

A menudo Jadiga se sentía sola. Y ello a pesar de que Ibrahim Sháwkat —sobre todo desde que rondaba los setenta— no salía de la casa durante los días de invierno. Con todo, ni él podía disipar su tristeza, ni ella era capaz de mover su cuerpo para llevar a cabo los quehaceres propios de la casa; aunque el tiempo que tuviese que emplear en dichos trabajos fuera menor que el que le duraban su vitalidad y su actividad. Pues si bien había sobrepasado los cuarenta y seis, aún conservaba cierta fuerza y vivacidad; y su gordura no solo no había disminuido, sino que iba a más. Peor aún que todo eso, era que su tarea como madre había llegado a su fin, al tiempo que su papel como suegra ni había comenzado ni comenzaría, según se presentaban las cosas. Una de las dos esposas era la hija de su hermana; y la otra, una funcionaría con la que apenas había coincidido en contadas ocasiones, exceptuando aquellas en las que su encuentro resultaba inevitable. Mientras tanto, su angustiado corazón encontraba sosiego cuando estaba con su marido, envuelto en su manto de lana...

—¡Ha pasado más de un año desde que se casaron nuestros hijos, y aún no hemos encendido una sola vela!

El hombre se encogió de hombros, indiferente, sin hacer comentario alguno. Y ella continuó diciendo:

—¡Tal vez Abd el-Múnim y Ahmad consideren el tener hijos algo pasado de moda, como la obediencia a los padres...!

El hombre respondió enojado:

—¡No te inquietes más por esa cuestión! ¡Ellos son felices y a nosotros nos basta con eso!

—Si no quedan preñadas ni conciben hijos —insistió ella—, ¿para qué sirven?

—Quizá tus hijos no estén de acuerdo con esa opinión...

—¡Ellos nunca han estado de acuerdo conmigo en nada! ¡Estoy cansada y ya no me quedan esperanzas!

—¿Te apena no ser abuela?

A lo que ella respondió con mayor alteración aún:

—¡Me apeno por ellos, no por mí!

—Abd el-Múnim ha llevado a Karima a que la vea el médico, y este le ha dado esperanzas...

—El pobre mío se está arruinando en médicos... ¡y aún se arruinará más! ¡Las esposas de hoy resultan tan caras como los tomates o la carne!

El hombre se rio sin hacer comentario alguno, y ella prosiguió:

—Y la otra... ¡Qué mi señor el-Mitwali me ayude...!

—¡No negarás que sus palabras son como la miel...!

—Ardid y argucia. ¿Qué se va a esperar de una mujer de baja estofa?

—¡No seas tan cruel, mujer...!

—¿Cuándo irá «el profesor» a llevarla al médico?

—Ya no van a ir. Han desistido.

—Claro, como ella es funcionaria... ¿De dónde van a sacar el tiempo para traer hijos al mundo...?

—Ellos son felices así, de eso no hay duda alguna.

—Una mujer que trabaja fuera de su casa, no puede ser una buena esposa. Y él se dará cuenta cuando ya sea tarde...

—Él es un hombre, y eso no va a perjudicarlo...

—No hay en todo el barrio dos muchachos como mis hijos... ¡Qué lástima!

El carácter y las tendencias de Abd el-Múnim se habían consolidado definitivamente. Con lo cual se confirmaba como un funcionario eficaz y un Hermano activo. Pues acababa de serle confiada la dirección de la sección de el-Gamaliyya, para la que había sido nombrado asesor jurídico. Asimismo, colaboraba en la redacción de la revista, y a veces pronunciaba sermones en las mezquitas populares. Había convertido su casa en un lugar de reunión para sus Hermanos, en compañía de los cuales, y a la cabeza de ellos, el *sheyj* Ali el-Manufi pasaba algún que otro rato cada noche. El joven era un gran entusiasta y de natural disposición para dirigir todo su esfuerzo, su dinero y su inteligencia al servicio del mensaje, que esperaba con todo su corazón —según expresión del guía supremo— fuese una llamada a la reforma, a la tradición ortodoxa y a la verdad ascética; con carácter de fisonomía política, de congregación lúdica, de asociación científica y cultural, de compañía económica y de preocupación por la sociedad. El *sheyj* Ali el-Manufi decía:

—Las enseñanzas del Islam y sus preceptos contribuyen al equilibrio de la naturaleza humana en este y en el otro mundo. Los que creen que estas enseñanzas se refieren exclusivamente a los asuntos espirituales o a la devoción, sin abarcar las demás facetas humanas, se equivocan. Pues el Islam es mucho más que un conjunto de dogmas y devociones; es, además, patria, nación, religión, imperio, glorificación,

libro sagrado, espada...

Dicho lo cual, intervino uno de los más jóvenes asistentes a la reunión para decir:

—Esa es nuestra religión. Sin embargo, nosotros permanecemos inmóviles, mientras que el infiel nos juzga con sus cánones y según sus tradiciones y costumbres.

Y corroboró el *sheyj* Ali:

—No tenemos más remedio que predicar y difundir el Islam, y fundar apoyos a los combatientes, hasta que llegue el momento de la acción...

—¿Y a qué esperamos?

—Esperamos a que termine la guerra. Tenemos el campo preparado para lanzar nuestro mensaje. La gente ya no mantiene su confianza en los partidos. Y cuando el encargado de pronunciar la llamada alce su voz en el momento oportuno, cada uno de los Hermanos se pondrá en marcha provisto de su Corán y su arma...

Ante lo cual, el ánimo de Abd el-Múnim se enardeció y, con su voz fuerte y profunda, exclamó:

—¡Preparemos, pues, las armas para una larga guerra santa! ¡Nuestro mensaje no va dirigido sola y exclusivamente a Egipto, sino a la totalidad de los musulmanes del mundo! ¡El éxito no será seguro hasta que Egipto y las demás naciones musulmanas se hayan aunado en los principios coránicos! ¡Y no enfundaremos las armas hasta ver el Corán como constitución de todos los musulmanes...!

Dicho esto, el *sheyj* Ali el-Manufi retomó la palabra:

—Os anuncio que nuestro mensaje está siendo difundido, por la gracia de Dios, a través de todos los ámbitos; y a partir de hoy, será implantado en todos los pueblos. Pues es el mensaje de Dios, y Dios no deja desamparado a ningún pueblo que haya defendido Su nombre.

Al mismo tiempo, pero en el piso inferior, tenía lugar otra actividad. Esta se diferenciaba de la anterior en el objetivo y en el menor número de participantes: Ahmad y Sawsan se reunían muchas noches con un reducido número de amigos de diferente credo y religión, muchos de los cuales pertenecían al mundo del periodismo. Una noche los visitó el profesor Adli Karim, quien estaba perfectamente enterado de las disquisiciones especulativas que tenían lugar entre ellos. Y les dijo:

—Bien está que estudiéis el marxismo, sin embargo debéis tener presente que, en verdad, aunque sea una necesidad histórica, su determinismo no es como el determinismo de los fenómenos astrológicos. Además, solamente existirá por la voluntad de los hombres y con su esfuerzo. Nuestro deber más importante no

consiste en filosofar y filosofar, sino en inculcar en la conciencia del proletariado el significado del papel histórico que les ha tocado en suerte desempeñar, para que él y el resto del mundo sigan adelante...

—Nosotros —intervino Ahmad— traducimos los libros en los que se encuentra esa filosofía para la élite culta, pero además también pronunciamos discursos enardecidos, dirigidos a los trabajadores y a los combatientes. Ambos procedimientos son necesarios, y no podemos prescindir de ninguno de los dos.

—Sin embargo —repuso el profesor—, esta corrompida sociedad no evolucionará si no es con la ayuda del proletariado. Y una vez que su conciencia se haya impregnado de la nueva, fe y todo el pueblo sea un solo bloque de voluntad, entonces dejaremos de encontrar en nuestro camino leyes bárbaras y cañones...

—Todos confiamos en ello. Si bien ganarse el apoyo de los intelectuales significa dejar el control en manos de la clase aspirante a los honores y al poder.

Entonces dijo Ahmad:

—Señor profesor, hay una cuestión que quisiera considerar: sé por experiencia que ya no es fácil convencer a los intelectuales diciéndoles que la religión es una superstición, y que lo oculto conlleva el atolondramiento e induce al error. Sin embargo, es muy peligroso hablar al pueblo en esos términos y de esos conceptos, tanto más cuanto que la mayor calumnia que utilizan nuestros enemigos es acusar a nuestro movimiento de hereje e impío...

—Nuestro primer deber es combatir el espíritu de conformidad y acatamiento, de indolencia y resignación. Por otra parte, no será posible imponer la religión si no es con la ayuda de un gobierno libre, y ese gobierno, a su vez, no se hará realidad si no es por medio de un golpe de estado. Por lo general, la necesidad es más fuerte que la fe; y es de sabios dirigirse siempre a la gente teniendo en cuenta sus posibilidades de entendimiento...

El profesor miró a Sawsan sonriendo, y dijo:

—¿Tú dices creer en la acción, y vas a seguir conformándote con discusiones matrimoniales...?

Ella comprendió que se trataba de una broma, y que él no quería decir lo que dijo. Con todo, respondió seriamente:

—Mi esposo habla a los trabajadores a la salida de las obras, mientras que yo, por mi parte, no dejo de distribuir las octavillas.

Seguidamente intervino Ahmad inoportunamente:

—El único defecto de nuestro movimiento radica en que ha atraído un gran número de oportunistas desleales, que se encuentran tanto entre los que trabajan

exclusivamente por el dinero, como entre los que trabajan por el interés del partido.

A lo que el profesor Adli Karim, moviendo su cabeza con notable desprecio, contestó:

—Sé perfectamente que eso es verdad. Sin embargo, también sé que los Omeyas heredaron el Islam y, aunque no creían en él, lo difundieron por gran parte del mundo incluida España. Así pues, nosotros tenemos derecho a servirnos de esos elementos, del mismo modo que tenemos el deber de prevenirles en este preciso instante. Además, no olvidéis que el tiempo corre a nuestro favor con la condición de que hagamos todo lo posible por esforzarnos y sacrificarnos...

—¿Y qué me dice de los Hermanos, profesor? Pensamos que son una considerable cuesta que remontar en nuestro camino.

—No lo ignoro. Sin embargo, no suponen tanto peligro como el que imaginas. ¿No te das cuenta de que ellos utilizan nuestro mismo lenguaje y hablan de socialismo del Islam? Ni siquiera los reaccionarios han tomado en serio un ápice del uso que ellos hacen de nuestros conceptos. E incluso aunque nos adelantasen en la revolución, todo lo que conseguirían sería hacer realidad algunos de nuestros principios; si bien solamente obtendrían éxito en algunos detalles insignificantes. Sin embargo, no podrán detener el fluir del tiempo, que se dirige inexorablemente hacia su objetivo. ¡Y finalmente, la difusión de la ciencia será la garantía de su expulsión; del mismo modo que la luz repele a los murciélagos!

Jadiga, estupefacta, a la vez que colérica e irritada, observaba las manifestaciones de esta extraña actividad. Hasta que un día dijo a su esposo:

—¡Jamás he visto una casa como esta! ¡Abd el-Múnim y Ahmad tal vez son los nombres de dos cafés, y yo aún no me he enterado! No ha llegado la tarde cuando ya se ha llenado la calle de visitantes, entre barbudos, extranjeros y comerciantes... ¡No he oído nada parecido en mi vida...!

El hombre movió la cabeza diciendo:

—Pues ya es hora de que lo comprendas... A lo que ella respondió con un arrebató de cólera:

—¡Su contribución no es suficiente ni para pagar el café que les ofreces...!

—¿Acaso te han presentado alguna queja?

—Y la gente... ¿Qué dirá la gente al ver entrar y salir a toda esta caterva?

—¡Todo el mundo es libre para hacer lo que desee en su propia casa...!

Ante lo cual, ella enrojeció de soberbia, y exclamó:

—¡A veces, las voces de sus interminables conversaciones llegan a oírse hasta en la calle...!

—¡Pues que se oigan en la calle y se eleven hasta el cielo!

Jadiga suspiró desde el fondo de sus entrañas, golpeándose con furia una mano contra la otra...

En su villa de Helwán, Abd el-Rahim Basha Isa despedía al último grupo de visitantes que habían ido a desearle buen viaje, poco antes de emprender su marcha hacia las tierras del Hiyaz al objeto de cumplir con el deber de la peregrinación...

—La peregrinación es un antiguo deseo que aún no se ha hecho realidad. Dios maldiga la política, que es lo que me ha distraído de este deber año tras año. Cuando un hombre llega al momento de la vida al que yo he llegado, debe ir pensando en el cercano compromiso con su Señor.

—¡Dios maldiga la política! —exclamó Ali Mahrán, el secretario del *basha*.

Este último miró alternativamente a Redwán y a Hilmi, con ojos apagados, pensativos, y continuó diciendo:

—¡Di lo que quieras! Sin embargo, en mi dedicación a la política hay una cuestión que considero principal, y que no olvido. Y consiste en que ha sido ella la que me ha distraído en mi soledad, pues los viejos solterones como yo buscamos estar en compañía de alguien, aunque sea en el propio infierno.

Oído lo cual, Ali Mahrán arqueó las cejas y preguntó:

—Y nosotros, *basha*, ¿no hemos cumplido con nuestro deber de entretenerte?

—Sin duda. Pero el día del soltero es muy largo... Tanto como las noches de invierno. El hombre no puede pasar sin un amigo. Confieso que la mujer es una necesidad perentoria. ¡Cuánto me acuerdo de mi madre en estos días...! La mujer es necesaria incluso para los que no muestran ningún amor hacia ella.

Mientras tanto, Redwán pensaba en otros asuntos... Y en esto preguntó al *basha*:

—Supongamos que el-Nahhás Basha cae... ¿No renunciarías en ese caso al viaje?

Entonces, el *basha*, irritado, hizo un gesto con la mano y exclamó:

—¡Pues que se aguante con su mala suerte, por lo menos hasta que yo regrese de la peregrinación...!

Y luego, moviendo la cabeza:

—Todos somos pecadores, y la peregrinación lava los pecados...

Tras lo cual, Hilmi Ezzat rio exclamando:

—*Basha*, ¡eres un verdadero creyente! ¡Tu fe es de esas que dejan asombrado a cualquiera!

—¿Por qué? La fe es sinceridad. El hipócrita es el único que se atribuye la total inocencia. Es necedad que pienses que el hombre no comete pecados nada más que

cuando se encuentra falto de fe, siendo estos, entonces, equiparables a los inocentes juegos infantiles.

Ali Mahrán suspiró tranquilizado, y exclamó:

—¡Ah, qué bellas palabras! Y ahora, permíteme una pregunta: Quisiera confesarte que he sido demasiado pesimista cuando me has hablado de que estabas resuelto a hacer la peregrinación, pues me preguntaba si acaso había llegado la hora del arrepentimiento... ¿Es que por lo que a nosotros respecta se ha terminado la alegría de la vida?

El *basha* se rio balanceando su cuerpo, y dijo:

—¡Eres un diablo! ¡Más que diablo! ¿Os entristeceríais realmente si os dijera que se trata del arrepentimiento?

A lo que respondió Hilmi haciendo aspavientos:

—¡Cómo una madre que viese a su hijo degollado sobre su regazo!

Oído lo cual, Abd el-Rahim Basha se rio una vez más y dijo:

—¡Oídmme, bastardos! ¡Quien sinceramente sienta la necesidad de hacer penitencia como la siento yo, que se aleje de hermosos ojos y sonrosadas mejillas, y se acerque a los alrededores de la tumba del Profeta, sobre él la adoración y la paz!

—¡Ah, el Hiyaz...! —exclamó Mahrán con socarronería—. ¿Cómo te describiría yo el Hiyaz? Los que lo conocen me han contado algunas cosas sobre él: «¡Es como escapar de Caribdis para caer en Escila...!».

Tras lo cual, objetó Hilmi:

—Quizás se trate únicamente de una propaganda engañosa, como las propagandas inglesas. ¿Acaso hay en todo el Hiyaz un rostro como el de Redwán?

—¡Ni siquiera en el Paraíso...! —exclamó Abd el-Rahim Isa.

Luego, retomando la conversación:

—¡Pero... bastardos, volvamos al tema del arrepentimiento!

—Un momento, *basha* —dijo Ali Mahrán—. Un día me hablaste del asceta que hizo penitencia setenta veces. ¿Quiere eso decir que cometió setenta pecados?

—¡O cien! —exclamó Redwán.

E insistió Ali Mahrán:

—¡Yo me conformo con setenta!

Oído lo cual, el *basha*, con rostro resplandeciente, preguntó:

—¿Hay tiempo en la vida para más...?

—¡Que Nuestro Señor prolongue tu vida, *basha*! ¡Puedes decirnos con toda tranquilidad que este es tu primer arrepentimiento!

—¡Y el último!

—¡Fanfarronadas! ¡Si me desafías, cuando vuelvas de la peregrinación iré a recibirte con una belleza que ni todas las del mundo juntas...! ¡Y ya veremos entonces!

A lo que el *basha* respondió sonriente:

—¡Lo que veremos será como tu cara, so cara de castrado! ¡Eres un demonio, Mahrán; un demonio de mucho cuidado!

—¡Alabado sea Dios por ello!

—¡Alabémoslo...! —exclamaron Redwán y Hilmi casi al unísono.

Por su parte, el *basha*, ufano y alegre, dijo:

—¡Sois humanos...! ¿Qué es la vida si la privamos del afecto y la amistad? La vida es hermosa. La belleza es hermosa. La emoción es hermosa. El perdón es hermoso... Vosotros sois jóvenes, y veis el mundo desde un ángulo muy especial. La vida tiene mucho que enseñaros. Yo os amo, y amo el mundo. Y deseo que mi visita a la Casa de Dios sea para dar gracias, pedir perdón y buscar el buen camino...

—¡Qué hermoso es lo que dices! En verdad, derramas honestidad... —dijo Redwán sonriendo.

Y Ali Mahrán añadió con picardía:

—Pero un leve movimiento le hace derramar otra cosa... Sin duda, *basha*, ¡eres el sabio del siglo!

—¡Y tú el mismísimo espíritu del diablo, hijo de arpía! ¡Por Dios que si alguna vez soy llamado a rendir cuentas, señalarte con el dedo será suficiente!

—¿A mí? ¡Dios mío, soy víctima de una gran injusticia! ¡Yo no soy más que un esclavo, un mandado...!

—¡Más bien dirás un diablo!

—¡Pero del que no se puede prescindir...!

Y se rio el *basha* diciendo:

—¡Tienes razón, granuja...!

—A lo largo de tu próspera vida, he sido y sigo siendo cantor y melodía, rostro hermoso y bienestar renovado, y además, no olvides mis tiempos mozos... ¡Ah..., la dicha del embustero!

Ante lo cual el *basha* suspiró diciendo:

—¡Aquellos días...! ¡Hace tanto tiempo...! ¡Ay, amigos míos!, ¿por qué hemos envejecido...? ¡Tu sabiduría, mi Señor, es sublime y excelsa! Y como dijo el poeta:

Que no cede mi báculo ante traidor alguno

Sólo a la faz del alba y del atardecer rinde poderes.

—¿Ante traidor alguno...? ¿Querrás decir que no cede ante Mahrán?

—¡Hijo de perra! ¿No se corrompe el aire con tus disparates? No es justo que nos tomemos a broma el recuerdo de aquellos días maravillosos. A veces, las lágrimas son más bellas que las sonrisas, más humanas y más sabias. ¡Escuchad esto otro!:

No me ha reconocido ella.

Mas sólo mis canas y mis claros de pelo son los sucesos nuevos que desconoce...

—¿Qué os parece eso de «los sucesos»?

Y entonces Mahrán voceó al estilo de los vendedores de periódicos:

—¡«Los sucesos», «el-Ahraml», «el-Misrí»...!

El *basha*, desistiendo, dijo:

—No es tuya la culpa, sino... ¡Sino tuya!

—¿Mía? ¡Al lado de los tuyos, mis pecados no son nada! ¡Cuando te conocí, te encontrabas en una situación que haría al diablo morderse las uñas de envidia...! Pero no permitiré que me alejes del bienestar que hallo en mis recuerdos. Sí, escuchad esto también:

Dejé mi juventud toda lozana como del tronco caen cortadas ramas.

Al escuchar esto, Mahrán preguntó turbado:

—¿Del tronco, *basha*?

El *basha* miraba alternativamente a Redwán y a Hilmi, que se morían de risa:

—¡Vuestro amigo es un pedazo de carne que no experimenta la menor sensación al oír un poema! Pero pronto le tocará suspirar, cuando todo lo bello se haya vuelto poco menos que agua pasada.

A continuación, volviéndose hacia Mahrán:

—¿Es que has olvidado a los viejos amigos, hijo de arpía?

—¡Ah! ¡Vayan con Dios! Fueron la belleza y los buenos modales por excelencia.

—¿Qué sabes de Shákir Sulaymán?

—Era viceministro del Interior y títere de feria en manos de los ingleses, hasta que tomó la jubilación anticipada en el segundo ministerio de el-Nahhás, o en el tercero, no recuerdo con exactitud. Y creo que ahora se encuentra gozando de su retiro en su finca de Kum el-Hamada...

—¡Lo recuerdo perfectamente...! Y de Hámid el-Nagdi, ¿qué sabes?

—De nuestra camarilla, él es el que peor suerte ha corrido. ¡Perdió hasta la camiseta, y ahora se dedica a recorrer los urinarios públicos todas las noches...!

—Era muy vivaracho y simpático. Pero también era jugador y penderciario. ¿Y Ali Ráfat?

—Consiguió, «gracias a su esfuerzo», llegar a ser miembro del consejo de administración de varias compañías y, según dicen, su reputación le hizo perder la oportunidad de llegar a ministro...

—No creas todo lo que dice la gente. Han llegado a ministros algunos cuya reputación ha sobrepasado los límites del reino. Por el contrario, lo que sí es un deber honorable para todos nosotros es, de acuerdo con la opinión que os expuse hace tiempo, honrarnos con las virtudes universales por encima de los demás. Y creedme cuando os digo que si seguís mi consejo, no mereceréis reproche alguno después de todo. Pues si en tiempos gobernaban Egipto los mamelucos, hoy son sus descendientes los que siguen dándose la buena vida y disfrutando del honor y la fortuna. ¿Y qué es ser mameluco...? Pues eso, mameluco... Os voy a contar una anécdota que encierra un gran significado.

El *basha* se mantuvo en silencio durante unos segundos como si estuviese poniendo en orden sus ideas, y luego dijo:

—En aquel entonces yo era presidente de un tribunal, y ocurrió que me tocó someter a juicio un proceso civil acerca de cierta herencia muy controvertida. Antes de considerar el caso, me presentaron a un joven apuesto, que tenía la misma cara que Redwán, y el porte de Hilmi... —y a continuación, señalando a Mahrán— y la gallardía de este perro en sus buenos tiempos. Nos había unido una gran amistad, sin que yo hubiera tenido idea alguna de sus intenciones. Hasta que llegó el día de la vista. ¡Qué sorpresa me llevé cuando me di cuenta de que él, en pie ante mí, era una de las dos partes en litigio! ¿Qué creéis que hice?

—¡Vaya situación! —balbució Redwán.

—¡Rehusé llevar a cabo la vista del caso sin dudarle un instante!

Redwán y Hilmi no ocultaron su asombro. Mahrán, por su parte, preguntó:

—¿Y eso le hizo perder el caso?

A lo que el *basha* respondió con indiferencia:

—Y no sólo eso, sino que también perdió el aprecio que yo le tenía, a causa de su falta de ética. En mi opinión, no hay duda de que la gente sin ética no vale nada. Los ingleses no son el pueblo más inteligente, pues tanto los franceses como los italianos, son más listos que ellos. Sin embargo, si son los señores de la ética, y por consiguiente, los señores del mundo. Por eso yo rechazo la belleza banal y vil.

Dicho lo cual Ali Mahrán preguntó riendo:

—Entonces, dado que tú aprecias mi amistad, ¿puedo deducir de ello que yo tengo ética...?

El *basha* respondió señalándolo y diciéndole seriamente:

—Existen diversos tipos de ética: del juez se espera imparcialidad y justicia, del ministro se espera que cumpla con su misión y que sea consciente de su responsabilidad para con los demás, del amigo se espera sinceridad y lealtad... Y tú, Mahrán, eres un pendenciero sin lugar a dudas, y un simple en muchas ocasiones. Sin embargo, eres leal y honesto.

—Espero no haberme ruborizado...

—Dios no exige a nadie más de lo que puede ofrecer. Y yo, la verdad es que me conformo con lo bueno que tienes... Además, tú eres esposo y padre, lo cual es otra cualidad a tu favor, y una felicidad que sólo puede valorar quien ha sufrido el silencio de la casa vacía, y eso sin contar el silencio del aislamiento que supone el suplicio de la vejez.

De lo que discrepó Redwán:

—¡Yo pensaba que en la vejez se apreciaba la tranquilidad...!

—Las ideas que tienen los jóvenes acerca de la vejez son disparatadas, mientras que las de los viejos acerca de la juventud se van en suspiros. Dime cuál es tu opinión acerca del matrimonio, Redwán.

Redwán frunció el ceño, dijo:

—Ya te he explicado en anterior ocasión lo que pienso acerca de ese tema, *basha*.

—¿No hay esperanzas de que cambies de parecer?

—No creo.

—¿Por qué?

Redwán vaciló unos instantes, y finalmente respondió:

—Es algo extraño, cuya razón última no alcanzo a comprender. Sin embargo, la mujer es un ser que provoca en mí aversión...

De pronto, en los ojos del *basha* apareció una mirada triste, y dijo:

—¡Es una pena! ¿No ves que Ali Mahrán está casado y tiene hijos, y que tu amigo Hilmi es partidario del matrimonio? Yo lo siento por ti. Y lo siento doblemente, porque yo me encuentro en la misma situación. ¡Cuántas veces me he asombrado de lo que leía y oía acerca de la belleza de las mujeres...! Sin embargo, me mantenía en mis trece defendiendo a porfía mi opinión, y la veneración que sentía hacia el recuerdo de mi madre. Yo la quería con locura. Ella entregó su

espíritu entre mis brazos, mientras mis lágrimas caían sin parar sobre su frente y su mejilla. ¡Ay, Redwán, cómo me gustaría que superases esas penas que te afligen!

Entonces Redwán, esquivo y serio, respondió:

—El hombre puede vivir sin mujer. ¡No hay ningún problema!

—El hombre puede vivir sin mujer. Sin embargo, ¡sí que hay un problema! Quizá no te importe lo que la gente se pregunte, pero ¿no te importa lo que te preguntan tú? Dices que las mujeres provocan en ti un sentimiento de aversión, pues muy bien; sin embargo, ¿por qué no provocan ese mismo sentimiento en los demás hombres...? Por tanto, creo que te domina un sentimiento enfermizo, cuyo remedio desconoces, y a causa del cual te apartas del mundo. Es un mal compañero en la soledad. Y quizás, después de todo, el haber desdeñado a las mujeres te avergüence y, a pesar de ello, te veas obligado a seguir despreciándolas aunque no quieras.

Ali Mahrán hizo entonces un gesto, a través del cual se adivinaba su desesperanza, y exclamó:

—¡Yo había acariciado la esperanza de que esta sería una noche digna de una despedida...!

—¡Sólo que se trataba de la despedida de un peregrino! —exclamó Abd el-Rahim Basha riéndose—. ¿Qué sabes tú de las despedidas de los peregrinos...?

—Ahora te despediré con mis mejores deseos, pero a la vuelta te daré la bienvenida con flores y mejillas... ¡Y ya veremos cómo te las arreglas!

El *basha* dio varias palmadas, y exclamó:

—¡Lo dejo todo en manos de Dios y de Su magnificencia!

De pronto, al pasar junto al cruce de las calles Sherif y Qasr el-Nil, frente al café Ritz, Kamal se encontró delante de Huseyn Shaddad. Se pararon, y ambos se miraron fijamente a los ojos, hasta que Kamal exclamó: ¡Huseyn! Mientras que, a su vez, el otro gritó:

—¡Kamal!

Seguidamente, se dieron un efusivo apretón de manos a la vez que se reían de alegría y contento.

—¡Qué maravillosa sorpresa después de todo este tiempo...!

—¡Qué maravillosa sorpresa! Has cambiado mucho, Kamal. Pero, deja que te mire despacio, quizá exagere. ¡Tu mismo porte, tu mismo aspecto...! Pero ¿qué es ese bigote tan honorable...? ¿Y esas gafas tan antiguas...? ¡Y ese bastón! ¡Y ese *tarbúsh*, que ya no lleva nadie más que tú...!

—Y tú, ¡tú si que has cambiado! ¡Has engordado más de lo que podría haberme imaginado! ¿Es eso lo que se lleva en París...? ¿Dónde está el Huseyn de aquel entonces...?

—¿Y dónde está el París de aquel entonces...? ¿Dónde está Hitler y dónde Mussolini? ¡Cómo es la vida...! Yo me dirigía hacia el Ritz para tomar un té. Si no tienes nada urgente que hacer, vamos a sentarnos juntos un rato.

—¡Con mucho gusto!

A continuación se dirigieron hacia el Ritz y se sentaron en una mesa, tras la ventana de cristal que se alzaba sobre la acera. Huseyn Shaddad pidió té y Kamal pidió café. Acto seguido, volvieron a estrecharse las manos afectuosamente entre sonrisas.

Pues sí, Huseyn había engordado. Había crecido no sólo de alto, sino también de ancho. Pero ¿qué había sido de su vida? ¿Habría viajado por tierras y mares como él siempre había deseado...? Sus ojos, a pesar de las sonrisas, dejaban entrever una mirada opaca, como si la juventud se le hubiese convertido en vejez... Por lo que se refiere a Kamal, había pasado un año desde su último encuentro con Budur en la calle Fuad I, y entre tanto se había curado de recaídas de amor, y había vivido apartado de los Shaddad a base de olvidar. Sin embargo, la reaparición de Huseyn había despertado su alma del letargo, y fue como si el pasado hubiera extendido sus brazos, alegrando y reavivando sus esperanzas.

—¿Cuándo has vuelto del extranjero?

—Hace ya casi un año.

¡Y no había intentado verlo en absoluto! Pero ¿con qué derecho iba a hacerle reproches, cuando él había olvidado y había dado por terminada su amistad hacía un siglo...?

—Si hubiese sabido que habías vuelto a Egipto, habría intentado verte antes.

No le pareció que Huseyn se encontrara en un aprieto, ni confuso siquiera. Y dijo con toda tranquilidad:

—Volví para encontrar las tristezas esperándome. ¿Es que nadie te ha contado nada acerca de nosotros?

A Kamal se le cambió la expresión del rostro y, conciso y apenado, improvisó rápidamente:

—¡Claro que sí! He sabido de vosotros a través de nuestro amigo Ismail Latif.

—Pero él se fue a Irak hace dos años, según me dijo mi madre... Como acabo de decirte, viví unos momentos muy tristes. Luego no tuve más remedio que trabajar... ¡Trabajar día y noche!

«¡Este es Huseyn Shaddad, edición de 1944! El que consideraba el trabajo como un delito contra la humanidad. ¿De verdad habrá pasado por eso...? Quizá no tenga más prueba de ello que el latido de este corazón».

—¿Recuerdas la última vez que nos encontramos?

—¡Claro...!

Antes de que terminara de hablar los interrumpió el camarero, que llegó con el té y el café; si bien él no parecía muy entusiasmado con los recuerdos.

—Deja que te refresque la memoria... era el año 1926.

—¡Bravo por tu memoria!

Y seguidamente, pensativo, exclamó:

—¡Diecisiete años en Europa...!

—¡Cuéntame algunas cosas de tu vida allá!

Huseyn meneó la cabeza, en la que no le habían envejecido más que las sienas, y dijo:

—¡Diecisiete años en Europa...!

—¡Cuéntame...!

—Deja eso para más tarde. Ahora escucha esto, y confórmate por el momento con los titulares: algunos años viajando feliz como en un sueño; amor y matrimonio con una francesa de elevada alcurnia; la guerra y el exilio en el sur; la bancarrota de mi padre; el trabajo en el negocio de mis suegros; la vuelta a Egipto sin la esposa, con el fin de disponer para ella una vida estable. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Has tenido hijos?

—¡Qué va!

Como si no quisiera hablar de ello... Pero... ¿qué quedaba de la antigua amistad, por la que sentir añoranza? A pesar de todo, Kamal sintió un fuerte deseo de llamar a la puerta del pasado, y preguntó:

—¿Y en qué quedaron tus antiguas filosofías?

Huseyn pensó largo rato, al cabo del cual soltó una risa de mofa, y dijo:

—Desde hace años y años me encuentro inmerso en el trabajo... ¡No soy más que un hombre de negocios!

¿Dónde había ido a parar ese espíritu del Huseyn Shaddad que vivía continuamente flotando en una espesa nube de felicidad espiritual? Ya no existía en ese gran hombre. Quizá permanecía en Riyad Quldus. Pero él no lo conocía, y no relacionaba con él sino un pasado desconocido, un pasado del que deseaba en aquel momento haber conservado una imagen viva, no una sola y gélida fotografía.

—Y ahora, ¿a qué te dedicas?

—Un amigo de mi padre me ha colocado en un puesto de vigilancia, donde trabajo desde medianoche hasta el amanecer. En ese tiempo me dedico a hacer traducciones de periódicos europeos...

—¿Y cuándo dejas de trabajar?

—Raras veces. Pues el hecho de que no haré volver a mi esposa hasta haber conseguido una vida adecuada para ella, me hace más liviano el trabajo. Pertenece a una honorable familia, y desde que me casé con ella me cuento entre la gente de dinero...

Dicho eso se rio como si bromeara consigo mismo, y Kamal sonrió en tono de corroboración de su arrojo y esfuerzo. Mientras, se decía para sus adentros: «Afortunadamente para mí, perdí el contacto contigo hace tiempo, pues de no haber sido así, habría llorado por ti desde el fondo de mi alma».

—Y tú, Kamal, ¿a qué te dedicas?

Y seguidamente, rectificando:

—Recuerdo que eras un apasionado de la cultura... ¿No es verdad?

Era digno de agradecimiento que recordara todo aquello. Por lo que a él respectaba, había muerto, del mismo modo que por su parte también había muerto el otro. Y nosotros morimos y vivimos varias veces al día... Kamal le respondió:

—Soy profesor de inglés.

—¡Profesor! Sí..., sí. Recuerdo algo de eso. Tú deseabas llegar a ser escritor... «¡Ah, los deseos frustrados!»

—Publico algunos artículos en la revista *el-Fikr*, y quizás reúna algunos de ellos en un libro dentro de poco.

Huseyn sonrió afligido por la melancolía, y dijo:

—Tú eres feliz, entonces; pues has conseguido hacer realidad los sueños de la adolescencia. Sin embargo, yo...

Se rio una vez más. Y a Kamal la frase «tú eres feliz» le sonó extraña a los oídos, siendo lo más extraño en ella el disimulado tono de envidia con el que fue pronunciada. Y se sintió, por una vez, feliz y envidiado. Pero... ¿por quién? ¡Por un Shaddad...! Sin embargo, dijo cortésmente:

—Tu vida de trabajador es la más noble que existe.

Y respondió el otro sonriendo:

—No tengo otra elección. Mi único deseo es recuperar algo del pasado...

Reinó un prolongado silencio, mientras que Kamal dirigía una mirada escrutadora a Huseyn. Una imagen del pasado renacía al fijar su vista en él, y sin darse cuenta, se vio preguntando:

—¿Cómo está la familia?

A lo que el otro respondió sin poner interés:

—Bien...

Kamal dudó durante unos segundos, y luego preguntó:

—Tenías una hermana pequeña..., no recuerdo su nombre... ¿Qué ha sido de ella?

—¿Budur? Se casó el año pasado...

—¿Cómo pasa la vida...! ¡Nuestros pequeños se casan...!

—Y tú, ¿no te has casado?

«¿Es que ya no recuerda nada...?»

—¡Qué va!

—¡Pues date prisa..., si no, se te escapará el tren...!

Y respondió riendo:

—Ya se me escapó... ¡Y a varias millas!

—Posiblemente te cases cuando menos lo esperes. Créeme, el matrimonio no estaba incluido en mis planes, sin embargo, aquí me tienes casado desde hace más de diez años...

Kamal se encogió de hombros con indiferencia, y dijo:

—¡Cuéntame...! ¿Cómo encuentras la vida aquí después de haber estado tanto tiempo en Francia?

—Mi vida en Francia, después de la ocupación, no era ningún motivo de alegría.

Aquí la vida es más fácil en comparación con la vida de allí.

Seguidamente, con nostalgia:

—Pero París, ¿dónde... dónde está París?

—¿Por qué no te has quedado en Francia?

A lo que Huseyn respondió rotundamente:

—¡Vivir siempre a costa de mis suegros! Ni hablar. Antes había una excusa, pues las circunstancias de la guerra me impedían el viaje. Pero después de aquello, ¡era inevitable que volviera!

«¿Es que no ha cambiado nada de la arrogancia de antaño?» Después, Kamal se sintió abocado a correr un riesgo peligroso y agradable a la vez. Y preguntó con astucia:

—¿Qué sabes de nuestro amigo Hasan Selim?

El otro le asestó una mirada recelosa durante unos segundos y a continuación respondió apresuradamente:

—No sé nada de él.

—¿Cómo es eso?

Y, al mismo tiempo que dirigía su mirada a través del cristal, respondió:

—Hace unos dos años que terminó lo que había entre nosotros.

Y dijo Kamal con asombro que no pudo esconder:

—¿Quieres decir que...?

La sorpresa lo embargó, de modo que no pudo terminar sus palabras. ¿Volvería Aida de nuevo a el-Gamaliyya? ¿Una mujer divorciada? Pero dejando a un lado ese tema por un momento, dijo con tranquilidad:

—Que se iba a Irán fue lo último que Ismail Latif me contó acerca de él.

Huseyn intervino, ostensiblemente afligido:

—En ese viaje, mi hermana sólo permaneció junto a él durante un mes, y luego se volvió sola...

Seguidamente, en voz baja:

—¡Dios la tenga en su gloria!

—¿Eh? —exclamó Kamal con una voz que se oyó en las mesas de alrededor.

Huseyn lo miró, interrogante, y le preguntó:

—¿No lo sabías? ¡Murió hace un año!

—¿Aida?

Como única respuesta, Huseyn movió la cabeza afirmativamente, al mismo tiempo que Kamal quedó confundido al pronunciar su nombre con una voz que se le quedó dentro de los oídos. Sin embargo, sólo permaneció en aquella situación un

breve instante. Las palabras se dispersaron perdiendo su significado, y sintió un torbellino girando en su cabeza. En su corazón no había tristeza ni dolor, sino confusión y miedo. Finalmente dijo:

—¡Qué noticia más triste! ¡Resignación!

A lo que Huseyn respondió:

—Volvió de Irán sola, y permaneció con mi madre por espacio de un mes. Luego contrajo matrimonio con Anwar Bey Zaki, inspector general de lengua inglesa. Pero solamente vivió con él durante un par de meses. Enseguida enfermó, y murió en el Hospital Copto.

¿Cómo podía coordinar en su cabeza estas desgracias a esa velocidad demencial con la que se le presentaban? Anwar Bey Zaki, el más alto cargo dentro de su cuadro docente. Incluso puede que se hubiera sentido honrado al charlar con él en algunas ocasiones, siendo ya, entonces, el marido de Aida... ¡Señor...! En ese instante recordó que hacia un año había tenido que asistir al entierro de la esposa de su superior... Entonces, era ella... ¡Aida! Sin embargo, ¿cómo no se encontró con Huseyn?

—¿Estuviste presente en su última hora?

—No. Falleció antes de que yo volviera a Egipto.

Y, moviendo la cabeza con asombro, dijo Kamal:

—¡Asistí a su funeral sin saber que era tu hermana!

—¿Qué estás diciendo?

—Aquel día, en la escuela, me enteré de que la esposa del inspector general había muerto, y que el cortejo fúnebre partía de la Plaza de el-Ismailiyya. Entonces fui con algunos compañeros profesores sin haber leído las necrológicas de los periódicos. Caminamos entre el cortejo fúnebre hasta la mezquita Guerkes. Hace de eso un año...

Huseyn sonrió entristecido, y dijo:

—Vuestro acto fue digno de agradecimiento...

Si esta pérdida hubiese tenido lugar en el año 1926, se habría vuelto loco o se habría suicidado. Sin embargo, en esta ocasión, tomó la noticia como cualquier otra, sintiéndose ahora asombrado de haber asistido a su entierro sin saberlo siquiera; a pesar de que en aquel momento aún continuaba atado a la amargura de los momentos que había dejado atrás cuando el compromiso matrimonial de Budur. La imagen del féretro a hombros daba vueltas en su cabeza a la vez que se le estampaban en la mente detalles de Budur y su familia, sin dejar de pensar en el día del entierro, cuando se acercó a Anwar Bey Zaki para expresarle su condolencia, antes de sentarse

entre los asistentes. Entonces, se oyó: «¡En pie!». Y aparecieron las parihuelas y, sobre ellas, un hermoso féretro coronado de sedas tan blancas que uno de los compañeros susurró: «Es como una novia..., la segunda esposa del profesor..., y ha fallecido víctima de una neumonía...». Entonces se despidió del ataúd sin saber que era su pasado a lo que decía adiós... ¿Y quién había sido su esposo? Un hombre de más de cincuenta años, con esposa e hijos. ¿Cómo iba a sentirse satisfecho de aquellos tiempos, habiéndola considerado por encima del matrimonio, cuando ella había sido sometida al repudio y luego se había conformado con el puesto de segunda esposa?

«Pasaré largo tiempo antes de que la furia de este pecho se tranquilice, no del dolor y la tristeza, sino del asombro y la confusión, de la falta que hay en el mundo de los gozos soñados, de la pérdida de la alegría del pasado mágico para siempre; pues, aunque estés triste, sin embargo, no estás todo lo triste que deberías...»

—¿Y qué más sabes de Hasan Selim?

Huseyn movió la cabeza con desdén, y dijo:

—El idiota se enamoró de una empleada de la legación belga en Irán, de modo que la difunta le pidió el divorcio...

«¡En tal situación, un hombre es capaz de hacer que los Teoremas de Euclides dejen de ser axiomas absolutos!»

—¿Y sus hijos?

—Con su abuela paterna...

«Y ella... ¿Dónde estará ella? ¿Qué habrá ocurrido durante este año? ¿Sería posible que Fahmi, el señor Ahmad Abd el-Gawwad o Naíma la conocieran?»

En ese instante, Huseyn Shaddad se puso en pie diciendo:

—Es hora de marcharme. ¡Déjate ver por aquí...! Yo suelo tomar algún que otro té en el Ritz.

Kamal también se levantó, y mientras ambos se daban la mano, dijo:

—Si Dios quiere...

Entonces se despidieron, y al separarse, pensó que no se volverían a ver más; que él no tenía ningún interés en verlo, ni el otro tampoco a él. Enseguida abandonó el café, diciéndose para sus adentros: «Estoy triste, Aida, porque no he derramado todas las lágrimas con que debería haberte llorado»...

En el profundo silencio de la noche llamaron a la puerta de la casa de los Sháwkat, en el-Sukkariyya. Los golpes no cesaron hasta que todos estuvieron despiertos. Tan pronto como una criada abrió la puerta, unos pies pesados, dando pasos violentos, entraron a tropel hasta el fondo de la vivienda, y se dividieron por el patio y la escalera apoderándose de los tres pisos. Ibrahim Sháwkat salió al salón, desorientado por el sueño y fatigado a causa de su avanzada edad, y vio a un oficial superior en medio de un grupo de soldados y policías. Entonces, el hombre se sintió confundido y preguntó turbado:

—¿Qué está pasando? ¡Dios nos ampare de todo mal!

El oficial le preguntó bronco:

—¿Es usted el padre de Ahmad y Abd el-Múnim Ibrahim Sháwkat, que viven en esta casa?

El hombre respondió demudado:

—Así es.

—Tenemos órdenes de registrar toda la casa...

—¿Por qué razón, señor comisario?

Sin prestarle la menor atención, se volvió hacia sus acompañantes ordenándoles:

—¡Registren...!

Los hombres se dirigieron hacia las habitaciones para ejecutar la orden al mismo tiempo que Ibrahim Sháwkat preguntaba:

—¿Por qué registran mi casa?

Pero el comisario le hacía caso omiso... En ese instante, Jadiga fue obligada a salir del dormitorio, en el que habían irrumpido los policías, cubriéndose con un chal negro y exclamando irritada:

—¿Es que las mujeres no somos dignas de respeto? ¿Acaso somos ladrones, señor comisario?

Ella lo miraba fijamente a la cara, furiosa. Entonces, de pronto, sintió que había visto ese rostro con anterioridad, o más exactamente, que había visto su imagen por primera vez cuando aún era niña. Pero... ¿cuándo?... ¿dónde?... ¡Señor...! ¡Era el mismo, sin duda! Apenas había cambiado. Pero... ¿y su nombre? Dijo sin vacilación:

—Señor, usted fue oficial en la comisaría de el-Gamaliyya hace veinte años, o pensándolo bien, treinta años; no recuerdo la fecha exacta...

El comisario, sorprendido, alzó sus ojos hacia ella, al mismo tiempo que Ibrahim Sháwkat la miraba con igual incertidumbre. Entonces ella continuó:

—Su nombre es Hasan Ibrahim, ¿no es cierto?

—¿Usted me conoce, señora?

A lo que ella respondió suplicante:

—Yo soy la hija del señor Ahmad Abd el-Gawwad y hermana de Fahmi Ahmad, el que mataron los ingleses cuando la Revolución. ¿No se acuerda?

La confusión se mostró de modo ostensible en los ojos del comisario, quien cortésmente, balbució por primera vez:

—¡Dios lo tenga en su santa gloria!

Y ella añadió implorante:

—¡Soy su hermana! ¿Acaso va a permitir este ultraje a mi casa?

El comisario apartó de ella su rostro, diciendo a modo de excusa:

—Nosotros nos limitamos a cumplir órdenes, señora.

—Pero ¿por qué razón, señor comisario? ¡Nosotros somos gente honrada!

—¡Sin duda! —exclamó el comisario amablemente—. Pero sus dos hijos no lo son.

Entonces Jadiga exclamó nerviosa:

—¡Ellos son los hijos de la hermana de su antiguo amigo!

El comisario respondió sin dirigirles la mirada:

—Nosotros nos limitamos a cumplir órdenes del ministerio del Interior.

—Ellos no han podido hacer ningún daño, no son más que dos buenos muchachos... ¡Se lo juro...!

En ese momento, los soldados y los policías regresaron al salón sin haber hallado nada, y el comisario les ordenó que abandonasen la habitación. A continuación, se volvió hacia los dos esposos que, mientras tanto, habían permanecido ante él inmóviles, y dijo:

—Hemos tenido noticia de reuniones sospechosas llevadas a cabo en los pisos de ambos.

—¡Eso es falso, señor comisario!

—Me gustaría que fuese así. Sin embargo, en este momento tengo la obligación de detenerlos para que permanezcan con nosotros al objeto de completar la investigación; y... ¡quizá todo termine bien!

Jadiga exclamó con voz temblorosa, brotándole las lágrimas:

—¿Realmente los va a llevar usted a la comisaría? ¡Esto es inconcebible...!
¡Perdónelos, por la vida de sus hijos!

—Hacer eso no está en mis manos. Tengo órdenes expresas de arrestarlos. ¡Buenas noches!

El hombre salió de la casa. Inmediatamente después salió Jadiga, y tras ella su esposo. Ambos bajaron la escalera sin detenerse ante nada. Karima, que se encontraba de pie ante la puerta de su casa, los vio y gritó desesperadamente:

—¡Lo han cogido, tía; lo han cogido y lo llevan preso...!

Jadiga, petrificada, recorrió la casa con la mirada. Como una exhalación, bajó al primer piso, donde se cruzó con Sawsan, en la puerta, corriendo en dirección al patio, sin expresión en el rostro. Y al mirar vio a los policías rodeando a Abd el-Múnim y a Ahmad, conduciéndolos hacia fuera. No pudo contener un grito, que le salió de las entrañas. Habría luchado para que los soltaran inmediatamente, de no haber sido porque Sawsan la detuvo. Encolerizada, volvió su rostro hacia ella; mas esta, tranquila y triste, le dijo:

—¡Cálmate! No han encontrado nada sospechoso y no podrán probar nada en su contra. ¡En nombre de la dignidad de Abd el-Múnim y Ahmad..., no corras tras ellos!

—¡Envidia tu calma! —gritó Jadiga.

Y continuó Sawsan, reposada y paciente:

—Tranquila..., volverán a casa sanos y salvos...

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó ella impetuosamente.

—Estoy segura...

Sin mostrar interés alguno por sus palabras, se volvió hacia su esposo, golpeándose las palmas de las manos y diciendo:

—¡Ya no existe la lealtad! Le digo que son los hijos de la hermana de Fahmi, y me responde que él se limita a cumplir órdenes. ¿Por qué Nuestro Señor se lleva a los honrados y deja a los canallas?

Sawsan se dirigió a Ibrahim y dijo:

—¡Registrarán la casa de la familia en Bayn el-Qasrayn! Oí a uno de los policías decir al comisario que conocía la casa de su abuelo en Bayn el-Qasrayn, y el oficial adjunto le propuso registrarla cumpliendo así las órdenes de cautela ante la posibilidad de que ocultasen allí los panfletos.

—¡Voy a casa de mi madre! —gritó Jadiga—. Quizá Kamal pueda hacer algo. ¡Oh, Dios mío, qué desesperación!

Tras lo cual cogió su abrigo, y salió de el-Sukkariyya a pasos ininterrumpidos y nerviosos. El ambiente era frío y oscuro, casi espeso. Un gallo cantaba sin parar. Corrió atravesando el-Guriyya, pasando por el-Saga, hasta llegar a el-Nahasín. Y,

junto a la puerta de la casa, encontró a un policía; y en el patio, a otro. Seguidamente, subió las escaleras jadeando, sin aliento...

La familia se acababa de despertar desconcertada por el sonido de la campanilla. Umm Hánafi exclamó estupefacta: «¡Es la policía!». Kamal se apresuró hacia el patio donde se encontró con el comisario. Y preguntó turbado:

—¿Qué sucede?

Entonces el comisario preguntó:

—¿Conoce usted a Abd el-Múnim Ibrahim y a Ahmad Ibrahim?

—¡Soy su tío!

—¿Profesión?

—Profesor en la Escuela Primaria de el-Salihdar.

—¡Tenemos órdenes de registrar la casa!

—Pero... ¿por qué? ¿De qué se les acusa?

—Buscamos unos panfletos atribuidos a ambos jóvenes. Posiblemente los tengan aquí escondidos.

—Le aseguro, señor, que en nuestra casa no hay panfleto alguno. Pero, si insiste en su deseo de registrar, ¡adelante!

Kamal se apercibió de la orden de tomar la escalera y la azotea, que el comisario había dado a los policías, quedándose a solas con él. No se trató de un registro en el que toda la casa hubiese sido puesta cabeza abajo, sino que el comisario se conformó con visitar las habitaciones y echar un vistazo por encima al despacho y las estanterías de los libros. Recobró el aliento y, dado que comenzó a sentir una cierta familiaridad hacia él, pudo preguntarle:

—¿Han registrado sus casas?

—Por supuesto...

Y tras unos segundos:

—Ahora mismo están en el calabozo de la comisaría.

Kamal se inquietó y preguntó:

—¿Han encontrado alguna prueba contra ellos?

A lo que el comisario respondió con una delicadeza inusual entre los de su posición:

—Espero que la cuestión no llegue a esos límites. Sin embargo, la investigación queda en manos de la fiscalía.

—¡Le agradecemos la benevolencia!

—¡Y no olvides que no he dejado la casa en desorden! —dijo el comisario tranquilo y sonriente.

—Sí, señor. No sé cómo darle las gracias.

Entonces se volvió para preguntarle:

—¿Eres hermano del difunto Fahmi?

Kamal, atónito, abrió los ojos de par en par, y respondió:

—Sí... ¿Lo conoció usted?

—Fuimos amigos. ¡Qué en gloria esté...!

—¡Feliz casualidad! —dijo Kamal esperanzado—. Y, extendiéndole su mano:

—Kamal Ahmad Abd el-Gawwad...

El hombre le correspondió:

—¡Hasan Ibrahim, comisario de el-Gamaliyya! Empecé allí como subteniente, y tras el último caso volví como comisario...

Seguidamente, moviendo su cabeza:

—Las instrucciones fueron claras. Espero que no se demuestre el delito que se les atribuye.

En esto se oyó la voz de Jadiga que, llorando, contaba a su madre y a Aisha lo que había ocurrido. Y dijo el comisario:

—¡Ahí está su madre! Ella me reconoció gracias a su prodigiosa memoria y me hizo recordar al difunto, si bien lo hizo después de que el minucioso registro hubiese tenido lugar. ¡Tranquilízala todo cuanto puedas!

A continuación bajaron la escalera, uno junto al otro. Y cuando hubieron pasado la segunda planta, Aisha corrió hacia la puerta, presa de un arrebató de cólera, clavó en el comisario una mirada implacable, y gritó:

—¿Por qué apresáis a muchachos jóvenes sin causa alguna? ¿Es que no oye usted el llanto de su madre?

En ese momento, el comisario, sorprendido, dirigió su mirada hacia ella. Y a continuación, bajó la vista cortésmente diciendo:

—Serán puestos en libertad muy pronto, si Dios quiere...

Luego, después de que ambos hubieron pasado la entrada de la segunda planta, preguntó a Kamal:

—¿Tu madre?

—Mi hermana. Aún no ha pasado de los cuarenta y cuatro. Pero, desafortunadamente, ha sufrido muchas desgracias...

El comisario, estupefacto, se volvió hacia él. Kamal pensó que iba a formularle alguna pregunta. Sin embargo, vaciló por unos instantes y al momento perdió el interés por lo que pudiera querer saber. Se dieron la mano en el patio de la entrada, y antes de que el hombre se dispusiera a marcharse, Kamal le preguntó:

—¿Es posible visitarlos en la prisión?

—Sí...

—¡Gracias...!

Kamal volvió a la sala, se acercó a su madre y a su hermana, y les dijo:

—Los visitaré mañana. No tengáis miedo, serán puestos en libertad después de que les hayan tomado declaración.

Jadiga continuaba sin poder contener el llanto, y Aisha gritaba dominada por los nervios:

—¡No llores, ya hemos tenido bastantes llantos en esta casa! ¡Volverán con nosotros! ¿No has oído?

Jadiga gemía desesperanzada:

—¿Y cómo..., cómo sé yo que eso es verdad...? ¡Ah, mis hijos en la cárcel!

Amina permanecía en silencio, como si la tristeza la hubiese dejado muda. Entonces dijo Kamal con tono tranquilizador:

—El comisario nos conoce, fue amigo del difunto Fahmi. Y en el registro ha sido más benevolente de lo que os podéis imaginar. Sin duda tratará a tus hijos con magnanimidad.

Amina, espantada, levantó la cabeza, mientras que Jadiga, colérica, decía:

—¡Hasan Ibrahim! ¿No te acuerdas de él, madre? Le dije que yo era la hermana de Fahmi, y no fue capaz de decir más que: «Yo me limito a cumplir órdenes, señora». ¡Al diablo con sus órdenes!

La madre dirigió la mirada hacia Aisha, pero esta parecía no recordar nada de lo sucedido... Seguidamente, Amina se acercó a Kamal, notablemente nerviosa, se sentó a su lado y comenzó a decirle:

—No comprendo nada, hijo mío. ¿Por qué los han detenido?

Kamal reflexionó sobre lo que debía responderle, y luego dijo:

—El gobierno cree, erróneamente, que ellos actúan en su contra.

Ella, turbada y confusa, movió la cabeza y dijo:

—Tu hermana dice que han detenido a Abd el-Múnim porque es miembro de los Hermanos Musulmanes. ¿Por qué apresan a los musulmanes?

—El gobierno cree que actúan en su contra...

—Y Ahmad... Ella ha dicho que él era... He olvidado la palabra, hijo...

—¿Comunista? Los comunistas son como los Hermanos en opinión del gobierno...

—¿Comunistas? ¿Los seguidores de Sayyidna Ali?

Kamal dibujó una sonrisa y respondió:

—Los comunistas, no los shiés... Son un partido contrario al gobierno y a los ingleses.

La mujer se puso en pie irritada y confundida, y preguntó:

—¿Cuándo los dejarán libres? ¡Mira a tu pobre hermana! ¿Es que el gobierno y los ingleses no han encontrado más casa que la de nuestra desgraciada familia?

Poco antes de despuntar el día, el almuédano entonaba su llamada a la oración. Esta se propagaba a través del silencio envolvente cuando el comisario de el-Gamaliyya requirió la presencia de Abd el-Múnim y Ahmad en su despacho. Ante su mesa, se presentaron custodiados por un soldado armado al que el comisario ordenó que se retirase. Entonces, circunspecto, comenzó a examinarlos. Enseguida, fijó su mirada en Abd el-Múnim y le preguntó:

—¿Nombre, edad, ocupación?

A lo que Abd el-Múnim respondió tranquila y pausadamente:

—Abd el-Múnim Ibrahim Sháwkat, veinticinco años, empleado en la Dirección de encuestas del Ministerio de Instrucción Pública.

—¿Cómo puedes transgredir las leyes del Estado, siendo como eres un hombre de leyes?

—No he transgredido ninguna ley. Nosotros realizamos nuestro trabajo a la luz del día. Escribimos en periódicos y predicamos en las mezquitas. Los que invocan a Dios no tienen nada que ocultar.

—¿Acaso no han tenido lugar en tu casa reuniones clandestinas?

—En absoluto. Únicamente reuniones como las que tienen lugar habitualmente entre amigos para intercambiar opiniones, puntos de vista y reflexiones sobre la religión...

—¿Y se incluyen entre tus aficiones la incitación a la hostilidad contra los países aliados?

—¿Se refiere a Gran Bretaña, señor? Ese es un enemigo traicionero. La nación que humilla nuestro honor con carros blindados no puede ser un país aliado...

—Sin duda eres un hombre instruido. ¡Por tanto, sería de esperar que alcanzaras a comprender que en tiempos de guerra se dan circunstancias que legalizan lo prohibido!

—Lo que yo alcanzo a comprender es que Gran Bretaña es nuestro mayor enemigo en el mundo.

Oído lo cual, el comisario se volvió hacia Ahmad preguntándole:

—¿Y tú?

Ahmad dejaba entrever una sonrisa al responder:

—Ahmad Ibrahim Sháwkat, veinticuatro años, redactor de la revista *El Hombre Nuevo*...

—Tenemos graves informes acerca de tus artículos radicales. Y eso por no hablar de la mala fama de tu revista entre los musulmanes...

—Mis artículos tienen como único objetivo la defensa de los principios de la justicia social...

—¿Eres comunista?

—Soy socialista. Y numerosos diputados hacen propaganda del socialismo. Las mismas leyes, no censuran el comunismo en sí mismo mientras no sea defendido por medio de la violencia...

—¿Tenemos que esperar que las reuniones que se celebran en tu casa todas las noches produzcan la violencia?

Él se preguntó para sus adentros si tal vez habría sido informado del secreto de los panfletos y las charlas nocturnas... Y respondió:

—Yo no reúno en mi casa más que a amigos muy allegados, y el número de mis visitantes nunca ha excedido las cuatro o cinco personas. No hay nada más lejos de nuestros pensamientos que la violencia...

El comisario los miró alternativamente, y tras vacilar un segundo le dijo:

—Sois cultos y... muy educados. Y casados, ¿no es así? Bien. ¿No sería mejor para vosotros que os ocuparais de vuestros propios asuntos, y alejarais de vosotros la perdición...?

Abd el-Múnim respondió con voz potente:

—Le doy las gracias por sus consejos. Aunque no creo que vaya a seguirlos...

No obstante, el comisario dejó escapar una breve explosión de risa. Y luego dijo:

—Durante el registro he sabido que sois nietos del fallecido Ahmad Abd el-Gawwad, y que vuestro tío fue el difunto Fahmi, íntimo amigo mío. Por otra parte, supongo que sois conscientes de que la muerte le sobrevino en la primavera de su vida, mientras que sus compañeros continuaron viviendo y asumieron los más altos cargos...

Ante lo cual, Ahmad, descubriendo así el secreto de la amabilidad del comisario, cosa que le había dejado atónito, dijo:

—Permítame preguntarle, señor, en qué condiciones se encontraría ahora Egipto de no haber sido por el sacrificio de mi tío y de tantos como él...

El hombre movió la cabeza, y dijo:

—Pensad detenidamente en el consejo que os he dado, y apartaos de esa filosofía perniciosa.

Seguidamente, levantándose de su asiento:

—Permaneceréis como huéspedes en nuestras celdas, hasta que seáis llamados

para el interrogatorio. Os deseo muy buena suerte...

Ambos salieron del despacho flanqueados por un sargento y dos soldados armados, y se marcharon todos hacia la planta baja. Seguidamente, se dirigieron hacia una galería oscura y con mucha humedad. Caminaron por ella durante unos momentos hasta que fueron recibidos por el carcelero quien, con un farol en la mano, hacía el ademán de guiarlos hacia la celda. El hombre los hizo entrar. Y a continuación, apuntó con la luz hacia el interior mostrándoles a cada uno su estera. Entonces, la luz iluminó el lugar, que apareció de mediano tamaño, de techo alto y con una ventana pequeña elevada en el muro, con una reja de hierro. El lugar estaba lleno de «huéspedes»: dos jóvenes con trazas de estudiantes y tres hombres descalzos, de aspecto rudo y deformes. La puerta no tardó en cerrarse, e imperó la oscuridad. Sin embargo, la luz y el movimiento de los recién llegados habían despertado a los que dormían.

Ahmad murmuró a su hermano:

—No me sentaré, o la humedad no tardará en matarme. ¡Esperaremos en pie hasta que amanezca!

—Tarde o temprano tendremos que sentarnos. ¿Sabes acaso cuándo saldremos de esta cárcel?

Entonces una voz, que espontáneamente identificaron con la de uno de los jóvenes, dijo:

—No os queda más remedio que sentaros. No es muy agradable, pero es preferible a permanecer de pie durante días.

—¿Lleváis aquí mucho tiempo?

—Desde hace tres días...

El silencio reinó de nuevo, hasta que la voz volvió a preguntar:

—¿Por qué os han detenido?

Abd el-Múnim respondió concisamente:

—Por cuestiones políticas, según parece...

A lo que la voz añadió riendo:

—Últimamente, los políticos han llegado a ser mayoría en esta prisión. Antes de recibir el honor de vuestra visita éramos minoría...

—Y vosotros, ¿de qué habéis sido acusados? —preguntó Ahmad.

—Hablad vosotros primero, pues sois los últimos en llegar. Si bien no hay razón para preguntar, después de haber visto la barba de uno de vosotros al estilo de la de los Hermanos...

Ahmad le preguntó sonriendo en la oscuridad:

—¿Y vosotros?

—Los dos somos estudiantes de Derecho, y fuimos acusados de distribuir panfletos «subversivos», como ellos dicen...

Ahmad se levantó, y preguntó:

—¿Es que os cogieron con las manos en la masa...?

—Sí.

—¿Y de qué trataban los panfletos?

—Eran una recomendación de que la producción agrícola fuese distribuida en Egipto.

—Eso es precisamente sobre lo que hablaban los periódicos, incluso bajo la mismísima ley marcial...

—A ello se unía un poco de propaganda entusiasta...

Ahmad sonrió una vez más en la oscuridad, librándose de su temor por primera vez, mientras que la voz continuaba diciendo:

—Nosotros no tememos a la ley tanto como tememos al encarcelamiento...

—Sin duda, la situación presagia un cambio radical.

—Sin embargo, nosotros seguiremos siendo el blanco en todas las épocas.

Entonces, una voz tosca se alzó con rudeza diciendo:

—¡Callaos ya y dejadnos dormir!

Al oír el grito, otro de los compañeros de celda se despertó, y bostezó, preguntando:

—¿Ha amanecido ya...?

Y respondió el primero burlándose:

—¡Qué va! Sólo que nuestros amigos creen que están en un fumadero...

Suspiró Abd el-Múnim, y susurró algo que sólo Ahmad pudo oír:

—¿Me han arrastrado a este lugar sólo por ser siervo de Dios?

A lo que Ahmad le respondió sonriendo, y susurrándole al oído:

—¿Y cuál ha sido mi pecado si yo no soy creyente...?

A partir de entonces, nadie quiso alzar la voz. Ahmad empezó a preguntarse a sí mismo sobre las causas que habrían dado con los otros en la cárcel. ¿Hurto, disturbios, embriaguez, alboroto...? ¿Cuántas veces había escrito acerca de sus semejantes, bien abrigado en su estupendo despacho! ¡Ahí estaban sus semejantes! Unos maldiciendo, y otros inmersos en el sueño... Y esa sombría y mísera existencia que había visto durante unos instantes a la luz del farol, ese hombre que se rascaba la cabeza y debajo de los brazos, cuyos piojos, probablemente, se movilizarían contra él y su hermano...

¿Este era el pueblo a cuyo servicio habías vivido hasta ahora...? ¿Cómo era posible angustiarse al pensar tan sólo en tocarlo? ¿No sería más conveniente que este hombre responsable de la liberación de la humanidad dejara de resoplar y tomara su posición en la Historia para comenzar a salvar el mundo? «En realidad, la condición de la humanidad es una sola, la que nos une, a pesar de nuestras diferentes formas de pensar, en este lugar sombrío y húmedo. El Hermano, el comunista, el borracho, el ladrón... Todos somos iguales ante la muerte, ante el poder del destino inexorable. ¿Por qué no te ocupas de tus propios asuntos...?, como dijo el comisario. Pues tengo una esposa querida y abundantes bienes. La verdad es que el hombre es feliz en tanto que esposo, funcionario, padre, hijo... Sin embargo, está condenado al cansancio y a la muerte misma en tanto que hombre. Y tanto si es condenado a prisión como si es puesto en libertad, la puerta gruesa y severa de la celda oscura es lo que ha reflejado en sus ojos el horizonte de la vida». Y se preguntó una vez más: «¿Qué me ha conducido por este peligroso y cegador camino? ¿Acaso ya no soy ese hombre oculto en mis entrañas, ese hombre consciente de su ser, conocedor de su circunstancia, y hombre de su tiempo...? En verdad, lo que distingue al hombre del resto de las criaturas del mundo es que puede condenarse a muerte a sí mismo, por propia iniciativa y placer...»

Sintió entonces que la humedad penetraba en sus piernas, y que la extenuación se extendía por sus articulaciones. Los ronquidos resonaban por los rincones con ritmo ininterrumpido. En ese instante, débiles y tenues atisbos de luz brillaron a través de los barrotes del ventanuco...

El médico salió de la habitación, y Kamal lo siguió taciturno. Al darle alcance en la sala, lo miró fijamente con ojos interrogantes:

—Siento mucho comunicarle —dijo pausadamente— que sufre una parálisis general.

Al oír sus palabras Kamal experimentó una fuerte convulsión en su pecho:

—¿Es grave?

—¡Muy grave! Además, simultáneamente, le ha sobrevenido una inflamación pulmonar, por lo que se hace necesario inyectarle un calmante...

—¿No hay esperanzas de recuperación?

Tras unos momentos de silencio, el médico dijo:

—Sólo Dios dispone sobre nuestras vidas. El médico, dentro de los límites de su ciencia, sólo puede afirmar que en ese estado, su vida no puede prolongarse más allá de tres días...

Kamal recibió el anuncio de la muerte de su madre armado de valor. Condujo al médico hacia la puerta de salida, y volvió a la habitación. Allí se encontraba la madre, dormida, o aparentemente dormida... Cubierta por una espesa manta, sólo era posible ver su rostro lívido y su boca cerrada y algo torcida. Aisha estaba de pie frente a la cama y se dirigió hacia él para preguntarle:

—¿Qué tiene, hermano? ¿Qué ha dicho el médico?

Umm Hánafi, desde la cabecera de la cama, donde se encontraba, exclamó:

—¡No habla, señor! No ha dicho una sola palabra...

Y se dijo él para sus adentros: «No volverá a oírse su voz». Y a continuación, en respuesta a la pregunta de su hermana:

—Agotamiento, acompañado de un leve enfriamiento. ¡La inyección la calmará!

Aisha, como quien piensa en voz alta, dijo:

—Tengo miedo. Si permanece así, inmersa en ese sueño, durante mucho tiempo, ¿cómo podremos soportar la vida en esta casa?

Kamal se volvió hacia Umm Hánafi, preguntándole:

—¿Has avisado a los demás?

—Sí, señor. Enseguida vendrá *Sitt* Jadiga y *Si* Yasín. ¿Qué tiene, señor? Esta mañana se encontraba rebosante de salud y vitalidad...

¡Se encontraba, y él era testigo de aquello! Como acostumbraba hacer cada mañana, aquella vez había pasado por la sala antes de marcharse en dirección a la

Escuela de el-Salihdar. Ella le había ofrecido una taza de café, y él la tomó diciéndole:

—No salgas hoy de casa. ¡Hace mucho frío!

Entonces ella sonrió amablemente, y dijo:

—¿Y cómo voy a tener hoy un buen día si no paso a visitar a tu Señor...?

A lo que él respondió:

—Haz lo que consideres mejor. ¡Ay, madre, qué obstinada eres algunas veces...!

—¡Que el Señor te proteja! —susurró.

Seguidamente, mientras él salía de la sala:

—¡Que nuestro Señor endulce tus días!

Estas fueron las últimas palabras que intercambió con ella estando consciente. Él se enteró del ataque que había sufrido su madre, cuando se encontraba a punto de salir de la escuela. Entonces, volvió con el médico que le había dado la noticia unos segundos antes: ¡sólo le quedaban tres días!

Y a él, ¿cuántos días le quedarían a él? Se aproximó a Aisha y le preguntó:

—¿Cuándo y cómo ha ocurrido?

Umm Hánafi respondió en su lugar:

—Estábamos las dos sentadas en la sala, cuando se levantó para ponerse el abrigo y salir, mientras me decía: «Cuando termine la visita a el-Huseyn iré a ver a Jadiga». Entró en la habitación e inmediatamente después oí un ruido extraño y sentí que algo había ocurrido. Me apresuré hacia adentro, y la encontré caída en el suelo entre la cama y el armario. Corrí hacia ella, llamando a la señora Aisha...

E intervino Aisha diciendo:

—Entonces vine rápidamente y la encontré ahí. La cogimos y la acostamos en la cama. Me puse a preguntarle qué le ocurría, pero no me respondía, no hablaba. ¿Cuándo hablará, hermano?

—Cuando Dios quiera... —respondió él apesadumbrado.

Se retiró al sofá y se sentó, entristecido, sin apartar la vista del rostro lívido y silencioso. Permaneció mirándola largo tiempo, pues sabía que poco después ya no podría hacerlo. Incluso la misma habitación cambiaría, cambiaría su peculiaridad, y cambiaría también el resto de las peculiaridades de toda la casa. Ya no se volvería a oír otro «¡mamá!». Él no había imaginado que su corazón pudiese soportar todo el dolor de su muerte. ¿Aún no se había habituado a la muerte? Sin duda alguna, mas la vida y la experiencia lo habían endurecido frente a las emociones. Sin embargo, el dolor agudo de la ausencia absoluta era intenso, y quizás, entre las cosas que se reprochara su corazón, se encontrara el hecho de que él, a pesar de que sufría

profundamente, lo que en su corazón experimentaba era, en el fondo, indiferencia. ¡Cuánto lo amó ella, y cuánto los amó a todos! ¡Cuánto amó a todas las cosas del mundo! Sin embargo, ese carácter bondadoso no se tiene en cuenta más que a la hora de la muerte. En ese momento de fatalidad, se agolparon en su mente recuerdos de lugares, momentos, sucesos... que hacían estremecer su corazón. Mientras que su madre se debatía entre la luz y la oscuridad, confundiéndose en ella el azul del alba con el jardín de la azotea, el brasero de la tertulia del café con las lecturas de leyendas, el zureo de las palomas con los cantos dulces... «¡Ay, corazón ingrato..., ese era un maravilloso amor! ¡Quizás digas mañana, y con toda la razón, que la muerte te arrebató lo más querido! Y quizás tus ojos derramen lágrimas hasta que tus canas las enjuguen... Contemplar la vida como una tragedia no es más que una visión romántica e infantil, así que más te valdría adoptar una postura valiente, como ante un drama cuyo final feliz es la muerte. Después te preguntarás a ti mismo: "¿Cuándo se llevará el viento tu vida?" Tu madre morirá, pero no sin antes haber construido una obra completa. En cambio tú, ¿qué has construido tú?»

El ruido de unos pasos lo sacó de su ensimismamiento. Era Jadiga quien, con espanto, entraba en la habitación dirigiéndose hacia la cama llamando a su madre, y preguntando a los demás qué le había ocurrido. Su dolor se multiplicó hasta creer que no podría soportarlo. Salió de la habitación a la sala. No tardaron en llegar Yasín, Zannuba y Redwán. Lo saludaron, y él les informó acerca de la enfermedad sin entrar en detalles. Fueron hacia la habitación, y él se quedó solo, hasta que Yasín volvió para preguntarle:

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Parálisis total e inflamación pulmonar —respondió taciturno—. Todo habrá acabado en tres días...

Yasín se mordió el labio, y dijo con tristeza:

—Dios tiene en sus manos todo el poder y la fuerza.

Luego se sentó susurrando:

—Pobre... ¡Todo nos ha cogido tan de sorpresa...! ¿No se había quejado de ninguna molestia en los últimos días?

—En absoluto. Tú sabes que a ella jamás se le ha oído una queja sobre sí misma. Sin embargo, algunas veces parecía algo cansada...

—¡Ojalá la hubieses llevado antes al médico!

—¡No había en el mundo otra cosa que ella detestase más que ir al médico!

Pasado un momento, Redwán se unió a ellos y dijo a Kamal:

—Pienso que deberíamos llevarla al hospital, tío...

Kamal respondió, agitando la cabeza tristemente:

—No hay razón para ello. El boticario enviará a una enfermera para que le ponga las inyecciones...

Taciturnos, y con los rostros elevados, buscaban refugio en el silencio. Entonces Kamal recordó algo que no podía ser pasado por alto, y preguntó a Yasín:

—¿Cómo está Karima?

—Dará a luz en el curso de esta semana, o al menos eso es lo que asegura la matrona...

—Nuestro Señor la ayudará... —susurró Kamal.

Y añadió Yasín:

—El niño vendrá al mundo mientras su padre se encuentra en prisión...

En ese instante sonó la campanilla. Era Riyad Quldus. Fue recibido por Kamal, quien lo hizo pasar hasta su despacho. Riyad le decía por el camino:

—Pregunté por ti en la escuela, y el secretario me dio la noticia. ¿Cómo se encuentra?

—Ha sufrido un ataque de parálisis. El médico me ha dicho que todo habrá acabado en tres días...

Riyad permaneció taciturno, hasta que preguntó:

—¿No hay solución?

Kamal, desesperanzado, respondió con un movimiento de cabeza, y dijo:

—Por fortuna o por desgracia, no ha vuelto a estar consciente, de modo que al menos no se dará cuenta de lo que le aguarda...

Seguidamente, en tono irónico, mientras se sentaban:

—Pero ¿acaso tenemos alguna idea, por mínima que sea, de lo que nos aguarda?

Riyad sonrió sin decir nada. Y Kamal continuó:

—Muchos opinan que lo más juicioso es tomar la muerte como un pretexto para meditar acerca de ella. Pero, en verdad, ¡más nos valdría tomarla como pretexto para meditar acerca de la vida...!

Oído lo cual, Riyad sonrió:

—¡Yo creo que eso sería lo mejor! De modo que ¡aprovechemos, ahora que estamos cerca de la muerte, sea la de quien sea, para preguntarnos qué hemos hecho con nuestras vidas!

—Por lo que a mí respecta, yo no he hecho nada con la mía. Eso es precisamente

en lo que estaba pensando...

—Por tu parte, tú estás todavía a mitad de camino...

«Tal vez. Sin embargo, siempre es bueno que el hombre se incline hacia sus sueños. En virtud de lo cual, el ascetismo es una huida, del mismo modo que la fe ciega en la ciencia es otra forma de huida. Así pues, la acción es indispensable, y para la acción es indispensable la fe. Por tanto, la cuestión se reduce a saber cómo dotarnos de una fe adecuada a la vida».

—¿Tú crees que yo he satisfecho mis deberes para con la vida —dijo— dedicándome por entero a mi ocupación de profesor y escritor de artículos filosóficos...?

Riyad respondió con un cumplido:

—En cualquier caso, es indudable que has satisfecho al menos uno de los deberes...

—¡Pero he vivido con la conciencia torturada como corresponde a un traidor!

—¿Traidor?

Kamal suspiró para proseguir diciendo:

—Déjame que te cuente lo que mi sobrino Ahmad me ha dicho cuando he ido a verlo a la celda de la comisaría antes de su traslado al campo de confinamiento...

—A propósito, ¿hay alguna noticia de ellos?

—Sí. Han sido conducidos, junto con otros muchos, al campo de el-Tur, en el Sinaí.

—¿Tanto el que reverencia a Dios como el que no lo reverencia? —preguntó Riyad con una sonrisa.

—Si quieres vivir en paz, a quien debes reverenciar en primer lugar es al gobierno...

—En cualquier caso, la prisión es menos grave, en mi opinión, que el procesamiento...

—Es una opinión. Pero ¿cuándo acabará este pesar? ¿Cuándo va a ser suprimido el estado de excepción? ¿Cuándo va a volver el poder a reconocer el derecho natural y la Constitución? ¿Cuándo van a ser tratados los egipcios como seres humanos?

Riyad se puso a jugar con su alianza de casado, que llevaba en el dedo de la mano derecha, y asintió tristemente, diciendo:

—¡Sí! ¿Cuándo? Pero, a lo que ibas, ¿qué te ha dicho Ahmad en su celda?

—¡Ah, sí! Me dijo: «¡La vida es trabajo, matrimonio y deber para con la humanidad! Mas no es este el lugar ni el momento de hablar acerca de los deberes del individuo en relación a su profesión o a su cónyuge. En cuanto al deber hacia la

humanidad, consiste en la revolución permanente, lo cual no significa otra cosa que el cumplimiento continuo de la voluntad de la vida, encarnada en su progreso hacia los ideales...».

Tras un instante de reflexión, Riyad acabó diciendo:

—Su punto de vista es noble, pero deja la puerta abierta a cualquier tipo de interpretación.

—Sí. Esa es precisamente la causa por la que su hermano Abd el-Múnim lo aprueba. Y también es la causa por la que yo lo considero como una llamada a la fe, sin entrar en distinciones de objetivos ni tendencias, y la causa, en fin, por la cual atribuyo mis pesares a los remordimientos de conciencia propios de un traidor. ¡Puede parecer fácil vivir inmerso en el propio egoísmo, pero, de ese modo, es difícil encontrar algún bienestar, si se es un hombre digno de ser así llamado!

A pesar de la tristeza del momento, el rostro de Riyad se iluminó, y dijo:

—¡He aquí el presagio de una gran transformación!

A lo que Kamal respondió desconfiado:

—¡No me tomes el pelo! Por lo que a mí respecta, el problema de la fe aún está sin resolver. ¡Y la única cosa en la que encuentro consuelo es el hecho de que el combate aún no ha terminado! ¡Ni terminará jamás, a no ser que sólo me quedaran tres días de vida..., como le sucede a mi madre!

Luego, tras suspirar, continuó diciendo:

—¿Sabes qué dijo también? Dijo: «Yo tengo fe en la vida y en los hombres. Así pues, me considero a mí mismo obligado a creer en sus ideales en tanto crea que están en lo cierto, pues ignorarlos sería huir como un cobarde. Mas, igualmente, me considero obligado a combatir esos mismos ideales, desde el momento en que creo que son una aspiración vana, pues ignorarlo sería traición. ¡Ese es el significado de la revolución permanente!».

Riyad se quedó en silencio, agitando la cabeza. Sobre Ramal aparecían signos de pesadumbre. Entonces dijo Riyad:

—Tengo que irme. ¿Qué te parece si me acompañas hasta la parada del tranvía? Dar un paseo quizás te calme los nervios.

Se levantaron juntos, y al salir de la habitación se encontraron con Yasín, que había permanecido junto a la puerta del primer piso, pues sólo conocía a Riyad superficialmente; y Kamal lo invitó a acompañarlos. Él les pidió que le concedieran unos segundos al objeto de volver a ver a su madre. Pasó entonces a la habitación y la encontró tal y como la había dejado, en el mismo estado de inconsciencia. Jadiga estaba sentada en la cama junto a sus pies. Sus ojos se habían enrojecido a causa del

llanto y su rostro seguía cubierto por la aflicción desde que el brazo del gobierno se había extendido hasta sus hijos. Por su parte, Zannuba, Aisha y Umm Hánafi se habían sentado en el sofá, en silencio. Aisha, frenética y apresurada, se fumaba un cigarrillo, a la vez que sus ojos recorrían el lugar sin poder calmar su nerviosismo.

—¿Cómo está? —preguntó Yasín.

Aisha, revelando su pesadumbre y su lamento, respondió en voz alta:

—¡No quiere volver en sí...!

Casualmente, Yasín fijó sus ojos en Jadiga e intercambiaron una larga mirada, que reflejaba triste compasión y resignación compartida. No pudo hacer otra cosa que salir de la habitación y unirse a sus dos compañeros...

Caminaron lentamente por la calle y atravesaron el-Saga camino de el-Guriyya, en completo silencio. Y al llegar a la altura de el-Sanadiqiyya, se encontraron casualmente con el *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad quien, apoyándose en su bastón, pues se había quedado ciego y le temblaban las piernas, venía hacia el-Guriyya con paso endeble, preguntando a todo lo que le rodeaba en voz alta:

—¿Por dónde se va al Paraíso...?

Un transeúnte le respondió riéndose:

—¡La primera a la derecha!

Entonces Yasín preguntó a Riyad Quldus:

—¿Me creerías si te dijera que ese hombre tiene casi ciento diez años?

A lo que Riyad respondió riendo:

—En cualquier caso, ya no es un hombre...

Kamal miraba compasivo al *sheyj* Mitwali, pues el verlo le evocaba el recuerdo de su padre. Además, lo consideraba un elemento caracterizador e inseparable del barrio, tanto como pudieran serlo la mezquita Qalawún o el adarve de Qírmiz. Si bien era cierto que encontraba mucha gente que le demostraba piedad, sin embargo, el anciano no se salvaba de la maldad de algunos mozos que se ponían a silbarle a la cara y a remedar sus movimientos.

Acompañaron a Riyad hasta la parada del tranvía y esperaron con él hasta que se subió. Luego volvieron juntos hacia el-Guriyya. De pronto, Kamal se paró en la acera, y dijo a su hermano:

—Ya es tu hora de ir al café...

—En absoluto —dijo Yasín decidido—. Me quedo contigo...

Kamal, que era el mejor conocedor del carácter de su hermano, insistió:

—No hay razón para ello...

Yasín se colocó ante él, y le replicó diciendo:

—¡Ella es mi madre igual que lo es tuya!

Súbitamente, Kamal sintió miedo por Yasín. Era verdad que él caminaba repleto de vida, alto y fuerte como un camello. Pero ¿hasta cuándo soportaría su vida, rebosante de pasiones? Su alma se colmó de desolación. Sin embargo, de pronto, su mente voló hacia el-Tur, hacia el campo de confinamiento. «Yo tengo fe en la vida y en los hombres —había dicho—. Me considero a mí mismo obligado a creer en sus ideales en tanto crea que están en lo cierto, pues ignorarlos sería huir como un cobarde. Mas, igualmente me considero obligado a combatir esos mismos ideales, desde el momento en que creo que son una aspiración vana, pues ignorarlo sería traición». Se preguntaba qué era lo verdadero y qué lo vano. Sin embargo, quizá la duda fuera un modo de huida como el misticismo o la fe ciega en la ciencia. ¿Es posible ser profesor ejemplar, esposo modelo y revolucionario permanente?

Al pasar por la tienda de el-Sharqawi, Yasín se detuvo diciendo:

—Karima me encargó que comprase algunas cosas que necesitará el bebé. Con tu permiso...

Entraron en la tienda, y Yasín se dispuso a coger todo lo que necesitaba: unos pañales, una *táqiya* y un pijama. En esto, Kamal recordó que la corbata negra que el año anterior había llevado en el entierro de su padre estaba vieja, y que necesitaba otra nueva para el triste día que se aproximaba. Y cuando Yasín hubo terminado su compra, le dijo al hombre:

—¡Una corbata negra, por favor!

Tras lo cual, cada uno cogió su paquete y salieron de la tienda, caminando el uno junto al otro, de vuelta a casa, mientras el crepúsculo destilaba apacibles tonos cobrizos...

FIN

Glosario

Azharista: formado en la universidad religiosa de el-Azhar, en El Cairo.

Basbusa: pasta de harina, manteca, azúcar y aceite.

Basha: título de origen turco, pacha.

Basmala: fórmula de invocación a Dios, diciendo: «en el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso».

Bey: tratamiento de cortesía y título honorífico de origen turco, inferior al de basha y superior al de efendi.

Fátiha: nombre de la primera sura o capítulo del Corán.

Full: jazmín árabe con muchas hojas y muy buen olor.

Galabiyya: vestimenta masculina común en Egipto.

Guihad: batalla, lucha, combate.

Guilbab: camisola de dormir.

Hadiz: narración de un hecho o un dicho del Profeta o de sus compañeros.

Hagg: peregrino. Título honorífico con que se designa a aquellos musulmanes que han hecho la peregrinación a la Meca.

Hánem: título femenino de origen turco. Pospuesto a un nombre de mujer equivale a «señora» o «doña».

Kánaka: cafetera especial para hacer el «café turco».

Kebab: asado de carne picada o troceada.

Kohl: polvo de antimonio usado como maquillaje de ojos.

Kufiyya: pañuelo cuadrado, doblado en diagonal y anudado en la cabeza.

Máhmal: cortejo que lleva sobre un palanquín un emblema de seda negra enviado tradicionalmente desde Egipto a la Meca.

Manzul: tipo de estupefaciente fuerte.

Melaya: túnica negra de las mujeres egipcias.

Millim: milésima parte de la libra egipcia.

Puf: asiento bajo y redondo.

Saba: modo musical árabe, conocido por evocar la tristeza.

Sahur: comida que se toma antes del alba durante el mes de Ramadán, el mes del ayuno.

Salámlík: palabra turca que designa una sala de recepción reservada a los hombres.

Shahada: profesión de fe musulmana, con las palabras «atestiguo que no hay

más Dios que Dios (El Único) y que Mahoma es su Profeta».

Sheyj: anciano venerable. Título que se da a un hombre por su piedad y prudencia.

Si: apócope de Sayyidi: señor.

Sitt: señora.

Táqiya: gorro o birrete hecho de ganchillo en algodón o lana Tarbúsh: bonete rojo de lana; fez.

Wafdista: miembro o simpatizante del Partido Wafd.

Yubba: vestido largo, abierto en la parte delantera, de mangas largas y amplias.